Francisco Villegas Rodríguez

EN PARADERO DESCONOCIDO

Ediciones Miguel Sánchez

COLECCIÓN NOALEJO

Índice de contenido

PARTE 1 Andante
- Martes, 29 de octubre de 2019 • 14:00 h
- Miércoles, 30 de octubre de 2019 • 07:00 h
- Jueves, 31 de octubre de 2019 • 7:10 h
- Jueves, 31 de octubre de 2019 • 7:30 h
- Jueves, 31 de octubre de 2019 • 10:00 h
- Jueves, 31 de octubre de 2019 • 13:00 h
- Jueves, 31 de octubre de 2019 • 14:00 h
- Jueves, 31 de octubre de 2019 • 15:20
- Viernes, 1 de noviembre de 2019 • 10:00 h
- Viernes, 1 de noviembre de 2019 • 14:00 h
- Viernes, 1 de noviembre de 2019 • 17:00 h
- Viernes, 1 de noviembre de 2019 • 20:00 h
- Sábado, 2 de noviembre de 2019 • 9:00 h
- Sábado, 2 de noviembre de 2019 • 10:30 h
- Sábado, 2 de noviembre de 2019 • 21:00 h
- Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 9:00 h
- Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 09:30 h
- Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 9:40 h
- Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 12:00 h
- Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 21:00 h
- Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 23:00 h
- Lunes, 4 de noviembre de 2019 • 9:00 h
- Lunes, 4 de noviembre de 2019 • 11:00 h
- Lunes, 4 de noviembre de 2019 • 11:30 h
- Martes, 5 de noviembre de 2019 • 10:00 h
- Martes, 5 de noviembre de 2019 • 12:00 h
- Miércoles, 6 de noviembre de 2019 • 14:00 h
- Jueves, 7 de noviembre de 2019 • 10:00 h
- Domingo, 10 de noviembre de 2019 • 11:00 h
- Domingo, 10 de noviembre de 2019 • 13:00 h
- Lunes, 11 de noviembre de 2019 • 10:00 h
- Lunes, 11 de noviembre de 2019 • 18:30 h

PARTE 2 Adagio
- Jueves, 14 de noviembre de 2019 • 13:00 h
- Viernes, 15 de noviembre de 2019 • 11:30 h
- Viernes, 15 de noviembre de 2019 • 13:30 h
- Viernes, 15 de noviembre de 2019 • 18:00 h
- Domingo, 17 de noviembre de 2019 • 14:00 h

Lunes, 18 de noviembre de 2019 • 10:00 h
Miércoles, 20 de noviembre de 2019 • 9:00 h
Miércoles, 20 de noviembre de 2019 • 11:00 h
Jueves, 21 de noviembre de 2019 • 9:30 h
Jueves, 21 de noviembre de 2019 • 10:00 h
Jueves, 21 de noviembre de 2019 • 19:00 h
Viernes, 22 de noviembre de 2019 • 06:00 h
Viernes, 22 de noviembre de 2019 • 12:00 h
Lunes, 25 de noviembre de 2019 • 9:00 h
Martes, 26 de noviembre de 2019 • 10:00 h
Martes, 26 de noviembre de 2019 • 14:00 h
Miércoles, 27 de noviembre de 2019 • 12:00 h
Miércoles, 27 de noviembre de 2019 • 20:00 h
Viernes, 29 de noviembre de 2019 • 16:00 h
Guadix 1996-2009
Viernes, 29 de noviembre de 2019 • 18:20
Viernes, 29 de noviembre de 2019 • 19:00 h
Sábado, 30 de noviembre de 2019 • 11:00 h
Sábado, 30 de noviembre de 2019 • 14:00 h
Lunes, 2 de diciembre de 2019 • 10:00 h
Lunes, 2 de diciembre de 2019 • 14:00 h
Miércoles, 4 de diciembre de 2019 • 9:00 h
Jueves, 5 de diciembre de 2019 • 19:30 h
Viernes, 6 de diciembre de 2019 • 10:00 h
Viernes, 6 de diciembre de 2019 • 13:00 h
Lunes, 9 de diciembre de 2019 • 17:00 h
Miércoles, 11 de diciembre de 2019 • 10:00 h
Jueves, 12 de diciembre de 2019 • 17:00 h
Jueves, 12 de diciembre de 2019 • 21:00 h
Viernes, 13 de diciembre de 2019 • 9:00 h
Sábado, 14 de diciembre de 2019 • 20:30 h
Lunes, 16 de diciembre de 2019 • 9:00 h
Martes, 17 de diciembre de 2019 • 11:00 h
Miércoles, 18 de diciembre de 2019 • 9:00 h
Jueves, 19 de diciembre de 2019 • 12:30 h
Viernes, 20 de diciembre de 2019 • 5:30 h
Viernes, 20 de diciembre de 2019 • 9:00 h
Sábado, 21 de diciembre de 2019 • 12:00 h
Sábado, 21 de diciembre de 2019 • 13:30 h
Sábado, 21 de diciembre de 2019 • 16:00 h
Lunes, 23 de diciembre de 2019 • 10:00 h
Jueves, 26 de diciembre de 2019 • 17:30 h
Jueves, 26 de diciembre de 2019 • 19:00 h
Viernes, 27 de diciembre de 2019 • 21:00 h

PARTE 3 Allegro
Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 13:00 h
Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 15:00 h
Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 17:00 h
Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 17:30 h
Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 18:15 h
Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 21:00 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 5:00 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 11:00 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 14:30 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 15:50 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 16:20
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 17:00 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 17:30 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 18:20
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 18:30 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 18:40 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 19:50 h
EPÍLOGO
«El pasado no está en el pasado. Siempre nos acompaña. En nuestra historia, nuestros cerebros, nuestra sangre».
Domingo, 19 de enero de 2020
AGRADECIMIENTOS

© de la edición: Ediciones Miguel Sánchez, S.L.
c/ Marqués de Mondéjar, 44. Granada. www.edicionesmiguelsanchez.com
© del texto: Francisco Villegas Rodríguez
(Cualquier parecido del texto de esta novela con personajes y situaciones reales es pura casualidad)
https://sieteinviernosdespues.wpcomstaging.com/
Diseño de portada: José Villena
ISBN: 978-84-7169-214-6
Depósito legal: GR 1484-2021
El autor donará el cincuenta por ciento de sus derechos por la venta de este libro a la asociación Amigos del Parque Natural Cabo de Gata-Níjar.

A Montse y María.
A mis hijos.

En memoria de Miguel Díaz, compañero, jefe y amigo.

«Lo que es pasado es prólogo». (William Shakespeare, escritor y dramaturgo)

PARTE 1 Andante

Martes, 29 de octubre de 2019 • 14:00 h

La presión de aquel brazo en su garganta le hizo recordar todas las veces que su madre le había dicho que tenía que fiarse más de su instinto: «Eres demasiado racional, hijo. Si te huele que algo va a ir mal, no lo dudes, lárgate».

La había vuelto a pifiar. Varias veces durante la mañana había tenido la sensación de que lo vigilaban, pero en cada ocasión la había ignorado, como se ignora el cartel de un mendigo a la puerta de una iglesia. Esta vez, en su descargo, podría culpar al efecto de los calmantes para el dolor del brazo. «Vale», se dijo mientras trataba de infundirse calma, «es la historia de mi vida»: casi las dos de la tarde de un día desapacible, y él y su agresor embutidos entre dos furgonetas en un aparcamiento desierto, frente a la desierta oficina de correos de Otura. Poca ayuda podía esperar. Llevaba algo de dinero en metálico y la tarjeta caducada de descrédito, aunque eso el atracador no lo sabía; ni móvil, ni reloj, ni una simple cadenita.

—¿Qué has enviado y a quién?

Algo en el susurro que llegaba desde su espalda le dijo que esto era diferente. Al reconocer la voz, una punzada de dolor se avivó bajo la escayola que le inmovilizaba el antebrazo izquierdo. Dolor o miedo. Si era sincero consigo mismo, le costaba distinguirlo.

—No sé de qué me hablas.

La presión en su garganta aumentó y el susurro junto a su oreja se repitió sin alterarse.

—Has entrado en la oficina de correos. ¿Qué y a quién?

—A los únicos capaces de hacer algo al respecto. —Hasta a él mismo le extrañó su arrojo—. A más de uno se le va a terminar el cuento.

—¿A quién? —insistió—. O lo del brazo te va a parecer un mal chiste.

—¿Me vas a matar? —Su voz sonó ronca—. Venga, termina de una vez. ¿Crees que me importa? —La carcajada que vino después fue un graznido que se interrumpió de golpe cuando el brusco giro de su cabeza quebró la segunda vértebra cervical. Ese crujido fue lo último que escuchó antes de desmoronarse a los pies de su verdugo.

En cuclillas, mientras con la mano derecha pulsaba el botón de llamada de su teléfono, con la izquierda hurgaba en el pantalón del muerto hasta encontrar la cartera.

—Está hecho, pero ha enviado un paquete (…). Ha dicho que a los únicos capaces de hacer algo (…). Sí, los tengo localizados (…). Con discreción, comprendo.

La comunicación terminó. Su mirada experta dio un último vistazo

al cuerpo tendido entre las dos furgonetas y sus tenues pasos se alejaron hasta desaparecer.

Como si jamás hubiese estado allí.

Miércoles, 30 de octubre de 2019 • 07:00 h

La luz del amanecer ganaba intensidad y las nubes bajas hacia levante se teñían de un tono sonrosado. Hacía frío, seco y sin viento, a la falda de Sierra Nevada, como cualquier mañana en aquella época tras una noche despejada. El hombre se sopló un par de veces en el hueco de las manos mientras caminaba al ritmo que le marcaba su perro, un Beagle de siete años que en sus paseos pretendía olfatear cada adoquín de la calle. Dos carteros salieron de la oficina de correos sin prisa y uno de ellos encendió un cigarrillo.

El perro se detuvo a husmear en la rueda de un coche mientras el dueño, distraído, se giró hacia la parcela vacía frente a la oficina de correos que servía de aparcamiento. Lo primero que se le vino a la cabeza al descubrir el cuerpo reclinado fue un borracho que se hubiera quedado dormido en el escaso abrigo que le proporcionaban las dos furgonetas. Luego, al ver la billetera abierta a su lado, pensó en un atraco y en que aquel hombre podía estar malherido, pero al zarandearlo un poco comprendió que era algo mucho peor: estaba rígido como la escayola que le rodeaba el brazo.

Sin perder de vista el cadáver, salió a la zona abierta del aparcamiento y en cuanto divisó a los carteros los llamó a voces:

—¡Por favor, avisen a la Policía! ¡Hay un hombre muerto aquí atrás!

A la vez que uno apresuraba el paso hacia la oficina, el del pitillo se acercó a echar un vistazo.

—¿Está muerto? —Fue la innecesaria pregunta.

Unos minutos después, los luminosos del coche patrulla rebotaban con destellos azules en los vehículos del aparcamiento. La pareja de guardias civiles salió del vehículo y se ocupó de dar el aviso a la Policía Judicial y mantener alejados a los escasos madrugadores que ya formaban un corrillo de curiosos.

Hasta ese momento, el otoño había sido bastante tranquilo, pero esa calma empezaba a desvanecerse como el recuerdo de un sueño húmedo tras una ducha y un café.

Jueves, 31 de octubre de 2019 • 7:10 h

Hace frío. Mucho frío. Algo le impide moverse. No consigue ver nada, pero percibe la claridad tras los párpados presionados.

A lo lejos se escuchan gritos que hielan la sangre, y de algún modo sabe que son el anticipo de su propio destino. Alguien le aprieta aún más la mohosa sábana que le rodea la cabeza y el torso. Trata de coger aire como sea. Entonces llega, como cada noche, ese tacto pegajoso en los muslos, cada vez más hacia arriba; el olor rancio de ese aliento tan intenso que atraviesa la sábana; la sensación de absoluta indefensión, y el asco, ese asco culpable, porque a sus trece años es incapaz de entender que su cuerpo responda y se excite ante algo tan sórdido.

Sabe que tiene que gritar, pero algo le atenaza la garganta, y la sábana le oprime la boca y le retuerce la nariz hasta hacer que sangre. El terror es como una llaga en carne viva que le corroe los nervios, mezclado con el aliento rancio, el sabor de su propia sangre, y el olor a podredumbre de la sábana, tan apabullante que la inconsciencia o la locura parecen ser las únicas salidas.

Pero no, sabe que tiene que encontrar fuerza para gritar; acumula la tensión como un resorte hasta que consigue liberarla de golpe, en un único pulso, y entonces un alarido se abre paso desde el fondo de su pecho y resuena en las paredes de aquel antro.

Despierta con el sonido de su propia voz y se incorpora en la cama. Está de vuelta en su habitación, y los fantasmas del pasado a buen recaudo en su cueva; pero la pesadilla se resiste a rendirse, y el olor a podredumbre y sábanas húmedas impregna la cama, el pijama y hasta su propia piel.

«Huele a ropa podrida», masculla entre dientes, y se levanta para volver a lavar las sabanas y ducharse.

Jueves, 31 de octubre de 2019 • 7:30 h

Claudia se ajustó la coleta rubia mientras entraba en la cocina, lista para tomar algo y salir hacia el trabajo. Ernesto acababa de dejar un plato de huevos revueltos junto a los vasos de zumo de naranja y le sonrió al verla llegar.

—Buenos días, Claudia Tatsis. ¿Te apetece algo?

Había tomado la costumbre de llamarla por su nombre y apellido cuando la saludaba. Ella le revolvió el pelo y le dejó un beso en los labios al pasar a su lado en dirección a la cafetera.

—Los probaré —dijo a la fuga mientras llenaba un tazón de café y arrimaba un taburete a la mesa.

—¿Mucho trabajo hoy?

—Estamos con el asesinato del aparcamiento de Correos —respondió mientras asentía—. Dudo que vayamos a sacar nada en claro.

—¿Y eso?

—El lugar estaba limpio; nadie vio ni escuchó nada —enumeró—. Se llevaron el dinero de la cartera y sus tarjetas de crédito, que por cierto estaban caducadas. Y luego está la historia del muerto.

Ernesto la contempló con curiosidad sin dejar de remojar la bolsita de té.

—Óscar Ripoll, 55 años, número uno de su promoción de Química. Una promesa como investigador, aunque parece que se dejó tentar por el lado oscuro. Fue despedido de la farmacéutica en la que trabajaba y jamás se recuperó. Unos años después estaba cocinando drogas de diseño, terminó en la cárcel y poco más sabemos por el momento.

—No deja de maravillarme cómo personas que lo tienen todo pueden echar a perder su vida de una manera tan estúpida —comentó él al tiempo que se giraba para lanzar la bolsa de té al cubo de basura. Claudia asintió—. Es un desperdicio.

—Bueno, me marcho. —Otro beso rápido y su tenedor inmaculado frente al tazón de café vacío.

Ernesto ya sabía que en día de trabajo ella solo tomaría el café y el zumo, y si acaso un bocado de algo sólido, pero esa conversación formaba parte de su rutina matinal desde hacía poco más de dos años. Para él resultaba inconcebible iniciar el día casi en ayunas, aunque jamás hubiera intentado convencerla de otra cosa. Lo último que pretendía era añadir un comentario de abuelo a los quince años de diferencia entre ellos. Así que, unos minutos después, Claudia se despedía enfundada en su uniforme de vaqueros, camiseta blanca, jersey y anorak, y Ernesto, por su parte, se encargaba de los huevos revueltos y la tostada con el sonido de fondo de las noticias de la

mañana.

Se habían conocido algo más de dos años antes, cuando el azar les llevó a colaborar en la investigación de unos asesinatos: ella como policía judicial de la Guardia Civil, él como el mejor amigo del investigado. Jamás olvidaría el momento en que abrió el expediente de Claudia, aquella foto que parecía contemplarlo con una promesa escondida al fondo de esa mirada intensa, de esos ojos como melaza. Si alguien, alguna vez, le preguntase cuándo se enamoró de ella, tendría que reconocer que ahí empezó todo.

Un detective privado que antes fue policía nacional completaba aquel peculiar trío, mal avenido en ocasiones; aunque con paciencia y mano izquierda fueron capaces de sobrevolar sus diferencias y hacer un buen trabajo. Al final, además de resolver aquel enigma, Claudia y él volvieron a llamarse, empezaron a salir y terminaron por irse a vivir juntos a casa de Ernesto, en la urbanización del pantano del Cubillas, a unos escasos quince kilómetros al norte de Granada.

Divorciado, con tres hijos universitarios y después de un par de fracasos amorosos, Ernesto se había acomodado a una vida solitaria y sin sobresaltos, centrado en los pacientes de su consulta y en sus dos aficiones: la lectura y la fotografía. Resignado a que el porvenir fuese un camino en soledad, la tarde que quedó atrapado en los ojos de la joven e inteligente guardia civil fue el inicio de una revolución interior que lo llevó a replanteárselo todo y atreverse a dar un giro a su vida de ermitaño. No fue fácil al principio; a partir de cierta edad se pierde flexibilidad, no solo en las articulaciones, y cada vez cuesta más negociar y renunciar a las pequeñas manías de la soltería. Él arrastraba sus miedos y ella cargaba con su desconfianza, pero consiguieron apartar las piedras y limpiar un terreno en el que echar raíces y crecer. No tardaron en convertirse en cómplices y disfrutar de una serena intimidad, aunque con el suficiente espacio entre ellos como para no taparse el sol, y allí estaban, dos años después, compartiendo cama, proyectos y desayunos.

En ocasiones, Ernesto se permitía imaginar cómo los vería un extraño desde fuera: un psiquiatra de más de cincuenta, con su perilla gris y el pelo entrecano, emparejado con una agente de la ley quince años menor, rubia y en plena forma. A veces, mientras ella se dormía después de hacer el amor, la contemplaba de lado apoyado en un codo hasta que el brazo se le entumecía y se preguntaba qué habría visto en él. Era quizás la única nube en todo su cielo despejado, motivada por el hermetismo de ella, por lo reacia que era a permitirle entrar en su pasado y lo difícil que le resultaba conocerla por completo. Una sensación sutil, con la que poco podía hacer aparte de actuar como un notario sin más opción que dejarla en el listado de tareas pendientes y disfrutar de la sensación que le embargaba cuando ella lo miraba con

esos ojos marrones, del color del coñac a la luz de una vela, y que sin necesidad de palabras le recordaban el significado de ser feliz.

Jueves, 31 de octubre de 2019 • 10:00 h

Después de la reunión de la mañana, de poner en común lo que hasta ese momento sabían del homicidio y repartir tareas, Claudia se sirvió el segundo café del día y se sentó de lado en su mesa seguida por el sargento Anselmo Sotelo, un gallego de Combarro de treinta y tres años recién incorporado al equipo. Calmado, voluntarioso e inseguro, nada más llegar pareció establecer una especie de simbiosis con Claudia; una relación, decidida y negociada en exclusiva por él, en la que a cambio de aprender de ella todo lo que fuera capaz parecía sentirse obligado a comportarse como su guardaespaldas. Como si ella necesitara la protección de un compañero, por mucho bíceps y camiseta ajustada que luciese.

Claudia no tardó en percatarse de la situación y antes de que pasara a mayores tuvo una conversación con él en la que le aclaró una serie de cuestiones referentes a su relación laboral, lo liberó de esa autoasumida misión de convertirse en su ángel de la guarda, y le explicó que no tenía ningún problema en compartir con él toda su experiencia siempre que eso no se convirtiera en un impedimento para el normal desarrollo de su trabajo. A partir de entonces, dio la impresión de que Anselmo Sotelo, seis años menor que ella, había decidido convertirla en su modelo profesional. Y ella, por su parte, empezó a sacar partido de su admiración y de la inesperada utilidad que le reportaba discutir con él los detalles de cada investigación, unas conversaciones en las que el intercambio de hipótesis y refutaciones le permitían poner en tela de juicio sus propias teorías y encontrar los puntos débiles.

—¿Tienes las llaves?

Anselmo le mostró el manojo como respuesta. La juez de guardia había autorizado el registro de la vivienda, pero resultó que ya no era la misma que figuraba en su ficha. Avanzada la noche, habían encontrado por fin el domicilio actual del fallecido y una pareja lo había precintado poco antes del amanecer.

—Vamos.

Salieron de la comandancia en dirección a la casa de Óscar Ripoll.

Nacido en Alicante, todo lo que quedaba de su familia, es decir, su hermana mayor, seguía residiendo allí. No pareció demasiado triste cuando le comunicaron la muerte de su hermano, no porque no le importara, sino porque parecía llevar demasiados años esperando esa llamada. Salvo alguna noticia por Navidad, poco podía contarles de los últimos veinte años de la vida de su hermano, de modo que esa vía de investigación quedó muerta nada más nacer.

—¿No crees que pueda tratarse de un simple robo o de un ajuste de

cuentas? —preguntó Anselmo cuando bajaron del coche.

—¿Qué piensas tú?

Anselmo caminaba con la vista baja.

—Pues mira, Claudia —arrancó—. Yo lo que no veo claro es lo de que lo sujeten por detrás, a no ser que hubiese dos atacantes. Lleva un brazo escayolado, está en clara desventaja, arrinconado entre dos coches: lo amenazas con una navaja y lo atracas… Y si no había señales de lucha, entonces ¿para qué matarlo? O igual es que los conocía —continuó lanzado—. Pero si vas a atracar a un tipo que te conoce, pues te pones un pasamontañas. Es invierno, hace frío. ¿A quién le va a extrañar?

—Bien visto —concedió Claudia—. Yo tengo la impresión de que lo sujetaron por detrás para preguntarle algo, para hablar, y quien lo hizo tiene experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo. Como nos dijo el forense: es difícil provocar una fractura de la segunda vértebra con las manos desnudas.

—Lo escuché —confirmó Anselmo—. Alguien capaz de eso no necesita un compinche para cometer un asesinato.

Se detuvieron delante del portal: una reja con el cristal quebrado y la cerradura rota, que protestó como una cadera artrítica cuando Claudia empujó la puerta y pasó seguida por Anselmo en dirección a las escaleras. Al alcanzar el rellano del primer piso, un portazo sonó de golpe y una voz lejana gritó sin disimulo: «¡Han llegado los picoletos!».

La puerta del piso de Óscar estaba precintada. Anselmo cortó el precinto con una navaja e introdujo la llave en la cerradura, que cedió sin esfuerzo; se colocaron unos guantes de nitrilo y Anselmo encendió una cámara de vídeo. Pulsó el botón de grabación; mencionó sus nombres, la fecha y la hora; y avanzó hacia el interior.

Un salón de mediano tamaño con dos ventanas, la cocina a la derecha, y dos puertas más al fondo que daban acceso al baño y al único dormitorio. La opresiva vivienda parecía hacer honor al estilo de vida del fallecido: el desorden y la falta de limpieza eran patentes a pesar de las escasas pertenencias. Anselmo se asomó a la cocina tras concluir el reportaje y Claudia le indicó con un gesto que echara un vistazo mientras ella seguía hacia el dormitorio. La cama deshecha y algunas prendas esparcidas con distintos niveles de suciedad, junto al olor a persona humana poco amiga del jabón, le dieron una desagradable bienvenida. Con un suspiro se asomó al baño, también suspenso en higiene. En un armarito con el espejo algo turbio, encontró algunas maquinillas de afeitar sucias y dos cepillos de dientes muy usados; y en la bañera, un par de arañas de patas largas trataban de escalar sin éxito las lisas paredes, como si huyeran de las indefinidas manchas del fondo. Claudia alzó la tapa de la cisterna.

Dentro había una botella de cristal promediada de un polvo blanco que introdujo en una bolsa para pruebas después de tomar unas fotos con el móvil.

—Claudia, ven un momento.

La voz de Anselmo la hizo dirigirse a la cocina. Sobre la encimera, junto al fregadero, había una caja de galletas de estilo antiguo y bajo las galletas, que hacían de tapadera, cuatro sobres de color marrón. Claudia tomó más fotos antes de sacarlos de la caja y luego los colocó sobre la mesita. Uno de ellos estaba rasgado y algunos billetes de cincuenta euros asomaban en su interior; todos los sobres tenían escrita una fecha y unas iniciales. Los agruparon en dos montones: en un lado los sobres marcados con la letra «P», y en el otro, los marcados con las letras «PG». Las fechas se remontaban a casi un año antes, pero no parecían tener un orden o una cadencia concreta.

—Los guardo —anunció Anselmo mientras sacaba las bolsas.

Claudia regresó al salón. Sobre un vetusto televisor de tubo había dos teléfonos móviles baratos que introdujo en dos bolsas separadas y continuó la inspección: novelas, revistas especializadas, periódicos atrasados y un álbum de fotos de la infancia. No encontró nada más que llamara su atención y una hora más tarde regresaban a la comandancia.

—¿Son deudas o chantajeaba a alguien? —apuntó Anselmo.

—Al menos a dos personas, a juzgar por las iniciales —y volviéndose hacia él, añadió—. ¿Has visto el anuncio en el portal? ¿No andas detrás de un piso para traerte a tu novia?

Anselmo la miró espantado.

—¿No oíste a los vecinos?

Claudia sonrió.

Jueves, 31 de octubre de 2019 • 13:00 h

La pareja caminaba en dirección al centro comercial con el aire de complicidad natural que se consigue tras un largo matrimonio. Habían dejado sus respectivos coches en el taller del concesionario para la revisión periódica y pensaban dedicar ese par de horas a buscar un regalo de cumpleaños para el padre de ella y almorzar en alguno de los establecimientos cercanos. La conversación se vio interrumpida por el sonido del teléfono y Alejandro hizo un gesto de extrañeza al ver el aviso de número oculto. Se detuvo para responder mientras su mujer señalaba hacia el centro comercial y se adelantaba.

—Diga…

—¿Alejandro? Me alegro de oírte.

Solo le llevó unos instantes reconocer la voz de un antiguo compañero.

—Igualmente, Fernando. ¡Cuánto tiempo!

—Mucho… ¿Qué tal, todo bien?

—No me quejo. Y tú, ¿cómo te va?

—Bien, bien… Verás, me ha llamado Benito hace un rato. Quiere que nos veamos.

Alejandro guardó silencio. Hacía sol; el verano de San Miguel se había prolongado ese año más de lo habitual y el calor del mediodía no era normal para esas fechas. Pero él sabía que la solitaria gota de sudor que rodaba desde su axila no se debía al clima, sino al recuerdo de un conflicto que debería estar olvidado. Se dijo que no le apetecía nada tener esa conversación.

—¿Qué se cuenta?

—Bueno, parecía preocupado. Tiene que contarnos algo. Dice que es importante.

A Alejandro se le escapó un resoplido.

—Yo he pensado lo mismo. —Se sinceró Fernando—. Le he dicho que no tenía ningún interés en remover el pasado, pero ha sido muy persuasivo. Me lo ha pedido como favor personal y ha insistido en que es solo para hablar sobre algo que le ha ocurrido hace unos días.

—Suena extraño.

—Bastante, pero ya lo conoces. Me ha hecho prometer que sería capaz de convencerte.

—¿Cuándo?

—A las tres, donde siempre.

—¡A las tres! —Alzó el brazo para mirar su reloj—. ¿Dentro de dos horas?

—Ha dicho que su intención era quedar mañana, pero le ha surgido algo y no quiere esperar más.

—Precisamente hoy… Esta tarde tenemos el cumpleaños de mi suegro; es todo un acontecimiento familiar. Justo ahora iba con Andrea a buscar un regalo.

—Ya… No sé. Me ha pedido que te insista. Dice que será poco rato.

Alejandro levantó la vista hacia su mujer, que le hacía señas desde la entrada.

—Está bien —terminó con un suspiro—. A ver cómo se lo explico a ella.

—Vale, nos vemos luego —Fernando se despidió sin darle tiempo a pensarlo más.

Jueves, 31 de octubre de 2019 • 14:00 h

Benito Montoya salió de casa con tiempo suficiente. Conseguir que los otros tres aceptaran reunirse no había sido tan difícil como imaginaba y no quería hacerlos esperar. Quizás todo aquello no fuera nada, pero desde hacía varios días se sentía inquieto y necesitaba hablarlo con ellos. Si tenía motivos para preocuparse, entonces aquello podía afectarlos también y lo correcto era que lo supieran.

Varios coches atrás, un turismo blanco tomó la misma salida en dirección a la Ronda Sur y continuó tras él a una distancia prudente. La forma de conducir de Benito no se lo puso nada fácil y en una ocasión estuvo a punto de perderlo, de ahí que, a pesar del riesgo, decidiera acercarse un poco más. Al menos contaba con la ventaja de que Benito no estaba tan paranoico como para sospechar que lo seguían.

Continuaron por la antigua carretera de la sierra y por fin un desvío hacia una pista de montaña que serpenteaba hacia el embalse de Quéntar. La persecución era más complicada porque la carretera estaba desierta y las curvas se sucedían de tal manera que desde cada tramo se podía ver gran parte del camino recorrido. Para complicarlo aún más, Benito tomaba de cuando en cuando algún desvío, por lo que si conducía demasiado cerca de él, le sería más fácil percatarse del solitario coche blanco que seguía su misma ruta; hasta que, como se temía, terminó por perderlo. Optó por quedarse a la espera en la bifurcación anterior, con la esperanza de que Benito, antes o después, hiciese el camino de vuelta por el mismo camino en dirección a Granada.

Mientras paseaba al filo de la carretera observó otro turismo, un BMW oscuro que ascendía por las últimas curvas hacia su posición. También le era conocido. «Así que se van a reunir», se dijo al tiempo que tomaba una rápida decisión.

—Van más deprisa de lo que pensaba —murmuró entre dientes mientras maniobraba para dejar su coche atravesado en la estrecha calzada.

Un rato antes, Alejandro había explicado a su mujer que tenía que resolver un asunto relacionado con un paciente. Ella, preocupada sobre todo por no perderse el cumpleaños de su padre, no le había pedido demasiados detalles del contratiempo, pero sí le había hecho prometer que llegaría para recogerla antes de las siete.

—No olvides que siempre me encargo de prepararlo todo con mis hermanas.

—Lo sé. Volveré con tiempo de sobra para darme una ducha y llegar a las siete a casa de tu padre.

Después de recoger el coche del concesionario, Alejandro hizo una parada para repostar y a partir de ahí siguió el mismo camino que Benito, con la diferencia de que al llegar a una bifurcación pocos kilómetros antes del lugar de la cita, se encontró con un coche blanco que bloqueaba la carretera.

—Lo que faltaba.

El reloj del salpicadero marcaba las tres. Apurado, hizo sonar la bocina con dos toques breves y alguien se incorporó al otro lado del coche. Alejandro bajó el cristal de su ventanilla y asomó la cabeza. A pesar de la hora, a esa altitud la brisa era mucho más fría y la temperatura del interior empezó a disminuir con rapidez.

—¿Qué le pasa? —gritó.

El conductor del otro vehículo se acercó hacia él. En una mano llevaba la llave del gato y con la otra le hacía gestos para que se bajara. Alejandro esperó a que se aproximara un poco. Llevaba una braga para el cuello y la capucha de la sudadera.

—¿No sabe cambiar una rueda? —preguntó exasperado.

Entre sonidos guturales y lenguaje de signos trataba de explicarle algo mientras caminaba hacia él. «Lo que faltaba», se repitió contrariado mientras salía de su turismo. Le hizo un gesto para que lo siguiera, y cuando Alejandro se aproximaba a su altura, se giró de pronto y le estrelló la llave del gato justo por encima de los ojos. Tras un repentino fogonazo de luz, Alejandro sintió cómo las piernas le fallaban y poco antes de perder el conocimiento notó un chorro de algo caliente que se derramaba desde la frente y le impedía ver bien.

Jueves, 31 de octubre de 2019 • 15:20

Los tres traumatólogos charlaban delante de la casa, junto al pozo, mientras esperaban a Alejandro. Con el paso de los años, sus caminos se habían distanciado pero la camaradería surgida por lo que habían compartido veinte años atrás en el hospital de Guadix seguía ahí, y como buenos veteranos de una guerra sin disparos desempolvaban recuerdos de sus antiguas batallas. A pesar del aire frío y seco de la montaña, el sol aún templaba el ambiente a la espera de un frente que se aproximaba desde el oeste.

—En el PTS[1] las cosas van como siempre —comentó Fernando mientras Juan Diego asentía—. Ya sabes, cambian al gerente, llega el nuevo con muchos planes, pero todo sigue igual.

—¿Cómo te va a ti? —preguntó Juan Diego—. ¿Sigues con el mismo ritmo?

—Más o menos —contestó Benito. Tenía la costumbre de pasarse la lengua por los dientes después de hablar—. Desde luego trabajo mucho más que cuando estábamos en Guadix.

—Trabajas mucho más para ganar mucho, mucho más —repuso Juan Diego con una media sonrisa—. Es lo que tiene el libre ejercicio de la profesión.

—Hay sitio para vosotros, si os interesa —ofreció Benito.

Fernando negó con la cabeza.

—No, gracias —Juan Diego hizo un gesto de rechazo con las manos —. Mi objetivo es justamente el contrario: trabajar menos y ganar lo suficiente. No quiero ser el más rico del cementerio.

—Claro —terció Fernando—. Tú no eres adicto al trabajo. Juegas con ventaja.

Benito lo señaló con el dedo.

—Así que crees que soy un enfermo.

Fernando alzó las manos con cara de inocencia.

—Yo no he sido el que lo ha dicho. —Le dio un par de palmadas en el hombro—. No, en serio —añadió—, estaba a punto de aceptar la vacante de traumatólogo en una privada cuando a Irina le diagnosticaron el cáncer de mama. Ahora me alegro de no haberlo hecho.

—¿Cómo está? —se interesó Juan Diego.

—Muy bien, gracias a Dios —respondió—. Dentro de seis meses tendrá una revisión; serán ya cinco años libre de enfermedad. Eso esperamos.

—Ya verás como sí —afirmó Benito.

—¿Y de ánimo?

—Nerviosa —dijo—. Siempre que se acerca el momento de la

revisión… Los dos estamos un poco nerviosos —reconoció—. Es fuerte, se cuida mucho.

—Todo va a ir bien —insistió Juan Diego mientras Benito asentía.

—No lo dudéis —respondió Fernando con una convicción que quizás no era del todo real.

—¿Seguro que iba a venir? —Benito miró su reloj y cambió de conversación para dirigirse a Fernando, que se encogió de hombros.

—Eso me dijo. —Levantó el rostro hacia la luz del sol y con un gesto rápido se abrió la cremallera de su chaqueta de motociclista.

Benito sacó su móvil e intentó telefonearlo sin éxito.

—Apagado. —Miró el reloj—. Y yo voy con prisa; Geno cree que estoy en el hospital y a las cinco como muy tarde tengo que estar en la consulta. Solo falta que alguien llame a casa y pregunte por mí.

—Este no va a venir —intervino Juan Diego. Su mata de pelo blanco y la leve cojera le hacía parecer el mayor de los tres, aunque la realidad era justo la contraria—. Cuesta volver a los viejos tiempos.

—Le damos diez minutos —propuso Fernando—. Cuando hablé con él no parecía entusiasmado, pero me aseguró que vendría; dijo que inventaría una excusa porque estaba con su mujer.

—¿No es curioso? —dijo Juan Diego—. Todos hemos evitado decir a nuestras mujeres a dónde íbamos.

—Bastante mal lo pasaron entonces —replicó Fernando.

—Pocas veces se me vienen aquellos años a la memoria —continuó Juan Diego—, pero cuando lo recuerdo me cuesta creerlo. Fue todo tan surrealista.

—Todos lo pasamos mal —asintió Benito—. Nosotros, nuestras familias. El bueno de Federico…

—El malnacido de Piñero lo presionó hasta que se rompió. —Fernando terminó la frase describiendo un semicírculo con la punta de su bota en la grava del suelo—. Tendríamos que habernos dado cuenta antes de que era el más frágil de los cinco.

—¿Aún cargas con esa culpa? —comentó Benito—. Déjalo ya —añadió dirigiéndose a Fernando—, solo hubo un responsable de aquello, y ese no eres tú.

Fernando hizo un gesto poco convencido.

—Yo era el más cercano a Federico —dijo con voz cansada—, pero no me pude imaginar que estaba más allá de su límite. Deberíamos haberlo dejado al margen.

—No sigas por ahí —intervino Juan Diego—. Se lo sugerimos, pero él jamás se hubiera apartado; era demasiado orgulloso para eso.

—¿Os imagináis cómo hubiese sido todo si nada de eso hubiera sucedido? —comentó Benito.

—Desde luego no estaríamos aquí ahora —bromeó Juan Diego—. ¿Quién sabe? —Terminó con un encogimiento de hombros.

Los diez minutos pasaron. Luego otros diez.

—Venga, os cuento el motivo de avisaros —arrancó Benito tras otro intento de llamada—. Hace unas cuantas noches, el lunes, volvía a casa después de una tarde de quirófano y paré en un bar cercano a tomar una cerveza rápida; tengo esa costumbre para terminar de desconectar del trabajo antes de llegar a casa.

El bramido de un trueno lejano coreó las palabras de Benito.

—Estaba a punto de pagar cuando un tipo se me sentó justo al lado y pidió dos cervezas; una para él y otra para mí —explicó—. Yo lo miré de reojo. Se veía desaliñado, quizás un poco bebido, y no me era conocido, así que le agradecí la invitación y le dije que tenía que marcharme, pero él soltó: «Será solo un momento, en memoria de los que murieron infectados en Guadix».

Fernando y Juan Diego abrieron mucho los ojos.

—Así me quedé yo. Lo primero que pensé fue que podía ser un familiar de alguno de ellos, y reconozco que me pudo la curiosidad, así que acepté. Me dije que sería poco rato y, sin embargo, estuve con él más de una hora.

—Parece mentira después de tantos años —lo interrumpió Juan Diego—. ¿Qué te dijo?

Benito asintió pensativo. Parecía hacer memoria.

—Sabía muchos detalles de todo lo ocurrido en Guadix: el aumento de infecciones en los quirófanos, la comisión de investigación; de la Guarra —Fernando sonrió—, del cese de Piñero. Me preguntó cuál había sido nuestra auténtica motivación para enfrentarnos con ellos en aquel entonces y reconozco que me costó un poco escarbar hasta el motivo último.

—Creo que no hubo un único motivo —lo interrumpió Fernando—. Es más, creo que no todos nuestros motivos fueron compartidos.

—Está claro —intervino Juan Diego mientras pasaba el brazo sobre el hombro de Benito—. Aquí el caballero quería ser jefe de sección.

—Está bien—continuó el aludido—. La cuestión es que al final le dije que todos estábamos de acuerdo en que no podíamos mirar para otro lado mientras los pacientes operados morían por infecciones graves.

—Cierto —sus dos compañeros coincidieron en eso.

—Murmuró entre dientes que era una cuestión de principios —prosiguió—. Estuvo un rato en silencio; me miraba demasiado fijo y llegó a resultar incómodo. De repente se arrancó a hablar y ahí fue cuando de verdad me dejó intrigado: afirmó que en aquel entonces no supimos ver toda la información que teníamos y llegó a insinuar algo confuso sobre Federico; que quizás él se dio cuenta y su repentina muerte en el hospital fue demasiado oportuna, creí entender. Antes de marcharse me pidió que lo meditara y aseguró que nos veríamos allí

mismo alguna tarde de la semana.

—¿A qué se refería? —preguntó Fernando.

—Era todo muy vago, como si aún no tuviera claro si contármelo —contestó—, pero ese tío sabe cosas. Creo que me estaba tanteando.

—¿Lo ha hecho? —Juan Diego parecía intrigado—. ¿Has vuelto a verlo?

—No —respondió Benito—. Al día siguiente, el martes, me senté en el mismo lugar a tomar una cerveza, pero no apareció. Y ayer tampoco.

—Igual es un pirado —apuntó Fernando.

—Un pirado que sabía lo de Guadix —señaló Juan Diego.

—Puede —concedió Benito—, pero pensé que debía contároslo, de ahí que os haya avisado con tanta premura: este fin de semana asisto a un taller de terapia y prefería dejarlo resuelto antes. Ese hombre sabía bastante sobre todos nosotros y tengo la impresión de que contactó conmigo pero podría haberlo hecho con cualquiera de vosotros. —Bajó un momento la vista al suelo y luego continuó—. Yo también pienso en una casualidad, o quizás es que quiero convencerme de eso, pero hay momentos en los que me asalta la duda: me molesta no saber qué está ocurriendo.

—¿Qué sabemos de ese tipo? —preguntó Fernando; Benito se encogió de hombros:

—Nada —respondió—, pero hay algo que me quedó muy claro: estaba asustado.

—¿Y eso?

—Mientras hablábamos no paraba de mirar hacia la puerta —arguyó—. Y en un momento en que al camarero se le cayó un vaso, el pobre casi se agarra al techo. Parecía un gato escaldado.

—¿Te has planteado hablar con la policía?

—No sabría qué decirles. Además, creo que si hay un motivo real de preocupación, esto nos afecta a todos —respondió—. No creo que esa decisión deba tomarla yo solo.

—Un momento —Juan Diego los interrumpió—. Vamos a imaginar: si el tipo es un pirado, la policía no va a hacer nada, pero si hay alguna relación con lo de Guadix, mejor esperar. ¿Quién sabe? Lo mismo no pudo acercarse esa tarde y se vuelve a encontrar contigo la semana que viene.

Los otros guardaron silencio; el argumento parecía razonable. Fernando fue el primero en hablar.

—Yo creo que nos estamos pasando de frenada. Sinceramente, no creo que tengamos motivo para preocuparnos: podía estar asustado por cualquier otro motivo, y como sigamos por este camino vamos a terminar viendo fantasmas por las esquinas.

Benito miró su reloj. Luego sacó el teléfono y volvió a marcar el

número de Alejandro.

—Sigue apagado —murmuró algo molesto—. La verdad, no me lo esperaba —y luego se dirigió a los otros dos—. Pensad en lo que hemos hablado. Si os parece, lo volvemos a comentar la semana que viene y tomamos una decisión. Intentaré ponerme en contacto con Alejandro; se lo contaré por teléfono y que haga lo que le parezca. Mientras tanto, tened cuidado.

—Y si aparece el desconocido, dile que los cuatro queremos hablar con él —afirmó Fernando—. A ver si habla claro y terminamos con esto de una vez por todas.

Un turismo y una motocicleta abandonaron la finca. Juan Diego, el último en salir, activó la alarma, subió a su coche y se marchó.

Viernes, 1 de noviembre de 2019 • 10:00 h

Una guardia se detuvo junto a la mesa de Claudia y dejó unos folios sujetos con una grapa. «El listado de llamadas de los móviles. Las tarjetas no estaban a su nombre», dijo por toda explicación. Claudia sujetó el auricular con el hombro y le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba. «Enviadlos a Madrid, al servicio de información», le respondió.

Tras finalizar la llamada, se tensó el coletero y buscó un lápiz en el cajón.

Anselmo apareció casi al momento.

—¿Qué es? —preguntó con la vista en los papeles.

—El listado de llamadas de los teléfonos de casa de Ripoll. Hay para echar un rato.

—Te ayudo.

Separaron la grapa y cada uno tomó la relación de llamadas correspondientes a cada móvil. Los dos listados comenzaban en la misma fecha.

—Me da que este hombre cambiaba de teléfonos cada poco tiempo —comentó Anselmo al percatarse del detalle.

Media hora después tenían una relación de nombres y bastantes números de los que no se conocía el titular o ya no correspondían a ningún cliente. Al lado de cada nombre, una cifra indicaba el número de llamadas realizadas. Un par de llamadas a su hermana, bastantes teléfonos de prepago y muchos números de farmacias; un nombre que a Claudia le sonó familiar y resultó ser de un distribuidor de coca de medio pelo; el número fijo de una mujer llamada Pilar García-Modrego Castán y otro par de llamadas a lo que parecía ser una clínica privada.

—¿Qué te parece? —preguntó Anselmo.

—Nada desentona con lo que sabemos del señor Ripoll, a excepción de un detalle.

Anselmo permaneció en silencio y ella señaló con el lápiz un nombre en el listado.

—Pilar García-Modrego Castán. —Acompañó cada palabra con un golpe del lápiz—. Parece un nombre sacado de la realeza. No le pega.

Su compañero se inclinó sobre la mesa y asintió con la cabeza después de leerlo.

—Puede ser —dijo por fin.

—Busca tú la información del centro médico; yo me encargo de la baronesa.

Anselmo marcó el número de la policlínica y Claudia introdujo el nombre y apellidos de Pilar en el buscador. Había muchas entradas,

algunas de ellas con fotografía de la mencionada. En todos los enlaces se hacía referencia a su paso por una compañía farmacéutica alemana y a su importante labor en el desarrollo de dos fármacos que habían supuesto un notable avance en la medicina mundial. En su biografía, Claudia encontró al fin la relación con Óscar: hacía unos veinte años los dos habían trabajado para esa misma empresa. Ella como responsable de la división de investigación, y él como investigador.

—Pásame las fotos de los sobres de dinero —pidió a Anselmo que tenía el expediente sobre su mesa.

Le tendió un portafolios transparente y ella las fue pasando con el lápiz entre los dientes.

—«PG» y «P» —murmuró en voz baja.

Anselmo colgó el teléfono y le preguntó:

—¿Has encontrado algo?

Ella le resumió la búsqueda y le señaló las instantáneas de los sobres.

—Pilar García —dijo—. Tanto la letra «P» como las iniciales «PG» podrían aludir a ella.

—Pues tendremos que preguntarle —concluyó Anselmo—. El otro teléfono corresponde a una policlínica con varias especialidades. He tenido suerte, aunque es festivo han aprovechado para hacer una actualización del programa informático y a los técnicos les queda para rato. He quedado en que pasaremos por allí a primera hora de la tarde.

—Dame un segundo —pidió Claudia mientras descolgaba el teléfono.

Tras una breve conversación se dirigió de nuevo a Anselmo:

—Nos dividiremos —decidió sobre la marcha—. La baronesa vive en una mansión cerca de Motril y me puede recibir también esta misma tarde. Después nos vemos aquí si te parece.

—Sin problema.

Viernes, 1 de noviembre de 2019 • 14:00 h

—¿Cómo tan pronto por aquí? —preguntó Ernesto al verla entrar.

—¿Qué almorzamos? —preguntó ella a su vez—. Voy con un poco de prisa, ahora te cuento.

Desapareció tras la puerta del baño.

Ernesto fue hasta la cocina y pensó en preparar algo de pasta, aunque recordó un par de raciones de crema de lentejas y decidió que, si iba tan apresurada, podía ser más adecuado. Cuando abría la puerta del microondas, ella apareció por detrás, lo hizo girar y lo abrazó mientras le daba un suculento beso.

—Te veo animada.

—Hay carrete del que tirar. —Otro beso.

—Eso es bueno.

—Es muy bueno.

Ernesto aliñó una ensalada de frutas mientras ella colocaba mantel y cubiertos en la mesa de la cocina.

—Tengo que bajar a Motril en cuanto almorcemos.

Él asintió.

—¿Vuelves hoy?

—Espero que sí —respondió ella—, aunque tendré que pasar por la comandancia un rato. Eso si no surge nada más durante la guardia.

—Ojalá que no.

—Te llamaré cuando esté de regreso y ya te digo cómo se presenta la noche. ¿Qué haces tú?

Ernesto alzó la vista de su plato.

—Mis planes son preparar el equipaje y el material para el taller de psicoterapia del fin de semana, y no acostarme demasiado tarde —explicó—. No tan excitantes como los tuyos.

—No te quejes —sonrió ella—. Te espera un fin de semana de lo más interesante.

Ernesto asintió. Dedicado desde hacía muchos años en solitario a su consulta privada, tras empezar a vivir con Claudia se había planteado la posibilidad de incluir la terapia de grupo en su oferta y llevaba meses planificándolo con Lucía, una psicóloga que conoció poco antes de terminar la residencia. Procedente de Argentina, se había instalado en Granada poco después de conocerse, y su relación, basada en un principio en los temas profesionales, terminó por convertirse en una sana amistad. Cuando Ernesto le comentó su intención de organizar un grupo de terapia en su consulta, ella se prestó a ayudarle en lo que necesitara y unos meses más tarde le planteó la idea de coordinar juntos un taller de psicoterapia de un fin de semana completo, que ella realizaba una vez por semestre. Después de hablarlo con unos cuantos

pacientes escogidos, acordaron participar en el taller de noviembre. Eran los más antiguos de su consulta y en las últimas semanas, tras obtener su autorización, había empezado a compartir sus historiales con Lucía.

—¿Estás nervioso? —preguntó Claudia.

—Nervioso no es la palabra que mejor lo define —respondió él—. Yo lo llamaría trema.

—¿Trema? —Sus cejas se elevaron con una sonrisa.

—Es la sensación de tensión que describen los actores de teatro antes de salir a escena. No son nervios exactamente —explicó—, aunque sería peor si te hubieses decidido a venir.

La última frase sonó a leve reproche y Claudia dejó la cuchara y se limpió las comisuras de los labios.

—Te prometí que me animaría, pero luego no lo tuve del todo claro —reconoció.

—Es una lástima. Un taller es una experiencia que al menos habría que hacer una vez en la vida, siempre que se haga con buena disposición. En cierto modo te ayuda a abrir los ojos.

—Me insistes demasiado —Lo observó con la cabeza levemente inclinada—. ¿Hay algo que deba saber? Quiero decir, ¿es necesario para nosotros?, ¿como pareja?

Ernesto meditó un momento la respuesta.

—No es eso. No es imprescindible —aclaró—. Solo pienso que sería bueno para ayudarnos a compartir un mismo idioma. A veces siento que eres demasiado hermética, que guardas demasiadas cosas en tu interior. Tengo la sensación de que te conozco bien, pero al mismo tiempo tengo la impresión de que aún me queda mucho por descubrir. Y tú no lo pones fácil.

Claudia removió el resto de crema en su plato y apartó la cuchara.

—Te aseguro que nadie me ha conocido tanto como tú —dijo con voz pausada—, y es probable que aún te falte mucho, pero no es mi momento para un taller.

—Bueno…

—Es más —Claudia evitó la interrupción—, ni siquiera tengo claro que me apetezca escarbar en eso que quede por conocer. Como tú mismo dijiste, para ir con mala predisposición, mejor no ir.

—Está bien. Quizás haya otra ocasión. ¿A qué hora tienes que salir?

—Un té y me largo. —Recobró la sonrisa mientras dejaba su plato en el fregadero y encendía el calentador de agua.

Viernes, 1 de noviembre de 2019 • 17:00 h

A las cinco de la tarde, puntual como el Big Ben, Claudia pulsaba el botón del portero automático de la entrada de la mansión. En cuestión de segundos, el portón metálico de la finca comenzaba a abrirse con un chasquido. Ella guardó la credencial que había mantenido en alto frente a la cámara y avanzó con el coche por un sendero de grava que atravesaba el frondoso jardín y parecía rodear hacia la zona alta, flanqueado por árboles inmensos de diferentes especies, bajos muros de piedra vieja y alguna que otra estatua cubierta de musgo que parecía observarla al pasar y olvidarse de ella con cierto desdén cuando la rebasaba.

En la explanada frente a la casa, la esperaba para acompañarla un mayordomo tan tieso como el almidón de su uniforme.

—La señora me ha pedido que le pregunte si desea tomar algo —dijo mientras le indicaba el camino—. Me permitiré recomendarle un chai que mezclamos nosotros o una limonada casera.

—La limonada será perfecta, gracias.

Al terminar el tramo de escaleras, Claudia tuvo la sensación de haber viajado a un balneario a principios del siglo pasado. Varios tramos de toldo de franjas en tonos marrón y tierra cubrían una amplia terraza con diferentes grupos de mesas y sillones. Todos distintos, todos acogedores. En la parte central, de un cómodo sillón con amplios cojines se levantó una señora de pelo corto y completamente blanco, con una radiante sonrisa y unos ojos grises e inteligentes.

—Soy Pilar García-Modrego —dijo mientras le ofrecía su mano—. Bienvenida.

—Sargento Claudia Tatsis, Policía Judicial. —La mano de Pilar le resultó cálida y firme. Le señaló el sillón a su derecha.

—Póngase cómoda.

—La sargento Tatsis tomará una limonada —comentó el mayordomo tras un formal carraspeo.

—Yo tomaré otra —dijo ella antes de acomodarse—. Muchas gracias, Alberto.

Mientras el aludido desaparecía en el interior, la dueña de la casa fue directa al asunto:

—Me pareció entender que el motivo de su visita guarda relación con Óscar Ripoll —Claudia asintió—. ¿Qué ha hecho ahora este hombre?

Claudia la miró un instante con interés.

—Me resulta curioso que pregunte eso.

Dejó la frase en suspenso y la señora la recogió.

—Óscar era un investigador brillante —comenzó—, pero carecía de una virtud imprescindible para esa profesión: la paciencia. Quería resultados a toda costa y no fue capaz de comprender que en la investigación farmacológica cada paso se debe dar sobre seguro. —Meneó la cabeza de lado a lado—. Se equivocó. Intentó dar más de un paso antes de tiempo y se despeñó. Y lo que es peor, estuvo a punto de arrastrar a toda la compañía en su caída. Yo lo quería casi como a un hijo, pero las directrices de arriba eran muy claras y me tocó firmar su cese. Desde aquel momento, su vida ha sido un tortuoso camino hacia la perdición, de ahí que le pregunte en qué lío se ha metido esta vez.

Claudia guardó silencio. El mayordomo depositó una bandeja de plata con exquisito cuidado sobre la mesa y se retiró.

—Encontraron el cadáver de Óscar Ripoll hace dos días.

La cara de Pilar compuso una expresión de sorpresa que parecía genuina al tiempo que se inclinaba hacia el respaldo, como si algo la hubiese golpeado.

—¡Dios mío! —acertó a decir con voz entrecortada—. ¿Cómo fue? No estaría usted aquí si…

—Fue un homicidio. —Claudia confirmó su sospecha—. Lamento no poder darle más detalles.

Pilar volvió a acomodarse.

—Pobre…

Claudia asintió un par de veces mientras le daba tiempo a recomponerse.

—Y ustedes creen que yo puedo ayudarles en su investigación.

—Necesitamos datos para componer una imagen lo más completa de la víctima —explicó Claudia—. ¿Cómo se conocieron?

Pilar alzó su blanca cabeza hacia el cielo y pareció dejar ir la vista con las nubes que se deslizaban perezosas hacia levante. Al poco empezó a hablar con voz calmada:

—Fue en 1994. Llevaba varios años en DKL cuando me nombraron directora de investigación y unos meses después Óscar entró en mi equipo. Debía tener unos treinta años y su currículum era brillante, pero lo que más me llamó la atención fue su empuje y su preparación. —Negó con la cabeza con una expresión mezcla de tristeza y nostalgia —. Más allá del trabajo, pasábamos horas charlando: él me exponía ideas que parecían muy novedosas y prometedoras, y yo le hacía la crítica. Es muy estimulante contar con alguien así en un equipo de investigación —concluyó mirando a Claudia a los ojos.

—Antes ha dicho que fue demasiado impaciente.

Pilar afirmó con la cabeza varias veces.

—En la investigación farmacológica hay que ser muy precavido. Algo que parece perfecto en laboratorio, en los ensayos en animales, e incluso en los ensayos con voluntarios, puede venirse abajo cuando se

prueba en pacientes —explicó—. La legislación es muy estricta en estas cuestiones, a veces demasiado, en mi opinión, pero así es como están las cosas. Si te saltas esas reglamentaciones, aunque tengas suerte y consigas buenos resultados, la compañía puede verse en problemas muy serios. Óscar tenía demasiada prisa y falseó resultados de algunos ensayos porque estaba convencido de que su hipótesis era correcta, pero los propios sistemas de control de DKL detectaron el fraude y en 2001 tuve que firmar su despido.

—¿Cómo se lo tomó él?

—Mal —afirmó ella—. El día que le comuniqué su cese en mi despacho se salió de sus casillas. Gritaba que todo aquello era un error, una injusticia. Me amenazó, me suplicó, se echó a llorar como un niño… Creo que ese fue uno de los peores días de mi vida laboral. Y lo cierto es que dijo muchas cosas con las que yo misma estaba de acuerdo, pero había pasado líneas que ya no tenían vuelta atrás.

—¿Cosas con las que estaba de acuerdo?

—Verá. La ética de la investigación es algo que encorseta demasiado la posibilidad de avanzar. Sé que esto le puede sonar raro, pero si queremos avanzar en sanidad, a veces tenemos que correr riesgos, y la cuestión es que la valoración de los riesgos desde el punto de vista de los comités de ética es muy diferente a la que hacemos los investigadores. —Permaneció un instante con la vista fija en ella—. A veces nos exigen demasiada pulcritud, nos piden unas respuestas que no podemos dar, porque precisamente para encontrar esas respuestas es para lo que investigamos. Hay demasiada hipocresía en el mundo, también en el ámbito de la investigación, y por supuesto en el de la ética de la investigación.

—Ya.

—Pero así son las cosas, y para evitar problemas hay que ceñirse a esas directrices —afirmó con rotundidad como si el asunto no admitiese discusión—. El progreso de la farmacología debe basarse en investigaciones éticamente intachables… —De repente se inclinó hacia Claudia y le lanzó una pregunta—. Si los nazis hubiesen descubierto una cura para el cáncer en los experimentos que hacían en sus campos de concentración, ¿sería usted partidaria de utilizarla?

—Supongo que sí —respondió Claudia tras meditarlo un rato—. Es una pregunta difícil.

A Pilar se le escapó una media sonrisa.

—Lo difícil es la respuesta. Podríamos salvar muchas vidas, pero a cambio ¿no estaríamos justificando en cierto modo lo que hicieron?

Claudia lanzó un suspiro.

—No es fácil —concedió Pilar.

—Está insinuando que el despido de Óscar tuvo alguna relación con este tema.

Pilar se echó hacia atrás y se le escapó una carcajada.

—Para nada —afirmó—. Y aunque así fuera, tampoco podría darle muchas explicaciones. En su día firmé una cláusula de confidencialidad con la empresa que me impide entrar en detalles.

—Una orden judicial podría ser suficiente para anular esa cláusula —sugirió Claudia.

—En tal caso, y si mis abogados me lo recomiendan, no tendría ningún inconveniente en comentar los detalles con su señoría —declaró sin inmutarse—. En cualquier caso, estoy segura de que nada de lo que ocurrió entonces les serviría para aclarar el motivo de su muerte.

—Supongo que usted no sabrá de nadie que pudiese ser enemigo de Óscar.

Su anfitriona meditó un segundo.

—Nadie que yo conozca —afirmó—. Imagino que en el mundo en que se movió después pudo buscarse algún enemigo, pero a mí no me consta.

—Volvamos a su relación con Óscar. —Claudia cambió de asunto —. ¿Cuándo lo vio por última vez?

Pilar frunció los labios y entornó un poco los ojos. Una repentina ráfaga de aire hizo que Claudia se estremeciera.

—Déjeme pensar… La verdad es que no lo recuerdo con certeza, pero fue hace varios años. A ver, creo que fue poco después de que nos mudásemos a esta casa. La adquirimos en 2010; el precio bajó tras la crisis de la vivienda, y las reformas nos llevaron más de un año, así que debió de ser a principio de 2012. —Afirmó con la cabeza, ahora con más seguridad—. Una tarde me llamó y se pasó por mi despacho. Yo había planeado jubilarme en uno o dos años y de algún modo debió de enterarse, porque me pidió que antes de dejar la empresa hiciera un último intento por conseguirle un contrato. Le dije que lo comentaría con mi sucesor, pero no quise alimentar en él falsas expectativas; que tuviera la certeza de que la respuesta iba a ser la misma. Al fin y al cabo, aunque se nos pedía opinión, las contrataciones no dependían del puesto.

—Veo que se jubiló muy pronto.

Ella le agradeció el comentario.

—No crea. En breve cumpliré sesenta y cuatro años. —Sonrió—. Me jubilé a los cincuenta y nueve con una buena pensión; creo que me la había ganado.

—¿Alguna conversación después de aquello? ¿Alguna llamada? ¿Alguna noticia suya?

—En tres o cuatro ocasiones habremos hablado por teléfono. Quizá más. A veces me llamaba para comentarme alguna idea que había tenido. —Negó con la cabeza—. No eran conversaciones agradables,

¿sabe? Se ilusionaba con poder salir del agujero en el que se había metido, con poder volver a la investigación. No quería darse cuenta de que su vida de investigador, por buenas que fuesen sus ideas, había terminado después de ir a la cárcel… Supongo que ustedes ya sabrán que estuvo en prisión.

—Claro —confirmó Claudia.

—A veces me pregunto cuál es la decisión equivocada que da origen a que una vida termine en un completo desastre —comentó. La sonrisa se había borrado de su cara—. En el caso de Óscar, cuando miro hacia atrás, tengo la impresión de que cada vez que la vida lo colocaba en una encrucijada, él elegía el camino más directo hacia el infierno.

Claudia miró su reloj e hizo ademán de levantarse. Su anfitriona la imitó.

—Muy agradecida por la conversación —dijo mientras alcanzaba su anorak.

—Ha sido un placer.

De repente Claudia pareció recordar algo.

—Perdone, una última pregunta. —Pilar enarcó las cejas—. ¿Recuerda usted si sus subordinados la conocían de alguna manera en especial?

Pilar frunció la expresión un instante.

—¿Se refiere a un apodo? —Su cara se abrió en una sonrisa incrédula.

—Un apodo, una inicial. Sí, algo así.

—Pues no, que yo sepa —negó ella—. Aunque de haber habido algo de eso, supongo que yo sería la única en no saberlo.

Claudia, ahora sí, se despidió.

—No la molesto más. De verdad que ha sido muy útil poder conversar con usted.

El mayordomo, que debía haber permanecido atento a las dos mujeres, apareció por el extremo de la terraza y se dirigió hacia ellas.

—Alberto la acompañará hasta su coche.

—Por cierto, deliciosa la limonada —se dirigió a los dos—. Ha sido una buena sugerencia.

—Gracias, señora —respondió el aludido, que ya la precedía hacia la escalinata.

Viernes, 1 de noviembre de 2019 • 20:00 h

De vuelta a Granada el tráfico era bastante menos intenso que en dirección contraria a causa del éxodo hacia la costa por el puente de Todos los Santos. Claudia deseó pasar unos días fuera con Ernesto, lejos de todo. «A ver cómo cae el puente de diciembre», se anotó mentalmente echar un vistazo al calendario y quizás darle una sorpresa con alguna reserva. «Lleva unos días un poco raro, y tanta insistencia en que haga el taller de psicoterapia… Debe de ocurrirle algo, a lo mejor son solo los nervios por ser el primero; se lo toma todo muy a pecho. Estaría bien cenar juntos esta noche, pero va a ser complicado».

Decidió llamarlo.

—¿Qué tal? —La voz de Ernesto llenó el habitáculo—. ¿Sigues tan guapa como esta mañana? —Ella sonrió.

—Mucho más —respondió alargando las vocales—. Voy por la circunvalación.

—Pues sigue recto y no te desvíes hasta el pantano.

—Ya me gustaría —contestó ella—. Pero no va a poder ser; me queda un rato en la comandancia, eso si no surge nada más durante la guardia.

—Vale —Ernesto simuló voz de indiferencia—. Tú te lo pierdes.

Ella se echó a reír.

—No seas malo. Creo que llegaré tarde, pero te prometo que mañana desayunaremos juntos, y quizás antes del desayuno…

—¿Una ducha? —respondió inocente.

—¿Juntos?

—Perfecto. De todos modos igual estoy despierto cuando llegues. Un beso.

—Otro.

La música de la aplicación del móvil volvió a sonar, y ella empezó a tararear una cancioncilla pegadiza hasta que entró una llamada de Anselmo: acababa de llegar a la comandancia y quería saber cuánto le faltaba a ella. Diez minutos después, estaban sentados frente a frente.

—Al principio fueron un tanto reacios a darme la información —explicó Anselmo—. Pero cuando les dije que molestar al juez para pedir una orden y ponerlo todo patas arriba iba a ser más engorroso, se han suavizado bastante.

Claudia se echó a reír.

—Resulta que Óscar Ripoll no era exactamente paciente del centro —prosiguió mientras consultaba sus notas—, allí son todos de pago o a través de compañías privadas, y el pobre, ni lo uno, ni lo otro. Pero me han explicado que alguna vez el director pidió a alguno de los

especialistas que lo atendieran por pequeños problemas de salud, como un favor personal.

—¿Es frecuente eso? —se interesó Claudia.

—Me han dicho que es normal con familiares o con algún amigo. Parece un consultorio de lujo, no creo que sea barato.

—¿Quién es el director?

—Es el dueño del negocio, aunque no trabaja allí. También es médico: «A… nes… te… siólogo» —lo pronunció con lentitud para no embrollarse—. Alberto Piñero Galíndez. Cuando volvía caí en la cuenta de que a los apellidos también le encajan las iniciales de los sobres, ¿viste?

Claudia asintió y anotó el nombre. Hizo una búsqueda rápida en la red y Anselmo se colocó de pie tras ella para mirar la pantalla. Aparecían cientos de entradas y artículos con su nombre: un premio nacional de investigación; presidente de la sociedad española de anestesiología, reanimación y terapéutica del dolor; vocal del comité nacional de ética de investigación, conferencias en Europa y América, socio de honor de varias sociedades científicas.

—Es una eminencia, carallo —comentó Anselmo mientras arqueaba las cejas.

Claudia pinchó en uno de los resultados: el doctor Piñero iba a participar en unas jornadas de ética e investigación al día siguiente en Antequera.

—Puede ser una buena ocasión —se dijo.

—¿A las bravas?

—Este hombre pasa mucho tiempo fuera —explicó—. Es posible que tardemos en tener otra oportunidad, y de aquí a Antequera hay solo una hora. Mejor un encuentro casual que una citación, no perdemos nada.

—Como quieras —dijo Anselmo—. Te puedo acompañar.

—Será mejor que vaya sola —opinó Claudia—, voy sin avisar. Me pondré el disfraz de estudiante embelesada para facilitar las cosas.

—Si lo necesitas yo te cubro la guardia mientras estás fuera —Claudia le agradeció el ofrecimiento—. Venga, cuéntame cómo te ha ido con la baronesa.

Claudia le hizo un resumen de la conversación que había mantenido unas horas antes y terminó por comentarle sus impresiones.

—Tiene las cosas muy claras, es una mujer fuerte, rica, poderosa, y por lo que he encontrado en Internet, tiene amigos aún más poderosos.

Anselmo asentía con las cejas arqueadas y las comisuras de los labios inclinadas hacia abajo.

—En ningún momento he tenido la sensación de que no fuese

sincera —continuó Claudia—, aunque tampoco pondría la mano en el fuego porque me haya contado toda la verdad. Me ha parecido una mujer muy interesante y me ha planteado un par de cuestiones que me pueden tener muchas noches en vela.

—¿Como cuál? —Anselmo mostró curiosidad.

—Referentes a la investigación y la ética.

—Fíjate —exclamó Anselmo—. Como el comité del doctor Piñero.

—Cierto.

Una vez terminaron de ponerse al día, Anselmo se despidió no sin antes insistirle en cubrir las horas de guardia que necesitara.

—En serio, avísame si te llaman, ¿oíste?

Cuando se quedó sola, Claudia dedicó casi otro par de horas a investigar al doctor Piñero. Un rostro agradable, moreno, con un bigote bien cuidado y expresión afable. «Demasiado manso», se dijo extrañada. Luego, mientras buceaba en el pasado descubrió que entre 2004 y 2008 había liderado algunos proyectos de investigación financiados por DKL. «Lástima no haberlo sabido antes de la entrevista con la baronesa», pensó, aunque después de leer un poco más comprendió que estaba claro que ambos se habían conocido y que de aquella colaboración salieron los fármacos que les proporcionaron fama y riqueza a ambos.

Recordó la conversación con Pilar y se dijo que, a diferencia de Óscar Ripoll, Piñero y ella sí que habían sabido escoger con sabiduría en las bifurcaciones de la vida. Eso, y un poco de suerte tal vez. O quizás estaba simplificando demasiado y las elecciones eran una cuestión más complicada, más imprevisible: crees que has elegido bien y a la vuelta de unos meses es imposible saber qué hubiera sido de ti en caso de haber escogido la opción contraria. Bueno, no hay que dar tantas vueltas a las cosas, la vida es incertidumbre. Te puedes plantear las decisiones hasta cierto punto, si no, nunca decides, y no decidir también es una forma de decidir.

Terminó con una sonrisa ante su propia ocurrencia y se estiró hacia atrás en su silla con los brazos sobre la cabeza. La mirada distraída fue a caer en el reloj; casi las once y media, buen momento para terminar la jornada. Antes de marchar, abrió la aplicación SIGO[2] para echar una ojeada a las novedades y le llamó la atención, por la cercanía, la denuncia de una desaparición presentada por la esposa de un tal Alejandro Sierra en el puesto de la Guardia Civil de Armilla. «Otro que se fuga con la querida», pensó antes de apagar la lámpara de su mesa y abandonar la comandancia en dirección al pantano.

Sábado, 2 de noviembre de 2019 • 9:00 h

Ernesto llegó al hotel rural diez minutos antes de la hora fijada. Encontró a Carmen, la gerente, dando instrucciones a los dos empleados para terminar de dejarlo todo listo. Lo acordado con Lucía era que en el hotel no quedara ningún trabajador durante el fin de semana, y un servicio de catering sería el encargado de llevar la cena del sábado, los dos almuerzos y el desayuno del domingo.

En la planta baja, nada más entrar, había una recepción no muy decorada. Hacia la derecha, un corto pasillo daba paso al amplio y luminoso comedor; a la izquierda, tras una pequeña cafetería, se accedía al salón que utilizarían para la terapia grupal.

Carmen apareció por la escalera que subía a la planta de las habitaciones. Se dirigió a Ernesto con cierto apuro:

—Tenemos habitaciones sin limpiar, algunos clientes acaban de abandonar el hotel —dijo mientras se frotaba las manos húmedas.

—¿Todas?

—No, la de Lucía y la suya están listas —explicó—. Para el resto hemos pensado dejar una habitación y que puedan acumular los equipajes hasta que estén todas listas.

Lucía, que acababa de llegar, había escuchado sus últimas palabras.

—Ningún problema, Carmen —dijo con una sonrisa—. Está todo bien. A la hora de almorzar adjudicaremos el resto de habitaciones y podrán acomodarse; antes no las van a necesitar.

Quique, el marido de Lucía, apareció con un equipo de sonido y una alargadera enrollada colgada del hombro.

—¿Qué dices, Ernesto? —dijo tras descargarlos junto a la entrada —. ¿Cómo te va?

—Hola, Quique. ¿Te echo una mano?

—Sí. Me vendrá bien.

A falta de media hora para que llegase el autocar con los asistentes, Ernesto subió a su habitación y deshizo la maleta. Ropa cómoda, deportivas, un par de sudaderas. Dejó el pijama sobre la cama y la bolsa de aseo en el cuarto de baño. Pensó que algo en aquella habitación le recordaba a la de Las Negras, en Cabo de Gata, la primera vez que Claudia y él hicieron juntos un viaje. Se habían prometido repetirlo, pero la vida y las obligaciones a veces parecen hacer sus propios planes, y en estos dos años aún no habían encontrado el momento. Se sentía afortunado al pensar en ella y echaba de menos tener tiempo para los dos, sin prisas, sin tener que hacer nada en especial, solo disfrutar de la compañía y dejarse estar. No como esa mañana. El cansancio en exceso no ayuda a la libido, de ahí que las duchas matutinas fueran rápidas e individuales. Claudia

hizo honor a su costumbre y algo apurada tomó una taza de café de un par de tragos y una galleta de avena y naranja; las tostadas, una vez más, quedaron a cargo de Ernesto. Estaba muy guapa esa mañana, con sus tejanos negros, su anorak y una blusa en lugar de su habitual camiseta.

Desde la habitación escuchó el suspiro de los frenos del autocar. Las dos puertas laterales se abrieron y los pacientes salieron a la fría mañana cargados con sus mochilas. El hotel se encontraba a la falda de una escarpa, de tal manera que el sol quedaba oculto tras las montañas hasta bien entrada la mañana y la escarcha cubría de terciopelo blanco la vegetación que se protegía del viento pegada al suelo. Como contrapartida, las puestas de sol eran un espectáculo y la luz dorada bañaba todo el frontal de la construcción hasta la caída de la noche. Se apresuró para bajar a recibirlos: cuatro de los pacientes eran de su consulta y si les ayudaba a entrar con buen ánimo en el taller luego todo sería mucho más sencillo.

—A ver, chicos. —Lucía les hacía señas desde la entrada—. Vayan pasando por aquí. —Con un folio en la mano, en el que había apuntado el reparto de habitaciones, los reunió a todos en la zona de recepción y los fue nombrando para comunicarles con quién compartían dormitorio.

—Las habitaciones no estarán listas hasta poco antes del almuerzo —explicó—, así que tendréis que dejar las maletas en la habitación de Penélope. —Señaló con el bolígrafo a una joven de pelo largo, rubio con mechas oscuras y ojos felinos, que se encontraba cerca de la cafetería—. Es la única disponible por el momento. Dejaremos la llave en recepción por si alguien necesita coger algo: habitación número nueve. ¿Entendido?

Hubo un murmullo a su alrededor.

—Vale —continuó—. Para quienes no hayáis venido nunca a un taller, los móviles estarán apagados y dentro de esta bolsa, y los relojes también. Si alguien necesita hacer una llamada, poner una alarma o lo que sea, que nos lo diga y no será problema, pero no vamos a pasar el taller interrumpidos por la llegada de mensajes ni llamadas. Ahora podéis tomar un café o echar un cigarrillo; en media hora comenzamos.

—¡Señor, sí señor! —exclamó alguien desde el fondo y la ocurrencia levantó un coro de risas.

Ernesto se sentía excitado. Habían preparado a conciencia los trabajos individuales de cada asistente en las dos semanas previas; tanto Lucía como él los conocían a todos como si fuesen propios. Como en una premonición, tuvo la seguridad de que iba a ser un fin de semana inolvidable. Se sintió contento de estar allí, de poder ofrecer algo así a sus pacientes y de compartirlo con Lucía. Con ese

buen ánimo, se dirigió tras ella a la sala de grupo para terminar los preparativos.

Sábado, 2 de noviembre de 2019 • 10:30 h

Claudia leyó el programa que le acababan de entregar: «Problemas éticos de la investigación sanitaria en un mundo globalizado. Conferencia inaugural a cargo del doctor Piñero Galíndez». Si se ceñían al horario, la conferencia debería estar a punto de terminar. Empujó la pesada puerta que daba paso al auditorio y se mantuvo al fondo hasta que los ojos se acomodaron a la penumbra. El salón estaba abarrotado y decidió quedarse en pie. Frente a ella, un foco de luz alumbraba un atril desde el que el orador, con voz seductora, desplegaba sus argumentos con el fondo de imágenes de una presentación elaborada con esmero.

—Es una cuestión de justicia que las cargas y los beneficios de la investigación se repartan de una manera lo más equitativa posible o de lo contrario estaríamos provocando una desigualdad aún mayor. Algo que en nuestro entorno reducido puede ser difícil de imaginar se convierte en un problema acuciante cuando enfrentamos la investigación en un mundo globalizado. El estudio de la azatioprina oral en África es un caso paradigmático: se autorizó el ensayo con el fin de buscar un tratamiento para el virus de la inmunodeficiencia humana, casi de un modo compasivo, hacia países pobres que no podían hacer frente al coste del tratamiento intravenoso, pero cuando se comprobó que ambas vías de administración eran igual de efectivas, todos, pobres y ricos, nos beneficiamos a la par.

Hizo una breve pausa. Tras él, las imágenes de hospitales precarios y campos de refugiados se sucedían a ritmo creciente. El llamativo silencio en el auditorio era el mejor signo de que el orador había conseguido captar la atención del público y Claudia comprendió que en su voz había una curiosa cualidad que hacía sentir que lo que decía iba dirigido solo a ti.

—Si tenemos en cuenta que en aquella época existía el convencimiento equivocado de que el tratamiento por vía oral era mucho menos efectivo, les aseguro que ese estudio jamás se hubiera aprobado en ningún país occidental. Dicho de otro modo: los países ricos les dimos las migajas del festín y al final resultó que las migajas eran igual de suculentas pero mucho más baratas, y entonces nos volvimos a apropiar de ellas.

El vertiginoso pase se detuvo bruscamente en un enfermo extremadamente delgado postrado en una cama; un lento zoom cerraba el encuadre hacia el rostro demacrado para acompañar la última frase de la conferencia

—Espero que a lo largo de las jornadas tengamos la ocasión de debatir sobre esta hipocresía. Muchas gracias.

El auditorio estalló en una ovación como si todos los pares de manos pertenecieran a una única persona. Claudia no tuvo más remedio que reconocer que era un buen comunicador y sabía manejar los recursos a su alcance.

Tras quitarse el auricular con micrófono sin ninguna prisa, las luces de la sala fueron aumentando su intensidad y Piñero bajó del escenario para saludar a los que se encontraban en la primera fila, que aún aplaudían puestos en pie, mientras al fondo las palmas cedían y los asistentes empezaban a dirigirse hacia la salida. Según el programa, tras la conferencia había un descanso de media hora, y Claudia, a contracorriente, avanzó hacia el escenario. Era la ocasión de cruzar unas palabras con Piñero.

A base de repartir con generosidad unos cuantos «perdonen» y «disculpen», por fin consiguió abrirse paso hasta quedar tras él:

—Enhorabuena, doctor Piñero. —Consiguió que su voz sonara cargada de admiración—. Una conferencia magistral.

Piñero se giró con una sonrisa beatífica. Su mirada, al encontrarse con Claudia, estuvo al borde de ser seductora, pero no llegó a traspasar esa línea. Tras un instante incómodo, le tendió la mano.

—Estoy seguro de que no nos conocemos. —La voz sonó como una caricia—. Alberto Piñero.

—Claudia Tatsis —correspondió ella con una mirada embelesada, y luego, con la expresión más inocente que pudo componer, añadió—. Sé que estará muy solicitado, pero me encantaría que pudiese dedicarme unos minutos.

Piñero miró su reloj y volvió a mirarla a ella.

—Está bien. Si me acompaña tomaremos un café.

Claudia lo obsequió con una luminosa sonrisa y se dirigió hacia el exterior del auditorio seguida de Piñero, pero cuando se encaminaba hacia las mesas con jarras de zumo y repostería a granel, él la cogió por el brazo.

—A la cafetería del hospital —explicó—. Aquí pasaríamos el descanso en cola y saludando; hay demasiada gente.

Cambiaron de dirección y recorrieron unos cuantos pasillos; Claudia tuvo la impresión de que debía conocer bien el hospital y al poco estaban sentados a una mesa, ella con un té negro y Piñero con un zumo y un minibocadillo.

—Entonces, ¿le ha gustado la charla?

—La verdad es que solo he escuchado el final.

—Ah —pareció decepcionado—. Y dígame, ¿cuál es su especialidad? Pensaba que en este peculiar mundillo nos conocíamos todos.

—Lo cierto es que soy policía judicial. —Decidió poner fin al trampantojo y Piñero respondió con una sonrisa de compromiso—. Sé

que está muy ocupado, así que iré directa al asunto.

—Usted dirá —dijo mientras juntaba las manos con los dedos enlazados alrededor del vaso.

—¿Conoce usted a Óscar Ripoll?

Piñero se echó hacia atrás y asintió con semblante serio.

—Lo conocía desde hace muchos años. Una lástima.

—Veo que le ha llegado la noticia.

Él asintió otra vez.

—Lo leí en la prensa.

—¿Cuál era su relación con él?

Piñero se acomodó en el asiento y entornó un poco los ojos.

—Nos conocimos hace mucho, en los noventa —comenzó—. Él era un joven investigador con muchas ideas interesantes. Yo había regresado poco antes de una beca en Londres y acababa de hacerme cargo de la jefatura de servicio en el hospital de Guadix.

—Anestesiólogo, ¿verdad?

—Correcto. Como le decía, nos conocimos en un congreso. La empresa para la que él trabajaba acababa de aprobar una línea de investigación centrada en mi especialidad y él era miembro de ese equipo.

—¿Trabajaron juntos en esa investigación?

—No exactamente. Desde que se pusieron en contacto conmigo hasta que empezamos a trabajar realmente pasaron unos cuantos años —explicó—. En realidad, mi colaboración tenía más que ver con las fases avanzadas de la investigación, pero ya tenía relación con ellos y de algún modo también participé en las fases más teóricas. Sin embargo, poco antes de llegar yo, Óscar debió hacer algo bastante grave y lo cesaron de un día para otro.

—¿Alguna idea de qué fue lo que hizo?

—No —respondió—. Nadie me explicó nada. Tuve la impresión de que se trataba de un asunto espinoso y no me pareció apropiado inmiscuirme.

Claudia asintió y pasó unas hojas en su libreta.

—¿Conoce a Pilar García-Modrego?

—¿A doña Pilar? —enarcó las cejas—, por supuesto. ¿Ha hablado con ella?

—¿Ha tenido relación con Óscar Ripoll en los últimos años? —Claudia obvió la pregunta de Piñero.

—Al principio me llamaba con frecuencia —dijo él—. Era una situación curiosa. Por un lado me contaba sus hipótesis de investigación para que yo los convenciera de continuar con esas líneas; por otro lado, pretendía que influyera en Pilar para que volvieran a contratarlo —se detuvo un momento, pensativo—. Personalmente creo que estaba desesperado: era muy brillante, y

cuando te explicaba sus ideas era tal el entusiasmo que resultaba contagioso, te convencías de que aquello tenía que funcionar. Creo que él era consciente de su propia valía y lo sacaba de quicio pensar que todo su potencial se iba a desperdiciar, de ahí su angustia.

Claudia asentía en silencio mientras tomaba notas.

—Es como si a Mozart, a la edad de quince años, le hubiesen prohibido volver a acercarse a un piano —siguió Piñero—. No sé si me estoy explicando.

—Creo que lo entiendo —confirmó Claudia—. ¿Volvieron a verse después de que él saliera de la cárcel?

—De forma esporádica —respondió—. A partir de la cárcel tomó conciencia de hasta qué punto se había fastidiado la vida y tengo la sensación de que le avergonzaba encontrarse conmigo. Alguna vez me pidió dinero prestado y se lo di. Los dos sabíamos que lo más probable era que nunca me lo pudiese devolver, pero era preferible así: mantener esa apariencia le hacía sentirse menos humillado —añadió con expresión apesadumbrada.

—¿Recuerda cuándo fue la última vez que le pidió dinero?

Piñero apretó los labios como si hiciera un esfuerzo.

—No sabría decirle. Quizás haga un par de años.

—¿Sabe si había alguien más a quien pidiera dinero?

Piñero se limitó a negar con un gesto.

Claudia iba a hacer otra pregunta, pero Piñero la interrumpió.

—De verdad que me molesta tener que dejar la conversación —señaló su reloj—, pero no me queda más remedio que volver al auditorio; soy el moderador de una mesa redonda.

—¡Oh, claro! —exclamó Claudia—. Lamento haberle robado unos minutos de su tiempo, pero necesitamos hacernos con un perfil del fallecido.

—Es lógico —contemporizó Piñero—. Tienen que hacer su trabajo. Le aseguro que me sabe mal no poder continuar. Si le parece, le dejo mi tarjeta —echó mano a su cartera—. La última semana de noviembre estaré en Granada, si me telefonea le prometo encontrar tiempo para que podamos hablar con más calma. Será un placer colaborar con usted.

Claudia tomó la tarjeta con una inclinación de cabeza y la colocó entre las páginas de la libreta.

—Una última pregunta —dijo antes de levantarse—. ¿Cree usted que es correcto utilizar los conocimientos científicos obtenidos en investigaciones no éticas?

—¿Tiene algo que hacer en el fin de semana? —preguntó con una ceja arqueada y después dejó escapar una sonora carcajada ante el desconcierto de Claudia—. Es precisamente el tema sobre el que vamos a debatir en estas jornadas y dudo mucho que lleguemos a una

respuesta definitiva. A lo mejor una visión más fresca podría venirnos bien —añadió mientras la señalaba con el dedo—. Mi opinión personal es que el sufrimiento de las víctimas debe ser reparado y compensado en la medida de lo posible, y quizás un modo de reparar la injusticia sea reconocer que gracias a ese sufrimiento se ha conseguido mejorar la salud de otras muchas personas. En cuanto a los investigadores de esa calaña, creo que el castigo debería ser tan ejemplar como para disuadir a cualquier otro de seguir su ejemplo.

—Parece un buen punto de partida. —Ambos se levantaron.

—Ya sabe —dijo él como despedida—. Llámeme alrededor del día veinte y le prometo que nos veremos sin prisas.

Sábado, 2 de noviembre de 2019 • 21:00 h

Poco antes de la hora de cenar, Lucía y Ernesto dieron por concluida la sesión de tarde del taller y tras una ronda de intervenciones de cada participante para nombrar con una sola palabra cuál era su estado de ánimo en ese momento, se acercaron a una de las máquinas expendedoras para sacar una cerveza bien fresca.

—Prefiero una caña bien tirada —comentó Lucía—, pero esto servirá.

Dio un primer sorbo directo de la lata y luego vertió el resto en un vaso alto.

—¿Qué tal tu primer taller?

—Agotador —respondió Ernesto sonriente mientras hacía lo propio con su cerveza—, emocionante, maravilloso.

—Sí —Lucía alargó la sílaba—. A partes iguales.

La sesión de la mañana había comenzado con algunos trabajos generales para tejer una sutil red entre ellos, para que dejaran de ser extraños, y luego había continuado con trabajos más específicos, en grupos pequeños, en los que cada participante tuvo que anotar sus puntos fuertes y sus puntos débiles en hojas de papel que terminaron convirtiendo en bolas arrugadas y colocando en dos bolsas separadas. Después del almuerzo y tras un breve descanso, habían comenzado con los trabajos individuales. Por turno, cada paciente tomaba su bolsa de debilidades y las leía en voz alta con una mínima explicación. Ernesto o Lucía, según a qué consulta perteneciera, seleccionaban una de las debilidades y a partir de ahí se desarrollaba el trabajo personal, a veces en solitario, a veces con ayuda de compañeros. Algunos trabajos espectaculares, otros mucho más íntimos, pero la intensidad de casi todos había sido muy buena gracias a la implicación de los participantes y a la experiencia de Lucía a la hora de dinamizar el taller. Cuando hicieron la pausa para cenar, casi la mitad de los pacientes habían completado su primer trabajo personal.

—Verdaderamente es muy difícil de describir —añadió Ernesto—, es demasiado vital, toca en zonas muy profundas.

—Están trabajando muy bien, incluso los más nuevos.

—No puedo comparar con otros talleres —aclaró él—, pero los veo a todos muy entregados.

Lucía asintió.

—Son un buen grupo. Nos lo están poniendo muy fácil, y te aseguro que no siempre es así.

—Benito ha trabajado con mucha soltura, y las otras dos chicas de su grupo han colaborado con mucha gracia. Para mí, ha sido un ejercicio muy divertido y de gran profundidad al mismo tiempo.

—Los tres están en el mismo grupo y llevan bastante tiempo juntos. Se conocen bien, y Benito es un tipo entrañable y muy ocurrente.

Ernesto asintió tras dar un buen trago.

—La que me preocupa más es Penélope —continuó Lucía—. Ha sido la última en entrar en ese grupo, lleva mucho menos tiempo en terapia y aún sigue demasiado cerrada; incluso en las sesiones individuales me cuesta sudores conseguir que se muestre.

—Tiene una belleza muy dura —comentó Ernesto—, y una mirada realmente fría. Da la imagen de ser una persona resuelta, aunque es verdad que se ve menos integrada que el resto.

—La que menos, diría yo —Lucía giró la cabeza y la encontró al momento. Sentada en una mesa, bebía a pequeños sorbos un batido de chocolate mientras conversaba con Benito—. Todavía no lo tengo del todo claro, pero creo que esa coraza oculta un interior demasiado frágil.

—Toda una defensa.

—Para no llegar a esa parte oscura —confirmó ella—. Debe de haber demasiado miedo, o dolor, guardado ahí dentro.

Lucía apuró su cerveza y se alzó del taburete para volverse hacia el resto. «Chicos, vayan pasando al salón para cenar», anunció con voz de mando.

—La que me ha sorprendido ha sido Lola —retomó la conversación —. Parece increíble que hace solo un par de años fuese una mujer hundida. Has hecho un muy buen trabajo con ella.

—Es lo opuesto a Penélope —comentó Ernesto—. Una fachada de fragilidad que encierra un interior muy potente. Solo tuve que ayudarla a romper ese cascarón, y a partir de ahí, lo demás vino rodado.

—Tengo ganas de verla trabajar.

—Y yo a Penélope —respondió Ernesto, pero Lucía meneó la cabeza con gesto serio.

—Intentaré animarla, pero sin presión —explicó—. Temo que al final no se preste a su ejercicio individual; ya veremos.

Nada más pasar al salón sonó el timbre de la entrada. Era Claudia, que tal como había prometido a Ernesto, si la guardia estaba tranquila subiría a cenar con ellos. Rodeó la mesa que compartían los dos terapeutas para dar un beso a Ernesto y se sentó en una de las dos sillas libres.

—Vaya cara de cansado tienes —exclamó al fijarse en él—. Por fin trabajas en algo serio —añadió en voz más baja y con sonrisa traviesa.

—Me dijo Ernesto que no podías venir al taller por las guardias —dijo Lucía—. ¿Cómo va?

—Por el momento tranquila —respondió Claudia mientras se colocaba la servilleta sobre los muslos—. Estoy más ocupada con un

asesinato que se cometió a primeros de semana.

Lucía torció el gesto.

—Menudo trabajo.

Claudia arqueó las cejas.

—Las miserias humanas o sus efectos —respondió—. Creo que en ese sentido nuestras profesiones no difieren demasiado.

—¿Algún avance? —se interesó Ernesto—. Ayer parecías bastante animada antes de bajar a Motril.

Dejó escapar un resoplido.

—No demasiado. Es todo muy vago por el momento —contestó—. Para lo que sí me han servido las dos entrevistas ha sido para hacerme una idea de la historia del fallecido. —Luego se giró en su silla y paseó la vista por el salón lleno de pacientes en animada charla—. Una historia desgraciada que de haber tenido contacto con vosotros hubiese podido mejorar algo.

—¿Y qué tal con los entrevistados? —preguntó Ernesto—. ¿Colaboradores o reticentes?

El camarero se acercó con la lista de menús para preguntar qué cenaría Claudia y ella eligió pescado.

—Colaboradores —continuó—. Dos personas que han triunfado en su profesión y no parecen temer a nada ni tener nada que ocultar.

Lucía arqueó las cejas y Claudia matizó el comentario:

—Nada referente al asesinato, quiero decir. Los dos dan la sensación de tener absoluto control sobre su propia vida, justo lo contrario al retrato que me han hecho de la víctima.

—¿Quiénes son? —se interesó Lucía.

—Ella es una señora de casi setenta años, investigadora de una compañía farmacéutica. Su equipo consiguió desarrollar un par de fármacos que han revolucionado la anestesia y la inmunoterapia, y eso le permitió retirarse con una jugosa pensión —explicó—. Ahora es la propietaria de un antiguo hotel que ha convertido en su vivienda, entre Motril y Torrenueva —y añadió con la mirada fija en Ernesto—. Ni te imaginas qué sitio.

—Envidiable —comentó Ernesto, y luego con voz más grave y pausada, añadió—. Habrá que encontrar qué terribles secretos esconde esa fabulosa vida.

—La entrevista de hoy ha sido muy breve —continuó—. Un anestesiólogo que parece haber conseguido llegar a los lugares más altos que su profesión le permite y que, por cierto, también colaboró en el desarrollo del anestésico. Es miembro destacado o presidente de todas las sociedades científicas que tienen relación con su especialidad y parece que sigue hacia la cumbre.

—¿Más? —preguntó Lucía.

—Ya ha estado en las quinielas para ministro de sanidad o de

investigación —afirmó Claudia—. No me extrañaría que en alguna remodelación del gobierno terminen por ficharlo. He tenido oportunidad de ver el final de su conferencia y por la sensación que transmitía el auditorio, creo que ha debido de ser espectacular. Desde luego era un tema interesante; no me hubiese importado escucharla desde el principio.

—¿Y en la entrevista? —indagó Lucía.

—Seductor, seguro de sí mismo, irónico, directo.

—Un tipo peligroso…

—Supongo que podría serlo —concluyó Claudia—. Si llega a un ministerio lo imagino capaz de lo mejor o de lo peor, sin término medio.

Carlos, uno de los pacientes, se acercó a la mesa con timidez y llamó la atención de los terapeutas. Al parecer la máquina expendedora de botellas de agua estaba atascada y quería saber si había algún otro sitio en el que pudieran conseguirla. Lucía compuso un gesto contrariado.

—Perdonad un segundo. —Se levantó y salió hacia la cafetería seguida por el paciente.

—Creo que es de las pocas cosas que consiguen enfadarla —comentó Ernesto a Claudia—. Esas pequeñas contrariedades cotidianas; lo que se estropea y se convierte en una molestia.

—Y te interrumpe una buena conversación —completó Claudia.

Lucía regresó unos minutos después. Se paró en el centro del salón y alzó la voz:

—A ver chicos, escuchen un momento. La máquina de botellas de agua se ha estropeado.

Hubo un murmullo entre los pacientes.

—Ya he avisado al catering para que mañana al desayuno traigan suficientes —aclaró alzando una mano—. Para esta noche tendrán que aprovechar bien las que tengan empezadas, y de todas formas en el minibar hay dos botellas de medio litro por persona. No olviden que el agua de los grifos es de pozo y no es apta para beber, así que compartiremos lo que tengamos hasta mañana. La situación es desesperada, pero creo que podremos sobrevivir —terminó con una broma que levantó algunas risas.

—Pensé que ocurría algo más grave —comentó Claudia extrañada —. El joven que os ha avisado parecía demasiado nervioso.

—Cierto —dijo Lucía—. Y el simple hecho de que sea él quien se ha acercado a decírnoslo ya es un triunfo.

—¿Y eso?

—Lo que nos sucede en la infancia es la clave —afirmó Lucía—. Carlos lo tiene todo: inteligencia, bondad, empatía… Todo lo necesario para ser un líder, pero le falta algo tan fundamental como la

fe en sí mismo; la autoestima necesaria para ceder los éxitos como si fuesen del equipo y asumir los fracasos como propios.

Claudia la observó sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Cualquiera lo diría —comentó.

—Puedes estar segura.

—¿Y el remedio?

—Es difícil —respondió Ernesto—. Hay un periodo crítico en el que es imprescindible que nos sintamos queridos —explicó—. Pase lo que pase, hagamos lo que hagamos, aunque merezcamos un castigo, ese amor incondicional debe estar siempre por debajo, como una melodía de fondo. Cuando eso no ocurre, los cimientos de la persona no se desarrollan bien; se tornan frágiles, se quiebran.

—Y a nosotros nos toca buscarles unos cimientos nuevos y enseñarles a confiar; pero no serán los suyos y nada será igual —concluyó Lucía—. Carlos tiene por delante un largo camino.

Después del paréntesis, la conversación transcurrió por temas más cotidianos y al poco rato Claudia se despidió y Ernesto la acompañó hasta la explanada. Tras los postres, algunos pacientes habían decidido quedarse en la cafetería para tomar una copa, pero Ernesto y Lucía declinaron la invitación; el día había sido intenso y el siguiente prometía ir por el mismo camino. Antes de subir, Ernesto comprobó con regocijo que Penélope y Benito seguían de conversación y se disponían a compartir un rato de relax con el resto. «Quizás sea esto lo que necesite para bajar un poco la guardia», pensó con una punzada de lástima hacia la joven, «ojalá lo consiga».

Unos minutos después, tras un breve paso por el aseo, Ernesto caía en un profundo sueño.

Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 9:00 h

Despertó a las siete en punto, su hora habitual, después de dormir de un tirón. Recordó el asunto de la máquina estropeada y sintió sed, así que abrió el minibar y se bebió de un trago más de la mitad de una de sus dos botellas. Directo a la ducha, advirtió que la mañana parecía despejada y se propuso dar un paseo por los alrededores antes de desayunar. El intenso frío resultaba estimulante y comprobó con satisfacción que el cansancio de la noche anterior se había esfumado bajo el edredón.

Con buen ánimo y ganas de retomar los trabajos se encaminó hacia el comedor, donde la mayoría de los pacientes degustaban un variado buffet de desayuno mientras hacían bromas con la recién llegada remesa de agua y la terrible sed padecida durante la noche. Tras cargar un par de platos con fruta y tostadas, se acercó a la mesa en la que había cenado la noche anterior. Lucía ya estaba a mitad de su desayuno y Penélope, sentada a su lado, se pasaba la mano por la tripa.

—He pasado mala noche —explicaba la joven en ese momento—. He vomitado un par de veces. Pensé que así me sentiría mejor, pero sigo con mucho dolor de barriga.

Noemí, una paciente de aspecto nervioso, de pie junto a Penélope, confirmó las palabras de su compañera:

—La pobre lo ha pasado mal —mientras hablaba, le pasó una mano cariñosa por el pelo.

—¿Tomaste algo después de la cena? ¿Alcohol? —preguntó Lucía.

—No tomé nada —negó ella—. Empecé a encontrarme regular un poco después de cenar y me fui pronto a dormir.

—Nos subimos juntas antes de las doce —intervino su compañera.

Lucía frunció las cejas.

—Esperad un momento —dijo—, a ver si me entero. Vosotras dos no estabais en la misma habitación.

—No —aclaró Noemí—. Lo que pasa es que como al final no vino la que compartía habitación con Penélope y a mí me tocaba dormir con Benito, y él ronca bastante, antes de la cena le pedí el favor a ella de que se cambiara de habitación con él —Lucía hizo un gesto de entendimiento, pero ella continuó la explicación—. Y como en la habitación de Penélope había una cama doble y una supletoria, que es más incómoda, decidimos pasar allí a Benito y que ella se viniese a la mía, que tiene dos camas individuales.

—Entendido —Lucía sonrió a Noemí y luego volvió a dirigirse a la enferma—. Cuando bajen todos veremos si alguien trae analgésicos o algún protector para el estómago. Intenta tomar un yogur o algo

líquido si te apetece, y si te encuentras muy mal y no estás para seguir, pedimos un taxi y que te lleve a casa.

—Si hace falta yo te llevo —intervino Ernesto.

—Muchas gracias —respondió Penélope compungida y se levantó para volver a su mesa.

Ernesto miró a Lucía con gesto serio.

—Tiene mala cara —comentó.

—Nunca la he visto así.

—Esperemos que no sea un problema con la comida del catering.

—¿Tú crees? —dijo Lucía con los ojos muy abiertos—. Espero que no o vamos dados.

Ernesto engulló su desayuno y se acercó a los pacientes de su consulta para preguntarles cómo se encontraban. Ninguno había tenido síntomas de indigestión, ni la más ligera molestia, y un par habían tomado para cenar o para almorzar lo mismo que Penélope. Tranquilizado tras escucharlos, regresó a la mesa de Lucía.

—No parece que tenga que ver con la comida —Lucía había tenido la misma idea y también lo había comentado con otros pacientes.

—Bueno, solo falta Benito, pero retrasarse es una costumbre habitual en él —dijo más tranquila—. A ver si podemos empezar a las diez, que hoy nos espera un día intenso.

Diez minutos después, Benito seguía sin aparecer, y Lucía, con cierto enojo, envió a Noemí para que le aporreara la puerta de la habitación si era necesario. Noemí regresó al poco. «No se despierta», dijo a Lucía, «no se escucha nada dentro, ni roncar».

Contrariada, Lucía subió acompañada de Noemí y poco después la joven, con gesto preocupado, volvía a bajar en busca de Ernesto.

—Lucía dice que subas.

Tuvo un mal presentimiento al ver la expresión de Noemí y le pidió que esperase allí. A la carrera subió el piso de escaleras y llegó donde Lucía lo esperaba.

—Es muy extraño —dijo ella—. No contesta y no se oye nada.

Ernesto probó a golpear la puerta y repetir el nombre de Benito un par de veces, convencido nada más hacerlo de que nadie iba a responder.

—¿Hay otro juego de llaves?

—Supongo que sí, pero no tengo ni idea de dónde pueda estar. —Echó mano a su teléfono y marcó el número de la dueña del establecimiento—. En recepción, junto al cajetín de las llaves, en un llavero con cabeza de león.

En un instante Ernesto regresó con la llave maestra y la introdujo en la cerradura. Antes de abrir, miró un segundo a Lucía con la certeza de que el taller acababa de terminar. La llave giró sin trabajo y Ernesto hizo una profunda inspiración antes de empujar la puerta.

Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 09:30 h

—¿Claudia? Soy yo —dijo Ernesto intentando aparentar una calma que no sentía—. Hemos encontrado muerto a uno de los pacientes.

Le explicó que el cuerpo se encontraba atravesado en la cama, y que había restos de vómito en el suelo y en las sábanas. Estaba solo, con la puerta cerrada por dentro, no había compartido habitación con nadie y no había nada extraño, a no ser por un olor que perfectamente podía ser debido al vómito.

—¿Olor a qué? —preguntó ella.

—No lo sé —respondió mientras se esforzaba—. Fue en el momento de abrir la puerta, un olor muy tenue que me recordó al butano, nada más.

Claudia preguntó si el paciente padecía alguna enfermedad conocida y Ernesto le cedió el móvil a Lucía. Al parecer era un hombre sano, sin vicios conocidos salvo el trabajo. Lucía le devolvió el teléfono a Ernesto.

—¿Qué hacemos?… De acuerdo.

Lucía lo observaba con mirada expectante.

—Tenemos que avisar al puesto de la Guardia Civil de Alfacar —explicó—. Ella los va a llamar también. Debemos cerrar la habitación sin tocar nada y reunir al resto de pacientes en el salón.

Lucía soltó un suspiro de resignación.

—¿Va a venir Claudia?

—Sí

—Dios mío —murmuró—. Pobre Benito, ¡qué desastre!

—Tendremos que hablar con los pacientes —sugirió Ernesto— y cuanto antes, mejor. Imagino que ya se huelen algo extraño.

Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 9:40 h

El ambiente en la sala de grupo era muy distinto al del día anterior; demasiada inmovilidad y silencio en un espacio que horas antes bullía de vitalidad. Se veía a algunos pacientes solos, con lágrimas en los ojos, y otros sentados en el suelo con la vista perdida. De cuando en cuando alguien se abrazaba y volvían a brotar las lágrimas acompañadas por miradas de incredulidad; nada conseguía apartar la sensación de ausencia, como si el vacío hubiese tomado cuerpo. De repente todas las bolsas con las debilidades y las fortalezas, el equipo de sonido, los cojines y las mantas para el suelo parecían tan huérfanos de sentido como los viejos juguetes de una guardería abandonada.

Lucía y Ernesto los habían reunido poco antes de que llegara la pareja de guardias y les habían dado la noticia con la mayor suavidad de que fueron capaces, aunque una noticia como esa, se dé como se dé, no deja de ser como un sartenazo en la cara; el dolor tarda en llegar, pero cuando llega duele mucho. Y así, a la perplejidad inicial siguieron los «no es posible» y luego los llantos.

El jefe de la pareja de civiles subió con Lucía y Ernesto a la habitación y les pidió que esperasen al final del pasillo. Casi desde la puerta echó una ojeada y volvió a salir.

—Usted es médico y ha comprobado que está muerto, ¿verdad? —preguntó a Ernesto mientras cerraba con llave.

—Sí.

—Muy bien. ¿Ha tocado algo?

Ernesto hizo memoria.

—No sé. Supongo que la sábana… Creo que nada más. Quizás la cama.

—Está bien. Nadie debe subir a esta planta por ahora. Imagino que en la de abajo hay servicios.

—Dos dobles—confirmó Lucía.

—De momento esperaremos a los de la judicial —aclaró—. Viene una sargento de la comandancia y otro desde Alfacar, no pueden tardar.

Como si esperase que alguien lo anunciara, nada más callar el jefe de la patrulla se escuchó el inconfundible roce de unos neumáticos sobre la grava de la explanada y uno de los guardias salió a recibirlo. Se presentó como el sargento Peinado y con tono afable hizo algunas preguntas a Lucía y Ernesto que no se prolongaron demasiado.

—De modo que era un tipo sano que estaba aquí por un taller de psicoterapia desde ayer por la mañana —enumeró—. En todo el día no le ocurrió nada reseñable y cuando se fue a dormir parecía en perfecto

estado de salud. Ha dormido solo y nadie lo ha visto con vida desde entonces.

—Así es —confirmó Lucía.

—¿Alguna noticia desde el exterior, alguna llamada?

—Al llegar los pacientes les requisamos los teléfonos —dijo ella. El sargento la miró curioso, aunque se abstuvo de comentar nada, pero Lucía se lo explicó—. Pueden utilizarlos cuando quieran, cómo no, pero Benito no pidió su móvil en ningún momento durante la tarde ni por la noche. —Miró a Ernesto, quien confirmó con un asentimiento.

—¿Han avisado a la mujer del fallecido?

—Hace un momento, al poco de llegar sus compañeros —dijo Ernesto—. No creo que tarde más de media hora.

—Perfecto —luego se dirigió a Ernesto—. Usted ha entrado en la habitación y lo ha encontrado en la cama con restos de vómito. ¿Algo más?

Ernesto negó con la cabeza.

—La sargento Tatsis me ha llamado mientras venía hacia aquí —continuó—. Al parecer percibió en la habitación un olor peculiar.

Ernesto empezó a temer que hubiese dado demasiada importancia a algo tan sutil por el simple hecho de habérselo mencionado a Claudia y trató de remediarlo.

—Al entrar, mi primera impresión fue que había olor a butano, pero era algo muy tenue —explicó mientras se frotaba las manos—. La verdad es que pudo ser el olor del vómito.

El sargento asentía mientras añadía algo a sus notas.

—Muy bien —dijo mientras cerraba su libreta—. Voy a hablar con el juzgado de guardia. Calculo que tendremos que esperar al forense.

—¿Qué hacemos con la esposa?

—Me temo que al piso de arriba no va a poder subir nadie sin mi permiso. —Fue tajante en cuanto a ese extremo—. Es probable que tenga que esperar un buen rato; lo mejor será que le busquen algún lugar en el que pueda estar tranquila.

Dicho esto, se alejó con el móvil mientras los dos guardias de la patrulla permanecían frente al mostrador de recepción, junto a la subida de escaleras y el ascensor. Después de la llamada al juez de guardia, el sargento Peinado charló brevemente con Noemí y con Penélope.

—Esta chica está fastidiada —comentó a Lucía tras hablar con ella, y era cierto que permanecía sentada en una silla con las manos sobre el abdomen y la espalda algo flexionada hacia delante.

Ernesto se acercó y dio su opinión:

—El taller ya ha terminado —dijo dirigiéndose en especial a Lucía —, quizás deberían verla en urgencias en cuanto sea posible.

—Me gustaría esperar al forense —meditaba el sargento—, aunque

si lo ven necesario avisaremos a emergencias.

—No está peor que en el desayuno —respondió ella volviendo la cabeza hacia la sala de grupo.

Uno de los guardias avisó desde la recepción:

—Ha llegado el forense.

El sargento se acercó hasta la entrada para recibirlo y ponerlo en antecedentes, y juntos desaparecieron por la escalera hasta la planta superior de manera que sus voces se fueron perdiendo. Al poco, un guardia civil localizó a Ernesto y lo invitó a subir.

—Soy el doctor Medina —se presentó el recién llegado mientras le estrechaba la mano, un hombre algo más bajo que él, bronceado y en buena forma, con una gran entrada que se extendía hasta la coronilla y unos ojos joviales tras unas gafas redondas sin montura. Unos metros más allá, Ernesto pudo ver que la puerta de la habitación permanecía cerrada y que el sargento de la Policía Judicial se encontraba en pie ante ella—. Me han comunicado que usted descubrió el cuerpo y que al entrar notó un olor extraño.

—Doctor Pérez Quiroga —le correspondió Ernesto—. Sí, fue justo al abrir la puerta. Olía a vómito, pero había también un tufillo diferente que me recordó al butano.

El forense asintió pensativo.

—Espere aquí —le pidió con una breve sonrisa.

—Abra, por favor —se dirigió al sargento que al momento sacó la llave y le franqueó el paso.

El forense empujó la puerta despacio, como si no quisiera despertar al muerto. Las aletas de su nariz se elevaban con cada inspiración. Entró seguido por el judicial y cerró la puerta tras él. Pasaron unos minutos hasta que la puerta volvió a abrirse.

—¿Hay alguien más con síntomas intestinales en el hotel?

—Una chica —respondió Ernesto de inmediato.

—¿Dónde puedo examinarla?

—Mi habitación está abierta, es la número dos —respondió Ernesto tras meditar un momento—. Iré a buscarla.

—Será mejor que no suba aquí —comentó el forense mientras el sargento lo secundaba con un gesto negativo de su cabeza.

—¿El comedor? —ofreció Ernesto—. Está vacío.

Los dos funcionarios asintieron y se encaminaron hacia la escalera precedidos por Ernesto, que tras señalarles el corto pasillo de la izquierda, se separó de ellos para buscar a la paciente.

El aspecto de Penélope al llegar frente al forense seguía siendo lamentable. La joven llevaba ambas manos cruzadas sobre el abdomen y caminaba un poco encorvada.

—Es el doctor Medina —evitó mencionar la especialidad—; te va a reconocer.

Ella asintió y se dejó caer en una butaca frente al doctor. El forense le hizo unas cuantas preguntas que ella respondió de forma breve hasta que un nuevo acceso de vómito la hizo saltar hacia el baño. Cuando concluyó la improvisada consulta, el forense la despidió con una sonrisa y unas palabras de aliento. Lucía, que esperaba en el pasillo, la acompañó de nuevo a la gran sala.

Al verlas desaparecer, el forense cambió su expresión y en tono perentorio indicó al sargento que pidiese una ambulancia para la chica.

—¿Qué le parece? —preguntó Ernesto con preocupación.

El forense lo miró unos segundos como si, por ser médico también, se sintiese obligado a compartir información con él.

—No lo sé —dijo al fin con expresión neutra—, pero no quiero correr riesgos con ella.

Ernesto comprendió su reserva y tras ponerse a su disposición se alejó hacia la sala de grupo; el sargento Peinado y el doctor Medina regresaron a la planta superior.

—En la habitación del cadáver hay un olor extraño, muy ligero, a ajo —explicó al sargento, ya en el rellano— y en el inodoro, restos de diarrea con sangre. La joven tiene síntomas similares, pero más leves; me ha reconocido que nota sabor a metal y el olor del vómito también es característico. No me gusta nada.

El sargento estuvo a punto de decir algo, pero el forense lo interrumpió:

—Hable con su superior, dígale que se trata de un posible envenenamiento y calculo que tendrá que movilizar a los de criminalística —pidió—. Yo tengo que hablar con su señoría y llamar al Instituto de Medicina Legal para pedir apoyo.

Se alejó unos pasos por el pasillo de las habitaciones móvil en mano. Mientras tanto, en la sala de grupo, algunos de los pacientes estaban empezando a acusar la situación y uno de ellos refirió a Lucía que tenía dificultad para respirar y opresión en el pecho. Ernesto se acercó a los guardias que custodiaban la escalera para ver si podía subir a por medicación y uno de ellos lo acompañó hasta su dormitorio. Al salir de la habitación con el maletín de medicamentos, Ernesto vio al forense que mantenía una charla animada por el teléfono al final del corredor y entre el ininteligible murmullo le pareció escuchar con nitidez la palabra «arsénico». Sintió como si las piernas se le volviesen blandas y se obligó a hacer un esfuerzo para no detenerse. El forense, al verlo junto al guardia, se encaminó hacia ellos sin dar muestras de haber advertido su momentánea indisposición.

—Hay algo en lo que nos podrían ayudar y puede llevar un tiempo —dijo. Ernesto asintió—. Estaría bien tener una lista lo más

exhaustiva posible de lo que ha comido y bebido cada uno de los presentes. Si estoy en lo correcto, debe haber algo que solo hayan ingerido el fallecido y la joven Penélope.

—¿Corre ella algún peligro? —preguntó Ernesto con rapidez.

—Esto es confidencial, de colega a colega —dijo en voz un poco más baja mientras lo cogía por el brazo—. Sospecho que se trata de algo que han tomado y por supuesto puede ser grave. Hay que llevarla a urgencias, hacer unos análisis, e imagino que tendrán que ponerle tratamiento y mantenerla en observación. Cuanto antes mejor.

Luego se dirigió de nuevo al guardia civil.

—Cuando llegue la ambulancia me avisan para hablar con el médico —añadió—.

—Así se hará —aseguró el jefe de la pareja y se alejó.

Ernesto se apoyó un instante contra la pared del corredor. Respiró hondo un par de veces y se acercó al forense.

—Si no me necesita más aquí, voy a encargarme de que se elabore ese listado —dijo—. Creo que a los de abajo les vendrá bien tener algo que hacer.

—No comente nada —insistió el forense—. Ni ante una pregunta directa. O mejor, dígales que parece una intoxicación; se tomarán más interés.

En el momento en que Ernesto llegaba a la planta baja, Claudia entraba desde la calle tras saludar al guardia que había quedado en el rellano. Se abalanzó hacia Ernesto y se fundieron en un abrazo.

—¿Cómo estás? —preguntó ella mientras le sujetaba la cara y lo miraba a los ojos.

—Raro —fue lo único que pudo responder—. Como si en cualquier momento me fuesen a despertar.

Ella asintió comprensiva.

Ernesto le resumió lo que había hablado con el doctor Medina. Al escuchar su nombre ella hizo un gesto de aprecio y comentó que era muy buen patólogo. La sirena de una ambulancia aumentaba en intensidad hasta que la furgoneta se detuvo frente a la puerta y dos sanitarios descendieron. El doctor Medina saludó a Claudia con una inclinación de cabeza y pasó a su lado para hablar con los recién llegados.

—Parece una intoxicación por arsénico —dijo tras llevarlos al otro lado de la ambulancia—. De momento hay una chica afectada y por el tiempo que ha pasado no espero que haya más, pero no podemos estar seguros. Debéis llevarla al PTS; os he preparado una lista con las determinaciones que deben hacer en los análisis de sangre y orina.

—¿Vamos con escolta? —preguntó el médico.

—No es necesario —descartó el forense—, pero avisad a urgencias que nos notifiquen si piensan darle el alta para tomarle declaración.

Los acompañó hasta la puerta de la gran sala y preguntó por Penélope. En cuestión de minutos, la joven era conducida en camilla hasta la ambulancia y esta, con los luminosos encendidos, partía hacia Granada.

Ernesto contempló el vehículo hasta verlo desaparecer en el primer recodo de la estrecha carretera. «Si empezó con los síntomas anoche, la cantidad de veneno debe ser mucho menor que la ingerida por Benito», pensó. «No tiene sentido, salvo que él tomara durante la noche algo que ella no probó… ¡Dios, qué cansado estoy! Tengo que dejar de pensar y centrarme en la lista de las comidas».

Regresó al salón mientras se pasaba los dedos por las sienes. Toda la frescura de esa mañana había vuelto a ser reemplazada por el cansancio y por la desagradable sensación de estar cubierto de un sudor pegajoso.

Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 12:00 h

El hotel era un caos organizado: miembros del laboratorio de criminalística enfundados en sus monos blancos; dos forenses con un laboratorio portátil; el capitán de la Policía Judicial, el secretario y el juez, con un rictus de impaciencia pidiendo respuestas para ayer; la mujer de Benito, acompañada por Lucía en el comedor, exigía verlo presa de una ataque de ansiedad; la dueña del hotel y sus dos empleados contemplando el trasiego con las bocas a medio abrir; los pacientes, con los ojos como ascuas mal apagadas, reunidos en el salón ahora convertido en sala de velatorio; y el personal del furgón de transporte de cadáveres judiciales fumando un cigarrillo tras otro en el exterior, con sus trajes de color «mis condolencias» y sus ademanes de estar de vuelta de todo.

Claudia se acercó a Ernesto con un par de tazas de café y lo arrastró hasta la explanada.

—Se me saldrá el corazón por la boca —dijo Ernesto con la palma hacia el café.

—Es descafeinado —aclaró ella. Ernesto cogió la taza.

—¿Cómo va esto?

—De momento parece una intoxicación por arsénico —dijo—. Lo han confirmado con un test de Reinsch, aunque el resultado definitivo llegará cuando se realice la autopsia y los análisis de toxicología. Pensamos que ha sido intencionado.

Ernesto pareció tragarse una bola de algo demasiado grande.

—Pero, ¿cómo es posible? —dijo por fin—. Me cuesta mucho creerlo.

Claudia sopló en su café antes de dar un breve sorbo y contempló a Ernesto con preocupación.

—Hay más —dijo—. Tenemos dos botellas de agua con un pequeño agujero junto al gollete que alguien se preocupó de sellar con una gota que parece pegamento rápido: una estaba vacía en la habitación del fallecido y la otra en la habitación de la chica que han evacuado al hospital. Por suerte a esa solo le faltaba un trago. Y detrás del minibar, en la habitación del muerto, han encontrado una jeringuilla vacía.

Ernesto meneó la cabeza repetidas veces con los ojos entornados.

—¿Qué sentido tiene eso? —preguntó sin comprender—. Utilizas un veneno que puede simular una indigestión, pero dejas la jeringuilla en el lugar del crimen.

Claudia se encogió de hombros.

—Eso podría indicar que alguien estuvo a punto de sorprender al que envenenó el agua y con las prisas se le cayó o la lanzó allí. Aún

tenemos que saber si la jeringuilla contenía veneno —concedió ella—, podría ser una casualidad.

Ernesto puso cara de no creerlo y ella asintió.

—También hay que confirmar las botellas. Enviarán una muestra del contenido a Sevilla hoy mismo —explicó—. Lo que no termino de entender es por qué el muerto tenía una botella y la chica otra.

—Espera un momento —la interrumpió con mirada concentrada—. Esta mañana han comentado que hicieron un cambio de habitación.

—¿Qué cambio? ¿De qué hablas?—Claudia pareció ponerse en guardia; hasta el momento habían dado por hecho que la habitación donde hallaron el cadáver era la del fallecido.

—Sí —Ernesto se concentraba en recordar la conversación del desayuno—, Penélope compartía habitación con alguien que no pudo venir al taller, así que se quedó sola; Benito compartía habitación con Noemí, pero como él ronca… —apretó los labios—, roncaba mucho, Noemí les propuso que Benito pasara a la habitación de Penélope y ella durmiera en la de Noemí.

Claudia parecía estar haciendo de cabeza una raíz cuadrada.

—Vale —dijo mientras giraba el índice en el aire—. Eso explica por qué solo había una botella en la habitación. La dueña asegura que en cada minibar deja siempre dos botellas de medio litro por cliente y de eso se encarga ella en persona, pero nos faltaba una botella —razonaba como si hablara para sí misma—. ¿Quién tuvo acceso a esa habitación? —preguntó con intensidad a Ernesto.

—Todos —respondió él con cara de circunstancias; ella dio un paso atrás y dejó caer los brazos—. Cuando llegamos por la mañana solo estaban limpias la de Lucía, la mía y la de Penélope. Esa habitación se utilizó para dejar las maletas de forma provisional hasta la hora del almuerzo y la llave estuvo en la sala de grupo a disposición de cualquiera que tuviese necesidad de coger algo de su equipaje.

—¿Y en qué momento decidieron el cambio de habitación?

—Después de la cena.

Claudia lanzó un resoplido.

—Siento que eso no ayude a aclarar las cosas —dijo él.

—Aclara y complica más de lo que puedas pensar. —Su cabeza parecía seguir a mil por hora—. Ahora sabemos por qué había solo una botella, pero también cabe la posibilidad de que el objetivo del veneno no fuera el fallecido sino Penélope.

Ernesto se mordió el labio inferior a la par que asentía.

—Ya…

—Discúlpame un momento —dijo ella—, tengo que comentar todo esto con mis compañeros.

El despacho de la gerente del hotel, situado detrás de la recepción, sirvió como sala de juntas para la comisión judicial, los forenses,

Claudia y su capitán. Poco antes de entrar, uno de los guardias llamó aparte a Claudia y le explicó algo sobre Penélope. Claudia le agradeció la información y fue directamente a buscar a Lucía.

—Un guardia ha reconocido a Penélope —dijo—. Al parecer trabaja de forma esporádica para un abogado especializado en el cobro de impagos. Se encarga de «persuadir» —pronunció la última palabra con un toque de ironía— a los morosos cuando se muestran reacios a satisfacer sus deudas. ¿Sabías algo de eso?

Lucía se había quedado muy tiesa.

—Nunca me lo mencionó —afirmó rotunda—. No lo entiendo.

—Eso abre una posibilidad de que pudiese tener enemigos entre los pacientes —explicó Claudia—. ¿Hay alguien que haya tenido problemas económicos en los últimos años?

Lucía inclinó la cabeza y abrió las dos manos.

—Después de la última crisis, yo diría que casi todos.

—Piensa en alguien que lo pasara especialmente mal y que supiera que Penélope asistiría al taller.

—Tres o cuatro de mis pacientes, puede ser —dijo pensativa.

—Luego me dices quiénes son —concluyó Claudia—. Te busco en cuanto pueda.

La reunión se prolongó poco más de media hora para poner al día los hechos que ya conocían y decidir la actitud a seguir: por el momento iban a trabajar con la muerte de Benito, pero sin obviar la posibilidad de que el objetivo real fuese Penélope. Los forenses tenían bastante claro que la muerte de él y los síntomas de ella se debían al mismo veneno, inyectado presumiblemente durante la mañana en las dos botellas del minibar de la habitación que inicialmente se había asignado a Penélope. En vista de que se encontraban en un lugar aislado sin posibilidad de que los asistentes se marchasen hasta que el autobús volviese a recogerlos al final de la tarde, se tomó la decisión de comenzar las declaraciones allí mismo. El capitán fue el encargado de informar a los afectados tras pedir a los guardias que los reuniesen en el gran salón.

—Todos conocen lo sucedido esta noche en el hotel —comenzó tras aclararse la voz. El silencio parecía deslizarse entre los presentes como algo corpóreo, como un sudario—. Lamentamos mucho que tengan que pasar por esto, pero dadas las circunstancias, vamos a proceder a tomar sus datos y a comenzar con sus declaraciones. Todo esto es voluntario—aclaró—, las declaraciones serán voluntarias en calidad de testigos, lo que significa que están obligados a no mentir. Les agradecemos de antemano su colaboración. Comenzaremos en el momento en que dispongamos de un lugar adecuado y lo único que les vamos a pedir son sus datos de filiación, sus huellas digitales para descarte y una muestra de ADN que les tomarán con un bastoncillo del

interior de la boca. Después les haremos unas preguntas sencillas y eso será todo por el momento. Les insisto en que todo esto es voluntario, pero les aseguro que facilitarán mucho nuestra tarea y el avance de la investigación. Su señoría, el juez Maqueda, ha dado su autorización —de nuevo intentó tranquilizar a los presentes—. Se trata de una formalidad necesaria, solo eso.

El lugar más apropiado resultó ser el despacho de la gerente y la sala de descanso para el personal que comunicaba con las cocinas. Tenían que interrogar a los pacientes, los terapeutas, la dueña y los dos empleados, un total de diecinueve personas. Como si se tratase de una cadena de montaje, un par de guardias se encargaban de los datos de filiación; el testigo pasaba a manos del equipo de policías judiciales, que le tomaban las huellas y las muestras de ADN, y de ahí al despacho para responder unas preguntas. Según terminaban, un guardia los acompañaba a la sala de grupo y se les mantenía separados de los que estaban aún pendientes de declarar.

Mientras el proceso avanzaba, Claudia comunicó a Lucía que iba a entrevistar a la mujer del fallecido y le pidió que estuviese presente. Afectada por la devastadora noticia y bajo los efectos de un sedante, la mujer respondió a las preguntas de Claudia lo mejor que pudo: no conocía a Penélope, su marido jamás la había mencionado y no se le ocurría nada que los pudiese relacionar a ambos; no creía que su marido tuviese enemigos, más bien al contrario, era un hombre muy querido por sus pacientes; no había ningún problema entre ellos: era un buen esposo, un buen padre y un buen médico. Con dos hijas estudiando en el extranjero y una casa por pagar, terminó la conversación con un acceso de llanto y un desgarrador: «¡Qué va a ser de nosotras!».

—Estoy de acuerdo en todo lo que ha dicho, excepto en que no hubiese problemas en la pareja —matizó Lucía a Claudia poco después —. Benito era un tipo entrañable, muy vital, pero realmente era un adicto al trabajo en el sentido patológico de la expresión.

—¿Patológico?

—Claro —explicó—. De lunes a viernes trabajaba en una mutua desde las ocho de la mañana y por la tarde seguía con su consulta privada y las cirugías que le surgieran de las dos consultas; la mayoría de sábados también tenía quirófanos y visitas a pacientes operados, en teoría solo por la mañana, pero raro era el sábado que no almorzaba en el hospital para terminar a media tarde.

Claudia lanzó un resoplido.

—Vaya vida.

—Padre y marido ausente —sentenció Lucía—. La pareja atravesó una crisis muy seria hace unos años; por eso estaba él en terapia.

—Me pregunto cómo se puede mantener una relación de esa

manera.

—Era un profesional de éxito —aseguró Lucía—, pero eso no es gratis. En relación a su familia, lo que mejor se le daba era mantener un buen ritmo de ingresos en la cuenta.

—¿Y su mujer? ¿Cómo podía con eso?

—Detrás de un hombre de éxito suele haber una mujer insatisfecha —comentó la terapeuta—. Y eso suele terminar en infidelidad.

Claudia levantó las cejas e hizo un gesto rápido con la cabeza hacia el rincón donde la acababan de entrevistar.

—¿Tiene un amante?

Lucía se rio al tiempo que negaba con la cabeza.

—Lo digo en sentido amplio. Hay muchos tipos de infidelidad —explicó—. Por lo que contaba Benito, al principio ella le ayudaba en su trabajo. Después llegaron las niñas y ella se centró en atenderlas, y al tiempo empezaron las quejas porque se sentía sola —resumió—. Mi impresión es que la llama de la pasión se apagó cuando ella se transformó solo en madre y él solo en proveedor, y la pareja empezó a resentirse.

—¡Qué difícil es todo! —apuntó Claudia.

—Freud diría que era una forma perversa de perpetuar la situación, de salvar una relación que se había vuelto tóxica: te quejas de que tu marido es adicto al trabajo, pero el nivel de gasto de la pareja no deja de aumentar y para mantenerlo tu marido cada vez tiene que trabajar más —explicó—. Quizás los únicos lazos que aún mantenían esa pareja eran las hijas y el tren de vida; el desamor y las costumbres. Así que no —concluyó—, no eran una pareja perfecta.

Claudia permaneció en silencio con la vista fija en Lucía para que aquellas frases se grabaran en su memoria y luego volvió sobre el tema:

—¿Hasta qué punto estamos seguros de que su mujer no tenía a otro? —insistió—. Ese podría ser un buen móvil.

—Segura no estoy —respondió Lucía—, pero no lo creo. Desde luego, no de carne y hueso —añadió—. Yo diría que su amante era el dinero.

Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 21:00 h

Se despidieron en la puerta del hotel. Claudia tenía que regresar a la comandancia con sus compañeros para continuar la investigación, mientras que Ernesto, agotado, marchó para casa. A pesar de no haber probado bocado desde el desayuno, lo único que sentía era la necesidad de una ducha y muchas horas de sueño. Lucía y él, cada uno por su lado, tenían por delante la tarea de dar a cada paciente un cierre para un taller interrumpido, pero ya tendrían tiempo de hablar sobre eso.

Claudia sacó un sándwich frío y reseco de la máquina de autoservicio y se encaminó hacia la sala de reuniones acompañada por Anselmo que, de algún modo, se había enterado de lo sucedido y se había presentado en la comandancia. Cada uno de los compañeros daba lectura a las notas tomadas durante las entrevistas y con toda esa información comenzaron a elaborar un panel de hechos e hipótesis provisionales, a la espera de que los datos de toxicología y de la autopsia les ayudaran a completar el cuadro.

Por el momento, los indicios apuntaban a que el arsénico fue inyectado por alguien en las dos botellas de agua del minibar de la habitación asignada a Penélope. Con toda probabilidad el hecho había ocurrido durante la mañana del sábado, entre las ocho y media, momento en que la gerente había repuesto las dos botellas, y la una y media, que fue cuando los pacientes sacaron sus equipajes de esa habitación y la llave quedó en poder de Penélope. La habitación había quedado abierta durante todo ese lapso y tanto los asistentes como el personal del hotel tuvieron oportunidad de hacerlo.

Tras la cena, la compañera de Benito había sugerido a Penélope un cambio de habitaciones —para ahorrarse los ronquidos del fallecido—. Penélope, que ya había empezado a beber de una de las botellas de su habitación, se la llevó a su nuevo dormitorio y dejó la otra sin tocar en el minibar. Benito, por su parte, no había tocado ninguna de las botellas de su primera habitación y las dejó donde estaban. Alguien había estropeado la máquina expendedora de agua situada en la recepción empotrando la chapa de una lata de cerveza en la ranura de las monedas, quizás para asegurarse de que la víctima no tuviese más remedio que consumir la de su habitación, como sugirió alguien.

Según habían declarado algunos de los pacientes, Penélope y Benito, que ya se conocían de antes del taller por compartir grupo de terapia, habían coqueteado durante todo el sábado. Una paciente sostenía que la intención de Penélope era que Benito pasara la noche con ella, y no precisamente con idea de escucharlo roncar. Algunos de su grupo habían confirmado esa impresión, aunque todos coincidían

en que después de la cena la joven había comentado no encontrarse bien y sus avances hacia Benito habían terminado.

—Los análisis de orina de la chica evacuada a primera hora han confirmado la presencia de arsénico en cantidades anormales —dijo Claudia— y los hallazgos en el cadáver coinciden con esos resultados. De momento vamos a trabajar con dos hipótesis —planteó Claudia a los presentes—: a favor de que la víctima coincida con el objetivo del asesino solo tenemos el hecho de que es el único fallecido, pero no hay enemigos conocidos y sus problemas de pareja no parecen justificar un asesinato; a favor de que el objetivo fuese Penélope y que la muerte de Benito Carlos Montoya haya sido un error tenemos bastantes más datos.

—¿Cuáles son? —se interesó el capitán.

Claudia echó un vistazo a sus notas.

—Hemos confirmado que desde hace años Penélope trabaja a sueldo de un abogado especialista en impagos.

—¿Una matona? —apuntó Anselmo.

—Algo así —confirmó Claudia y continuó la enumeración—. Por las declaraciones de los testigos, hay dos a los que acosó durante la pasada crisis. Además, otra de las pacientes, nada más llegar al hotel, expresó a la terapeuta su deseo de abandonar el taller porque había reconocido a Penélope como la zorra —«es textual», aclaró alzando la vista—, que había tenido una aventura con su marido el verano anterior y no quería tener nada que ver con ella.

Se levantó un coro de comentarios que el capitán cortó al momento; con una inclinación de cabeza indicó a Claudia que prosiguiera.

—En resumen —dijo—. Con respecto a la hipótesis Penélope, sabemos que tenía como mínimo tres enemigos en el hotel. Sin embargo, no hemos podido confirmar que alguno de los tres tuviese información previa a esa mañana de que ella iba a asistir al taller, y un envenenamiento con arsénico no se improvisa en un hotel aislado.

El capitán asintió. Parecía satisfecho por el momento.

—Hay otra posibilidad —apuntó un guardia desde el fondo de la sala—. Supongamos que alguien entre los presentes está enamorado de la joven o del fallecido. Quizás al verlos tontear durante todo el día lo cegaron los celos y decidió acabar con los dos.

Claudia pareció meditar unos instantes la nueva teoría.

—Nos encontramos con el mismo problema —razonó—. No es fácil improvisar un envenenamiento de este tipo y no tenemos ningún indicio de que Penélope y Montoya hubiesen mantenido ese juego de seducción con anterioridad al taller. No obstante, creo que merece la pena confirmar ese detalle.

—¿Algo más? —se dirigió a Claudia y ella negó con la cabeza—.

¿Alguien tiene algo que añadir? —preguntó al resto sin obtener más que un murmullo—. Muy bien —dijo en tono más distendido mientras se levantaba—. Hoy habéis hecho un buen trabajo, pero hay que seguir. Mantendremos abiertas las dos hipótesis y a ver a dónde nos llevan.

Dio por terminada la reunión y se acercó a donde estaban Claudia y Anselmo.

—¿Cómo va la investigación del farmacéutico?

—Con poco avance, mi capitán, aunque no para darle carpetazo —respondió Anselmo—. Es posible que al final se trate solo de un ajuste de cuentas o un atraco, pero aún tenemos alguna pista que rastrear.

El capitán hizo un gesto afirmativo.

—Tú estabas de guardia también aquel día —dijo a Claudia—. En principio te corresponde coordinar las dos investigaciones. Si necesitas ayuda o centrarte más en alguna de ellas, dímelo y la otra se la asignaré a Anselmo.

—Hay un problema con lo de hoy —anunció ella. El capitán la contempló expectante—. Uno de los posibles sospechosos, el psiquiatra, es mi pareja.

El capitán se mostró contrariado y lanzó una fugaz mirada a Anselmo.

—Supongo que lo mejor será que yo quede al margen —sugirió—. Usted decide.

El aludido caviló unos instantes.

—Haremos esto —decidió y señaló a Anselmo—. Tú serás el encargado del asesinato del taller —le dijo, a lo que Anselmo respondió con una inclinación rápida de cabeza—, pero Claudia tendrá que colaborar contigo de un modo extraoficial. Y para cualquier cosa que necesitéis, estaré disponible a la hora que sea —hizo una pausa en espera de cualquier objeción por su parte.

Pareció que iba a añadir algo, pero una guardia lo interrumpió para mostrarle la pantalla de un teléfono móvil. El capitán leyó el titular de una entrada en una red social que ya acumulaba más de quinientos comentarios y su rostro enrojeció al momento. La iracunda voz se escuchó en toda la comandancia:

—¿Alguien puede explicarme qué cojones significa esto? —Alzó el móvil a lo que le daba el brazo para que todos pudieran contemplarlo y luego lo bajó para leer con el mismo tono de enfado—: «Es necesario regular las terapias de pacientes con patología psiquiátrica. Las terapias deben estar en manos de profesionales de la psiquiatría para evitar desgracias como la ocurrida ayer en un taller de psicoterapia, donde un paciente —hizo una pausa para pasear dos ojos como dardos por todos los presentes y luego continuó con énfasis— ha fallecido tras ingerir una dosis letal de veneno».

En el silencio que descendió sobre la sala se podía escuchar el roce de los cuellos de las camisas cuando los presentes se miraron unos a otros.

—Si alguien se ha ido de la lengua —dijo con voz afilada—, le prometo que su siguiente destino va a ser la garita del cuartel de Alborán. —A paso rápido se dirigió a su despacho y el portazo fue acompañado por un sonoro «¡Joder!».

Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 23:00 h

Ni una ducha casi eterna, ni la infusión relajante, fueron suficientes para calmar la alocada sucesión de imágenes que desfilaban por su cabeza. Harto de dar vueltas entre las sábanas como un cabrito en un asador, Ernesto bajó a la cocina y sobre la amplia mesa encendió el portátil para navegar por Internet sin rumbo conocido, hasta que se topó con una noticia en redes sociales que le hizo enderezarse en la silla.

Casi al mismo tiempo, mientras leía con incredulidad la pantalla, el móvil empezó a vibrar y emitir sonidos con la entrada de varios mensajes. Antes de cogerlo estuvo seguro de quién le escribía, y en lugar de contestar por escrito decidió marcar el teléfono de Lucía.

—Enciende tu ordenador —dijo ella por todo saludo antes del segundo tono de llamada—. Es indignante.

Un psiquiatra, Leonardo Cascales Lago, parecía decidido a incendiar las redes sociales con una salva de acusaciones contra Lucía. Con el auricular pegado a la oreja, Ernesto leyó la entrada con atención mientras Lucía le indicaba otras redes en las que había colgado la misma entrada con pequeñas variaciones. Intrusismo, poca profesionalidad, falta de medidas de control, riesgos de descompensación de los pacientes que podían llevar a dramas como este. Incluso se permitía poner en duda la convalidación de su título de psicóloga y su preparación para diagnosticar y tratar a pacientes con problemas mentales serios.

—¿Qué te parece? —preguntó ella.

—Una sarta de mentiras e insinuaciones muy bien urdidas para hacerte daño. Lo curioso es que a mí me nombra de pasada.

—No va a por ti —dedujo Lucía—. Desde hace más de un año ha intentado sin éxito que nos asociemos; pensé que se lo había tomado con deportividad, pero ahora veo que me la tenía guardada.

—Ese hombre no es trigo limpio —afirmó Ernesto—. Ni como profesional, ni como compañero; es un trepa, un mediocre.

—Ya —convino ella pensativa—; todo esto puede hacernos mucho daño.

Llevaba razón en eso. El éxito o el fracaso de una consulta privada dependen sobre todo de la confianza de los pacientes, y una denuncia pública que ponga en duda la profesionalidad y el buen hacer de un especialista, aunque no llegue a prosperar y se demuestre falta de fundamento, es el pasaporte más seguro hacia el desastre. «Calumnia, que algo queda», era la frase que solían emplear los compañeros para referirse a estas situaciones.

—Encontraremos el modo de desmontar sus mentiras —aseguró

Ernesto tratando de ocultar su propia preocupación—. Tenemos la gran ventaja de que es un patán y un bocazas.

Ella no parecía compartir su confianza y así se lo transmitió, pero Ernesto la frenó.

—Para, para. Ni tú ni yo estamos en las mejores condiciones para ver nada claro en estos momentos. Mejor lo hablamos mañana. Llámame en cuanto te despiertes y organizaremos el contraataque.

Hubo unos segundos de silencio en el teléfono.

—Llevas razón —dijo por fin, con tensión en la voz—. Mañana te llamo.

Se dieron las buenas noches y Ernesto cerró la pantalla del portátil. Para cuando vino a darse cuenta, llevaba casi una hora sentado en la cocina con la vista perdida en la tapa del ordenador, mientras su cabeza volvía una y otra vez a la conversación con Lucía, a las declaraciones del psiquiatra y a la sensación de que el mundo que había construido durante todos esos años se podía venir abajo en cuestión de semanas. Disfrutaba de una posición acomodada, pero la consulta era su única fuente de ingresos y su buena marcha dependía de que los pacientes y sus propios compañeros confiasen en él y atrajeran a nuevos clientes.

«Qué frágil es el prestigio y qué fácil destruirlo», se dijo mientras se servía un vaso de agua y regresaba al dormitorio. «Bendita idea he tenido de conectarme a Internet. Un par de somníferos y directo a la cama, es lo que tendría que haber hecho nada más salir de la ducha. Glorioso día».

Pero el sueño se resistió a llegar y cuando al fin lo hizo no resultó ni muy plácido ni muy reparador.

Lunes, 4 de noviembre de 2019 • 9:00 h

Claudia llegó temprano a la comandancia y nada más entrar tuvo un roce con Pedro, un compañero de cerca de cincuenta años, hombre de trato exquisito, que se acercó a entregarle el informe de la autopsia y lo acompañó con un comentario de felicitación porque confirmaba sus sospechas de la noche anterior. Al parecer, la mayoría aún no sabía que la investigación del asesinato del taller ya no estaba a su cargo, pero su respuesta fue inmerecidamente seca y desabrida.

Al rato, ella se acercó a la mesa de Pedro con una taza de café con leche bien caliente.

—Te pido disculpas por lo de antes. —Acompañó sus palabras con gesto de fastidio y un movimiento de la mano en el aire.

Él alzó la vista y le correspondió con una mirada afable.

—Gracias —dijo—. No te preocupes. Estamos tensos y supongo que habrás dormido poco.

Unas cuatro horas, pero esa no era la causa.

—No es eso —dijo ella mientras se apoyaba de lado en la mesa—, he pagado contigo algo que no te corresponde.

Pedro la contempló con atención y acercó otra silla.

—¿Qué ocurre?

Ella meneó la cabeza de lado a lado unas cuantas veces.

—Acabo de tener una bronca muy estúpida con Ernesto.

—¿Con el psiquiatra?

Ella hizo un gesto afirmativo, aún con la cabeza gacha.

—Venga… ¿Tan serio es?

—¡No! —Ella lo miró. Luego fijó la vista más allá de la ventana y dudó—. No lo sé. Ernesto está muy tenso desde lo de ayer, creo que ha tenido muy mala noche. Cuando hemos despertado, ha tomado un par de analgésicos y se ha pasado un rato enganchado a los mensajes del teléfono y a las noticias en Internet. Estábamos preparando el desayuno cuando llamaron para un detalle de la investigación. Él me pasó el móvil y yo respondí que el compañero al cargo era Anselmo.

◆

—¿Te han apartado del caso? —comentó Ernesto extrañado—. No me lo puedo creer, tu jefe debe ser idiota; estabas de guardia y eres la mejor… Increíble.

—No ha sido cosa de mi jefe —respondió ella—, he sido yo. Tú estás en la lista de sospechosos y yo soy tu pareja.

—¿Así que sospechan de mí? —Ernesto notaba cómo la tensión

acumulada se escapaba por las rendijas y se enfurecía por momentos, e hizo unas cuantas inspiraciones lentas mientras caminaba en círculos por la cocina.

—Cálmate, por favor —dijo ella en un intento de apaciguarlo—. Nadie sospecha de ti, pero tú estabas allí y ya sabes que…

—Claro —la interrumpió— y como estaba allí, algún capullo me ha incluido en la lista negra.

Claudia se exasperó con la interrupción y el comentario.

—Todos los que tuvisteis oportunidad de hacerlo estáis en ella —dijo muy seria—. Yo misma elaboré la lista y pedí al capitán que me apartara de la investigación. Según tú, yo soy la «capulla».

Ernesto se sentía desarmado, vulnerable, y la tensión y la falta de sueño le impidieron ver que iba hacia un pozo ciego y en el trayecto estaba culpando a Claudia sin motivo.

—Está bien —dijo con una sonrisa torcida—. Mi pareja me considera sospechoso de un asesinato, ni siquiera se molesta en mencionármelo, y me entero de rebote por una llamada de teléfono. —Asintió unas cuantas veces tras el comentario.

—Eso no es así —protestó ella.

—¿Ah no? —mantuvo el tono sarcástico—. ¿Cuál de las tres partes no es así?

Claudia se levantó sin haber terminado su café.

—No estoy dispuesta a seguir con esto. —Intentaba aparentar una calma que no sentía.

—Pues lo siento —insistió él—, pero te diré algo más: la noticia corre por las redes. De momento culpan a Lucía y a mí me nombran de pasada, pero es cuestión de tiempo que me involucren y cuando eso ocurra la consulta se va a ir a la mierda.

—Lo sé —contestó ella.

—Mejor —afirmó rotundo—. Cuanto más tiempo se prolongue la investigación, más ruido habrá en las redes. Están afirmando auténticas barbaridades, pero desmentir una mentira en Internet es como volver a meter el humo dentro de un cigarrillo.

—Lo sé y siento que tengáis que pasar por eso —trató de contemporizar.

—Estoy seguro de que la investigación en tus manos sería mucho más rápida, pero tus escrúpulos te han hecho apartarte.

—Sabes que antes o después me hubiesen apartado.

Ernesto frunció los labios y se encogió de hombros.

—Puede ser —dijo—. Pero a la luz de Internet el hecho de que esa decisión la tome tu pareja no ayuda demasiado —y luego añadió con tono irónico—. Espero que la lista y su autora no terminen también en la prensa; más munición para el enemigo.

◆

Claudia terminó de relatar el episodio y mantuvo una mirada interrogante sobre Pedro.

—Creo que tu único error ha sido no comentárselo antes —respondió él ante su muda pregunta—. Puede que ese detalle sea muy normal para nosotros, pero que él no lo entienda.

—¿Detalle?

—Me refiero a incluir en la lista de sospechosos a cualquiera que tenga la oportunidad de cometer un crimen —aclaró—. A lo mejor le cuesta distinguir que el hecho de estar ahí no significa que se le considere sospechoso, que es solo una formalidad necesaria.

—No es tan tonto como para no comprender eso —afirmó ella—. Está demasiado cegado.

—Míralo de esta manera —dijo—: ayer estaba coordinando un taller de psicoterapia con catorce pacientes, lo que no debe de ser una situación muy relajada. De repente se encuentra con un asesinato y todo el circo de la judicial, el juez y los forenses pululando por el hotel como si fuera el «after» de un manicomio. Y para terminar de arreglarlo, toda la historia puede salpicar a su trabajo y hacerle bastante pupa. —Abrió las dos manos hacia el techo—. Me imagino que yo en su lugar estaría desquiciado.

Claudia asintió pensativa.

—Digamos que se ha portado como un idiota, pero con atenuantes —sentenció Pedro con un par de golpes secos de los nudillos sobre la mesa; la frase arrancó a Claudia un triste amago de sonrisa.

—Me permito sugerir una condena de dos años de cárcel que podrá conmutar por una cena y un buen polvo para pagar por su error —concluyó mirándola con la cabeza inclinada.

Ella se pasó la mano por la frente y respondió más relajada.

—Qué gilipollas eres —dijo—. Un gilipollas encantador.

—De nada —respondió él mientras le daba un par de palmadas en el hombro—. A veces es complicado ser pareja de una guardia civil.

Antes de comenzar con el trabajo, Claudia echó una ojeada a la prensa en Internet. Benito Montoya era un traumatólogo muy conocido en la ciudad y la noticia era primera página en la prensa local. En páginas interiores, uno de los diarios publicaba una entrevista con la foto de un tal Leonardo Cascales Lago, psiquiatra, plagada de insinuaciones y medias verdades en la que cargaba con dureza contra Lucía. Intentó telefonear a Ernesto, pero su móvil no paraba de comunicar y al final desistió.

Lunes, 4 de noviembre de 2019 • 11:00 h

Esa mañana Ernesto mantuvo una larga videollamada con sus hijos. Los chavales habían visto las noticias y pretendían comentarlo y darle ánimos, pero cuando él les explicó la influencia que esas informaciones podrían tener sobre la marcha de su consulta, la preocupación hizo presa en los tres, de modo que antes de terminar la conversación tuvo que hacer de tripas corazón y aparentar una confianza que estaba lejos de ser auténtica.

Además del psiquiatra, que se explayaba con cualquiera que le pusiese por delante un micro como un puercoespín soltando púas, había otra noticia menos espectacular pero más preocupante: la esposa de Benito afirmaba que el asunto ya estaba en manos de sus abogados; habían presentado una reclamación ante el Colegio de Psicólogos de Andalucía Oriental y no descartaban iniciar acciones penales contra la organización del taller.

Tal como señaló Lucía a Ernesto en una larga conversación telefónica, algunos de sus argumentos se parecían sospechosamente a las insinuaciones del psiquiatra, aunque con un lenguaje más formal y más medido, con seguridad debido al filtro de los letrados.

—Tengo una citación en el colegio de psicólogos para el jueves próximo —confirmó ella—. No te extrañe que en breve te citen también.

—Lo imagino.

—Es un impresentable —añadió en referencia al psiquiatra—. Bendita la hora en la que se me ocurrió aceptar que me enviase algunos pacientes.

—No podías ni imaginar algo así. Cuando estudiaba Medicina, él iba dos cursos por detrás —continuó—. Hubo una huelga de estudiantes por un problema con las prácticas y Cascales fue de los más activos en incitar a sus compañeros a saltarse las clases para acudir a la manifestación. Al final, el agitador Cascales resultó ser uno de entre el puñado que asistieron a clase esa mañana; lo querían matar. Algunas semanas después, su nombre encabezada la lista de alumnos internos para el departamento de Psiquiatría.

—No juega limpio…

—No —convino Ernesto—. No lo ves venir.

—Un mediocre con mucha mala leche.

—Así es, falso y envidioso —añadió él—. Como él no es capaz de crecer, su única manera de destacar es tirar para abajo de quienes considera que pueden hacerle sombra y en este caso la ha tomado contigo.

—No te engañes —rebatió ella—. Ahora va contra mí, pero me

temo que su objetivo final eres tú. Al fin y al cabo, tú eres su competencia directa. Desde el primer momento supe que tenía que parar esa relación con él —se recriminó ella—, que detrás de su impostada simpatía se escondía algo más. Nunca imaginé que pudiera llegar a esto.

—No le des más vueltas. No ganas nada con castigarte.

—Ya… —ella pareció serenarse un tanto y cambió de asunto—. Sabes que tenemos que citar a los pacientes del taller para dar un cierre al episodio.

Era cierto. Por muy agobiados que estuvieran, los pacientes habían interrumpido un proceso terapéutico de un modo traumático y ellos dos necesitaban encontrar la forma y el momento para darle un final, o al menos un punto y seguido que pudieran retomar en sus sesiones individuales.

—Decide el día y yo me acoplo sin problema —concluyó Ernesto—. Si crees que deberíamos vernos antes para prepararlo, tampoco hay pega.

—No creo que sea necesario —dijo ella—, lo tenemos todo demasiado fresco.

Continuaron durante un rato dando vueltas a los mismos puntos, una conversación salpicada de quejas y autorreproches que a estas alturas no servían de nada. Finalmente, Ernesto tuvo una idea.

—Estoy pensando en telefonear a Marcelo.

—¿Quién?

—Marcelo Orellana —le aclaró—. Fue policía nacional de homicidios. Se jubiló tras un accidente que le dejó tocada una rodilla y ahora trabaja como detective privado; él y Claudia fueron los investigadores con los que colaboré en el asunto de Estéfano.

—¡Claro! —exclamó ella—. Me hablaste bastante de él; el tipo duro y cabezón que quiso apartarte de la investigación antes de empezar.

—El mismo —confirmó Ernesto.

—¿Crees que puede ayudar?

—Sí —afirmó—. No sabría concretar, pero es un investigador muy lúcido, perseverante hasta la obsesión. Creo que eso es justamente lo que necesitamos en este momento, alguien que arroje luz y calma; nosotros dos estamos demasiado obcecados.

Obcecados. Tras cortar la conversación, Ernesto sintió que acababa de poner nombre a la causa de su discusión con Claudia. Por un fugaz momento pensó que le debía una disculpa, aunque desde alguna zona oscura esa sensación se enturbió con el agotamiento y la falta de lucidez de esa mañana, y se transformó en una vaga exigencia de que ella se disculpase antes por no habérselo comentado. La lucha interna, en lugar de resolverse, se interrumpió en un tenso armisticio.

Lunes, 4 de noviembre de 2019 • 11:30 h

Anselmo se acercó a la mesa de Claudia. Ante ella, desparramadas, estaban las fotos del piso de Óscar Ripoll y su bloc de notas medio enterrado.

—¿Cómo vas con eso? —preguntó.

—Intento repasar la lista de llamadas de los móviles, pero hasta ahora nada nuevo.

Anselmo se palmeó la frente a la vez que exclamaba:

—¡Ay, carallo! Con todo el lío del taller me olvidé de comentarte.

Claudia lo contempló expectante.

—¿Recuerdas que una de las llamadas correspondía a un camello de poca monta? —ella siguió a la espera—. Pues resulta que es de Lugo y en el mundillo lo conocen como el «Puto Galego».

Claudia se mordió el labio e hizo una anotación.

—PG —murmuró.

—Tiene sentido —se animó él—. Al parecer le debía dinero.

Claudia localizó las fotos de los sobres y las movió en el aire como si pretendiera abanicarse.

—¿Y las fechas? —apuntó ella pensativa—. No lo entiendo.

Anselmo se encogió de hombros y Claudia dejó caer las fotos con un suspiro. Se sentía un tanto dispersa esa mañana y pensó que le venía bien la conversación con su compañero, de modo que antes de que se fuera se animó a preguntar:

—¿Qué tal lo del taller?

El rostro de Anselmo se distendió en una sonrisa complacida y se acercó una silla.

—Tenemos los resultados del cianocrilato: aparte de las huellas de Penélope y Benito, las botellas están limpias —comenzó—. No ha quedado ni un fragmento de huella de la gerente del hotel ni de nadie que las haya podido manipular antes que ella, así que quien inyectó el veneno se preocupó de limpiarlas a conciencia.

—¿La autopsia?

—Se confirma el envenenamiento por arsénico, igual que en los análisis de Penélope —respondió—. Por cierto, parece que la rapaza está fuera de peligro.

Claudia asintió aliviada.

—Estamos a la espera del análisis del contenido de las botellas y la jeringuilla —dijo él—, pero tampoco es que me espere una sorpresa.

—¿Qué supones por ahora? —a Claudia le interesaba conocer sus deducciones.

Anselmo se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas.

—A ver, Claudia —arrancó—. Tengo serias dudas acerca de quién era el verdadero objetivo del asesino. No consigo encontrar a nadie que se beneficie de la muerte de Montoya —añadió—. Está su mujer, que es la beneficiaria de un seguro que tenían a medias, pero la cuantía es inferior a lo que ese hombre ingresaba en un semestre. Ese tío era una máquina de hacer billetes.

—Quizás ella tenía a otro y se hartó del marido —sugirió—. Frente a un divorcio y depender de una pensión o quedar viuda y cobrar el seguro, bien pudo preferir lo segundo.

—Tendríamos que encontrar un amante rico y dispuesto a mantener el mismo tren de vida —respondió Anselmo—. Hemos investigado esa vía y por ahora no hay rastro.

—Míralo por el lado contrario —apuntó ella—. Si todo fuese exactamente igual, pero los papeles de Benito Montoya y Penélope estuviesen cambiados, ¿tendrías alguna duda de que el objetivo era ella?

Anselmo meditó un instante y al final las comisuras de los labios se le arquearon hacia abajo y negó con la cabeza.

—Para nada —afirmó.

—Entonces todo parece encajar, salvo la víctima —continuó ella—, pero si cambias sus posiciones hay varios sospechosos con móvil y oportunidad.

—Exacto. Y sin embargo, aunque esta hipótesis parece encajar mejor, hay un detalle que me preocupa.

—Explícate.

—La asesina tendría que saber que Penélope iba a asistir.

—¿La asesina? —Claudia mostró su extrañeza.

—A ver, Claudia —se explicó—. Una paciente reconoció a la chica como la amante ocasional de su marido; otra era dueña de una joyería que quebró, y otra era la esposa de un agente inmobiliario que se suicidó tras arruinarse. —Extendía los dedos de la mano izquierda mientras enumeraba—. La encargada de acosar a ambos morosos fue Penélope, y las tres son mujeres.

—Y el veneno es algo muy femenino… —concluyó ella pensativa.

Anselmo pasó por alto el comentario y continuó con el hilo de sus deducciones.

—El problema es que ninguna de las tres parecía saber que Penélope estaría allí —dijo—. Y me parece que eso no tiene mucho sentido.

Claudia no pareció muy segura del argumento y Anselmo insistió:

—No me imagino a nadie con un bote de arsénico en el bolso por si algún día se cruza con la amante de su marido —exclamó mientras alzaba las manos; Claudia se echó a reír.

—Mi duda no es por eso —aclaró ella—, sino porque pareces estar

muy seguro de que ninguna lo sabía con antelación.

—Ya… —meditó él—. En los interrogatorios parecían sinceras. Las tres en su momento afirmaron haberla reconocido durante el taller, pero no tener idea de su asistencia. No hacían terapia en su mismo grupo; incluso la viuda del que se suicidó es paciente de Ernesto. Y eso coincide con lo que nos contaron todos los pacientes: cada cual conocía a los que iban a asistir al taller por estar en el mismo grupo, pero de los demás no sabían nada.

Claudia pareció mostrarse más conforme, y aún así le hizo otra sugerencia:

—No te fíes de eso. Un envenenamiento como este es algo muy premeditado —afirmó—. Informarse de los tipos de veneno, conseguir el elegido sin llamar la atención, enterarse de cómo puede administrarse.

—A ver… —comenzó él, pero Claudia alzó una mano para detenerlo.

—Imagina que llevas tiempo planeando asesinar a Penélope y por algún motivo has elegido el envenenamiento —continuó—. No es raro que la tengas más o menos vigilada, que sepas que hace terapia en el mismo centro que tú o en otro diferente, que de repente te enteres de que se organiza un taller de fin de semana. —Claudia se detuvo un instante—. Quizás no tengas seguridad de que ella vaya a asistir; ni siquiera tienes claro que aunque asista vayas a tener la ocasión, pero aún así, ¿tú no irías preparado? Hablamos de llevar una cantidad de veneno que puedes esconder en un bote de gel, por si se presenta la ocasión.

—Claro —razonó él—. No es lo mismo que ocultar un hacha o una escopeta de caza.

Claudia se echó a reír.

—Más o menos —dijo.

—Eso significaría que una de las tres miente.

—Es una posibilidad —afirmó Claudia.

—Y sin embargo no me imagino a ninguna de ellas en ese papel —insistió—. Si alguna quería matar a Penélope y por error asesinó a Benito, su reacción hubiese sido muy diferente. Ten en cuenta que las tuvimos todo el día en aquella sala, las interrogamos, y no hay un solo detalle que haga pensar en eso. No se trata de delincuentes habituales; son solo personas normales a las que la vida, y Penélope, han vapuleado sin misericordia.

—Estaban tristes, pero no nerviosas —recordó Claudia pensativa—. No obstante habrá que darle algunas vueltas más antes de descartarlas: un crimen tan premeditado puede cambiarlo todo.

—De todas formas, esto es solo el principio —declaró él—. Aún tenemos que revisar todas las declaraciones y asegurarnos de que

nadie más se podía beneficiar de la muerte de la chica, o de Montoya; estamos trabajando en eso.

—Sabes que estoy por aquí, para lo que necesites.

—Gracias —dijo Anselmo al incorporarse y devolver la silla a su lugar—. Igual te digo.

Claudia le sonrió mientras se alejaba y luego volvió a concentrarse en su tarea, hasta que decidió que podría ser buena idea hacer una visita al Puto Galego y pidió ayuda a otro guardia para dar con él.

Martes, 5 de noviembre de 2019 • 10:00 h

La noche anterior, Claudia había regresado a la casa del pantano cerca de las once. No les había sido fácil localizar al camello y al final tampoco habían sacado nada en claro: Óscar le debía dinero, bastante dinero, y le iba pagando como podía en plazos desiguales. El Galego tenía coartada: la semana del asesinato estuvo en Tánger, en «viaje de negocios», y además, como le dijo a Claudia con aire de superioridad: «¿Qué gano yo con que esté muerto? ¿Me van a pagar sus herederos?».

Ernesto ya había cenado y la esperaba entretenido con el ordenador, pero ella se mostró un tanto esquiva, tomó algo rápido y dijo que se iba directa a la cama; seguía dolida con él y estaba demasiado cansada para arriesgarse a iniciar una discusión. Él, por su parte, tras un intento recibido con un escueto «mejor hablamos mañana» no lo interpretó bien: se sentía cada vez más angustiado por el problema de las noticias en prensa y la investigación del colegio de psicólogos, y la respuesta de ella le pareció un desdén.

No fue una buena noche. Tardó en acostarse y más en dormirse, y cuando despertó, Claudia estaba a punto de salir. Tampoco fue buen momento para una conversación.

A las diez llegó a la oficina de Marcelo. El expolicía lo esperaba en pie en medio de la amplia sala de reuniones de su despacho, con su traje de chaqueta, su bigote blanco, su cabellera igual de blanca cortada a navaja y su nariz de boxeador obligado a retirarse.

—¡El señor doctor! —exclamó afable cuando la secretaria hizo pasar a Ernesto. Se acercó hasta la puerta y le dio un abrazo de bienvenida—. Ha pasado mucho tiempo —añadió mientras se retiraba un poco para contemplarlo.

—Orellana —correspondió Ernesto—. ¿Tienes un pacto con el diablo?

Marcelo sonrió mientras negaba con la cabeza. A sus sesenta y dos años parecía más en forma que Ernesto. Retirado de la brigada de homicidios de la Policía Nacional por un accidente en acto de servicio, había pasado varios meses recuperándose de una lesión en la rodilla y en lugar de conformarse con una merecida jubilación decidió pasar al sector privado. En muy poco tiempo, su agencia de detectives se había convertido en la más exitosa y respetada de toda la provincia y, probablemente, de toda la mitad sur del país.

—No me falta el trabajo —afirmó satisfecho cuando Ernesto se interesó por la marcha del negocio—. Pero cuéntame, ¿de qué va todo este asunto? Disponemos de casi media hora hasta que llegue tu colega.

Condujo a Ernesto hasta un cómodo sofá tapizado en piel y este le

explicó lo ocurrido en el taller. Luego pasó a relatarle las apariciones de Leonardo Cascales en las redes y los medios.

—Tenemos la sospecha de que ha convencido a la viuda para que denuncie a Lucía por la muerte de su marido por mala praxis —explicó—. Parece que a Cascales solo le interesa fastidiar a Lucía, pero la denuncia de la viuda nos afectará a los dos.

—Eso debe ser bastante difícil de demostrar —apuntó Marcelo—, aunque el daño que le haga a vuestro prestigio durante todo el proceso es harina de otro costal; de eso es difícil recuperarse.

—Así es —Ernesto mostró su acuerdo, taciturno.

—Solo hay un modo de parar eso —afirmó—: encontrar argumentos para desprestigiarlo a él y demostrar su animadversión contra Lucía. El hecho de que a ti ni siquiera te mencione puede venirnos mejor.

Ernesto soltó un resoplido.

—No suena fácil.

—Bueno —respondió el expolicía—, todavía no me he encontrado a Dios paseando por la calle. —Ernesto lo miró con la cabeza ladeada—. Lo que quiero decir es que todos ocultamos algunas vergüenzas; si este pájaro es tal y como me lo has descrito es probable que esconda un saco. Puede ser un asunto de la esfera personal o de la profesional, tanto da.

Ernesto torció el gesto; no parecía demasiado convencido. Marcelo esbozó una paciente sonrisa y continuó.

—Mira, Ernesto. Me vale con que este hombre sea un putero o engañe a su mujer; que sea adicto a cualquier cosa, desde el juego hasta alguna sustancia; que alguna vez se haya propasado con una paciente o haya engañado al fisco, o que un diagnóstico erróneo suyo haya puesto en peligro a alguien —enumeró con decisión—. Si ese tío esconde algo parecido, tendremos por donde empezar a apretarle. El problema es el tiempo: cuanto antes, mejor.

—Ojalá yo lo viera con tu optimismo.

Marcelo se levantó y rodeó el sofá. Desde atrás le dio un par de palmadas en el hombro.

—Anímese, doctor —siguió hasta una elegante máquina de café expreso colocada en un hueco de la estantería—. ¿Te apetece uno?

Ernesto declinó. Llevaba un par de días con los nervios tensos como los cables de un mástil.

—Intenta mostrarte más animado cuando llegue Lucía —sugirió—. A ver si conseguimos que esto no parezca la milla verde.

Como si fuera una premonición, el zumbido del interfono le indicó que acababa de llegar. Marcelo abrió la puerta y la invitó a pasar, Ernesto hizo las presentaciones y los tres se acomodaron; el expolicía le ofreció un café que ella sí aceptó.

—Ernesto ya me ha puesto en antecedentes —dijo para empezar—, pero me viene bien que me cuentes. ¿Por qué esa animadversión hacia ti?

—Hace más de dos años, Cascales se puso en contacto conmigo —comenzó—. Tenía un paciente con un trastorno muy concreto que podía beneficiarse de una terapia de grupo, algo que él no hacía. Lo comentamos y acepté verlo. En mi opinión, su diagnóstico no era muy exacto —Marcelo lanzó una rápida mirada a Ernesto—, pero aún así me pareció que la terapia de grupo podría estar indicada.

—¿Se lo dijiste? —preguntó Marcelo—. Me refiero a lo del diagnóstico.

Ella se encogió de hombros.

—No me pareció necesario —respondió—. Al poco tiempo hizo lo mismo con una mujer de mediana edad y luego pareció convertirse en una costumbre, a veces con indicaciones un poco tomadas por los pelos. Me telefoneaba para interesarse por «sus pacientes» —imprimió a las palabras un acusado tono paternalista—. Un tanto pesado, un poco suavón de más; empezó a incomodarme.

—¿Y después?

Lucía depositó la taza vacía sobre la mesita.

—Un día me dijo que teníamos que hablar —siguió—. Fue insistente, de modo que terminé por aceptar con la idea de quitármelo pronto de encima y poner fin a esa extraña colaboración. Nos vimos y después de un rato de conversación me ofreció una sociedad.

—¿Tú con él? —exclamó un sorprendido Ernesto—. Nunca me contaste nada de eso.

—Le dije que no —aclaró ella—; tampoco había mucho que contar.

—¿Cómo se lo tomó? —Marcelo retomó la conversación y ella meditó un momento su respuesta.

—En apariencia lo tomó con normalidad —dijo por fin—, pero algo me dijo que por dentro no estaba para nada contento. Lo que no podía imaginar es que fuera tan rencoroso.

—Así que te la tuvo guardada desde aquel día —apuntó Marcelo—, en espera de su oportunidad para vengarse.

—Eso encaja bien con su manera de ser —afirmó Ernesto.

Marcelo asintió y luego cambió de tema. Se acercó a su mesa y tomó un bloque de folios grapados.

—He revisado sus apariciones en redes y las declaraciones que ha hecho a la prensa —dijo mientras pasaba los papeles sin detenerse en ninguno en especial y los dejaba sobre la mesa frente al sofá—. Hay algo que me llama la atención.

Ernesto cogió los folios y empezó a ojearlos. Estaban ordenados desde el más antiguo, con la fecha y hora apuntada con rotulador rojo al pie de cada fotocopia.

—Mira la hora de su primera entrada en Internet —señaló—. Domingo a las diez cincuenta de la noche.

Ernesto la releyó. Era la misma con la que se topó la noche del taller.

—La primera noticia del asesinato en prensa digital no salió hasta una hora y media más tarde —dijo Marcelo—. Se puede decir que él dio la primicia.

Ernesto empezaba a entender el razonamiento de Marcelo.

—¿Cómo se enteró? —se preguntó en voz alta.

Marcelo hizo chasquear los dedos y señaló a Ernesto.

—¡Correcto!

Lucía asistía a la conversación con el gesto torcido.

—La entrada no parece haber sido escrita con prisa —explicó Marcelo y Lucía empezó a asentir mientras la leía—. Sabe lo del veneno y hay otro detalle aún más llamativo.

Los otros lo miraron interrogantes.

—«La tragedia ocurrida ayer» —Marcelo citó casi de memoria—. ¿No os resulta curioso? La noticia se hizo pública el domingo cerca de la medianoche, pero una hora antes este hombre parece saber que fue envenenado el día anterior.

Lucía y Ernesto, con las cabezas muy juntas, terminaron de leer la entrada en silencio.

—¿Qué piensas? —preguntó Ernesto tras alzar la mirada desde el papel.

—Intento elaborar un perfil —dijo con gesto serio—. Hemos buscado en la red y tengo la impresión de que este chaval se muere por conseguir notoriedad y reconocimiento profesional, lo que me lleva a pensar que en realidad no vale demasiado. —Ernesto asintió y se giró hacia Lucía—. Si las cosas son como me parecen, es un tipo del montón. Pero también parece un ser envidioso, vengativo y metódico, y tengo el convencimiento de que no se ha limitado a aprovechar una coyuntura que el azar le ha brindado, sino que la ocasión la ha provocado él.

Lucía y Ernesto lo contemplaron con mirada confundida.

—No termino de entender —dijo ella. Marcelo la miró con los labios apretados bajo su bigote.

—Creo que él tenía información de todo lo que ocurría en el taller —afirmó por fin—. Que tenía alguien dentro.

La cara de Lucía enrojeció bruscamente.

—No es posible —no sonó como afirmación, sino como incredulidad. Marcelo enarcó las cejas.

—No se me ocurre otra posibilidad que explique su rapidez y su conocimiento de los hechos.

—Suena a ciencia ficción, pero tiene sentido —Ernesto se mostró

de acuerdo con la teoría del expolicía.

—Le venció la impaciencia —concluyó Marcelo—. Debió esperar a la mañana siguiente para lanzar el comentario, pero sus ansias de venganza lo llevaron a cometer ese pequeño error, lo cual nos proporciona una base firme para empezar. Es peligroso, pero no es ningún genio; tan solo un mediocre engreído que está convencido de que es el más listo y el más guapo de la clase.

Por primera vez en los dos últimos días, los rostros de Ernesto y Lucía mostraron algo diferente a la preocupación.

—Bueno —dijo Marcelo alargando la «e», como hacía a veces—, no empecemos a organizar la fiesta de fin de curso todavía, nos queda bastante trabajo por hacer. En especial a vosotros dos.

Ambos lo contemplaron con interés.

—Necesitaremos una lista de los pacientes que puedan ajustarse al perfil de un agente doble —explicó—. Son vuestros pacientes, los conocéis; usad vuestro olfato. Tened presente que en las películas los agentes dobles siempre terminan muertos: a ver quién de entre ellos se ajusta más al perfil. —Se le escapó una sonrisa breve—. Es posible que terminemos por investigarlos a todos, pero lo que mi gente y yo necesitamos es que nos deis un orden que seguir para empezar por los que os parezcan más probables. Una investigación así lleva tiempo y no dispongo de un ejército para llevarla a cabo; cuanto más podáis orientarnos, mejor.

—Supongo que además de llevar tiempo no será algo barato —comentó Lucía.

—¡Correcto! —Marcelo se palmeó con fuerza sobre ambos muslos —, pero en mi situación actual me puedo permitir tener un detalle con la compañera de un buen amigo.

Lucía se sintió abrumada.

—No —negó algo violenta mientras pasaba la vista de Marcelo a Ernesto—. No puedo aceptar eso.

Las cejas y la boca de Marcelo dibujaron un gesto simpático.

—Claro que puedes —comentó sonriente—, mira en tu interior. — Soltó una risotada y luego, más en serio, concluyó—. Será para mí un placer; espero que no me obligues a pedírtelo por favor.

Ella negó con la cabeza mientras suspiraba.

—Deberíamos hablarlo más adelante —sugirió.

—Entonces lo hablaremos más adelante —confirmó Marcelo—. Y ahora, si no os importa, creo que todos tenemos que ponernos manos a la obra: el jueves tenéis que declarar en el colegio de psicólogos. Nos veremos allí y espero que tengáis la lista con los sospechosos ordenados. Os aseguro que si encontramos al topo esto va a ser pan comido.

Martes, 5 de noviembre de 2019 • 12:00 h

Claudia y Anselmo, sentados con sus mesas enfrentadas, se afanaban cada uno en su investigación. Ella cotejaba números de teléfono de los móviles de Óscar Ripoll mientras él repasaba las declaraciones de los pacientes, y de cuando en cuando, intercambiaban algún comentario breve. A media mañana, tras una andanada de bostezos, Anselmo comentó que iba a estirar las piernas un rato y salió de las oficinas. Tras un breve respiro y unos bocados a una manzana, Claudia regresó a la tarea.

La investigación del asesinato del aparcamiento no avanzaba: por lo que había descubierto hasta el momento, el fallecido debía dinero a algunos personajes y otros le debían dinero a él. La deuda más cuantiosa era con el Puto Galego, pero ella empezó a interesarse más por sus deudores que según el argumento del gallego podían ser los más interesados en quitarlo de la circulación. Hasta el momento, sin embargo, ni las cantidades justificaban un asesinato, ni Óscar parecía ser un tipo al que fuera peligroso deberle dinero y, aunque no le apetecía nada la perspectiva, se dijo que iba a tener que bucear en el paso de Ripoll por la prisión; quizás allí encontrase algún otro hilo del que tirar.

Estaba concentrada cuando el timbre del teléfono le hizo dar un respingo.

—Policía Judicial.

—¿El sargento Sotelo?

Claudia se giró para mirar por la oficina; ni rastro de Anselmo.

—Soy su compañera, la sargento Tatsis —se identificó—. Sotelo ha salido, si puedo ayudarle.

—Llamo del puesto de Armilla —explicó—. Tenemos una denuncia por una desaparición desde el viernes uno de noviembre. —Claudia tuvo el vago recuerdo de que esa información le sonaba de algo—. La cuestión es que el desaparecido es traumatólogo y al enterarme de que están investigando el asesinato de otro traumatólogo he pensado… Bueno, igual no tiene importancia —se interrumpió.

—¡Ni mucho menos! —exclamó ella mientras buscaba el bolígrafo —. Todo puede ser importante. Le diré a Sotelo que lo llame en cuanto regrese.

Nada más colgar, Claudia abrió la aplicación. Recordaba estar trabajando una noche y leer la denuncia de una desaparición en SIGO.

Alejandro Sierra Martínez, sesenta años, traumatólogo. Talla 1,89 metros; peso 102 kilos. Su esposa había denunciado la desaparición el viernes día uno por la noche. Visto por última vez en el concesionario de BMW cerca del Centro Comercial Nevada.

—Traumatólogo —murmuró ella. Se apoyó contra el respaldo de su asiento con las manos enlazadas y empezó a balancearse.

Como bien dijo el guardia antes de colgar, igual no tenía ninguna relación con el asesinato del taller. Dio otro vistazo rápido a la oficina, pero Anselmo seguía sin aparecer. Sin dudarlo más, agarró el expediente y cogió su anorak del respaldo. «Si vuelve Sotelo, decidle que estaré aquí antes del almuerzo», comentó al salir.

El trayecto en coche no le llevó más de media hora. Por el camino telefoneó a la mujer del desaparecido quien le confirmó encontrarse en casa. Se mostró ansiosa, quizás ilusionada, pero la vacilante esperanza se desinfló cuando Claudia le aseguró que no había novedades de su marido. Cuatro días sin noticias es demasiado tiempo, se dijo Claudia mientras conducía por una larga avenida.

La mujer la esperaba en la puerta de una coqueta vivienda con un jardín bien cuidado. Andrea Vergara fue el nombre que le dijo cuando Claudia se aproximó hacia ella y sin más la hizo pasar al salón. Infinidad de fotos de la pareja en diferentes lugares del mundo se repartían por las estanterías y los muebles. La invitó a sentarse. Las ojeras en el rostro lavado la hacían parecer mayor; Claudia la situó más allá de los cincuenta y cinco.

—Dígame. ¿Lo han encontrado…? —con una súplica en los ojos dejó el final de la pregunta en suspenso para no pronunciar la temida palabra.

—Tranquilícese —Claudia la cogió de las manos—. No le he mentido, no hay noticias de su marido.

El rictus de tensión se relajó un tanto y dio paso a una expresión de extrañeza.

—Usted dirá —dijo—. Desde que supe lo de la muerte de Benito Montoya, espero que en cualquier momento se pongan en contacto conmigo para…

—No piense eso —la interrumpió Claudia—. No se haga ese daño. —Lamentó no poder decirle que lo más probable era que la muerte de Benito Montoya fuese solo un trágico error del asesino—. No hay ninguna relación entre ambos hechos.

La conversación no se alargó demasiado. Benito Montoya y su marido habían sido compañeros en el hospital de Guadix desde su apertura, pero en 2009 él dejó la actividad pública y empezó a trabajar en una mutua de accidentes laborales. En estos diez años casi habían perdido el contacto y, hasta donde ella sabía, era posible que la última vez que coincidieran fuese un par de años antes en un acto del colegio de médicos. En relación al día de la desaparición, estaban ultimando los preparativos para el cumpleaños de su padre y él recibió una llamada. No recordaba bien los detalles, pero le dijo que era algo que había surgido relacionado con un paciente y cuando regresaron al

concesionario para recoger los coches tras la revisión, él se marchó tras prometerle que estaría en casa antes de las siete. Esa fue la última vez que lo vio o que tuvo noticias suyas. Claudia anotó el nombre del taller.

La mujer sugirió que se tratase de un secuestro. Claudia le explicó que cuatro días sin noticias parecía un tiempo demasiado prolongado, aunque no podían descartar ninguna hipótesis. A la desolada esposa, cualquier grieta en la que engarfiar una uña le parecía más aceptable que dejarse caer en el precipicio de que su marido estuviese muerto, y no quería ser ella quien le segara esa esperanza.

Claudia intentó dejar unas palabras de aliento y salió de la casa convencida de que esa pareja no tenía problemas. Una vida acomodada y sin sobresaltos, cercana a la jubilación; dos buenos sueldos; sin deudas, sin enemigos, sin terceras personas; celebraciones con la familia política. «Al menos así lo ve ella», pensó mientras arrancaba el coche, «no estaría mal saber si el desaparecido opina lo mismo de esa vida perfecta».

Miércoles, 6 de noviembre de 2019 • 14:00 h

Por fin pudieron tener una conversación sosegada durante el almuerzo. A cada uno a su modo, la sensación de tener algo pendiente le provocaba una tensión desagradable. Con ganas de encontrarse, sin saber bien cómo actuar cuando coincidían, la pareja parecía haber iniciado una fase de ir cuesta arriba por un camino cada vez más empinado. Desde el lunes, sus escasos encuentros por la casa se habían convertido en pequeños momentos en los que cualquier comentario podía empeorar las cosas; sin su habitual espontaneidad, vivían en un ambiente de frialdad en la que el más mínimo incidente podía dar al traste con ese precario equilibrio y empeorarlo aún más. El silencio parecía ganar terreno en la relación, roto solo por comentarios imprescindibles y asépticos que lo único que conseguían era aumentar su protagonismo.

Ninguno de los dos eran personas de tolerar esa situación durante mucho tiempo, así que cuando Claudia apareció en casa poco antes de las dos, como si respondieran a un guion establecido, terminaron por sentarse en el salón y retomar las conversaciones. Ernesto reconoció haber hecho comentarios fuera de lugar, pero se sentía dolido porque lo hubiese incluido en la lista de presuntos y, sobre todo, por haberse enterado de esa manera. Así ella, en lugar de poder disculparse por no habérselo dicho antes, tuvo que empezar explicando que había una gran diferencia entre incluirlo en esa lista y considerarlo culpable. Él no terminaba de dar su brazo a torcer y parecía empeñado en no ver tanta diferencia, y la conversación derivó desde lo sencillo y esencial a lo complejo y anecdótico. Cuando por fin se disculpó, su tono no sonó a disculpa sin más: lo sentía, pero pensaba que él lo estaba sacando todo de quicio. Él le reprochó su falta de tacto por no darse cuenta de lo tocado que estaba con el asesinato del taller y la repercusión sobre su trabajo, y ella le reprochó que tuviese tan poca confianza como para pensar que se le hubiese pasado por la cabeza considerarlo un asesino.

Fueron demasiados «peros» para tan pocas disculpas. Y si las disculpas sinceras consiguen que el agua vuelva a ser fresca y clara, los «peros» son gotas de fango que la vuelven a enturbiar. La despedida cuando Ernesto salió para su consulta de la tarde fue más sana, pero dejó un regusto extraño. Tan sutil que el ritmo y las preocupaciones de los últimos días les impidieron paladearlo; la relación se limpió, «pero» no del todo, y el resto de mugre que no consiguieron retirar quedó agazapado en un rincón, como una infección que espera una bajada de defensas para extenderse de nuevo.

Claudia pasó el resto de la tarde en la casa del pantano dedicada a ordenar sus ideas sobre la investigación de la muerte de Óscar Ripoll y a apartar de las tripas la impotencia por no poder tomar parte abiertamente en la investigación de un crimen que podía provocar daños colaterales en la vida de su pareja. Ernesto, por su parte, después de terminar la consulta se encontró con Lucía en su casa para elaborar la lista de posibles topos y el trabajo se les prolongó hasta bien entrada la madrugada.

Jueves, 7 de noviembre de 2019 • 10:00 h

Lucía y Ernesto, acompañados por Marcelo, llegaron a la sede del Colegio de Psicólogos de Andalucía Oriental. El expolicía les deseó suerte y se despidió de ellos en la puerta. Les esperaría en un café cercano y así tendría tiempo de dar un buen vistazo a la relación que le acababan de entregar.

La declaración preliminar de Lucía fue bastante más prolongada que la de Ernesto. A ella le explicaron en detalle la reclamación puesta por la viuda de don Benito Carlos Montoya Jerez: la acusaban de mala praxis y sugerían la posibilidad de que su actuación en el taller hubiese precipitado un suicidio. En su alegato, trataban de hacer parecer a Benito como una persona deprimida y agobiada por su trabajo, nada más lejos de la realidad, como afirmó ella, aunque los miembros de la comisión tomaron su afirmación de un modo aséptico.

—¿Quién está detrás de todo esto? —preguntó el presidente—. Dan la impresión de estar bien asesorados.

Lucía les relató su relación con el psiquiatra y la sensación que tenía de que se trataba de una venganza por no haber aceptado asociarse con él. Ese detalle pareció ponerlos un poco más a su favor.

—Así que el instigador es un psiquiatra —afirmó el secretario con cierto desdén—. Y está utilizando a la viuda para cargar contra ti desde la sombra. —Meneó la cabeza con disgusto.

Emplearon gran parte de la mañana en preguntarle acerca del desarrollo del taller, de los ejercicios que habían podido realizar y entraron en profundidad en el trabajo personal de Benito. No encontraron nada que hiciera prever el fatal desenlace, claro está, como puntualizó uno de los vocales, suponiendo que la apreciación de Lucía sobre el estado de ánimo del fallecido fuese correcta y no hubiese pasado por alto algún detalle importante.

Tras terminar con Lucía y tomar un breve descanso, recibieron a Ernesto. Él confirmó su diagnóstico sobre Benito y trató de hacerles ver que el desarrollo del taller había sido muy normal, con la emotividad de una situación como esa, pero sin excesos ni pérdidas de control por parte de nadie.

—¿Hay algo más que quiera añadir? —preguntó el presidente antes de dar por terminada la declaración.

—Sí —dijo Ernesto—. Creo que es evidente la mala fe por parte del doctor Cascales.

Los miembros de la comisión se mostraron extrañados por la afirmación de Ernesto.

—¿Podría explicarse?

—Tal como yo lo veo, está claro que lo único que se pretende con

esta demanda es socavar el prestigio de Lucía —afirmó taxativo—. Aún en el caso de que Benito Montoya fuese un paciente depresivo y que algún acontecimiento hubiese actuado como detonante de un suicidio, estarán de acuerdo conmigo en que el método elegido implica premeditación —dejó pasar unos segundos—. No es razonable desde ningún punto de vista.

—Es un dato que ya hemos comentado entre nosotros y con la propia Lucía.

—Siendo así —continuó—, mi impresión es que la intención del doctor Cascales no es que la demanda ni una supuesta denuncia posterior lleguen a buen puerto. Lo único que pretende es sencillamente lo que ya está ocurriendo, que se abra una comisión de investigación con la que hacer ruido y hundir a Lucía.

—Tiene sentido —convino el presidente—. Limpiar tu buen nombre es complicado aunque te declaren inocente.

—Esa es la cuestión —afirmó Ernesto—. Conozco a Lucía y su forma de trabajar desde hace mucho tiempo, imagino que ustedes también, y les aseguro que muchos psiquiatras quisieran tener su pericia y su lucidez. —Hubo un gesto de reconocimiento por parte de los presentes—. Si me permiten hacerles una petición, no demoren el resultado de la investigación. Piensen que cada día que pasa es un día más que regalan al doctor Cascales para sembrar dudas en el buen nombre de Lucía.

El presidente hizo un gesto comprensivo ante las palabras de Ernesto.

—Lo entendemos —dijo con solemnidad— y le aseguro que lo tendremos en cuenta. Estoy en la obligación de informarle que esta comisión tiene decidido entrevistar a todos los pacientes, pero en atención a sus planteamientos modificaremos el calendario previsto para acelerarlo cuanto sea posible.

Los demás miembros se mostraron de acuerdo y agradecieron a Ernesto su colaboración.

Cuando se encontraron en la salida, la impresión de Ernesto parecía más favorable que la de Lucía.

—No se han mojado mucho —dijo Lucía con pesadumbre.

—Al menos han tenido en cuenta lo de acelerar la investigación —respondió Ernesto más animado—. Lo que hagan a partir de ahora no está en nuestra mano.

Marcelo no estaba en la cafetería y cuando Ernesto encendió el teléfono encontró un mensaje suyo: se había ido a su oficina y los esperaba allí. Al llegar lo encontraron reunido con algunos de sus investigadores, con los que se repartía el trabajo para investigar a los primeros pacientes de la lista.

—Son los más nuevos —explicó Lucía—. En realidad no he

encontrado a ninguno que me parezca más sospechoso que el resto.

Ernesto y ella habían pasado horas analizando a cada paciente. Cada actitud, cada intervención, cada gesto y cada frase; pero todos o ninguno, con el mismo criterio, podían parecer igual de probables informantes del psiquiatra.

—Os iba a preguntar por los motivos que os habían llevado a ponerlos en ese orden, pero ya veo que no hay mucho que rascar —dijo Marcelo algo contrariado—. De cualquier modo, seguid con eso en la cabeza y me avisáis con cualquier detalle que se os ocurra.

—¿Cómo lo ves? —preguntó Ernesto.

—La parte buena es que no son muchos —respondió—. La mala es que con mi personal podremos controlar solo a cinco al mismo tiempo. Voy a pedir ayuda extra y ya os contaré —añadió con cierto misterio.

Ernesto conocía bien esa expresión y prefirió no indagar más.

—¿Qué tal han ido las declaraciones? —preguntó él.

—Me han parecido serios y creo que van a intentar resolverlo cuanto antes —dijo Ernesto.

—Habrá que ver qué hacen la mujer de Benito y sus abogados cuando la comisión dictamine —comentó Lucía—. Como decidan seguir adelante con una denuncia ante los juzgados lo voy a pasar mal.

—Si la intención de la viuda es conseguir dinero —dijo Marcelo— es muy probable que sigan adelante. Por eso creo que la única forma de parar esto es desactivar públicamente al psiquiatra. Y ahora, si nos disculpáis, vamos a seguir con el trabajo.

Domingo, 10 de noviembre de 2019 • 11:00 h

El final de la semana transcurrió en una especie de calma tensa. Ernesto y Lucía parecían dos paranoico-depresivos que en cuestión de segundos pasaban de sospechar de cualquier paciente a tener la sensación de que el informador del psiquiatra era una ficción de Marcelo. Con la mente haciendo horas extras, Ernesto tuvo un momento de lucidez en el que pensó que el topo podía ser alguno de los empleados del hotel, quizás la propia directora. Lucía llevaba años organizando los talleres en el mismo lugar y el psiquiatra debía estar al tanto de eso; se le vino a la memoria el más larguirucho, el de cara de pájaro y ojos vivos. Siempre callado, siempre atento a todo. ¿Qué podía costarle a Cascales comprar sus servicios? ¿Quinientos euros por la información?

Cuando estaba a punto de llamar a Marcelo empezó a encontrar pegas en su propio argumento. Fue casualidad que ese hombre se enterase de lo sucedido: de no haber sido por el crimen, no hubiese vuelto al hotel hasta el lunes. Poco iba a poder informar al cabrón de Cascales. A no ser que… claro. ¿Y si la intención de Cascales era que se cometiera un asesinato? Le daba igual la víctima. O no. Mejor alguien conocido. Benito era un traumatólogo conocido en Granada, y manipular a su mujer no sería difícil. Igual hasta se conocían de antes y eso le ayudó a prepararlo todo.

De repente se detuvo en seco. Nada de aquello tenía sentido. «Estás paranoico», concluyó, y se acercó a por una novela que tenía a medias. Claudia volvía a estar de guardia y con tanto trabajo no calculaba que se fuesen a ver mucho en el fin de semana. Echó de menos tener a alguien con quien compartir sus alocadas ideas, que sirviera de válvula a su imaginación, y pensó en invitarse a un café en casa de Lucía; pero ella tenía un compromiso, así que terminó por regresar al escaso cobijo de la lectura hasta que llegó la noche, se calentó una cena rápida y se fue a la cama. A las doce seguía sin noticias de Claudia y terminó por caer en un sueño inquieto.

La mañana del domingo amaneció temprano y se dedicó a retozar en la cama hasta que el ruido de la cocina lo terminó de espabilar. Claudia debió volver muy tarde y ya estaba otra vez en funcionamiento. Eran las nueve y media, buena hora para levantarse, y le apetecía desayunar con ella antes de que le surgiera cualquier cosa y tuviese que marchar otra vez.

—Buenos días. —Se acercó para darle un beso—. ¿Qué tal la guardia?

—Además de lo que tenemos acumulado, no va mal —respondió con una sonrisa que acentuó las ojeras—. ¿Sabes? Hay otro

traumatólogo desaparecido desde el viernes.

—¿Anteayer? —preguntó mientras abría la nevera.

—No. —Lo corrigió—. Desde el viernes anterior a vuestro taller.

Ernesto dejó de mirarla y volvió a centrarse en el frigorífico. Se incorporó con un bote de zumo y un plato de pasta.

—¿Hay algo que los relacione?

Claudia se encogió de hombros.

—Coincidieron en un hospital en Guadix hace bastantes años —dijo con tono neutro—. El desaparecido trabaja en exclusiva para una mutua laboral, y Benito trabajaba para otra mutua diferente y a tiempo parcial. Ni siquiera operaban en el mismo hospital. La mujer cree que no se han visto en años.

—¿Cómo se llama?

—Alejandro Sierra —respondió ella—. ¿Piensas ir a buscarlo? —Sonrió.

—Pues no me vendría mal —afirmó él—. Con tal de salir de aquí y apagar un rato el ventilador que tengo en la cabeza. —Dio varias vueltas al dedo índice apuntado hacia la sien—. ¿Qué plan tienes hoy?

—Ahora descansar un rato y a media mañana acercarme a la comandancia —comentó—. Solo deseo tener una tarde libre y tranquila; quizás podríamos dar un paseo.

—Eso sería estupendo —afirmó Ernesto mientras se sentaba a desayunar.

Ella encendió la radio y se acercó a la puerta del porche con la taza de café en la mano. La vista de la suave pendiente de la colina hacia el pantano y el perfil de Sierra Nevada al fondo siempre le traían recuerdos de la primera vez que estuvo allí. Su primera noche juntos. Se acordó de las palabras de su compañero Pedro unos días antes y pensó que quizás fuese un buen momento para invitar a Ernesto a conmutar su pena de dos años de cárcel, y mientras se acercaba hacia él con sonrisa traviesa, el móvil de la guardia se encabritó sobre la mesa como un amante celoso.

Ernesto, desde el otro extremo, levantó la mirada con cara de circunstancias.

—Policía Judicial —dijo en tono profesional. Luego estuvo un rato en silencio mientras asentía con la cabeza y justo antes de cortar, añadió—: Llego en veinte minutos.

Ernesto la contempló con mirada compungida y ella se encogió de hombros, le dio un beso y fue a por el anorak.

—Han encontrado el coche del desaparecido con un cadáver en su interior —explicó antes de salir—. Te llamo en cuanto pueda.

El escaso tráfico de la mañana de domingo le permitió hacer el trayecto sin retrasos. Abandonó la Ronda Sur tras el túnel y continuó por la antigua carretera de la sierra en dirección a Quéntar hasta

llegar a una recta de unos trescientos metros que ascendía paralela al río; en la curva del final, el todoterreno de sus compañeros y la furgoneta de atestados.

—Unos ciclistas han tenido una avería en la curva —La jefa de la patrulla se pasaba una toallita desinfectante por los arañazos de las manos—. Mientras arreglaban la cadena, uno de ellos se ha acercado al barranco y le ha parecido ver algo extraño entre las zarzas. Nos han activado a través del 112 y nos ha costado lo más grande llegar hasta ahí. —señaló más allá del borde del terraplén—. Es el coche del desaparecido y parece que es su cadáver el que está dentro; los de atestados ya están abajo. —Acompañó sus palabras entregándole la cartera del fallecido—. La llevaba en el bolsillo de la americana. En el puesto nos han dicho que si aparecía le diésemos el aviso a usted.

Claudia le dio las gracias. En teoría no había por qué avisar a la Policía Judicial de la comandancia por un accidente de tráfico, pero ella lo había dejado dicho.

Mientras esperaban a la grúa, Claudia tomó unas fotos de la zona. Carretera estrecha, recta larga y una curva no muy cerrada. Un despiste, una frenada mal calculada o una llamada de teléfono, y listo. Así termina todo. No pudo evitar recordar su conversación con la esposa, con toda seguridad ya viuda, cuando la visitó días atrás: «qué frágil es la felicidad», se dijo.

—¿Cuánto va a tardar la grúa? —preguntó al compañero.

—Unos quince minutos —dijo—. Y el forense estará al llegar.

Decidió bajar hasta el vehículo para echar un vistazo y utilizó la misma cuerda que habían dejado los compañeros. Al principio había unos metros de descenso muy empinado hasta llegar a una zona rocosa con recovecos a los que sujetarse; después llegaba el matorral lleno de ramas de zarzales plagados de molestas púas que se enganchaban a la ropa y arañaban sin compasión.

Saludó a los dos compañeros de atestados que acababan de terminar con las fotos y se encontraban sobre una peña, junto a la parte delantera del coche, inclinado hacia delante unos cuarenta grados y con el frontal destrozado contra unas piedras de gran tamaño, como si hubiese hecho un picado desde la carretera. Todo el parabrisas con el marco estaba desencajado, volteado sobre el capó, y el pellejo flácido del airbag se perdía bajo el torso de un varón que mantenía la cabeza apoyada sobre el volante, como quien da una cabezada, aún sujeto por el cinturón. Claudia se afirmó en el vehículo con precaución para rodearlo; le dio la impresión de estar asentado con firmeza contra las rocas, sin riesgo de desequilibrarse y continuar la caída de varios metros hasta el río. Cuando se asomó por el lado del acompañante, una nube de moscas zumbó molesta por la intromisión. El cadáver tenía la frente hundida, la cara grisácea y abotargada;

imposible reconocer el rostro agradable que había visto en las fotos de su casa.

Un pequeño reloj con brújula colgaba del salpicadero con la esfera rota y las manecillas detenidas en las tres menos diez, veinte minutos después de despedirse de su mujer. Estaba muerto antes de que nadie lo echase de menos, se dijo con un pellizco de lástima.

—¿Os importa si saco algunas fotos? —preguntó a los de atestados.

—Le pasamos las nuestras —respondió uno de ellos—. Si necesita alguna más, por nosotros no hay problema.

El reportaje le llegó al móvil en cuestión de segundos y las revisó a conciencia: parecía minucioso y se lo agradeció. Acompañada por uno de los guardias de atestados inició el ascenso en el instante en que el operario de la grúa se disponía a deslizarse hacia abajo con el gancho.

—¡Podían haber avisado de cómo estaba el coche! —gritó hacia arriba, molesto con la pareja—. Voy a necesitar ayuda para subirlo.

El forense esperaba apoyado en su coche con un pitillo en la mano y Claudia lo saludó al pasar.

—¿Cuántos?

—Solo un ocupante —respondió ella—. En el asiento del conductor, con cinturón de seguridad; un golpe en la frente.

El forense lanzó la colilla a mitad del asfalto.

—De no ser por la casualidad de los ciclistas podían haber pasado meses antes de que alguien lo encontrase —comentó y Claudia comprendió que el doctor debía haber echado un vistazo desde arriba. Era cierto que escondido entre las zarzas era casi imposible verlo desde la carretera.

Claudia se enjuagó las manos y la cara con el resto de una botella y tras dar un trago escupió el agua al suelo. Luego sacó la cartera que le había entregado la compañera de la patrulla y la abrió. Toda la documentación a nombre de Alejandro Sierra Martínez y algo de efectivo. Un papelito blanco y liso se deslizó hacia el suelo: era el resguardo de un pago con tarjeta en una gasolinera realizado minutos antes del accidente. Le hizo una foto con el móvil y lo volvió a colocar en el interior.

—Esta es su documentación —dijo mientras se la entregaba al forense—. En el bolsillo derecho de la americana.

—Gracias. Facilitará las cosas.

La jefa de la patrulla se les acercó.

—La mujer del desaparecido aún no está enterada —dijo mirando a Claudia—. Esperamos a confirmar que sea él.

—Yo hablaré con ella —Claudia había captado la velada petición; la guardia pareció aliviada y volvió a alejarse.

—Algunos no terminan de entender que ser mensajero de una mala noticia no te convierte en culpable de ella —comentó el forense tras

un carraspeo con la mirada perdida en la carretera.

Claudia permaneció en silencio. «Aunque no seas culpable no es plato de buen gusto», pensó. Alzó la vista hacia el cielo despejado y aspiró el aire fresco. Una mañana agradable de finales de noviembre, con la temperatura perfecta para un paseo o algo de deporte. Pensó en la mujer que aún mantenía un hilo de esperanza sin saber que el mensaje de muerte ya estaba en camino. De repente se sintió triste y echó a andar a paso vivo hacia la curva, como si la tristeza estuviese impregnada en el humo del cigarrillo del forense y alejarse de ella fuera tan sencillo como caminar unos pocos pasos.

El de la grúa discutía con los guardias civiles; necesitaban una pluma para elevar el coche y la operación se iba a demorar bastante más de lo esperado. Lo escuchó decir que tardarían como una hora en llegar hasta allí y decidió ocupar ese tiempo con una visita a la gasolinera en la que Alejandro Sierra había repostado pocos minutos antes de morir.

Domingo, 10 de noviembre de 2019 • 13:00 h

El avisador colgado sobre la puerta tintineó al entrar Claudia. Tras saludar al hombre que se encontraba reponiendo un expositor de bollería, se identificó y fue directa al asunto.

—Esta mañana han encontrado un coche accidentado a unos kilómetros de aquí, en dirección a Quéntar. —Le mostró la foto del recibo de la tarjeta de crédito—. Esto es de aquí, ¿verdad?

El encargado soltó una bolsa de bollos de chocolate en el suelo y le echó un vistazo.

—Sí, de la semana pasada —confirmó—. ¿Por qué?

—Parece que el accidente ocurrió justo después de salir de repostar —fue la somera explicación de Claudia al tiempo que sacaba la fotografía de Alejandro Sierra—. ¿Lo ha visto por aquí?

—¡Claro! —exclamó al instante. A Claudia le extrañó la rapidez.

—¿Lo conoce? —preguntó.

—No —negó rotundo—. Pero ese hombre se dejó olvidado su teléfono el viernes pasado.

Mientras hablaba rodeó el pequeño mostrador y empezó a hurgar en una estantería a su espalda.

—Aquí lo tiene —dijo mientras le mostraba el móvil—. No recuerdo la matrícula, pero sí que llevaba un BMW gris oscuro impecable.

—Tiene buena memoria —sugirió Claudia.

—Qué va. —Se echó a reír—. Lo que pasa es que cuando vi el móvil en el mostrador salí corriendo tras él, pero el coche ya se alejaba. A pesar de mis gestos no debió verme por el retrovisor; parecía tener bastante prisa.

—¿Sonó en algún momento mientras lo han tenido aquí? —Claudia se guardó el móvil.

—Sí, sonó una vez. Yo estaba fuera llenando un diésel y para cuando regresé la llamada se había cortado. Poco después se quedó sin batería —añadió—. Tenía pensado llevarlo a objetos perdidos, pero si le digo la verdad, no me he acordado. Parece un modelo caro.

—Antes me ha dicho que el coche estaba impecable —dijo ella—. ¿A qué se refiere exactamente?

—Pues eso —contestó él como si su afirmación no necesitara más aclaraciones—. Parecía recién salido del concesionario: muy nuevo, muy limpio, sin un rasguño. Aunque con la que cayó esa tarde pudo pasarle de todo; los coches que había en ese aparcamiento —señaló una zona frente al surtidor— no salieron muy bien parados con el granizo.

—Cierto —dijo ella pensativa—. Fue la tarde de la tormenta.

¿Recuerda a qué hora empezó a llover?

—Desde las cuatro estuvo lloviendo muy fuerte durante casi dos horas —dijo—. A las tres hacía un día soleado, a las cuatro el diluvio y en poco más de dos horas aquí no ha pasado nada. Cosas del tiempo.

—¿Está seguro de que el coche no tenía barro en las ruedas?

—Hombre, seguro, seguro… —dijo tras meditarlo un momento—. Si lo tenía, no me llamó la atención.

Claudia asintió en silencio y revisó las fotos de su móvil: los neumáticos, las llantas y las zonas bajas de puertas y aletas estaban cubiertas de barro reseco.

—De lo que sí estoy seguro es de que no estaba así —afirmó el encargado tras ver las imágenes.

—¿Las cámaras de seguridad están operativas?

El encargado hizo un gesto afirmativo.

—Necesitaremos las imágenes —dijo ella—. Desde las dos de la tarde hasta las cuatro estaría bien.

—Tendré que avisar al informático —dijo mientras se rascaba la nuca—. Lo llamaré mañana.

Ella le dejó una tarjeta con su teléfono y le hizo algunas preguntas más que él, o no supo responderle, o la respuesta fue un rotundo no, y tras agradecerle la atención se despidió.

Dos horas después, el destrozado coche descansaba sobre la plataforma de la grúa y la investigación en el lugar del accidente se dio por concluida. Sin huellas de frenada en el asfalto, el forense sugirió que fuese un despiste o que se hubiese quedado dormido; ambas hipótesis sonaron demasiado simples a oídos de Claudia. Tras asegurarse de que el coche iría al depósito judicial y el cuerpo al Instituto de Medicina Legal, decidió no demorar más el viaje para dar la noticia.

◆

Andrea, la mujer de Alejandro, no se vino abajo de momento. Cuando abrió la puerta y la reconoció, antes de cualquier saludo le hizo dos preguntas: «¿Lo han encontrado?» y «¿Está muerto?». La respuesta de Claudia fue afirmativa en los dos casos y lo que percibió en el rostro de ella fue como si las arrugas de la incertidumbre cedieran el paso a un resignado descanso que, instantes después, se anegó de lágrimas.

Ella se quedó en silencio junto a Andrea. No hay consuelo para algo así; solo el llanto y el tiempo, ambos en la dosis adecuada, son capaces de arrastrar la sensación de desgarro tras la muerte de un ser querido. Las palabras no sirven de mucho, la compañía sí, y Claudia se hizo el

mudo compromiso de seguir a su lado hasta que ella rompiese el silencio.

Cuando estuvo más calmada, Andrea le apretó la mano con afecto.

—Gracias —dijo, y se sonó la nariz—. ¿Cómo ha sido?

—Se salió con el coche en una curva y cayó por un pequeño barranco —explicó ella—. Fue un golpe en la cabeza, no debió de enterarse siquiera.

Andrea movió la cabeza como si negara y las lágrimas volvieron a sus ojos. El temblor de la barbilla denotaba su esfuerzo por no derrumbarse de nuevo.

—¿Podré verlo?

—Por supuesto —afirmó—. Pero le recomiendo que lo piense bien; han transcurrido casi diez días… —no era necesario terminar la frase —. Es mejor que guarde un buen recuerdo de su marido; algunas imágenes pueden ser imposibles de borrar.

La viuda alzó la mirada y parpadeó en otro intento por contener las lágrimas. Al final, le dio la razón.

—Mañana por la mañana le harán la autopsia y después se pondrán en contacto con usted para la funeraria y demás —explicó Claudia al par que le entregaba el móvil de su marido—. Intente descansar.

A todas luces era lo que más necesitaba.

—Cuando la esperanza se va perdiendo es como si todo quedara en suspenso, en espera de un desenlace que nunca llega; con esa incertidumbre no es fácil descansar —comentó Andrea—. Ahora todo ha terminado.

Claudia se incorporó para marcharse.

—Tendré que volver a hablar con usted para terminar de cerrar algunos detalles —le dijo antes de salir—. Entiendo que ahora no es buen momento, pero tampoco sería bueno demorarlo demasiado. Le dejaré mi tarjeta…

—Venga mañana por la tarde —la interrumpió—. A las seis y media estará bien.

Lunes, 11 de noviembre de 2019 • 10:00 h

A primera hora de la mañana, Anselmo recibió una llamada del forense. En Sevilla ya tenían los resultados de toxicología de las dos botellas y los análisis confirmaban que el veneno era arsénico, un compuesto fácil de encontrar, sin sabor ni color y muy tóxico. Sin embargo, en la jeringuilla hallada tras el mueble del minibar solo había restos de tinta seca. La misma información le llegó al correo instantes más tarde y Anselmo imprimió el informe y se dirigió a la mesa de Claudia.

—Noticias —dijo mientras le acercaba el folio.

—Lo esperado —comentó ella tras una rápida ojeada—. Me sorprende la jeringuilla.

Él le quitó importancia con un gesto.

—Alguien la utilizó para recargar una pluma —dijo—. Mi padre lo hacía.

—Desde luego, si el asesino la utilizó para inyectar veneno, hubiese sido una estupidez dejarla allí —convino ella.

—Hay más. —Parecía jugar a hacerse el interesante, pero Claudia no estaba para eso y mantuvo sobre él una mirada expectante.

—Uno de los empleados del hotel también tuvo algún problema con Penélope —dijo mientras se deslizaba hacia su silla. Ella se interesó.

—Fue también unos años después de la crisis inmobiliaria —explicó —. Su empresa quebró por no poder hacer frente a las deudas. Al parecer Penélope le dio un aviso de parte de sus acreedores.

—¿Has hablado con él?

—Claro. Asegura que ni siquiera la vio allí y por lo que me ha confirmado la terapeuta es bastante posible que así sea.

Ella no pareció conformarse con esa explicación y Anselmo continuó:

—Además, parece difícil que tuviese ocasión de inyectar el veneno —Claudia seguía atenta—. Desde que la gerente hizo la reposición de los minibares hasta que entregó la llave de la habitación a los terapeutas solo pasaron unos treinta minutos y él no podía saber que esa habitación sería para Penélope.

—¿Y la maestra?

—La tuvo la gerente hasta que se marcharon —afirmó—, para terminar de reponer los minibares. Al salir recordó que la llevaba encima y regresó para dejarla; los dos empleados ya estaban en el coche y ninguno la acompañó a dejar la llave, así que nada.

—¿Sigues pensando que el objetivo del asesino era Penélope?

Anselmo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No olvides la posibilidad de que sea Benito —sugirió ella, aunque en el fondo pensaba igual que él.

—También he seguido por esa vía —confirmó Anselmo—. Pero cuanto más escarbo, más tierra me cae encima. —Ella sonrió—. No tenía enemigos; era una persona muy querida por sus pacientes, por sus compañeros, por los que estaban en su grupo de terapia. Sin deudas, sin historias ocultas. Por el momento nadie gana nada con su muerte.

Claudia asentía a la explicación de su compañero.

—¿Acaso tú piensas otra cosa? —le preguntó Anselmo con cierta expectación.

—En realidad no —dijo ella, que no tenía claro si comentarle a Anselmo el asunto de la muerte de Alejandro Sierra y arriesgarse a enturbiar la investigación—. Ayer apareció muerto en su coche un hombre que llevaba días desaparecido —le mostró la pantalla.

—Uf —Anselmo dejo escapar un silbido—. Corren malos tiempos para los traumatólogos. ¿Crees que guarde alguna relación con lo de Benito?

Ella negó con la cabeza.

—En principio no —respondió.

Anselmo se interesó por el asunto de la desaparición; Claudia le hizo un resumen de la historia y al final le mostró las fotos. Anselmo pasó las instantáneas deslizando el dedo por la pantalla del móvil y terminó con un gesto torcido.

—¿Se salió de la carretera? —comentó con resignación—. Vaya forma estúpida de morir.

—Esta tarde tengo una cita con la viuda. Quiero aclarar algunos flecos.

Anselmo la contempló con la cabeza inclinada y los ojos convertidos en dos ranuras.

—Flecos, detalles —masculló pensativo—. Cada vez que te oigo pronunciar eso las pesquisas se complican, ¿oíste?

Claudia se echó a reír, aunque poco después no tuvo más remedio que darle la razón. «No tendría que haberlo comentado», se dijo.

Lunes, 11 de noviembre de 2019 • 18:30 h

La recibió vestida de negro. Sus hermanas estaban con ella en casa cuando llegó Claudia; Andrea se las presentó y tras unas palabras corteses la acompañó a otra habitación.

—Es el despacho de mi marido. —Aún hablaba en presente—. Aquí estaremos más tranquilas.

—¿Cómo se siente? —se interesó Claudia mientras se sentaban.

—De algún modo que no podría explicarle, yo ya sabía que estaba muerto —dijo ella mirando a Claudia de frente—. La incertidumbre… Era difícil vivir con esa angustia. Lo voy a echar mucho de menos —terminó con los labios apretados y la cabeza alta.

—Lo siento mucho.

—No es justo.

Claudia no dijo nada, solo le mantuvo la mirada.

—No tiene sentido —añadió Andrea después de un prolongado silencio.

—¿A qué se refiere?

—El accidente —dijo—. Alejandro era un buen conductor: tranquilo, prudente. Ayer estuve en el lugar en el que se estrelló para dejar unas flores —se interrumpió ante la mirada de Claudia y le hizo una aclaración—. Tranquila, no soy el tipo de persona que dejará flores en esa curva en cada aniversario. No soy creyente, estoy segura de que ya nada puede afectarle; fue mi forma de despedirme de él.

—Me decía que ayer estuvo allí…

Andrea se pasó la mano por el pelo.

—Era un tramo sin complicaciones y le aseguro que mi marido no tenía sueño a esa hora. Y nunca miraba el móvil mientras conducía.

—No pudo mirarlo —la interrumpió Claudia—. Se lo dejó olvidado en una gasolinera cuatro kilómetros antes del lugar del accidente.

—¿Olvidado?

—Sí —afirmó Claudia—. Paró a llenar el depósito y cuando fue a pagar se lo dejó en el mostrador. Debía de andar escaso de batería: según el encargado, el teléfono sonó solo esa vez y al poco rato se apagó. Por eso no fuimos capaces de rastrear su localización.

—Era muy despistado —reconoció la mujer con una sonrisa—. No era la primera vez que le ocurría, en especial con el teléfono. —Apartó la mirada con tristeza.

—Habían almorzado justo antes de separarse —dijo Claudia para volver a tomar el hilo—. ¿Tomaron algo de alcohol?

—Nada. Un refresco y agua.

—¿Discutieron? —preguntó—. ¿Estaba enfadado o preocupado por algo?

—Estaba como siempre —respondió ella—. Normal. Contrariado por tener que ir al hospital, pero nada más.

Claudia asintió.

—¿Qué hicieron esa mañana?

—Dejamos los dos coches en el concesionario para una revisión —relató Andrea—. Desde allí dimos un paseo hasta el centro comercial; esa tarde era el cumpleaños de mi padre y pensábamos aprovechar para buscarle un regalo y almorzar algo ligero hasta que nos avisaran para recogerlos.

—¿Algún problema en el taller?

—No —negó rotunda, aunque luego se corrigió—. Bueno, mientras íbamos hacia el centro comercial tuvo una llamada de teléfono y me hizo un gesto para que siguiera adelante. Habló durante un par de minutos y nada más.

—¿Le comentó algo de la llamada?

—Me dijo que le había surgido un contratiempo con un paciente y que iba a pasar un momento por el hospital.

—¿Algo serio?

—No me lo pareció —respondió ella—. Tampoco es que yo le preguntara nada más.

—Y cuando volvieron al concesionario, ¿alguna discusión allí?

—Tampoco.

Claudia permaneció en silencio mientras repasaba sus anotaciones.

—El lugar del accidente no queda de camino al hospital —comentó pensativa.

—Eso es cierto —confirmó la mujer.

—¿Tenía su marido algún motivo que usted conozca para tomar esa carretera?

Se encogió de hombros por toda respuesta.

—¿Tuvo algún comportamiento extraño en los días previos? —preguntó—. ¿Le hizo algún comentario, algún problema con alguien, con un paciente, quizás?

La mujer seguía moviendo la cabeza de lado a lado.

—Puede ser un detalle sin importancia, algo muy sutil. Cualquier cosa.

Andrea dejó de negar y fijó la mirada en Claudia. En sus ojos la curiosidad pareció hacerse un hueco entre el velo de tristeza.

—Usted sospecha algo —sugirió.

Claudia dejó el bloc de notas a un lado y se inclinó hacia ella.

—Una preocupación al volante puede tener un efecto parecido al cansancio —afirmó—. Solo intento encontrar una explicación al accidente.

—Y al hecho de que mi marido condujera en la dirección opuesta al hospital —comentó la mujer que se resistía a aceptar la explicación de

Claudia.

—Supongo que eso va a ser más difícil de averiguar —respondió.

Andrea fijó su mirada en Claudia y se inclinó hacia ella.

—No sé a donde iba mi marido ese día, pero ahora tengo claro que me mintió. —Razonaba sobre la marcha—. No creo que la llamada tuviese relación con ningún paciente, y es obvio que esa carretera no conduce a ningún hospital.

—Seguro que habrá una explicación. —Claudia intentó tranquilizarla.

—Ya… —No sonó convencida—. Era mi marido; nos conocíamos desde hace más de treinta años. Tengo derecho a saber en qué andaba metido.

—Le aseguro que no hay nada que no le haya contado —mintió Claudia.

La viuda mantuvo unos ojos inquisidores durante unos segundos y terminó por asentir; poco a poco, la tristeza volvió a recuperar el control de su mirada.

—Bueno, creo que es todo. De todas formas si recuerda algún detalle, llámeme, por favor.

—Lo haré —dijo mientras se ponía en pie con gesto de cansancio.

Al pasar ante el salón, Claudia hizo un gesto de despedida hacia las hermanas y las dos mujeres continuaron hasta la puerta. Andrea la contempló con mirada seria y al despedirse le dijo:

—Llámeme si descubre que la muerte de mi marido no ha sido un accidente.

Claudia la miró sorprendida e intentó decirle algo, pero Andrea se limitó a darle un suave apretón en el hombro y cerró la puerta sin más.

PARTE 2 Adagio

Jueves, 14 de noviembre de 2019 • 13:00 h

A mitad de la semana, los días de calor impropio de la fecha dieron por fin paso a un otoño que parecía llegar con ganas de recuperar el tiempo perdido. El martes empezó a llover, sin prisa pero sin tregua, y dos días después era tal la cantidad de agua que había caído, que hasta en las zonas de césped de algunos parques se empezaban a formar embalses donde la tierra era incapaz de absorber una gota más.

Los días tenían ese tono indefinido de gris difuso y pies fríos, de paraguas y charcos con olor a tráfico atascado, y como si quisieran bailar al compás del clima, las investigaciones entraron en una fase de trabajo tedioso que solo sirvió, en el mejor de los casos, para descartar pistas que no llevaban a nada. Claudia seguía dedicada al asesinato del aparcamiento y a responder a los comentarios de Anselmo, ocupado a tiempo completo en encontrar algo en el pasado reciente de los sospechosos que le indicara que alguno tenía conocimiento de la asistencia de Penélope al taller. Marcelo y su equipo, por su parte, habían comenzado a seguir a los posibles topos de la lista de pacientes, incluida Penélope, a pesar de las protestas de Lucía que estaba segura de que eso era perder el tiempo.

A mitad de semana, no obstante, el doctor Cascales hizo una aparición pública en una cadena local acompañado por la viuda de Benito Montoya. Ernesto y Lucía conversaban sobre la investigación cuando ella recibió el aviso de una amiga a través de su móvil.

—Enciende el canal cinco —lo apremió Lucía tras leer el mensaje.

Se perdieron los primeros minutos de la entrevista, pero lo que pudieron escuchar fue más que suficiente. El psiquiatra, con tono impostado y un discurso plagado de términos médicos, pretendía transmitir la idea de que un paciente con tendencia al suicidio podía verse empujado a ello cuando una terapia era dirigida por personal no cualificado.

—Sigue con lo mismo —exclamó Lucía hastiada—.¿No se da cuenta de que eso no tiene ni pies ni cabeza?

—Le da igual —dijo Ernesto—. Su única intención es sembrar la duda.

—Necesitamos que Marcelo encuentre algo con lo que contraatacar —dijo ella mientras se retorcía las manos— y que lo haga mientras aún quede algo que salvar.

—Es bueno —Ernesto trató de animarla—. Si hay un resquicio, te aseguro que lo encontrará.

—Ya… Pues no termino de entender por qué pierde el tiempo investigando a Penélope.

Ernesto recordaba al Marcelo tozudo de años atrás.

—Él es así —dijo—. No deja ningún cabo suelto por fino que parezca; si pudiera investigaría al propio Benito. Es su forma de trabajar.

—No suena elegante.

—Puede que no, pero te aseguro que es efectivo.

Claudia meneó la cabeza con disgusto.

—No te lo discuto —dijo—, pero en esta ocasión el tiempo importa, y mucho.

Una llamada en el teléfono de Ernesto los interrumpió; era Marcelo que había visto también el programa y llamaba para ver cómo se lo habían tomado.

—Mañana voy a intentar hacer una visita a la desconsolada viuda —explicó antes de colgar—. Quiero averiguar por dónde respira y qué se trae con el psiquiatra.

—¿Qué piensas inventar esta vez para que te reciba?

—Aún no lo sé con seguridad, pero en vista de sus declaraciones será algo que le haga pensar que puede sacar tajada.

Viernes, 15 de noviembre de 2019 • 11:30 h

La mañana había sido bastante improductiva para Claudia. Terminados de cotejar los números de teléfono de los dos móviles de Óscar Ripoll, las posibilidades de encontrar algún cabo del que tirar se le antojaban remotas. Tras dos horas sin moverse de su silla, se desperezó y se acercó a la mesa de Anselmo que la recibió con un hosco comentario:

—Estamos jodidos —dijo al echarse para atrás en su asiento—. Esto no avanza.

Tras casi dos semanas, la resolución del asesinato del taller se le antojaba más lejana que el primer día. Anselmo señaló con la mano una serie de retratos que tenía en la pantalla del ordenador.

—Aquí, los que tenían algún móvil contra Penélope; sobre la mesa —señaló un espacio vacío—, los que tenían algo contra Benito.

Claudia amplió una de las fotos al azar, una mujer morena de pelo corto y expresión dulce, ya pasados los cincuenta. Recordaba a los pacientes del domingo en el hotel y no conseguía encontrar nada en su recuerdo que le ayudase a señalar a nadie. Negó con la cabeza mientras devolvía la instantánea a su tamaño.

—Nadie sabía que Penélope iba a asistir —afirmó él—. La terapeuta me ha dicho que confirmó la asistencia una semana antes, lo que no deja mucho tiempo para planear un asesinato. Además, no encuentro nada que apunte a que alguno se enterase antes de llegar al hotel, y sin eso…

—Voy a salir —dijo ella con hartazgo—. Es probable que ya no vuelva por aquí hasta el lunes.

—Pásalo bien —Anselmo la despidió con una sonrisa.

—Con descansar me conformo —murmuró mientras avanzaba entre las mesas.

A la una de la tarde había quedado con Marcelo y Ernesto para tomar algo, pero antes tenía pensado hacer una visita al concesionario cercano al centro comercial. Entró por la zona de exposición y una vendedora se le acercó con una amplia sonrisa.

—¿Puedo ayudarle?

—Supongo que sí —respondió Claudia, aunque el tipo de ayuda no iba a ser el que ella imaginaba. Se identificó y la sonrisa de la chica se borró al instante.

—Hace dos semanas hicieron la revisión de un vehículo —planteó —. ¿Quién puede darme detalles sobre ese coche?

La comercial le indicó con un gesto que la siguiera y fue directa a una zona acristalada con el rótulo de «Recepción» en letras grandes.

—Roberto —dijo a un hombre que en ese momento se despedía de

un cliente—. Una sargento de la Guardia Civil te busca.

Su expresión no terminaba de decantarse entre la curiosidad y la extrañeza cuando se acercó a Claudia. Le estrechó la mano y Claudia comenzó con tono distendido.

—El viernes uno de noviembre, Alejandro Sierra pasó la revisión de su turismo en este taller —explicó.

—Lo recuerdo —respondió—. Don Alejandro Sierra es buen cliente de esta casa. Vino con su mujer. Yo mismo los registré al llegar.

—Imagino que guardan las fichas de recepción —comentó Claudia.

Roberto se acercó a un armario metálico y revisó el archivo hasta dar con un portafolios transparente.

—Aquí la tiene —dijo al entregársela—. Si lo desea, puedo hacerle una copia.

—Sería muy útil, se lo agradezco. ¿Hubo algún problema en la entrega o en la recogida?

El hombre hizo memoria un segundo.

—No —dijo—. El señor Sierra es una persona muy agradable. Cuando regresaron para recoger sus vehículos me dio la impresión de que debía de tener algo de prisa, porque se marchó de inmediato sin esperar a su señora.

—¿Parecía tenso, nervioso?

—Yo… no estoy seguro —dudó—. Le diría que no, solo con más prisa que su mujer. Se despidieron aquí mismo —Con la mano señaló el espacio en el que se encontraban—. Él se fue nada más entregarle las llaves y ella aguardó su turno para abonar las dos revisiones.

Claudia hizo un gesto de asentimiento y cambió de asunto:

—¿Recuerda si el vehículo del señor Sierra estaba sucio?

—Que yo recuerde, el señor Sierra siempre trae el coche muy limpio.

—¿Barro en las ruedas, en los bajos?

El hombre negaba con la cabeza y una sonrisa de suficiencia.

—¿Y al recogerlo?

Se puso un poco tieso.

—Disculpe —contestó muy digno—. Nuestro servicio incluye la entrega del vehículo lavado y aspirado. Lo que sugiere sería imposible. Ese coche salió de aquí tan reluciente como el día que nos lo compró.

—Claro, claro —Claudia alzó una mano para tranquilizarlo—. ¿Quién podría informarme sobre el estado del vehículo? —preguntó —. ¿Mecánicos, quizás el jefe de taller?

Roberto la acompañó hasta la sala de espera y luego hizo una llamada. Al poco, un hombre con mono de trabajo cubierto de manchas de grasa y otro con una bata blanca impecable aparecieron en la estancia.

El mecánico encargado de la revisión no había encontrado ningún

fallo y el registro de la centralita lo corroboraba; el jefe de taller había probado el vehículo tras concluirla y le aseguró que todo funcionaba correctamente. Con orgullo se dispuso a detallarle los no sé cuántos puntos críticos que evaluaban en cada turismo antes de devolverlo a su cliente, pero Claudia lo cortó con una sonrisa agradecida.

—Creo que con esto será suficiente —dijo—. Si me facilita la copia del expediente, se lo agradeceré. Le enviaré una petición oficial de todas las copias, para evitar problemas con la protección de datos.

De nuevo regresaron a la zona de recepción, donde Roberto le fotocopió el historial de revisiones del coche de Alejandro Sierra. Se despidieron con un cortés saludo.

Viernes, 15 de noviembre de 2019 • 13:30 h

Ernesto aprovechó la primera tregua entre los días lluviosos para hacer algunos arreglos en el jardín, preparativos para el invierno que se aproximaba a pesar de que el frío aún no era excesivo gracias a las nubes que protegían de la helada nocturna. Limpió de restos de ramas y tierra los imbornales de la entrada al garaje y llenó un par de bolsas con las hojas secas del olmo hasta la hora de darse una ducha y salir hacia Granada. No le resultaba un trabajo pesado, y aunque una vez que se arrancaba solía disfrutar con el frío matizado de los días cubiertos y los aromas sutiles de la vegetación en invierno, a él mismo le maravillaba la facilidad con la que cualquier excusa le bastaba para postergar esas tareas.

Marcelo les había propuesto tomar un aperitivo en un bar cercano al hospital Traumatológico y se preguntaba si sería capaz de encontrar aparcamiento por allí. Se había alegrado tras el reencuentro con Marcelo después de dos años, y se dijo que no volvería a dejar pasar tanto tiempo sin llamarlo o invitarlo a cenar a casa. «El tiempo se nos va sin darnos cuenta. Dos años ya, parece mentira; y eso que terminamos por llevarnos bien; pero bueno, no des lugar a que la situación se repita».

Encontró un aparcamiento a pocos metros del bar. Al pasar con el coche vio a Marcelo que le hacía señas con el brazo, sentado al sol en una de las mesas de la terraza. Mientras aparcaba, Claudia apareció caminando a buen paso por la acera.

—Bueno, bueno —exclamó Marcelo al verla llegar—, la sargento Tatsis, de la Benemérita.

—¡Marcelo! —Se acercó al expolicía con una amplia sonrisa y se dieron un cálido abrazo.

—Te veo muy bien —afirmó él mientras se separaba un poco de ella—. Me alegra volver a veros. —Luego pasó un brazo por encima del hombro de Ernesto y lo dirigió hasta su silla.

Un camarero se acercó y pidieron las bebidas.

—He estado tonto —comentó de repente Marcelo mientras se sentaba—. Debería haber reservado en el Segoviano, como en los viejos tiempos. ¿Pruebo a ver si hay suerte? —Sin esperar respuesta echó mano al teléfono.

Ernesto estuvo de acuerdo, pero Claudia rehusó con una cierta brusquedad que no pasó desapercibida a los dos hombres.

—Yo no voy a poder —dijo apresurada—. Tengo que regresar a la comandancia —añadió con un poco más de calma.

Marcelo la observó un instante con curiosidad y luego su rostro esbozó una sonrisa. El camarero depósito dos copas de cerveza y un

tinto con blanca sobre la mesa, y se alejó presuroso.

—No hay problema. Será en otra ocasión. Bueno —exclamó otra vez en tono cordial y alzó su copa de cerveza—, por el reencuentro.

Los otros dos correspondieron a su brindis y Marcelo se echó casi la mitad de la copa al gaznate de un solo trago.

—¿Qué os contáis? —preguntó alegre tras pasarse el dorso de la mano bajo el bigote encrespado.

Pasaron el rato hasta que el camarero dejó las raciones que habían ordenado sobre la mesa entretenidos en hacer un breve resumen de sus vidas en los dos últimos años. Se interesaron por sus nietas, en especial por la pequeña, que había nacido en mitad de la investigación en la que se conocieron y ya había cumplido los dos años. Por su corta edad y por el trabajo de su hija, Marcelo se quejó en tono de broma de que ahora le tocaba a él hacer de abuelo viajero y que, con la regularidad de un fin de semana cada dos meses, se desplazaba puntual hasta Pola de Lena.

—Por suerte, hay vuelos directos a buen precio —comentó Claudia.

—No creas —la expresión de Marcelo pareció la de un chaval al que han pillado con la mano en el carrito de los helados.

Claudia y Ernesto lo contemplaron curiosos.

—Pago demasiados suplementos —confesó compungido—. Siempre llevo una maleta de juguetes.

La explicación fue recibida por dos carcajadas y poco después desembocaron en los motivos del reencuentro.

—El otoño se ha complicado —explicó Claudia—. Terminamos octubre con un homicidio en el aparcamiento de Correos, en Otura, y empezamos noviembre con el asesinato en el taller.

Marcelo alzó las cejas al asentir. Su bigote oscilaba de arriba a abajo mientras daba cuenta de una pata de pulpo seco.

—Y ahora estoy con una desaparición que ha terminado con el hallazgo del cadáver —concluyó—. Traumatólogo también, como el del taller.

—¿Cómo fue? —se interesó él.

—Un accidente con el coche —respondió Claudia—. Se salió en una curva, cayó varios metros por un barranco y se reventó la frente contra el volante. —Al terminar bajó la vista hacia el plato y Marcelo negó con la cabeza.

—Qué mala suerte.

En ese momento, el móvil de Marcelo los interrumpió. Miró la pantalla, les indicó que no tenía más remedio que contestar y se alejó unos pasos por la acera.

—¿Otro día liado? —Ernesto se dio cuenta de que había hecho el comentario para acallar el silencio.

—He pasado por el concesionario donde estuvo el desaparecido

antes de estrellarse.

—¿Y eso?

Claudia lo miró y apretó los labios.

—Hay detalles que no me cuadran —respondió—. Supongo que no será nada.

En ese momento regresó Marcelo.

—Lo siento —se excusó—. Hace dos semanas, la tarde de la tormenta, al salir de casa olvidé cerrar la ventana del cuarto de baño y por la noche tenía la planta baja inundada; entró agua como para llenar una piscina olímpica. Llaman para avisarme de que esta tarde me llegará el presupuesto del perito.

—Los seguros… —comentó Ernesto—. ¡Qué pesadilla!

—¿Qué me dices del colega de Ernesto? —preguntó Marcelo a Claudia—. Parece dispuesto a crucificar a Lucía.

—Y lo peor es que la investigación del envenenamiento está también atascada —comentó Claudia tras asentir.

—¿Leíste sus comentarios en las redes la noche del domingo? A mí me resultaron llamativos —sugirió Marcelo y ella lo animó a seguir—. Me refiero a la rapidez con la que reaccionó y lo bien informado que parecía estar.

—¿Qué piensas al respecto?

—Que tenía a alguien dentro —afirmó taxativo.

—¿Lo has identificado?

—En eso estamos.

—Están investigando a todos los pacientes —terció Ernesto—. Penélope incluida.

Claudia abrió mucho los ojos y los fijó en Marcelo.

—¿Qué? —preguntó él como si esperase objeciones.

—No sé —dijo Claudia—. Aparte de que estuvo a punto de envenenarse también, nuestra investigación se basa en que es probable que la muerte de Benito Montoya sea un error y que el objetivo real fuese Penélope.

—Yo no digo que sea culpable del homicidio —aclaró Marcelo con una ceja elevada—, lo que afirmo es que podía ser la infiltrada del psiquiatra.

—La duda es que estuviese esa noche como para informarlo —afirmó Ernesto, apoyado por el gesto de Claudia.

—Una simple llamada, no necesitaba más —insistió el expolicía—. Con sus antecedentes me la imagino capaz de eso y de más. Pero bueno, por el momento está en dique seco —añadió—. Parece que sigue en tratamiento por la intoxicación y es posible que le queden días o semanas.

—Precisamente por sus antecedentes suponemos que ella era el objetivo —dijo Claudia—. No hemos conseguido encontrar a nadie

con motivos para asesinar a Montoya y, sin embargo, levantas una piedra y encuentras un enemigo de Penélope.

—Demasiado joven para tanta mala leche —apostilló Marcelo.

Antes de la segunda ronda de bebidas, Claudia dijo que se tenía que marchar para terminar algunas cosas y se despidió. Ernesto y Marcelo pidieron otras dos cervezas, ahora sin alcohol.

Marcelo contempló a Ernesto moviendo los labios bajo el bigote.

—¿Va todo bien? —preguntó—. Me refiero a vosotros dos.

Ernesto resopló.

—Tuvimos un roce —se corrigió—, una bronca, el lunes después del taller. Una estupidez por mi parte —añadió—. Pensaba que lo habíamos resuelto, pero algo debe quedar.

Marcelo lo escuchaba con atención.

—Y tanto trabajo no ayuda… —sugirió tras un silencio. Ernesto le dio la razón—. Busca un momento para aclararlo —le aconsejó—. No dejes que la cosa se pudra —luego se encogió de hombros y añadió—; pero qué te puedo decir yo que tú no sepas.

Permanecieron unos segundos cada uno en sus pensamientos hasta que Ernesto pareció volver al presente.

—¿Habéis avanzado algo con los pacientes?

—Hemos descartado a más de la mitad —afirmó de buen ánimo—. A vuestra favorita aún no.

—Penélope no es mi favorita —protestó Ernesto—. Es solo que me resulta muy difícil pensar que sea el topo.

—¿Porque resultó intoxicada? —comentó con un gesto de desdén —. No veo por qué tendríamos que descartarla por eso.

—Tú no la viste esa mañana —afirmó Ernesto con fuerza—; además de que estaba hecha un guiñapo, cuando se enteró de que Benito estaba muerto y que parecía haber un veneno de por medio debió de asustarse lo indecible. La sacaron en camilla; pálida, ojerosa, con un dolor de tripas que la hacía doblarse. No me la imagino en condiciones de contarle nada a nadie.

—Nunca se sabe —dijo Marcelo con la cabeza inclinada y un leve encogimiento de hombros—. Ni un cabo suelto: si no es imposible, se investiga. ¿Por qué crees que mi agencia va tan bien?

Ernesto lo miró con aprecio. Así era ese hombre, y a sus más de sesenta años difícil sería que cambiara.

—Esta tarde tengo una cita —comentó Marcelo y Ernesto alzó una ceja—. No de ese tipo —añadió tras una carcajada y luego continuó en tono confidencial—. He conseguido que me reciba la viuda de Benito Montoya.

—No dejas de sorprenderme.

—Digamos que de un modo impreciso ella cree que trabajo para una aseguradora y que de mi investigación puede depender una

suculenta indemnización.

Ernesto meneó la cabeza varias veces.

—Incorregible… —dijo al fin—. ¿No has pensado en dedicarte al teatro?

—No es mala idea —comentó mientras se atusaba el bigote—. Nunca es tarde.

Viernes, 15 de noviembre de 2019 • 18:00 h

Antes de salir de su despacho, Marcelo eligió un antiguo maletín de cuero con correas, unas gafas de montura gruesa sin graduación, y cambió la americana por una rebeca que se abotonó hasta arriba antes de ponerse la gabardina. Luego se miró al espejo y esbozó una sonrisa de párroco mayor. Satisfecho con su aspecto, salió en dirección a la casa del difunto.

La viuda lo recibió en la entrada, una morena con apariencia algo más joven de sus cincuenta largos gracias a algún discreto retoque facial y mucho tiempo de gimnasio, tal como supuso al ver una bolsa de deporte y unas zapatillas de marca junto a la puerta. Marcelo colgó la gabardina en el perchero de la entrada y al hacerlo un aviso de entrega de correos a nombre del fallecido voló hasta el suelo. Se agachó solícito para recogerlo mientras murmuraba un «lo siento».

—No tiene importancia —dijo ella—. Lo encontré en el buzón a mediodía del viernes anterior al taller. Benito dijo que pasaría el lunes siguiente a retirarlo, pero… —la voz se le quebró un instante y Marcelo la sujetó con cariño por la muñeca.

—Cálmese —le dijo con suavidad.

—Da igual —ella siguió tras un par de inspiraciones—, sea lo que sea ya lo habrán devuelto.

Marcelo comprobó el remitente.

—Es un apartado de correos —dijo extrañado—. Lo volverán a enviar. —Lo depositó de nuevo en la bandejita del perchero.

Ella lo invitó a pasar al salón e intercambiaron unos comentarios de pésame con las consabidas frases hechas hasta que la viuda se centró en el tema.

—Me habló por teléfono de una indemnización…

—Es cierto —dijo Marcelo—. Su marido, que en paz descanse —elevó un instante la mirada—, contrató un seguro de vida al comenzar la residencia de su especialidad. No era una prima elevada, pero después de tantos años…

La mujer le mantuvo la mirada, a la espera.

—Digamos que la cantidad sobrepasa el cuarto de millón de euros —afirmó—. Sin embargo, al tratarse de una muerte violenta siempre surgen algunos contratiempos y precisamente mi misión es subsanarlos.

—¿Contratiempos? —intervino ella con un punto de enojo—. Mi marido está muerto.

—Por supuesto —contemporizó Marcelo—. Y créame que lo lamento. Pero la posibilidad de que sea un suicidio lo cambia todo.

Marcelo sacó un folio del maletín y leyó con voz neutra un extracto

de las declaraciones en prensa y redes, tanto de ella como del psiquiatra. El rostro de la viuda enrojeció al instante.

—Deje que le explique —dijo algo ofuscada—. Ese psiquiatra está convencido de que se trata de un suicidio y me ha empujado a hacer ciertas afirmaciones con las que no estoy de acuerdo en absoluto.

—Ya… No obstante, usted afirma —hizo ademán de volver a leer algunas de las frases, pero ella lo interrumpió.

—Eso son maniobras del psiquiatra —afirmó con voz tajante—. Le aseguro que mi marido se encontraba perfectamente —se levantó en un arranque y abrió un cajón bajo la televisión—. Mire —tendió a Marcelo la carpeta de una agencia de viajes—, poco antes del taller apareció en casa con esto, para mi cumpleaños: un viaje para dos personas por Argentina y Patagonia. ¿Le parece típico de un hombre deprimido?

Marcelo simuló leer atentamente la documentación y se la devolvió.

—Claro —murmuró—. Esto lo cambiaría todo. Pero esas declaraciones… —añadió con preocupación—. La compañía necesita una información clara en sentido contrario y sus afirmaciones públicas no ayudan por el momento.

Ella recogió los documentos de viaje con el rostro visiblemente alterado.

—Todo esto es una maniobra de ese psiquiatra, el doctor Cascales —repitió enfadada—. Me he dejado llevar por él.

El expolicía atendió a la explicación de su anfitriona con una ceja elevada.

—Una maniobra… —repitió escéptico—. No termino de entender qué interés podría tener él en todo esto.

—No lo sé a ciencia cierta —repuso ella apresurada—, aunque por la forma en la que se refiere a la psicóloga de mi marido, yo diría que han tenido algún desencuentro en el pasado y pretende hundirla.

Tras la explicación, Marcelo se mostró comprensivo:

—En su situación, con el dolor de una pérdida tan reciente, sería fácil dejarse arrastrar por un oportunista —dijo amable—. ¿Qué opinión tiene usted de ella? Disculpe la pregunta, no pretendo que me dé detalles personales, pero ¿iba bien la terapia de su marido?

—Muy bien —afirmó sin dudarlo—. A la psicóloga la he tratado poco, pero Benito la tenía en muy alta estima.

—Tranquilícese —dijo él tras asentir un par de veces—. Lo que opina del psiquiatra suena bastante razonable.

Ella mostró una sonrisa aliviada.

—No creo que sea complicado desmontar esas mentiras —continuó Marcelo—, aunque la compañía que represento necesita algo más de seguridad. —Le mostró brevemente un folio impreso—. Traigo un

cuestionario que deberíamos cumplimentar.

Ella se sentó en el filo del sofá y le hizo un gesto para que continuase.

—Veamos. —Marcelo se ajustó las gafas—. ¿Hubo algo anormal en los días previos al taller? Días, semanas…

Ella negó con la cabeza.

—Mi marido trabajaba muchas horas al día —dijo—. La mutua, su consulta privada… los quirófanos, pero cuando llegaba a casa lo dejaba todo aparcado. Hubo una época, hace algunos años, que podía volver después de que los niños y yo hubiésemos cenado; tuvimos algunos problemas por eso, pero él comenzó su terapia y al poco tiempo empezó a respetar la hora de la cena: nos veíamos más, pasaba más tiempo en casa. Iba a mejor.

—Pudo ser algún problema con un paciente —sugirió él—. Una complicación en un caso difícil. —Ella negaba sin cesar y Marcelo se explicó—. Me he informado y sé que su marido era un gran médico y un magnífico cirujano, pero en una profesión tan compleja algo puede ir mal y a veces los pacientes, o sus familiares, no lo aceptan —y añadió con tono de confidencia—. Ya sabe, los enfermos damos gracias a Dios cuando todo va bien pero culpamos a los médicos si algo se tuerce.

—Le aseguro que si hubo algo de eso se lo guardó para él.

—¿Cómo era un día normal en su vida? —preguntó—. Quiero decir, salía de casa antes de las ocho, comía fuera…

—Solía almorzar en el hospital si tenía quirófano por la tarde y si no, pedía comida en la consulta y aprovechaba ese rato para estudiar.

—¿Y la tarde?

—Siempre regresaba a eso de las nueve.

De repente se detuvo con el ceño fruncido mientras se mordía el labio inferior. Marcelo alzó la mirada y la contempló con paciencia.

—Hubo una noche —comenzó ella con lentitud—. Fue la semana del taller, puede que el lunes… Sí, fue el lunes.

—¿Qué ocurrió?

—Regresó pasadas las diez. Parecía preocupado, pero me dijo que era un asunto del trabajo.

—¿Le explicó de qué se trataba?

—No, solo eso —afirmó muy segura—. Luego se encerró en su despacho y estuvo hasta casi las doce de la noche.

—No es normal, por lo que me ha contado —comentó Marcelo—. ¿Entró usted en algún momento al despacho?

—Una vez —recordó ella—. Para preguntarle si iba a cenar. Tenía la mesa llena de papeles y el ordenador encendido. Sé que luego mantuvo una larga conversación por teléfono, me pareció que con algún compañero.

—¿Pudo escuchar algo de la conversación?

—Nada —negó ella—. Cuando salió le quitó importancia, me insistió en que era un tema del trabajo y no me explicó nada más.

—Está bien —dijo Marcelo tras un silencio—. La verdad es que no parece que su marido fuera un hombre deprimido ni con intención de suicidarse. De todas formas, evite cualquier alusión a ese particular si alguien vuelve a preguntarle, o mejor aún —añadió con los ojos chispeantes, como si se le acabara de ocurrir—, diga que su marido era un hombre feliz y que la terapia le había ayudado mucho.

—Así lo haré —le aseguró ella—. Además, es la verdad.

—Por mi parte intentaré alargar los plazos todo lo posible —dijo, y ante el gesto contrariado de ella, intentó apaciguarla—. Claro, ahora mismo las sospechas sobre un posible suicidio están demasiado frescas y ese psiquiatra no deja de insistir en ello, pero si usted empieza a desmentirlo sin exageraciones, con alguna que otra declaración firme y clara, y lo repite cada vez que se le presente la ocasión…

—Entiendo —dijo ella con semblante serio—. Podría hablarlo con mis abogados y que ellos se pongan en contacto con la compañía.

—Por supuesto puede usted hacer como mejor le parezca —afirmó con parsimonia—. No obstante, si me permite un consejo, yo esperaría la respuesta de la aseguradora. Con la información que me ha facilitado y alguna intervención en prensa en la que desmienta el suicidio y aclare que la terapia de su marido iba por buen camino, le aseguro que este asunto se resolverá a su entera satisfacción en unas pocas semanas. Los letrados, con sus plazos y sus formalidades, no suelen ser los más indicados para que estos trámites se resuelvan con naturalidad.

La viuda lo contempló y pareció decidir que podía confiar en él. Marcelo se levantó del sillón mientras le agradecía el tiempo que le había dedicado y ella lo acompañó hasta la entrada. Descolgó la gabardina y se despidió. A punto de salir empezó a palparse los bolsillos y compuso una expresión de fastidio.

—Me temo que he olvidado las tarjetas —explicó azorado, y al instante escribió su teléfono en una cuartilla—. Si recuerda cualquier detalle de aquel lunes o de lo que sea, no dude en llamarme. En pocas semanas daré curso a mi informe y la compañía se pondrá en contacto con usted.

Mientras recorría la acera hacia su coche con el móvil pegado a la cara, apartó de su cabeza el malestar por haberla engañado con respecto al inexistente seguro de vida de su difunto esposo. «Así es este trabajo», se dijo, «en esta empresa los ángeles están de más; y de todas maneras, algo me dice que a ella le importa más la merma en los ingresos que el marido muerto».

—¿Lucas? —preguntó al escuchar la respuesta—. Necesitamos

alquilar un apartado de correos en la oficina de Otura. A nombre de la empresa y con la ubicación más cercana que puedas al casillero del apartado número cero-dos-siete.

Domingo, 17 de noviembre de 2019 • 14:00 h

Mientras Claudia pasaba el fin de semana en Granada poniéndose al día con toda la información, Ernesto viajó hasta Almería para reunirse con su hijo mayor, que trabajaba allí, y con los dos hermanos que habían quedado en bajar desde Madrid. Cuando decidieron aquel viaje semanas atrás, los planes incluían también a Claudia, pero la situación se había descontrolado de tal manera que a ella no le pareció buena idea ausentarse dos días y dejar todo el trabajo sobre los hombros de Anselmo.

Habían quedado en verse para almorzar en un restaurante a orilla del mar y como en otras ocasiones, mientras la conversación entre los cuatro fluía, Ernesto se situó en una discreta posición de espectador para contemplarlos con deleite. No quedaba ni rastro de los chavales que fueron pocos años antes, o mejor dicho, el único rastro que quedaba eran las imágenes de tres niños que atesoraba en su memoria: sus gestos y ocurrencias, la inocente e insaciable curiosidad de los críos; la música de sus voces tan limpias, el ajetreo de la hora del desayuno y las risas en los juegos. Todo eso que el tiempo había dejado atrás, rellenando esos huecos con calma y ausencia. «Y así es como debe ser», pensaba Ernesto al escuchar a los tres jóvenes con los que compartía mesa y que solo unos años atrás caminaban cogidos de su mano.

De un modo inesperado, la conversación entre ellos derivó hasta un lugar muy próximo a los pensamientos de Ernesto, cuando tras hacer un comentario al pequeño, este le respondió que ya no era un niño. Comenzaron, entonces, una discusión en la que ellos se reivindicaban como adultos y Ernesto, desconcertado, asistía a una ligera bronca que juzgaba inmerecida.

—Cada vez que dormimos en tu casa —se quejó el menor— y tú apareces en el dormitorio a las nueve diciendo que es hora de levantarse a mí me molesta bastante. —Los otros dos se mostraron de acuerdo—. Llevo meses viviendo en un colegio mayor y no soy ningún flojo, pero me levanto a la hora que me apetece. Tú ni siquiera sabes hasta qué hora me he quedado leyendo o hablando con ellos. —Señaló a sus hermanos.

Ernesto comenzó a notar una sensación de incomprensión mientras ellos le comentaban más ejemplos de ese estilo.

—La verdad es que siento que lo hayáis recibido de ese modo. —Trató de explicarse en un momento en que empezó a estar convencido de que, sin proponérselo, había metido la pata más de lo debido—. La cuestión es que todo eso que achacáis a que os trato como a niños en realidad obedece a que me parece un desperdicio no compartir ese

tiempo con vosotros. Para lo poco que nos vemos…

—Son pequeños detalles —respondió el mediano para matizar la sensación—. Desde hace mucho tiempo nos has tratado como a adultos y si alguna vez te hemos confiado un problema o una situación delicada, nunca has intentado imponer tu punto de vista, ni has tenido una reacción autoritaria. Pero aún te quedan algunos matices.

Ernesto reconoció para sus adentros que tenían razón.

—¿Sabéis cuál es realmente el problema? —dijo después de escucharlos—. Creo que hay una parte de mí que se niega a aceptar que habéis crecido. Entendedme bien —aclaró—, no se trata de que no quiera que os hagáis mayores; es más bien que echo de menos los buenos ratos que hemos pasado juntos y que me gustaría que hubiesen sido muchos más.

El menor se le acercó y le dio un abrazo.

—Han sido muchos —dijo con cariño—. No lo tomes como un reproche, porque no lo es.

—No os preocupéis, os entiendo —respondió—, es solo que no es fácil darte cuenta de que, aunque ser padre es para toda la vida, llega un día en que dejas de ser papá.

—Te has jubilado —dijo el mayor—, míralo por el lado bueno.

Ernesto lo contempló con una sensación agridulce.

—Llevas razón —dijo—. Tendré que aprender a verlo como una descarga de trabajo, el problema es que de cuando en cuando añoro a los tres enanos.

—No te vayas a poner melancólico —comentó el mediano.

—Para nada —respondió él—. En el fondo, creo que esta conversación era necesaria y os la agradezco.

Y sin embargo, una extraña sensación de incapacidad se le quedó pegada al cuerpo como una camiseta mojada. Mientras regresaba hacia Granada en la soledad de su coche, tardó un rato en comprender que no se trataba de una torpeza suya, sino que era una emoción imposible de explicar; que era algo que solo entenderían cuando esa conversación, o alguna parecida, tuviese lugar, mucho más adelante en el tiempo, entre ellos y sus propios hijos.

«O quizás estos tres sean bastante más inteligentes que yo y no necesiten que un hijo les haga caer en la cuenta; no seas tan presuntuoso».

Lunes, 18 de noviembre de 2019 • 10:00 h

Durante el fin de semana, Claudia estuvo enfrascada en su trabajo, alternando entre la investigación del asesinato del aparcamiento, el de Benito-Penélope y la desaparición de Alejandro Sierra. El sábado, Ernesto recibió una citación para el martes siguiente en el Colegio de Médicos de Granada y tras leerla el domingo por la noche la comentó extrañado con Claudia.

Antes de salir para Almería, Ernesto recibió una llamada de Lucía. Al parecer, la mujer de Benito había hecho unas declaraciones mucho más comedidas en las que descartaba taxativamente la posibilidad de que su marido se hubiese suicidado y, sin decirlo de un modo explícito, se desvinculaba de las teorías del doctor Cascales y reconocía que los años de terapia con Lucía le habían hecho mucho bien. Era la primera vez desde que el asunto saltó a la opinión pública que alguien hablaba en favor de ella y el hecho de tratarse de la mujer del fallecido le daba aún más fuerza a la noticia.

Cuando el lunes Claudia llegó a la comandancia, en la reunión de primera hora se decidió dar carpetazo al asesinato de Óscar Ripoll. Sin más pistas que seguir, la investigación no tenía por dónde avanzar y el capitán optó por cerrar diligencias y comunicarlo al juez a la espera de que pudiese surgir algo que lo reactivara.

Anselmo explicó el punto en el que se encontraba la investigación del asesinato del taller y las dos hipótesis que barajaban, hasta el momento igual de estériles. En este caso sí que había más presión de los medios y se decidió que el apoyo de Claudia a Anselmo sería más intenso. Claudia, por su parte, relató el asunto de la desaparición de Alejandro Sierra y mencionó el hecho de que ambos eran traumatólogos y el detalle sin aclarar de los pegotes de barro en el coche accidentado. A falta de más datos que relacionaran las dos muertes, el capitán se limitó a obsequiarla con un elocuente silencio.

—Vamos a centrarnos en los que tenemos y no dar más vueltas —indicó sin referirse a nadie en particular—. La hipótesis de que la chica fuese el objetivo del asesino me parece plausible, y más si tenemos en cuenta sus antecedentes. —Lanzó una mirada a Anselmo y este se arrancó.

—Penélope Avivar León, nacida en Sevilla en 1994 —leyó—. Los apellidos son los maternos porque al padre no se le conoce. A los cinco años muere la madre tras una operación quirúrgica y ella pasa a una familia de acogida. A los doce es detenida en el atraco a una farmacia con una víctima mortal y termina en un correccional donde pasó dos años. A los dieciocho empieza a recibir una asignación mensual de la herencia de su madre. Estudió publicidad, pero parece que su única

ocupación conocida son los encargos de un abogado especializado en impagos para cobrar a los morosos.

El capitán alzó una mano.

—Suficiente —dijo a Anselmo—. La joven se ha ganado una reputación por la que a más de uno no le importaría verla muerta. Creo que nos tendremos que centrar en esto, porque con lo que tenemos la hipótesis Benito no se tiene en pie.

Se alzaron murmullos entre los presentes que empezaron a regresar a sus lugares.

—No quiero filtraciones —terminó elevando la voz—. Yo seré quien decida el momento de hacer público que la muerte de Benito Montoya ha sido un error, y para eso necesitamos mucha más consistencia en la hipótesis Penélope.

Terminaron de disolverse. Claudia llegó hasta su mesa y se sentó un tanto molesta por el desaire de su superior delante de todos. Uno de los guardias se paró frente a ella.

—Disculpe —llamó la atención de Claudia—. Antes ha comentado que el coche del desaparecido tenía los bajos y las ruedas llenos de barro, ¿verdad?

Claudia le dirigió una mirada severa e hizo un gesto afirmativo: no estaba dispuesta a tolerar la más mínima broma al respecto. Sin embargo, el semblante del guardia le hizo ver que iba en serio, de modo que se relajó un poco.

—¿Por qué lo dice?

—¿Me deja ver las fotos?

Claudia abrió la carpeta de fotos del accidente y él las pasó hasta llegar a las del turismo despeñado.

—Yo vivo por aquella zona —explicó—, en el patio de mi casa se acumuló una cuarta y el agua entró en la cocina. Si el coche se estrelló antes de que empezara la tormenta, creo que la tromba de agua debería de haberlo dejado limpio…

Claudia asintió y le dio las gracias. Era un detalle más que tampoco encajaba, pero para convencer al capitán iba a necesitar bastantes más indicios y más ahora que la había puesto en evidencia ante todos por ese asunto. Con renovado interés, colocó sobre la mesa todo el expediente de la desaparición de Alejandro Sierra dispuesta a pasar con eso la jornada.

Miércoles, 20 de noviembre de 2019 • 9:00 h

La mañana anterior, Ernesto acudió puntualmente a la cita en el colegio de médicos. La primera sorpresa al llegar al despacho del presidente fue encontrar allí al doctor Cascales acompañado por un hombre al que no conocía y que le presentaron como un letrado de la Sociedad de Psiquiatría. Después de una breve introducción del presidente, Cascales se lanzó a una disertación plagada de circunloquios para terminar por decirle que debían aprovechar la situación para despejar la competencia por parte de los psicólogos.

—Querido amigo —dijo dirigiéndose a él con una familiaridad que lo aproximó a la nausea—. Tú estabas allí; tu testimonio contra la psicóloga podría ser demoledor.

Tras salir del colegio de médicos, a Ernesto le faltó tiempo para telefonear a Marcelo. Después de contarle lo ocurrido, quedaron para el día siguiente a primera hora y Ernesto se encargó de avisar a Lucía.

—Los mandé a los tres a la mierda —explicó Ernesto tras relatarles la conversación de la mañana anterior—. Literalmente.

—¿Los tres? —preguntó Marcelo alzando las cejas.

—Les dije alguna cosa más —aclaró—. En especial al presidente del colegio. Lo recriminé por prestarse a ese juego sucio y manchar el prestigio de la institución. Menudo pusilánime.

—¿Qué dijeron ellos? —se interesó Lucía con semblante preocupado.

—Cascales me amenazó con que la muerte de Benito pudiese afectarme a mí también. Estaba fuera de sí —afirmó Ernesto—. No imaginaba que te tuviese tanto odio.

—Tendrás que tener cuidado —dijo ella.

Marcelo intervino y mostró su desacuerdo.

—Esto es muy buena señal —dijo—. Se ha quedado sin el respaldo de la viuda y eso le ha cerrado la posibilidad de seguir usando la parte emotiva de la historia; ya no puede tocar la sensibilidad de la opinión pública. Además, tengo una muy buena noticia que daros.

Lucía y Ernesto se giraron hacia él en medio de un silencio expectante. Marcelo, con gesto teatral, se levantó y colocó frente a ellos las fotocopias de una serie de correos electrónicos. Empezaron a leerlos en silencio, pero él les hizo un resumen:

—Correos entre el doctor Cascales y alguien que parece estar en terapia contigo —señaló a Lucía—, y le informa con todo detalle de los ejercicios que realizas en tus sesiones.

Ella se removió en la silla como si al respaldo de su asiento le hubieran crecido púas. Se abalanzó sobre las fotocopias.

—¿Quién? —preguntó con voz cargada de indignación.

—Eso aún no lo sabemos —dijo Marcelo—. Parece una cuenta de correo creada a partir de un perfil falso. Podría ser cualquiera. Y mira aquí. —Le señaló el último correo de Cascales al espía anónimo—. Instrucciones a propósito de la información que necesitaba de vuestro taller.

—Perdona un segundo, Marcelo —dijo Ernesto mientras se apoyaba en el respaldo de su asiento—. ¿Cómo has conseguido todo esto? No creo que sea muy legal.

—Cuento con vuestra confidencialidad —respondió bajando la voz y luego sonrió—. Como prueba en un juicio no nos serviría, por supuesto, pero para pararle los pies a ese cerdo creo que va a ser bastante útil. Si quiere jugar sucio, no seré yo quien le haga ascos.

—No te la juegues —dijo Lucía.

—Tranquilos. Hay muchas formas de filtrar esto a la prensa, aunque estoy seguro de que no hará falta llegar tan lejos.

El avisador de su mesa zumbó y Marcelo fue hasta él para responder. Poco después tocaban a la puerta del gran despacho y Marcelo se acercaba a abrir tras pedir con un gesto a Lucía y Ernesto que le disculparan un momento.

—Dime, Enrique.

Un joven que se estrujaba las manos con la vista gacha dijo algo en voz baja a Marcelo y a este le cambió la expresión.

—Vamos a ver, Enrique —dijo con un esfuerzo por contenerse—. Cuando yo te digo que nunca apagues ese ordenador, quiero decir nunca. La misma clase de «nunca» que se utiliza para no beber lejía, ¿entiendes?

El joven parecía desear desaparecer, pero aún le comentó algo a Marcelo y le entregó un papel. Este lo leyó y le dio las gracias. Cuando volvió hasta la mesa en la que se encontraban ellos, su rostro lucía una amplia sonrisa.

—Tenemos al topo —comentó con un gesto elevando el puño cerrado—. Topa en este caso.

Los dos se abalanzaron sobre el papel; parecía el extracto de una cuenta bancaria.

—Son movimientos de la cuenta de Penélope —explicó—. Los ingresos que están subrayados son del doctor Cascales: cuatrocientos euros mensuales en los últimos dos meses.

Lucía apoyó la cabeza en ambas manos; parecía desolada.

—Parece mentira —dijo al fin.

—Bueno —matizó Marcelo—, no me quiero precipitar. Es lo que parece, pero esto en realidad no prueba que ella sea la infiltrada, solo que Cascales la tenía a sueldo. Ella vive de eso; es posible que alguien le deba dinero al psiquiatra y haya contratado sus servicios.

Ernesto ladeó la cabeza con la vista fija en Marcelo.

—La mantendré bajo vigilancia —dijo este—. Por el momento es la única que tiene relación con Cascales y si se confirma que es la infiltrada estoy seguro de que saldrán a la luz más datos que podamos usar contra él.

—Lo siento por ella —murmuró Lucía.

—Me parece curioso que sientas lástima por alguien a quien no le importa hundirte por dinero —comentó Marcelo con la vista puesta en Lucía—. En fin, os tendré informados. Si te llama o pretende verte —añadió dirigiéndose a la terapeuta—, compórtate con normalidad. No nos interesa que sospeche.

Lucía asintió varias veces con expresión triste.

Una vez quedó solo, llamó de nuevo a Enrique. El joven entró en el despacho cabizbajo, pero Marcelo lo animó:

—Relájate, muchacho —dijo—. Necesito que le pidas a Lucas el número del apartado de correos que alquiló. Preparas un paquete con este libro y lo envías desde esa misma oficina a mi casa. En el resguardo pones el número del apartado que te dé Lucas y como remitente pones este. —Le entregó un número anotado—. ¿Lo has entendido? —El chaval no paraba de asentir—. Pues venga.

Miércoles, 20 de noviembre de 2019 • 11:00 h

—Voy a salir —anunció Claudia a su compañero y sin darle tiempo a tener que explicar nada, se encaminó hacia la calle.

Llevaba toda la mañana dando vueltas al comentario del guardia acerca de la tormenta, cuando se le vinieron a la memoria las palabras de Marcelo en relación a la tromba de agua que le había inundado la casa por la ventana del baño. Buscó entre las fotos del coche de Alejandro Sierra para confirmar que el parabrisas desencajado y vuelto hacia el capó dejaba expuesto a la lluvia todo el interior del habitáculo. Sin embargo, hubiese jurado que cuando se asomó al coche el asiento del acompañante estaba seco. Decidió acercarse al depósito para echarle un vistazo más a fondo.

Entró en la zona de los turismos y encontró a uno de los encargados fumando un cigarrillo. Lo saludó y le dio la matrícula.

—Es un BMW gris oscuro.

—Al fondo a la izquierda —respondió el encargado—. ¿Necesita ayuda?

—Venga conmigo, por favor.

Claudia rodeó el vehículo y confirmó los restos de barro seco en toda la parte baja. Luego se asomó por la puerta del acompañante sin hacer demasiado caso del cerco de color indefinido que cubría el asiento y parte del respaldo del conductor.

—Dígame —preguntó al encargado—. ¿Recuerda la tormenta de hace unas semanas?

—Cómo no —contestó el otro con una sonrisa.

—Si este coche en las condiciones que está hubiese soportado esa tormenta, ¿estaría seco por dentro?

—¿Dónde estaba el coche?

Claudia le explicó la posición y el lugar entre las zarzas con todo detalle; luego recordó las fotografías que aún seguían en su móvil y se las mostró.

—Entre zarzas, a la sombra, con la temperatura que ha hecho estos días. —Parecía hacer sus cálculos en voz alta—. Estaría chorreando —afirmó con seguridad—. Los asientos, las alfombrillas. Todo.

A ella se le ocurrió una idea. Sacó el móvil y telefoneó a Anselmo.

—En mi mesa está el expediente de Alejandro Sierra —dijo con cierta prisa—. Busca la ficha de la revisión y dime el kilometraje que aparece en el momento de la entrega. —La respuesta se demoró casi un minuto—. Cuarenta y cinco mil trescientos veinte. Gracias.

Cortó y se acercó al vehículo, esta vez por el lado del conductor, pero el cuadro de mandos estaba desconectado; se volvió al encargado.

—¿Cómo puedo ver el kilometraje de este coche?

—Hay que girar la llave en el contacto —respondió—. Si queda un resto de batería aparecerá. La llave está puesta. —Le dejó claro que él no pensaba acercarse.

Se inclinó tratando de no rozarse con el asiento hasta alcanzar la llave y la hizo girar un punto. En el centro del cuadro aparecieron unas cifras: cuarenta y cinco mil trescientos cincuenta y uno.

Claudia lo memorizó y volvió a desconectar la batería. Se volvió hacia el encargado.

—Nadie puede acercarse o tocarlo, ¿entendido?

El encargado se encogió de hombros.

—Entendido. Puede estar tranquila, nadie se va a acercar a ese coche.

Claudia lo contempló interrogante.

—Trae mal fario.

Ella asintió sin ocultar su extrañeza.

—En algún momento vendrán los de criminalística para revisarlo.

—Aquí estaremos.

De regreso a la comandancia hizo dos llamadas: la primera al concesionario, donde el jefe de taller le aseguró que la prueba del coche tras una revisión de rutina no iba más allá de un par de kilómetros y que la anotación del kilometraje a la recepción la hacía el ordenador, de modo que no cabía la posibilidad de un error de transcripción. La segunda fue para Anselmo, al que pidió que la esperase en el despacho del capitán.

—Pero, ¿qué carallo te ha dado? —preguntó intrigado.

—La desaparición de Alejandro Sierra se ha complicado —exclamó por el manos libres—, dile que tenemos que hablarlo ahora mismo.

—Más te vale traer algo más que barro en las ruedas, ¿oíste? —advirtió Anselmo antes de colgar.

Minutos después entraba en el despacho donde la esperaban el capitán y su compañero. Claudia empezó por mencionar una serie de hechos, todos ellos comprobados y al mismo tiempo imposibles de forma simultánea: el barro en las ruedas a pesar de la intensa lluvia, el interior del coche seco a pesar de tener el parabrisas arrancado, el desajuste del kilometraje, la hora de la tormenta de esa tarde y la supuesta hora del accidente.

—No termino de ver el problema —comentó el capitán—. Explíquese.

—Alejandro Sierra se despide de su mujer en el concesionario después de las dos y media. Sabemos que a las dos y cuarenta y siete hizo un pago de combustible con su tarjeta en una gasolinera situada cuatro kilómetros antes de la curva del accidente—Claudia enumeraba los hechos—. Según el reloj del coche, el accidente ocurre a las dos y

cincuenta. Hasta aquí todo correcto.

El capitán le dirigió una mirada inexpresiva.

—Ahora vamos con las incoherencias —dijo—. El coche sale lavado del concesionario y el empleado de la gasolinera asegura que el coche estaba limpio, pero se estrella tres minutos después con los bajos y las ruedas embarrados después de recorrer un tramo de cuatro kilómetros asfaltado y seco. Además, poco después del supuesto accidente llueve a jarros durante dos horas, pero la lluvia no limpia el barro de los neumáticos.

El capitán apoyó los codos en la mesa con las manos engarzadas bajo la barbilla.

—Continúe…

—Cuando el señor Sierra entrega el coche en el concesionario un ordenador anota el kilometraje —continuó ella—. Sabemos que tras recogerlo condujo hasta la gasolinera y desde allí al lugar del accidente, un total de once kilómetros. Pero el contador del coche siniestrado marca otros veinte kilómetros adicionales.

El capitán balanceaba la cabeza adelante y atrás con parsimonia.

—Aún hay más —ella no le permitió interrumpir—. Si el siniestro ocurrió a las tres menos diez, si al caer el coche por el barranco el parabrisas salió volteado hacia delante, y si poco después del accidente se desató una tormenta que casi inunda el pueblo más cercano, ¿cómo es que dentro de ese coche no hay ni rastro de humedad?

El capitán se pasaba una mano por la recortada barba.

—Ha hecho un buen trabajo —reconoció con una media sonrisa—. La felicito, sargento. ¿Tiene alguna teoría?

Claudia agradeció el comentario con un gesto.

—Creo que la caída del coche por el barranco debió de ocurrir después de la tormenta, no a la hora que marca el reloj del salpicadero —explicó Claudia—. Creo que alguien manipuló el reloj para hacernos creer que el siniestro sucedió a una hora diferente; creo que ese alguien tuvo el coche escondido durante la tormenta, a unos diez kilómetros del lugar en que lo encontraron, imagino que no por miedo al agua, sino porque tenía que esperar a que cayese la noche para poder despeñar el vehículo sin llamar la atención. Creo que al sacar el coche de su escondite y volver a circular con él, debió hacerlo por un lugar que la lluvia había convertido en un lodazal y, por último, creo que quien lo hizo escogió ese lugar para simular el accidente con la intención de que el coche quedase oculto entre las zarzas y los matorrales a fin de dificultar el hallazgo.

El capitán se mantuvo en silencio unos instantes con la vista perdida hacia un lado y el rostro concentrado.

—Parece que todo eso explicaría los cinco hechos del comienzo—

dijo pensativo—. Sin incoherencias.

Claudia asintió y Anselmo le lanzó una mirada mezcla de admiración y orgullo.

—¿Y el asesinato del taller? —preguntó—. ¿Alguna relación entre los dos traumatólogos o seguimos con la hipótesis Penélope?

—En principio, la única relación entre los dos es que coincidieron en el hospital comarcal de Guadix hace diez años —respondió Anselmo.

—Está bien —el capitán parecía dar vueltas a algo—. Sigue tú con la investigación del taller y Claudia se encargará de la muerte del doctor Sierra —la señaló—, pero con apoyo cercano a Anselmo, por si surge algo que relacione los dos crímenes.

—Entendido.

—Daré aviso a los de tráfico de que nos encargamos nosotros de la investigación del accidente del doctor Sierra.

Jueves, 21 de noviembre de 2019 • 9:30 h

A las nueve y media se encontraban en la entrada del colegio de psicólogos, a la espera de comenzar las declaraciones de los terapeutas y los pacientes del taller. La temperatura había bajado bruscamente esa noche y la mañana se presentó más fría de lo esperado; nubes de vaho salían de bocas y narices como si los que se iban a entrevistar albergaran pequeñas máquinas de vapor bajo los abrigos.

Claudia paseaba nerviosa por la acera: a Penélope le habían dado el alta el día anterior y Anselmo acababa de comunicarle que había enviado una pareja de guardias a su domicilio para acompañarla a la comandancia y tomarle la declaración que no fue posible el día del taller. Ella quería estar presente en esa entrevista, pero para Ernesto parecía importante que estuviese con él y lo entendía; Quique, el marido de Lucía, también la acompañaba. Los contemplaba junto a la entrada, charlando sonrientes, y le pareció algo normal.

Sin embargo, ella no se veía igual de natural en ese papel con respecto a Ernesto; no se sentía cómoda. «Algo no va bien», se dijo, y al momento trató de apartar esa sombra y dejar que la leve brisa se la llevara, igual que hacía con las nubes de vapor que salían de todas las bocas. «Al fin y al cabo se disculpó, ¿qué más quieres?». No recordaba textualmente la conversación que habían tenido, pero sí guardaba la sensación de que a ella no le había llegado como una disculpa. «¿Me estoy convirtiendo en una rencorosa?».

Un bedel apareció en la puerta y nombró a Lucía; Quique le dio un breve abrazo y la despidió con una sonrisa y unas palabras de tranquilidad. Al mismo tiempo que Lucía entraba en el edificio, el móvil de Claudia comenzó a vibrar en el bolsillo del pantalón: era Anselmo.

—Acaba de llegar —dijo—. ¿Te espero?

Ella meditó un segundo y decidió.

—Voy enseguida.

Se acercó a Ernesto. Al verla llegar, su sonrisa mudó a una expresión más seria.

—Tienes que irte —no llegó a ser una pregunta, ni una afirmación, ni un reproche.

—Lo siento —Ella lo cogió del brazo y lo apretó con cariño. De repente se sintió triste, demasiado triste—. Te llamo en cuanto pueda —añadió.

—No te preocupes —dijo él antes de darle un rápido beso—. No hubieses podido entrar de todas formas.

Quique se acercó mientras Claudia daba media vuelta y caminaba hacia su coche a paso vivo.

—¿Se marcha? —Posó su mano sobre el hombro de Ernesto que se había quedado mirando la espalda de Claudia.

—Trabajo —explicó él—. Ha debido surgir algo inesperado.

Ernesto compuso una sonrisa y Quique se abstuvo de hacer ningún otro comentario. La conversación terminó por volver de manera natural al motivo de su presencia allí.

Casi una hora más tarde, Lucía regresó a la calle y se abrazó a Quique. Ernesto tuvo tiempo de hacerle un breve comentario antes de que el mismo bedel lo nombrara. Justo antes de entrar, se giró para dar un rápido vistazo hacia ambos lados de la calle. Como esperaba, no había ni rastro de Claudia.

Jueves, 21 de noviembre de 2019 • 10:00 h

—¿Falta mucho, sargento? —Penélope llevaba casi un cuarto de hora en la oficina y empezaba a impacientarse; el tono sonó insolente.

—Comenzaremos enseguida —respondió Anselmo sin alterarse.

—Llevo demasiados días enferma —insistió ella—, ayer me dieron el alta y tengo algunos asuntos atrasados.

Claudia entró en ese instante y saludó tanto a Anselmo como a Penélope.

—¡Menos mal! —exclamó la joven.

Claudia lanzó una mirada sorprendida a Anselmo y él se encogió de hombros.

—Parece que la testigo tiene prisa… —comentó.

—Entonces no perdamos tiempo —comenzó Claudia—. Le agradecemos mucho que haya accedido a desplazarse hasta aquí.

La joven hizo un gesto con la mano hacia abajo como si no hubiera tanto que agradecer y a pesar de que no parecía estar nerviosa, Claudia se percató del fino temblor de sus dedos.

Anselmo le preguntó por algunos de sus compañeros del taller, concretamente aquellos a los que había amedrentado por sus deudas.

—Claro que los recuerdo —respondió ella—. Fue una sorpresa encontrarlos allí —ironizó.

—¿No le incomodó?

Se encogió de hombros con desdén.

—Lo pasado, pasado está… —comentó Anselmo.

—Así debería ser —opinó ella—, pero a la vista está que hay quien no lo ve así.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Claudia.

La joven le dirigió una mirada de extrañeza.

—¿No pensará ni por un momento que alguien planificó aquello para asesinar al bueno de Benito? —Lo largó con un tono cercano al menosprecio—. Se supone que ustedes estudian para esto, ¿no?

Claudia no reaccionó ante su insolencia y continuó como si nada.

—¿Sospecha de alguien en concreto?

La chica negó con la cabeza.

—No —respondió—. Pero la siguiente vez que lo intente ese malnacido no me va a coger desprevenida. Eso puede jurarlo.

—Parece que no tiene usted ningún reparo en hablar de sus —hizo una pausa— trabajos para cierto abogado.

—¿Por qué habría de tenerlos? —afirmó ella—. Es un trabajo tan respetable como cualquier otro.

Claudia alzó las cejas por toda respuesta; Anselmo soltó un carraspeo:

—Pues, ¿qué quiere que le diga? —dijo—, respetable, lo que se dice respetable…

—Como el suyo —se encaró la joven—. Es más, creo que en lugar de tanto quejarse deberían estar agradecidos: yo los convenzo para que paguen sus deudas y así les ahorro trabajo a ustedes y a los jueces.

—Los convences —ironizó Anselmo con una sonrisa torcida—. ¿Y qué les haces, les cantas una nana?

Penélope no se arredró.

—Eso es secreto profesional, sargento.

Claudia recondujo la conversación.

—Está bien —comenzó con voz pausada—. Volvamos al fin de semana del taller —Penélope la interrumpió sin miramientos.

—Mire, sargento —dijo—. Tengo mucho que hacer esta mañana. Lo único que puedo decirle sobre el taller es que alguien intentó envenenarme, pero gracias a la mojigata de Noemí yo me salvé y el pobre Benito pagó por mis pecados.

—Muy bien resumido —Anselmo dio un par de palmadas en el aire.

—Así son las cosas —dijo ella—. Cuando descubrí que tenía la habitación para mí sola, se me ocurrió camelarme a Benito y pasármelo por la piedra esa noche; ni se imagina lo aburrido que estaba siendo el taller, con tanto abrazo y tanto llanto. Desde que lo conocí en mi grupo de terapia, me dije que era el único tío interesante; me ponía cachonda —afirmó mientras dedicaba a Claudia un guiño cómplice. Ella no movió ni un pelo y después de un instante continuó en otra dirección.

—¿Ha visto alguna vez a estos hombres? —Colocó ante ella una foto de Óscar Ripoll y otra de Alejandro Sierra.

Penélope tomó las fotos y las observó atenta unos segundos. Cuando estaba por devolvérselas, su cara se contrajo por un instante en un gesto de dolor y se inclinó de lado para frotarse una pantorrilla.

—¿Debería conocerlos? —preguntó.

—No lo sé —respondió Claudia en tono neutro y alargó la mano para recogerlas.

Con un gesto rápido, Penélope volvió a hacerse con ellas y las revisó con rapidez.

—¿Estos dos también me persiguen?

Claudia alcanzó las fotos por fin.

—No creo, pero tenga cuidado —le dijo muy seria.

—Y ustedes —preguntó la joven con tono inocente—. ¿No piensan protegerme? Alguien ha intentado envenenarme, algo tendrán que hacer.

—Es posible que le pongamos protección —dijo Claudia.

La joven dejó escapar una risita.

—No se preocupe, sargento. —Su rostro retomó un rictus serio—.

Precisamente los asuntos urgentes que debo resolver tienen relación con mi propia protección.

—No haga tonterías —la reconvino Claudia como una hermana mayor a una adolescente alocada—. Hasta ahora sus «trabajos» bordean la ley; no se meta en problemas más serios y déjenos a nosotros. Con sus antecedentes cualquier desliz le puede salir muy caro. —Le mostró la ficha del correccional.

—Tranquilos. —Sin inmutarse alzó las dos manos con las palmas hacia ellos—. Confío en ustedes —añadió—. Son mi primera línea de defensa, pero si la primera línea falla yo misma me encargaré de la segunda.

Ordenaron a un guardia que la llevase de nuevo a su casa y tras despedirse de ella, Claudia y Anselmo regresaron a la misma habitación.

—¿Qué edad tiene? —comentó Anselmo—. Veinticinco años… Muy joven para ser tan dura, y sin embargo…

Claudia se mostró en desacuerdo.

—No es por la edad —comentó—. Tanto tú como yo hemos conocido a otros más jóvenes y más duros.

Anselmo la miraba con los labios apretados y el entrecejo lleno de arrugas.

—Es por su aspecto —afirmó Claudia—. Es demasiado guapa y parece demasiado poca cosa; es esa incongruencia la que os llama la atención —continuó—, sencillamente un prejuicio machista.

—¡Ay qué carallo, Claudia! —exclamó Anselmo—. ¡No me vengas con esas! Te iba a decir que a pesar de su juventud, tiene algo que me da miedo.

—¿Sí?

—Sus ojos —dijo él—. ¿Te fijaste? Son como los ojos de los tiburones: jamás cambian de expresión, solo calculan distancias. Ojos de depredador.

Claudia lo dio por bueno.

—Bueno, ¿y aparte del aspecto?

—Yo diría que no es la primera vez que se sienta en una sala como esta —con el brazo hizo un gesto que abarcaba la estancia—, que no nos ha dicho nada que no sepamos y que no nos ha ocultado nada de lo que ya sabemos.

—Eso parece —dijo Claudia—. ¿Qué piensas?

Anselmo se rascó la cabeza durante unos momentos.

—Creo que esta no se va a sentar a esperar el siguiente intento.

Claudia asentía con gesto serio.

—Y como descubra al que lo hizo nos la va a liar —afirmó tajante —. Entonces sí que avisan a la UCO. Por cierto, ¿has recibido el informe del coche accidentado?

—Ayer noche, bastante tarde.

—¿Y?

Claudia hizo chasquear la lengua.

—Nada —dijo—. Ni huellas, ni restos. Lo acababan de aspirar en el concesionario, pero no hay nada, a falta de que se reciban los resultados definitivos. Han tomado muestras de los asientos, el volante, palanca de cambios, como siempre. —Dejó caer los hombros —. Dicen que estaba demasiado limpio. Y ahora tendré que llamar a la viuda para contarle que no fue un accidente, pero que alguien se empeñó en simularlo.

—Mal trago —comentó Anselmo.

—En parte creo que ella se huele algo. Creo que la voy a citar aquí para contárselo —pensó en voz alta—. Será más oficial y quizás eso la haga reaccionar y recuerde algo que nos ilumine.

—Y yo voy a citar a la viuda de Benito Montoya para explicarle que sospechamos que su marido murió por un error del asesino.

Claudia lo miró con los ojos como platos.

—No te preocupes —la calmó Anselmo—. Ha sido decisión del capitán.

—En tal caso… —Levantó ambas manos—. Nada que objetar.

—¿Las citamos con media hora de diferencia? —propuso Anselmo —. Podríamos estar los dos en las dos entrevistas y aprovechar mejor la mañana.

Jueves, 21 de noviembre de 2019 • 19:00 h

Cuando Penélope abandonaba la comandancia y subía en un coche patrulla en dirección a su casa, ni ella ni el guardia se percataron de que un turismo blanco se colocaba entre el tráfico un poco retrasado y los seguía hasta el domicilio. Ella bajó del coche y se despidió de él, y el turismo blanco aparcó a unos metros del portal de la joven con dos hombres que permanecieron en su interior.

A las siete de la tarde, uno de los hombres hizo una llamada y envió su ubicación por un mensaje. Minutos después, un coche de color gris claro se detuvo tras él y conectó los intermitentes. El coche blanco arrancó y abandonó el aparcamiento y al instante fue sustituido por el gris. Los ocupantes ni se miraron.

El acompañante del turismo que se alejaba marcó un número de teléfono.

—¿Sí?

—Buenas noches, jefe —dijo—. Dentro de diez minutos tendrás el informe en el correo, pero te adelanto que solo ha salido esta mañana. La han recogido dos guardias civiles, ha estado un buen rato en comandancia y otro guardia la acaba de conducir de nuevo a casa. Después de eso no ha vuelto a pisar la calle.

—Buen trabajo —Marcelo se recostó en el sillón de su despacho.

Dejó el ordenador abierto con la página del correo conectada y esperó a recibir el informe. Mientras lo descargaba y lo archivaba en una carpeta recién estrenada, buscó el contacto de Ernesto.

—Buenas noches —lo saludó—. Ya tenemos a Penélope bajo vigilancia. Por el momento solo ha ido a la comandancia.

—¿A la comandancia?

—Imagino que el día de autos no tuvieron tiempo de tomarle declaración.

Ernesto recordó que la habían evacuado en ambulancia por indicación del forense.

—Es cierto —confirmó—. La ambulancia se la llevó por la mañana.

—Le acaban de dar el alta —dijo Marcelo—. Suponemos que no tardará en volver a su vida activa y que tratará de ponerse en contacto con el psiquiatra; yo en su lugar le pediría más dinero por los riesgos que ha asumido.

Ernesto esbozó una sonrisa.

—Os tendré informados. Buenas noches —dijo Marcelo antes de cortar la comunicación.

—¿Quién era? —preguntó Claudia cuando soltó el móvil.

—Marcelo —respondió sin más.

—¿Y?

—Ha puesto vigilancia a Penélope —dijo. Era evidente que no estaba muy hablador.

Claudia apretó los labios y tomó aire con calma unas cuantas veces.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó con suavidad.

—Claro.

—Ya te he dicho que sentía haber tenido que irme esta mañana.

—Has elegido irte —matizó él; ella torció el gesto—, pero te he dicho que está bien.

—De acuerdo —dijo ella. En su voz un deje de cansancio—. He elegido irme, sí. Anselmo se iba a entrevistar con Penélope, hasta el momento la única vía que tenemos para desbloquear la investigación. Y sí, he preferido estar allí porque tengo interés en dar carpetazo a este asunto y que se olvide la muerte de Benito, a ver si así empiezan a dejaros en paz.

—Un poco tarde, ¿no crees?

Ella se limitó a mirarlo con los brazos en jarras sin entender con exactitud a qué se refería.

—El martes, en el colegio de médicos —explicó Ernesto—, un abogado me dejó caer que si mi pareja me había puesto en una lista de sospechosos de envenenar a un paciente, era muy probable que tuviesen que suspenderme la licencia.

—¿Te amenazó con eso? —Claudia no daba crédito.

—Están jugando sucio —señaló—. Todo vale.

—Podrías habérmelo dicho —dijo ella.

—¿Hubiese cambiado algo? —preguntó Ernesto con mirada triste —. Es tu trabajo; te gusta y quieres hacerlo bien. Lo demás es secundario.

Claudia se dejó caer en el sofá a su lado.

—¿De verdad crees que todo es secundario? ¿Incluso tú?

Ernesto la miró y se encogió de hombros. No respondió. Ella tampoco supo qué más añadir y los minutos en silencio se fueron prolongando; el ambiente en el salón era como el resorte de un cepo, un poco más tenso con cada vuelta del segundero.

—Voy a ducharme —terminó por decir Ernesto al levantarse del sofá.

Viernes, 22 de noviembre de 2019 • 06:00 h

El roce de los pasos suena a su espalda y su única opción es continuar la huida en silencio, hasta que encuentra una escalera y decide subir por ella. La escalera está embutida en un estrecho pasadizo, por lo que debe avanzar con la cabeza baja, y entonces descubre que la escalera parece volverse traslúcida en algunas zonas, y que a su través ve una masa blanca, irregular, que se desliza muy por debajo, como un manto de nubes.

Las paredes desaparecen. Ya solo existe una escalera de piedra que gira y asciende, y unos pies descalzos, pequeños, que no tienen más opción que continuar su huida hacia una altura que le eriza el vello.

El viento sopla con más fuerza; las nubes se organizan y giran más y más deprisa; y sus pies se aferran a los rugosos peldaños, cada vez más estrechos, cada vez más empinados, hasta que, sin previo aviso, la escalera termina en un último escalón, tan de repente que la inercia de la fuga hace que caiga hacia el ojo del terrible huracán.

La pared circular de nubes gira a su alrededor con una sensación casi sólida y su caída se acelera y se acelera, y la pared de nubes ahora es la pared de un pozo que no va a terminar nunca, pero sin previo aviso, se sumerge sin ruido en un agua verde y grumosa, y entonces llega el alarido; el sonido inhumano que sale de la garganta de alguien que ya se encuentra al otro lado de la tenue línea que separa la lucidez de la locura y descubre que esa voz es la suya.

Despierta con el eco de su propio aullido y se incorpora en la cama. Está de vuelta en su habitación y las nubes se desvanecen como la niebla en una mañana de primavera; pero el olor a podredumbre y humedad es pertinaz, y le hace arrugar la nariz con desagrado.

«Huele a ropa podrida», masculla entre dientes, y se levanta para echar las sábanas a lavar y volver a ducharse.

Viernes, 22 de noviembre de 2019 • 12:00 h

Claudia recibió a la viuda de Alejandro Sierra a las once y media, pero no habían hecho más que entrar en una de las salas cuando un guardia les avisó de que la mujer de Benito Montoya acababa de llegar. Anselmo se mostró contrariado.

—Con media hora de adelanto —susurró a Claudia al oído—. Sigue tú aquí, yo me encargo de la otra.

A Claudia le volvió a impresionar la entereza de aquella mujer y su reacción a la noticia de que la muerte de su marido había sido, probablemente, un asesinato.

—Es lo único que tiene sentido —dijo Andrea tras escucharla en silencio—, aunque no se me ocurre quién pudiera odiarlo tanto.

—Para eso la he hecho venir —explicó Claudia—. Alguien quería acabar con su vida, hacerlo de manera que pareciera un accidente y con la intención de que no se descubriese en mucho tiempo. Parece algo demasiado premeditado.

—Aún así —respondió ella—. El daño que mi marido hiciera a esa persona debió ser muy serio… Teníamos muy pocos secretos —añadió —. Quizás este era uno de ellos.

—O el asesino culpaba a su marido de algo por error —sugirió Claudia, pero Andrea seguía negando con la cabeza, la mirada fija en el suelo.

—Creo que no puedo ayudarles —dijo tras un momento—. No se me ocurre nada.

—No se preocupe —la tranquilizó Claudia—. Si en algún momento recuerda algo, ya sabe cómo localizarme.

Al salir de la habitación se escuchó la voz de Anselmo que trataba de calmar a la mujer de Benito Montoya. Claudia le pidió que la esperase un instante y entró en la otra sala. Nada más hacerlo, la mujer, presa de los nervios, se dirigió a ella:

—¿Qué significa eso de que mi marido ha muerto por un error? — casi le gritó. Anselmo cruzó una mirada con Claudia con cara de no entender lo que ocurría.

—Cálmese, por favor —Claudia trató de reconducir la situación mientras la mujer negaba de forma exagerada con la cabeza—. Parece que el objetivo…

No consiguió terminar la frase porque a su espalda Andrea había visto a la mujer de Benito desde el pasillo y se había animado a entrar también.

—¿Genoveva? —preguntó por encima del hombro de Claudia.

Escuchar su nombre en boca de una extraña pareció obrar el efecto de un sedante. Al principio la contempló como a una aparición, sin un

mínimo signo de reconocerla, pero luego su expresión comenzó a cambiar poco a poco, como la de un demente que recobra la cordura por milagro.

—Yo te conozco —dijo muy despacio—. Tú eres la mujer de Sierra —a pesar de todo no parecía recordar su nombre.

—Soy Andrea —dijo—. La viuda de Alejandro Sierra.

Claudia hizo un gesto a Anselmo para que se apartase y los dos salieron con discreción al corredor, aunque sin dejar de observarlas por la puerta entreabierta. Al poco, Claudia cogió a Anselmo por el brazo y lo siguió a la sala.

—Veo que se conocen —dijo a las dos mujeres y se acomodó a la espera.

—Mi marido y el suyo —la señaló con la mano— fueron compañeros de trabajo en el hospital comarcal de Guadix durante algunos años. Alejandro se fue de allí en 2009.

—Benito estuvo un año más antes de dejarlo por la mutua —añadió su viuda.

Las dos mujeres se miraron sin decir nada. Por sus ojos parecieron pasar en un breve lapso de tiempo las sensaciones compartidas en una época en la que todo, empezando por ellas mismas, era muy diferente.

—Siento lo de Benito —dijo al fin Andrea.

—Y yo lo de tu marido. —Se dieron un breve abrazo y dos besos.

Claudia aprovechó el momento. Se acercó a las dos mujeres y posó una mano en el hombro de cada una; les señaló las dos sillas con un gesto.

—Les puedo traer un café o algo fresco si prefieren —dijo. Las dos rechazaron la oferta—. Ya veo que no hacen falta presentaciones.

Andrea se giró hacia ella.

—En el hospital de Guadix, nuestros maridos hicieron un buen equipo —explicó—. Junto con otros dos compañeros, tuvieron su guerra particular y la ganaron.

—Eran tres —la corrigió Genoveva, ya del todo repuesta de su crisis de ansiedad.

—Es verdad —convino Andrea—. No recuerdo cómo se llamaba el otro…

Genoveva entrecerró los ojos.

—¿Llamaba? —preguntó Anselmo.

Ella asintió.

—Murió —respondió—. No recuerdo el motivo, pero estuvo ingresado en la unidad de salud mental y una mañana lo encontraron muerto.

—¿Cuánto hace de eso?—insistió.

Genoveva hizo un gesto con la mano.

—Más de diez años, creo yo —terminó mirando a Andrea que le

dio la razón.

—¿Ha dicho que ganaron una guerra particular?

Andrea asintió con una sonrisa cargada de nostalgia. Permaneció con la vista perdida más allá del alto ventanuco enrejado que daba luz a la habitación, y el recuerdo en unos meses y unos años que, aunque fueron difíciles, estuvieron cargados de vitalidad.

—Se enfrentaron a la maquinaria del poder —dijo con orgullo—. Nadie daba un duro por ellos, pero consiguieron pararles los pies y salir adelante.

—También hubo bajas —apuntó Genoveva—, pero jamás en mi vida había visto a Benito tan vivo.

—Estaría bien que nos contaran algo más de aquella… guerra —se interesó Claudia.

Las dos mujeres se miraron unos momentos. El semblante de Genoveva se entristeció.

—Ellos podrían explicárselo todo…

Andrea asintió: ambas recordaban detalles sueltos de algunos episodios, pero no el conjunto de la historia.

—¿Y los otros dos traumatólogos? —preguntó.

Por la expresión de Genoveva, Claudia dedujo que no tenía la menor idea de cómo ponerse en contacto con ellos. Andrea, en cambio, echó mano a su teléfono móvil y empezó a buscar en la memoria. En un momento encontró los contactos y facilitó a Claudia sus nombres y sus números de teléfono.

—Fernando Vergel y Juan Diego Alcalá —comentó mientras Claudia anotaba—. Hasta donde yo sé, ambos trabajan en el PTS.

—Mi marido guardaba documentos de aquella época en un archivador y varios maletines —recordó Genoveva—. Creo que siguen en su despacho; podría buscarlos este fin de semana.

—Puede que nos sean de ayuda —le agradeció Claudia.

—Si los encuentra, avíseme; pasaré por su casa a recogerlos —se ofreció Anselmo.

Las dos mujeres abandonaron las dependencias de la Guardia Civil, y Claudia y Anselmo volvieron al interior del edificio. Como si se hubiesen puesto de acuerdo sin una sola palabra, regresaron en silencio a la segunda sala y se dejaron caer cada uno en una silla. Durante un rato consultaron sus notas mientras trataban de atar cabos y al final fue Anselmo el que rompió el fuego.

—Un traumatólogo muerto hace más de diez años —comentó tras dejar el bloc, mientras se recostaba en el respaldo de su asiento— y ahora dos más en un fin de semana…

—Y esa guerra en Guadix —continuó ella—. Si es cierto que vencieron, tal como afirma la mujer de Alejandro, puede ser que le tocaran las narices a alguien poderoso.

Anselmo meneó la cabeza.

—Diez años es demasiado tiempo hasta para una venganza.

Claudia se mostró de acuerdo, pero luego volvió a coger el bloc y empezó a pasar hojas hacia atrás.

—Aquí está —dijo—. Piñero también trabajó en Guadix por esa época.

Anselmo la miró con el ceño arrugado.

—¿Y qué pinta Piñero en todo esto?

—Ni idea —respondió ella—. Supongo que nada. —Luego se incorporó y le dio una palmada a Anselmo en la espalda—. Bueno, vamos a buscar a los otros traumatólogos.

Él hizo un gesto de desgana y salió tras ella.

Lunes, 25 de noviembre de 2019 • 9:00 h

Después de todo el fin de semana les había resultado imposible localizar a los traumatólogos. Al parecer estaban en algún congreso o seminario de una sociedad científica y no tenían prevista la vuelta hasta el domingo por la noche. Sus móviles estaban apagados o sin cobertura, y en el hotel en que se alojaban, si es que les dejaban los mensajes, no parecía que les hiciesen mucho caso. Hasta ese momento a Claudia le pareció más una molestia que otra cosa, pero cuando a primera hora de la mañana del lunes seguían sin ninguna pista, empezaron a preocuparse un tanto.

A media mañana, la viuda de Benito llamó a comandancia para avisar de que ya tenía localizados los documentos de su marido y Anselmo salió hacia su casa. Claudia siguió empeñada en contactar con los dos traumatólogos, pero ni en sus casas, ni en el hospital, hubo alguien que supiera darle razón de ellos.

Eran poco más de las doce cuando, cansada de escuchar evasivas, lanzó el teléfono sobre la mesa con un bufido de frustración. «A ver si tenemos más suerte con los papeles de Benito», se dijo mientras trataba de apartar la sensación de cabreo ciego. Cuando se paró a pensar, no obstante, comprendió que le costaba separar la frustración de ese momento del telón de fondo de su relación con Ernesto.

—¡Ya estoy aquí! —La voz de Anselmo la cogió desprevenida—. ¿Me ayudas?

Claudia salió tras él y al poco regresaban los dos: Anselmo con un par de cajas apoyadas contra el pecho y Claudia con tres maletines de cerradura de combinación.

—Nos va a tocar leer —comentó Anselmo sin mucho ánimo. Se sentó y abrió la primera caja.

Claudia hizo un último intento con los teléfonos de los dos traumatólogos y en vista del nulo éxito, arrastró la segunda caja hasta su mesa y se dispuso a comenzar, pero entonces se le ocurrió algo. «No perdemos nada», se dijo; se alejó hasta la entrada y volvió a sacar su móvil.

—¿Marcelo?

—¿Sí? ¡Claudia! —exclamó al reconocer la voz—. ¡Qué sorpresa! Cuéntame.

—Verás —comenzó—, me preguntaba si quizás podrías echarme una mano para encontrar a alguien.

Hubo un silencio instantáneo, roto enseguida por el expolicía.

—Humm, las fuerzas del orden pidiendo ayuda al sector privado —dijo con un toque de humor—. Suena interesante.

—No creas —lo aplacó ella—. Hay dos personas, dos

traumatólogos, a los que estamos intentando localizar desde el viernes pasado, pero no hay manera —explicó—. Al principio no me extrañó mucho porque se suponía que estaban en un congreso todo el fin de semana, pero desde ayer por la noche tengo la sensación de que no quieren saber nada de la Policía Judicial.

—Dime sus nombres y veré qué puedo hacer. —Sacó una estilográfica del cajón y abrió una libreta. Claudia le dio todos los datos que conocía de ellos—. Fernando Vergel y Juan Diego Alcalá. Perfecto —dijo al terminar de anotar—. ¿Qué quieres que haga cuando los encuentre?

—Avísame —dijo ella, pero luego pareció pensarlo mejor: si realmente estaban tratando de esquivarla, que la avisara podía no servir de mucho—. Y si tienes ocasión de hablar con alguno de ellos, intenta convencerlos de que es importante que se pongan en contacto con nosotros.

—¿Están en peligro?

—No lo sé —respondió ella—. En principio no. Quizás puedan ayudar a conectar dos asesinatos.

—¿Dos?

—Benito Carlos Montoya y Alejandro Sierra —explicó ella—. Ambos traumatólogos desde la apertura del servicio en Guadix, junto con estos dos que buscamos.

Los labios de Marcelo se arquearon bajo el encrespado bigote.

—Está bien —dijo—. Me encargaré personalmente.

Claudia dedicó el resto de la mañana a bucear en los documentos de Benito Montoya, una mezcla desordenada de escritos con sello de registro, fotocopias de historiales clínicos, recortes de prensa y propuestas de sanción. Le iba a costar ordenar y encontrar un sentido a todo ese galimatías, y pensó que cuanto antes comenzara, mejor.

Martes, 26 de noviembre de 2019 • 10:00 h

Al final de la mañana anterior, Claudia había decidido llevarse el trabajo a casa. A media tarde había logrado hacerse una idea de conjunto de lo sucedido en Guadix y antes de cenar inició una conversación telefónica con Anselmo que se prolongó por espacio de dos horas, de manera que Ernesto terminó por cenar solo y ella se preparó un sándwich rápido cuando él ya estaba en la cama.

—Nos vemos mañana —dijo Anselmo antes de colgar—. Ahora descansa un poco, ¿estamos?

Despertó a las seis tras una noche de mal sueño y decidió salir a correr un rato. Ernesto aún dormía cuando salió hacia la comandancia.

—Siéntate y escucha —dijo a Anselmo cuando él llegó hasta la mesa y colgó la cazadora en el respaldo de su silla—. Adela Lupión, Miguel Herrero y Alberto Piñero —lo señaló con la punta del bolígrafo.

—¿Quién es el segundo? —preguntó—. Ese no me suena.

—Puede que toda la documentación relativa a él estuviese en la caja que me llevé yo —respondió Claudia—. Fue el director gerente del hospital de Guadix en aquella época. Mira —le tendió un taco de folios—, aparte de otras lindezas, se dedicó a violar la correspondencia de los traumatólogos.

Anselmo dejó escapar un silbido.

—Vamos a localizar a estos tres —dijo ella—. Ha pasado demasiado tiempo desde aquello, pero nunca se sabe cuándo puede saltar la chispa de la venganza.

Anselmo se sentó y encendió el ordenador.

—¿Los citamos aquí? —preguntó a Claudia mientras inclinaba la cabeza para esquivar la pantalla.

Ella arqueó los labios.

—No —respondió—. De momento mejor en su terreno, que estén confiados.

Anselmo le mostró el puño con el pulgar hacia arriba y arrancó. Ella aprovechó la invitación de Piñero para llamar a su despacho; la atendió su secretaria. «La tarde del viernes la tiene libre desde las siete. No creo que tenga problema en recibirla, pero se lo confirmaré en cuanto lo consulte con él».

◆

Marcelo se apoyó en el lateral de su coche y esperó paciente con la

fotografía de Fernando Vergel en la mano. No transcurrieron ni cinco minutos, cuando un hombre que parecía el modelo de su retrato salió de un portal con atuendo de motociclista y un casco negro en la mano. «Vamos allá», se dijo Marcelo mientras echaba a andar por la acera de enfrente para ponerse a la altura de su objetivo.

A unos veinte o treinta metros del portal, Fernando Vergel se detuvo frente a una persiana metálica y se agachó para abrir un candado de seguridad. Fue el momento que aprovechó Marcelo para colocarse junto a él.

—¿Le ayudo? —dijo cuando el otro se preparaba para agarrar el tirador de la persiana.

—No es necesario, gracias —contestó sin alzar la mirada.

—¿Es usted el doctor Vergel? —preguntó Marcelo como si lo acabara de reconocer.

El aludido, aún en cuclillas, lanzó una mirada curiosa hacia el expolicía que lo contemplaba desde las alturas. Se levantó al momento.

—¿Quién es usted? —preguntó mientras daba un paso atrás—. ¿Nos conocemos?

Marcelo negó con una amplia sonrisa bajo su bigote blanco.

—Aún no —dijo—, pero cuando tomemos un café quizás podamos remediarlo.

—Lo siento —negó Fernando—. Me temo que eso no va a ser posible. —Sin embargo, no volvió a agacharse para izar la persiana; se mantuvo en pie sin quitar la vista de su interlocutor.

—Parece tenso —dijo Marcelo mientras echaba un despreocupado vistazo a lo largo de la calle—. Relájese, estoy de su parte. Se podría decir que mi presencia aquí tiene relación con las muertes de dos compañeros suyos.

—No sé de qué demonios me está hablando —espetó Fernando mientras pasaba la vista con rapidez a ambos lados de la calle—. Será mejor que me deje en paz, o llamaré a la policía.

Marcelo volvió a sonreír con calma y mostró las palmas de las manos hacia arriba.

—Es la Guardia Civil quien me manda —dijo—. Llevan dos días tratando de ponerse en contacto con usted y con su compañero Juan Diego Alcalá, pero tienen la impresión de que ninguno de ustedes quiere hablar con ellos.

—No tenemos nada que hablar con nadie —afirmó él.

—No sea tonto —la sonrisa de Marcelo se borró como si nunca hubiese existido y una expresión de desdén ocupó su lugar—. Yo he tardado día y medio en localizarlo: no pensará que a alguien que va por ahí asesinando traumatólogos le va a costar mucho más.

Fernando Vergel, con los ojos muy abiertos fijos en Marcelo, abrió

la boca un par de veces y la volvió a cerrar sin emitir un sonido.

—¿Qué tal ese café? —volvió a proponer Marcelo—. Serán solo unos minutos y nos será útil a los dos.

El rato se prolongó más de lo planeado. Marcelo le explicó lo imprescindible, aunque él ya sabía lo de las dos muertes.

—Pensé que lo de Alejandro había sido un accidente, aunque me extrañaba la coincidencia.

—Por desgracia no es así —le aseguró Marcelo—. Por eso es importante que hablen con la policía: quizás algo que ustedes saben pueda ayudarles a atrapar al culpable, y en cualquier caso, ellos tienen medios para protegerlos.

Fernando Vergel pareció sumergirse en su taza de café. Marcelo pensó que debía estar preocupado. «Y con razón», se dijo.

—Está bien —cedió después de pensarlo un rato—. Hablaré con Juan Diego y…

—Sería mejor que lo hiciese ahora —sugirió Marcelo mientras le señalaba el móvil que había dejado sobre el mostrador.

Fernando lo cogió y marcó con gesto resignado mientras Marcelo se alejaba unos metros para dejarse unas cuantas monedas de euro en una tragaperras. Cuando vio a Fernando retirar el teléfono de la cara, regresó a la barra. Él lo recibió con un gesto afirmativo.

—El viernes a las cuatro de la tarde, en el motel Alcano —dijo—. ¿Lo conoce?

—Claro —respondió con media sonrisa. Un antiguo hotel reconvertido en lugar de citas clandestinas a unos minutos de la capital parecía el lugar perfecto—. Dos policías judiciales estarán allí a las cuatro en punto.

—¿Y usted?

Marcelo negó.

—En esta ocasión yo soy una simple… Celestina.

Martes, 26 de noviembre de 2019 • 14:00 h

Cuando comenzaron a buscar, un par de horas antes, en la base de datos, se encontraron con que Miguel Herrero, el que fue gerente del hospital de Guadix desde su apertura, había sido condenado a prisión en 2009 por el asunto de la violación de la correspondencia de los traumatólogos; le habían caído casi quince años y desde hacía poco más de medio año estaba en libertad condicional.

Anselmo localizó la dirección y decidieron que esa iba a ser su primera visita; diez años en la cárcel podía ser tiempo suficiente para rumiar una venganza.

—¿Cómo se puede ser tan parvo? —comentó Anselmo mientras Claudia conducía y él repasaba el expediente—. Mira —leyó en voz alta—: «Declara no conocer que sea delito abrir y registrar el correo dirigido a los trabajadores». Parece mentira.

—No parece lógico —convino ella—. Perdona, Anselmo, recuérdame las citas de esta semana.

Él sacó una cuartilla doblada del bolsillo de su camisa.

—Vamos a ver —dijo—. Mañana a las doce con Adela Lupión, la que fue preventivista en Guadix, y el viernes a las siete de la tarde, si nos lo confirman, con Piñero.

—¿Qué te parece Adela Lupión?

—La cesaron después de aquello —respondió él—. No sé, no me cuadra que decida vengarse a estas alturas. Pero hay gente muy rara.

—Hay gente muy rara —aceptó Claudia—. Aún así, parece demasiado tiempo. Ya veremos.

Poco rato después, les llegó una llamada de la secretaria confirmando la cita del viernes y Anselmo la subrayó en la cuartilla. Cuando se interrumpió la comunicación les entró otra llamada.

—Hola Marcelo —dijo Claudia—. Voy en coche con Anselmo, compañero de la Policía Judicial.

—¿Te llamo en otro momento? —preguntó discreto.

—Puedes hablar sin problemas.

—Vale —comenzó—, he localizado a uno de los traumatólogos que me dijiste, Fernando Vergel.

—¡Magnífico!

—Está asustado —dijo—. Me ha costado convencerlo y no las tengo todas conmigo, pero ha hablado con el otro y han consentido en reunirse con vosotros. El viernes a las cuatro de la tarde en el motel Alcano.

—Estupendo —dijo ella—. No sé cómo voy a pagarte esto.

—Ya lo pensaremos —comentó él y al momento se le escuchó una carcajada.

—¿Qué le has dicho? —se interesó ella.

—Que si yo he dado con él en veinticuatro horas, los que han abierto la veda de los traumatólogos no iban a tardar mucho más.

Una sonrisa apareció en la cara de Claudia cuando vio la expresión de Anselmo.

—Muy claro.

—De todas formas no estoy seguro de que no os den plantón.

—Gracias de todos modos. Hablamos —dijo ella antes de colgar.

Anselmo la miraba con cara sorprendida.

—¿Y este quién es?

—Un amigo —dijo ella—. Detective privado, de los buenos. Fue policía nacional.

Anselmo anotó la nueva cita y comentó que quizás la tarde del viernes iba a ser un poco apurada. Al final decidieron que irían los dos a la cita en el Alcano; si la conversación se prolongaba, ella se iría a entrevistar a Piñero y él se quedaría con los traumatólogos.

Media hora más tarde aparcaban el coche delante de una pequeña vivienda de una sola planta en una de las urbanizaciones cercanas a Torre del Mar, en la costa de Málaga. Llamaron a la puerta, pero nadie respondió y decidieron esperar. Eran casi las dos de la tarde cuando un hombre no muy alto, ligeramente entrado en carnes y con el pelo y la barba muy recortados, se acercó hacia la puerta con una bolsa de supermercado. Les lanzó un vistazo desconfiado cuando se despegaron del coche y avanzaron junto a él hacia la puerta.

—¿Querían algo? —preguntó sin mirarles, mientras hacía equilibrios con la bolsa para sacar las llaves.

—¿Miguel Herrero? —Claudia hizo la pregunta al tiempo que le mostraba su placa—. Policía Judicial.

Él levantó la vista y los observó con una rápida ojeada.

—Soy yo —dijo con los ojos entornados—. ¿Qué quieren?

—Hablar con usted —respondió Claudia—. ¿Le importa que pasemos?

Volvió a mirarla un instante y se encogió de hombros. Luego avanzó hacia dentro sin decir nada, pero sin hacer amago de cerrar la puerta. Ellos lo siguieron.

Herrero dejó la bolsa de la compra en la mesa de la cocina y volvió al salón al que se accedía directamente desde la calle. No se sentó ni los invitó a hacerlo, solo se quedó en pie, con las piernas un poco separadas y los brazos cruzados delante del pecho.

—¿Fue gerente en el hospital comarcal de Guadix hasta 2004?

Él asintió varias veces sin cambiar de postura.

—¿Conoció a Benito Carlos Montoya y a Alejandro Sierra? —continuó Claudia. La cara del exgerente cambió el gesto por un segundo, como cuando se siente una punzada en una antigua fractura,

pero se recompuso enseguida.

—Los conocía, sí.

—¿Cuándo los vio por última vez?

Herrero elevó un poco las cejas y pareció apretar los labios.

—¿En el juicio, quizás? —respondió y cambió su expresión por una sonrisa amarga—. Hará unos once o doce años.

—¿Y después de salir de prisión? —continuó Claudia.

—Nunca —afirmó—. Tampoco es que me apetezca encontrármelos —ironizó. Enseguida añadió con tono serio—. Miren, no sé nada de esos caballeros. Si solo han venido para eso, tengo el tiempo justo para almorzar y volver al trabajo.

—¿Qué hizo el 31 de octubre? —preguntó Anselmo.

—No lo sé —respondió sin interés—. ¿Qué hizo usted?

Anselmo mantuvo la mirada fija en él, pero el otro siguió a la espera sin inmutarse.

—Está en libertad condicional —dijo con tono amistoso—. Hemos venido hasta aquí para hacerle un favor —continuó—, pero si lo prefiere podemos citarlo en la comandancia.

Herrero lo miró con la expresión de un jugador de póker que trata de averiguar si su contrincante va de farol. Entonces intervino Claudia.

—Investigamos el homicidio de dos traumatólogos a los que usted abrió la correspondencia mientras era gerente de su hospital —dijo—. Dos traumatólogos que lo llevaron a juicio, motivo por el cual ha pasado diez años de su vida en prisión. Usted sale en libertad condicional y seis meses después son asesinados. ¿Cree que nos costaría mucho convencer al juez de vigilancia penitenciaria de que revise su caso?

El rostro del exgerente se suavizó un tanto y el gesto chulesco fue sustituido por una amargura que parecía grabada en cada pliegue de su cara, como si ese fuera su estado natural y cualquier otra expresión nada más que una pose.

—Más le vale recordar qué hizo el 31 de octubre —repitió Anselmo.

Miró al suelo durante un momento y luego volvió a mirarlo a él.

—Trabajé por la mañana —dijo—. Soy reponedor en un supermercado a unas cuantas calles de aquí. Mi horario es de siete y media a una y de cuatro y media a ocho. Esa tarde no trabajé porque libro los jueves.

—¿Qué hizo después de salir del trabajo?

—Vine a casa —dijo mientras intentaba recordar—. Creo que pasé la tarde leyendo y vi alguna peli en televisión.

—¿Estuvo solo?

—Sí.

—¿Y el primer fin de semana de noviembre?

Herrero volvió a fijar la vista en el suelo mientras se pasaba la mano derecha por la recortada barba.

—Recuerde que el viernes fue festivo —indicó Anselmo como ayuda.

—Ah ya —dijo—. El viernes fui a visitar a mi madre a Ronda. Regresé por la noche, tarde, quizás las once, y a la mañana siguiente volví al trabajo con el mismo horario. Ese día almorcé con un compañero cerca del súper y no volví a casa hasta las ocho de la tarde.

—¿Qué ocurrió en Guadix con los traumatólogos? —preguntó Claudia.

El exgerente la miró como si le hubiese pedido que le leyera la Biblia.

—Sería demasiado largo de contar…

—Entonces hágame un resumen —insistió ella con calma.

El hombre se rascó la frente mientras ordenaba sus ideas.

—Digamos que hubo un desajuste en las cifras de las infecciones quirúrgicas y ellos lo denunciaron —explicó, parecía elegir con cuidado las palabras—. La solución tardó algo más de lo que consideraban conveniente, se impacientaron y sacaron el problema a la calle; eso es algo que las autoridades sanitarias no podían permitir. Como gerente, me ordenaron poner fin a ese asunto —mientras hablaba dio la impresión de que sus ojos recuperaban algo de brillo— y yo utilicé los medios a mi alcance para presionarlos.

Claudia había leído por encima muchos de los documentos de Benito y pensó que aquella versión era una forma de pasar por alto muchas de las dudosas actuaciones del gerente, pero decidió dejarlo estar.

—¿Y abrir el correo era un medio a su alcance? —preguntó Anselmo—. Yo diría que se pegó un tiro en el pie.

El rictus amargo del exgerente regresó a su lugar.

—Errores de juventud —dijo mientras se frotaba las manos, como si quisiera restarle importancia.

Claudia miró el reloj. Era hora de comer y el señor Herrero, aunque con cierta reticencia, había colaborado con ellos; tampoco era cuestión de hacerle llegar con retraso a su trabajo.

—Muchas gracias por su tiempo —le dijo con voz agradable—. Si necesitamos volver a hablar con usted, le avisaremos.

—Vuelvan cuando quieran —el tono llevaba un toque de sarcasmo, y se quedó en pie en el vano de la puerta, contemplándolos. Claudia subió al asiento del acompañante y cuando Anselmo hizo un giro en redondo, quedó del lado de la casa y lo saludó con la mano fuera de la ventanilla. El exgerente no apartó la mirada, pero no respondió.

—¿Lo crees posible? —preguntó Anselmo, con el coche detenido en

una señal de «Stop».

—Creo que este hombre está acabado —respondió ella—. Si se confirma la coartada del fin de semana, parece imposible que tenga nada que ver con la muerte de Benito Montoya, aunque yo aún no lo borraría de la lista.

—¿Y si no es un único asesino? —sugirió él—. Le he estado dando vueltas: imagina que él se encargó de Alejandro y la que vamos a entrevistar mañana se encargó de Benito. A ella también la cesaron por culpa de ellos, ¿no?

No es que fuera imposible. En cualquier caso, prefería esperar a entrevistarla antes de lanzarse a especular.

Miércoles, 27 de noviembre de 2019 • 12:00 h

Tras regresar de Málaga, Claudia y Anselmo pasaron la tarde y parte de la noche en comandancia. Los documentos que les había llevado la viuda de Montoya parecían la crónica de una historia interminable; una sucesión de ataques y contraataques entre la Administración y los cinco traumatólogos que, lejos de echarse atrás, plantaron cara de un modo que, en ocasiones, parecía desesperado.

Pasada la medianoche, cuando la capacidad de concentración empezó a ceder terreno a los bostezos, decidieron dejarlo hasta el día siguiente. Aprovecharían la primera mitad de la mañana y después irían a visitar a Adela Lupión, antigua preventivista del hospital de Guadix, y ahora inspectora de trabajo de la Junta de Andalucía.

A las ocho en punto retomaron la tarea, comentándose de cuando en cuando lo que encontraban en los papeles, hasta que a las once y media Claudia propuso parar, descansar un rato y acercarse hasta la Inspección de Trabajo dando un paseo. Su compañero estuvo de acuerdo.

—A ver si lo entiendo —comentó Anselmo mientras esperaban que un semáforo se pusiera en verde—. El hospital tiene una tasa de infecciones en pacientes operados que cuadruplica lo permitido. La preventivista no da la voz de alarma y en su lugar lo hacen los traumatólogos —Claudia asentía—. Nadie les hace caso, ellos insisten; se reúnen con el gerente que les asegura que va a tomar cartas en el asunto, pero todo sigue igual y ellos deciden entregar un escrito pasado por registro en gerencia para denunciar el problema.

—Vas bien —intervino Claudia.

—Y a partir de ahí comienza el acoso desde la gerencia a los traumatólogos… —Se rascó la cabeza mientras seguía a Claudia por el filo de la acera—. Pues no lo entiendo.

—Acuérdate de lo que dijo el gerente —respondió ella—. Se salieron de los cauces permitidos. Así funciona la Administración, aunque resulte paradójico. Las palabras no demuestran nada, pero un documento pasado por registro es un arma que se puede llevar a cualquier medio y a partir de ese instante ningún responsable puede negar tener conocimiento de lo que ocurría.

—Así que intentaron hacerlos callar por las malas.

—Eso parece, pero no calcularon bien su respuesta —dijo ella—. En lugar de agachar la cabeza, se crecieron y les hicieron frente. ¿Has visto los recortes de la rueda de prensa? —Sonrió al recordarlos—. Los amenazan con despedir a uno de ellos, y en lugar de callarse y meter el rabo entre las piernas convocan una rueda de prensa y lo cuentan todo. —Meneó la cabeza de lado a lado—. No, no es frecuente que la

gente se comporte así.

Llegaron al edificio de la inspección con cinco minutos de adelanto, pero la inspectora, una mujer de pelo rojizo con el mismo aspecto de alguien que acabase de volver de un día de playa en agosto sin haber pasado por la ducha, ya los esperaba en el hall. Los acompañó hasta su despacho y les ofreció café de una cafetera de filtro que tenía en una mesita junto a la impresora. Claudia aceptó el vaso de papel con un café muy aguado y se sentó junto a Anselmo; se arrepintió nada más dar el primer sorbo.

—Ustedes dirán.

—Estamos investigando la muerte de dos traumatólogos —Claudia recitó los nombres—. Tenemos razones para creer que los conocía.

La inspectora permaneció con la vista fija en ella, como si aún le quedara algo por preguntar, y tras ese instante contestó:

—Los conocí hace mucho tiempo.

—Usted trabajaba por aquel entonces en Guadix —siguió Claudia —. ¿Cuál era su cometido en el hospital?

—Jefa del servicio de Medicina Preventiva.

—¿Eso incluye el control de las infecciones en el hospital?

—Sí.

—Incluidas las infecciones en pacientes operados, supongo.

De nuevo tardó un momento en responder.

—Sí.

—¿Recuerda hasta qué nivel llegaron las infecciones en pacientes operados en el año 2000?

Otra pausa.

—No.

Claudia rebuscó entre sus notas.

—¿Le suena una tasa de infecciones en enfermos operados de prótesis de cadera y rodilla por encima del diez por ciento?

—No —respondió—, pero si usted lo dice.

—Supongamos que la cifra fue del once por ciento —planteó Claudia—. ¿Cuál sería la misión de la jefa del servicio de preventiva en esa situación?

Otra vez estuvo callada sin más antes de responder.

—Suspender la actividad de los quirófanos e iniciar un estudio para encontrar la causa del problema.

—Pero no lo hizo.

—Yo no he dicho que la tasa de infecciones llegara a ese nivel.

—Entonces se lo diré yo —dijo Claudia con voz algo enojada, mientras sacaba uno de los documentos de la carpeta—: once coma dos por ciento en febrero de ese año. —Le mostró el papel—. Esto de aquí abajo es su nombre y su firma, ¿no?

La inspectora tomó el folio, se tomó su tiempo para examinarlo y se

lo devolvió con un leve asentimiento de cabeza y un encogimiento de hombros.

—Se diría que usted no hizo su trabajo como se esperaba —afirmó Claudia, que empezaba a luchar contra una creciente animadversión hacia aquella mujer— y que fueron unos traumatólogos, entre ellos los dos fallecidos, los que tuvieron que llamar la atención sobre el problema. No es para sentirse orgullosa.

Adela Lupión le mantuvo la mirada sin inmutarse y Claudia pensó que conversar con esa mujer era como insultar a una alpargata y esperar alguna muestra de emoción. Anselmo intervino.

—¿Fue ese el motivo de su cese? —preguntó. Con un movimiento aceitoso, Adela apartó los ojos de Claudia y los posó en él.

—Supongo que sí.

—¿Por qué no lo comunicó a la dirección?

—Lo hice. En varias ocasiones —dijo ella.

—¿Y?

—Parecía que el problema podía estar en una instalación defectuosa del sistema de climatización del bloque quirúrgico —explicó—. Se trataba de un hospital nuevo, dotado con lo más innovador en su nivel. La Junta lo había vendido como un gran triunfo y si algo así salía a la luz, la oposición se les iba a tirar al cuello.

—¿Ha dicho que «parecía»? —preguntó incrédulo Anselmo—. ¿No llegaron a investigarlo?

—Se planteó una revisión a fondo. Desde dirección se quería llevar todo con la máxima cautela —dijo—, pero los traumatólogos se entrometieron y el asunto se nos fue de las manos.

—Murió gente por ese motivo —afirmó Claudia en voz pausada—. ¿No les importaba que esa cautela provocara más muertes?

La inspectora volvió a encogerse de hombros con cara inexpresiva.

—Está claro que no —tradujo Claudia.

—Los traumatólogos fueron demasiado impetuosos —respondió—. Cuando el asunto saltó a la prensa y el colegio de médicos se puso de su lado por un tema de acoso laboral, en la consejería se activó la operación «sálvese quien pueda». Mis informes a gerencia habían sido siempre verbales, en reuniones o en consejos de dirección; toda la directiva estaba al tanto de lo que pasaba, pero la responsable de las infecciones era yo y ahí colocaron el cortafuegos.

—¿La cesaron para salvarse ellos?

—Nadie me cesó —negó ella—. El gerente me obligó a dimitir y me recomendó estar calladita. Pero eso no fue suficiente para calmar a las fieras y poco después él mismo tuvo que seguir mis pasos.

—Parece que él llegó un poco más lejos —sugirió Anselmo.

—Miguel Herrero era un hombre arrogante, un chulo de barrio —

dijo ella—. Era un buen gerente, pero no aguantaba que nadie le llevase la contraria. El gallo del corral. Los traumatólogos se le enfrentaron y cegado por su orgullo se pasó de la raya. Era como un emperador de la antigua Roma: todo tenía que ser a su manera. Claudia se levantó y se acercó a la única ventana de aquel cuarto, que daba a un estrecho patio. Al estar en el primer piso, su finalidad debía ser más de ventilación que como fuente de luz natural. Se giró y contempló el despacho: reducido, lleno de montañas de expedientes que acumulaban polvo de meses; la cafetera de aguachirle, un ordenador del siglo pasado y un ventilador en lo alto de una estantería en espera de la llegada del verano.

—¿Le gusta su trabajo? —preguntó mientras pasaba el dedo sobre uno de los expedientes y lo miraba con expresión de disgusto.

—No creo que sea su problema —respondió con cierta tirantez después de mantenerle la mirada un par de segundos. Claudia decidió seguir por ahí.

—Un puesto de jefa de servicio en un hospital —dijo con voz soñadora—, relacionarse con gente interesante, un buen sueldo… y terminar aquí. —Hizo un gesto con la cabeza como si quisiera abarcar el inhóspito cubículo y terminó mirándola a la cara con algo de insolencia—. ¿Cuánto gana? Si no es mucho preguntar.

La inspectora no respondió, se limitó a mirarla fijamente mientras su cara tomaba un ligero tinte encarnado.

—Menuda caída —afirmó—.Y todo por culpa de unos traumatólogos entrometidos.

—Es suficiente —la interrumpió sin entonación, con las manos apoyadas sobre la mesa—. No tengo por qué aguantar su sarcasmo. Si piensa seguir con esto, la entrevista ha terminado.

Claudia relajó la mueca de desprecio y la transformó en una expresión simpática.

—En realidad lo único que me interesaba saber era hasta qué punto podía guardar rencor a los causantes de su despeño profesional; creo que ya me ha respondido.

—¿Me acusa de la muerte de esos hombres?

—Por ahora, no —respondió Claudia—. Si eso llega a suceder, antes de empezar la entrevista le leeremos sus derechos.

—Tengo trabajo —dijo ella después de una pausa.

—¿Sabe una cosa? —preguntó Claudia con voz cargada de inocencia—. Creo que si usted hubiese hecho bien su trabajo, quizás ahora estaría en el mismo sitio, pero con la conciencia tranquila. No debe ser fácil cargar con todas esas muertes por infecciones.

—Será mejor que salgan de mi despacho —insistió con una voz un tono más aguda.

—Muy agradecida por su tiempo —respondió Claudia con

amabilidad.

Anselmo y ella bajaron por la escalera y salieron a la calle.

—¡Qué asco! —comentó mientras caminaban a buen paso.

—Asco, sí —convino Claudia—. Esa es la palabra.

—¿Crees que tenga algo que ver en los asesinatos?

—Para nada —afirmó Claudia muy segura—. Lleva demasiado tiempo siendo la voz de su patrón. Apuesto a que a esta hay que darle el guion escrito cada día o es capaz de pasarse la mañana cruzada de brazos en ese cuchitril.

—Es deprimente.

—¿El cuchitril?

—¡No, ella! —dijo Anselmo—. Es como un botellín de cerveza en un caseta de feria: templada, insípida, sin fuerza; el cuchitril es solo su reflejo.

Miércoles, 27 de noviembre de 2019 • 20:00 h

Al final de la tarde, Ernesto, Lucía y Marcelo tuvieron una breve conferencia a tres. El seguimiento a Penélope continuaba, aunque por el momento la joven solo había salido de casa para las compras imprescindibles. Marcelo les comentó que estaba ideando algo para lograr que la chica, el psiquiatra, o los dos, soltaran la lengua; en cuanto tuviese alguna noticia sobre eso les avisaría de inmediato. Y en lo referente a la reclamación de la viuda de Montoya, parecía que los ánimos se habían tranquilizado bastante después de la visita de un desconocido detective contratado por una inexistente aseguradora.

—Cascales también está más callado en las redes —comentó Lucía.

—De ese me fío menos —rebatió Marcelo—. Ese hombre parece moverse por impulsos. Necesitamos destapar la relación con Penélope, si es que es ella la infiltrada, y que quede todo claro delante de la opinión pública.

Cuando finalizaron la conferencia, Ernesto se arrellanó en uno de los sillones del salón. Deseaba con todas sus fuerzas que aquella historia terminara cuanto antes; «Lucía no se merece pasar por algo así. Ni yo tampoco».

Se escuchó la llave en la puerta principal. Claudia entró en la habitación y se quedó en pie en la entrada, con la vista fija en él.

—Hola —dijo Ernesto—. ¿Quieres sentarte un momento?

Ella se acercó y se sentó en el sofá, en ángulo recto con el sillón de Ernesto. Él se enderezó.

—Me cuesta entender qué nos está pasando —dijo—. No sé qué parte del problema tiene que ver con los sucesos de estos días y qué parte depende de algo que va mal entre nosotros.

Ella negaba lentamente con la cabeza mientras lo escuchaba.

—No lo sé —respondió—. Lo que sí sé es que no quiero estar así.

—Yo tampoco —coincidió Ernesto—. La cuestión es si queremos encontrar una solución al problema como pareja o cada cual por su lado.

Claudia lo miró unos instantes y luego bajó la vista hasta la alfombra y se dejó llevar por el dibujo repetido que adornaba el borde.

—Me gusta mi trabajo —dijo e hizo un ruido extraño al tragar saliva—. Es mi vida.

—Lo sé.

Ella alzó la vista bruscamente.

—No tengo claro que lo sepas —dijo con rapidez—. O que lo aceptes.

Ernesto alzó las cejas.

—Lo digo en serio —insistió—. Lo sabes —se señaló la cabeza—, pero no lo aceptas. —Se señaló las tripas—. Siento mucho que estuvieses en ese taller y haber tenido que incluirte en la lista de sospechosos; te dije que eso no significaba que en algún momento se me hubiese pasado por la cabeza que tú fueras el asesino de Benito, como tampoco se me pasó que lo fuese Lucía, pero los dos teníais que estar en esa lista.

—Ya me disculpé por eso —intervino él.

—¿Y por qué no sentí tu disculpa? —dijo ella con emoción—. Te disculpaste, sí, y luego vino el «pero»: yo tenía que haberte avisado antes.

Ernesto fue a decir algo, pero ella se adelantó.

—¿Y sabes por qué no te lo dije antes? —preguntó—. Porque es algo obvio. Me sentí como si ahora te enfadases conmigo porque no te he dicho que la luz está encendida o que es de noche. —Hizo una pausa con la mirada fija en él—. Por eso es por lo que digo que no lo aceptas. Yo puedo ser policía y escribir tu nombre en una lista de posibles sin que eso interfiera con ser tu pareja, con mi confianza en ti; pero tú no aceptas ambas cosas: si soy la policía que quiero ser, me acusas de que no me comporto como tu pareja.

Ernesto permaneció un rato en silencio y terminó por asentir un par de veces con la cabeza mientras Claudia lo contemplaba.

—Me siento muy confuso —acertó a decir—. Igual llevas razón, igual mi disculpa fue un fiasco.

—No hace falta que me digas nada en este momento —dijo ella.

—Lo que noto es que nos hemos alejado —dijo más seguro—. No puedo evitar pensar en las palabras de aquel abogado en el colegio de médicos, y mi sensación es que tu trabajo bien hecho puede poner en peligro al mío y al de otra persona.

Claudia meneó la cabeza con tristeza.

—Y llevas razón en algo más —reconoció Ernesto—. Daba igual cuándo me lo hubieses dicho; el problema no fue enterarme por otros. Fue enterarme.

Pasaron un rato largo sentados cada uno en su sillón. Ernesto pensó que no habían resuelto nada, pero habían empezado a poner nombre al problema. Y el diagnóstico es siempre el primer paso hacia la solución, sea cual sea.

Viernes, 29 de noviembre de 2019 • 16:00 h

Anselmo y Claudia aparcaron los coches en el aparcamiento del motel.

—A ver si aparecen —comentó él. Dio unos pasos rápidos para alcanzar a Claudia y llegaron juntos a la escalera de la entrada.

Se acercaron al mostrador de recepción; un hombre calvo y gordo obsequió a Claudia con una mirada babosa por encima de sus gafas de presbicia. Parecía sorprendido por la novedad.

—¿Una habitación? —dijo con indolencia—. Hay dos suites en oferta esta semana. Si quieren utilizar el jacuzzi hay que abonar un extra de quince euros.

Claudia mantuvo la mirada en un expositor de cintas casete que parecía una reliquia.

—En realidad hemos quedado con dos hombres —dijo sin mirarlo.

El encargado la contempló con una sonrisa lasciva hasta que ella se giró hacia él y le mostró la placa. El hombre bajó de inmediato la cabeza hacia el libro de registro y simuló buscar.

—No pierda el tiempo —dijo vuelta de nuevo hacia el expositor giratorio—; dudo que en ese libro hayan apuntado un solo nombre desde los años ochenta. Buscamos a dos hombres que habrán llegado hace menos de media hora y habrán pedido una habitación sin hidromasaje. Solo hay tres coches y una moto en el aparcamiento; no debe ser muy difícil.

Descolgó el auricular del teléfono e hizo una breve llamada.

—Habitación 108 —respondió—. El pasillo de la derecha.

Anselmo golpeó dos veces con los nudillos y la puerta no tardó en abrirse. Un hombre moreno, delgado y con facciones angulosas y agradables mantuvo la puerta abierta. Llevaba una camisa blanca y una corbata oscura, y a Claudia le recordó vagamente a un piloto de aerolínea. Dentro de la habitación, su compañero, con el pelo totalmente blanco, se levantó de una pequeña butaca al verlos llegar; le pareció que cojeaba levemente de la pierna derecha y sin embargo, se le veía en buena forma.

Los recién llegados mostraron sus credenciales y se presentaron.

—Fernando Vergel y Juan Diego Alcalá —leyó Claudia al par que señalaba primero al moreno y luego al canoso—. Supongo que están al tanto de lo ocurrido con sus compañeros. —Los dos asintieron en silencio—. Bien, nuestro objetivo es encontrar algo que relacione ambas muertes y tratar de determinar si ustedes corren algún riesgo.

—Personalmente me interesa más la segunda parte —dijo el del pelo blanco con retintín. Ella lo miró comprensiva.

—Ustedes dos y los fallecidos fueron compañeros en Guadix desde

1997, ¿es correcto? —preguntó Anselmo.

—Yo llegué en el noventa y ocho —aclaró Fernando Vergel—. Ellos tres ya estaban allí.

—La viuda del doctor Montoya nos ha facilitado gran cantidad de documentos que estamos revisando —dijo—. Si el móvil de los asesinatos fuese la venganza, hemos encontrado a tres posibles candidatos en toda esa documentación —Anselmo leyó los nombres del gerente, la jefa de preventiva y el jefe de anestesia; los interpelados se miraron fugazmente y asintieron.

—¿Se les ocurre alguien más? —preguntó Claudia.

Fernando lanzó una fugaz mirada a su compañero.

—Benito nos llamó hace unas semanas —dijo—. No sé si esto pueda tener relación —explicó—, un hombre, un desconocido, se puso en contacto con él y le habló de lo ocurrido en Guadix. Benito quería que nos viésemos y quedamos los cuatro el viernes antes del puente, pero Alejandro no apareció.

«No podía aparecer», se dijo Claudia, «había muerto el día anterior».

—¿Cuándo ocurrió el encuentro de Benito y el desconocido? —preguntó Claudia intrigada.

—Me suena que fue a finales de octubre —miró a su compañero y este hizo un gesto afirmativo.

—¿Les dijo algo de ese hombre? ¿Un nombre, algún detalle?

—No —Fernando parecía concentrarse en recordar.

—Que estaba borracho —apuntó Juan Diego—. O que parecía un borracho, no estoy seguro. Parecía saber muchas cosas de Guadix —confirmó—. Quizás fuese el familiar de algún paciente de entonces.

—¿Y qué le dijo? —preguntó—. ¿De qué habló con Montoya?

—Le interesaba conocer los motivos por los que nos habíamos enfrentado a la dirección e insinuó algo referente a lo oportuno de la muerte de Federico, nuestro compañero —explicó Fernando—. Fue un encuentro breve; le dijo que se volvería a poner en contacto con él, pero supongo que eso ya no será posible.

—Es evidente que no se ha puesto en contacto con ninguno de ustedes.

Ellos negaron.

—Si recuerdan cualquier otro detalle que pudiera ser interesante —dijo ella—. Desde luego es demasiado casual y puede ser importante; no podemos pasarlo por alto.

—¿De verdad tiene sentido? —preguntó Juan Diego con gesto escéptico—. Han pasado más de diez años de aquello. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no hace cinco años? ¿O dentro de tres?

Claudia pensó que la reacción de aquel hombre parecía muy acertada.

—Solo hay una causa para plantearse esto ahora —explicó—: el gerente salió en libertad condicional hace seis meses.

Juan Diego mantuvo la misma expresión de incredulidad.

—Ese hombre es un chulo —dijo—, no un idiota.

—Les abría las cartas y les estampaba el sello de registro de entrada en el interior por si quedaba alguna duda —intervino Anselmo—. ¿No le parece de parvos?

Juan Diego sonreía y negaba con la cabeza.

—Se creían intocables —insistió—, ese fue su error de cálculo, pero le aseguro que no era tonto.

—Escuchen —Claudia interrumpió la conversación—, llevamos dos días intentando descifrar los documentos que nos entregó la mujer de Montoya. Creo que nos hemos hecho una idea aproximada de lo que ocurrió en Guadix, pero quizás ustedes nos puedan aportar una visión de conjunto más completa. Es posible que ahí dentro se encuentre la clave de estos asesinatos.

Juan Diego y Fernando se miraron unos instantes; el primero hizo un gesto con la cabeza y fue Fernando el que comenzó a hablar.

—Como les he dicho, yo fui el último en llegar al servicio de traumatología de Guadix. Eran cuatro más el jefe —dijo—. El hospital había abierto dos años antes y me sedujo el ambiente; era un servicio joven y con ganas de trabajar bien: muy exigentes, bien formados. Parecía un sueño.

Guadix 1996-2009

El hospital comarcal de Guadix, inaugurado en enero de 1996, formaba parte de la última apuesta de la Consejería de Salud por terminar con los vicios establecidos tras demasiados años de andadura en el actual servicio público de salud. La idea parecía buena sobre el papel: disminuir la burocracia, aumentar la independencia de cada centro y gestionar los recursos humanos de un modo más ágil y con unos incentivos mejor planificados. Pero la política y los gestores seguían siendo los mismos: de la antigua escuela, convencidos de que los trabajadores eran unos vagos que solo respondían ante la amenaza de un castigo y con un terror innato a confiar en ellos, de manera que todas esas buenas ideas no tardaron en pervertirse. En solo un par de años, consiguieron tener a un personal descontento, con la sensación de trabajar explotados y bajo presión a cambio de un sueldo bajo y la promesa nunca cumplida de unos incentivos arbitrarios, desmesurados e inalcanzables.

El intento por disminuir el agujero negro del gasto sanitario no solo afectaba al personal sino también al equipamiento. Todo era perfecto en la fachada, pero en cuanto se rascaba un poco empezaban a aparecer las carencias; algunas más evidentes, otras más ocultas y quizás por eso, más peligrosas. El único objetivo parecía ser sacar más trabajo adelante a un coste mucho menor, y la calidad del resultado quedaba en segundo plano: era un mundo de apariencias y cifras maquilladas; porque políticamente aquel proyecto tenía que parecer un éxito aunque no lo fuera.

A principios del año 2000, a raíz de la muerte de una paciente joven y sana por una serie de complicaciones ocurridas tras una intervención simple, en el servicio de traumatología se abrió paso la sensación de que el número de infecciones en los pacientes operados era inusitadamente elevado y decidieron hacer una consulta al servicio de preventiva a través de su jefe. La respuesta tardó casi dos meses y fue bastante peor de lo que esperaban: la tasa de infecciones en intervenciones de prótesis de cadera y rodilla, las de mayor riesgo que se realizaban en ese hospital, pasaba del once por ciento, muy por encima del dos por ciento establecido como límite aceptable. A petición del servicio de traumatología se convocó una reunión con la dirección y la jefa de preventiva, mas el resultado, a ojos de los traumatólogos, fue muy poco satisfactorio: el gerente estuvo de acuerdo en iniciar una auditoría interna para encontrar la causa del desajuste, pero se negó a la petición de suspender las cirugías protésicas hasta tener solucionado el problema con el argumento de que algo así iba a crear una alarma social injustificada. Con unas

posturas tan encontradas, la reunión terminó mal y los traumatólogos salieron indignados.

Dos meses después, la situación seguía siendo la misma y lo que resultaba más descorazonador era que, ni desde dirección, ni desde el servicio de preventiva, parecía que se estuviese llevando a cabo ningún análisis serio del problema. Tras mucho insistir, se convocó una segunda reunión que terminó incluso peor que la primera, cuando les comunicaron que la auditoría interna se limitaba a tomar cultivos dentro de los quirófanos y no suspender ninguna intervención fuese cual fuese el resultado.

Así las cosas, mientras investigaban por Internet para encontrar argumentos en los que apoyar sus peticiones, dieron con una empresa dedicada al control de las condiciones ambientales en las instalaciones sanitarias y se pusieron en contacto con ellos. Se inició un fructífero intercambio de correos electrónicos que les permitió ponerse al día en lo tocante a normativas y requisitos de cada tipo de quirófano o sala de un hospital, y cuando compararon la norma con las condiciones de sus quirófanos lo que parecía una situación de alerta se convirtió en una auténtica emergencia. Tal como les señaló la presidenta de la empresa, aquello no tenía ni pies ni cabeza: era como si alguien hubiese decidido hacerlo todo mal a propósito. Aún así, la tasa de infecciones graves tratándose de un hospital tan nuevo era demasiado elevada. «Tienen ustedes que encontrar algo más, algo que esté dando lugar no solo a un aumento de la incidencia, sino a un aumento de la mortalidad».

En un fin de semana elaboraron un informe en el que se recogían las deficiencias estructurales y la ausencia de cumplimiento, si es que existían, de unas mínimas normas de actuación preventiva en el área quirúrgica. Y como suele ocurrir cuando se empieza a luchar contra las cucarachas, al escarbar descubrieron además ratas y hasta mapaches. A la laxitud de las normas referentes a la prevención de las infecciones, promovida sobre todo por el jefe del servicio de anestesia en aras de un mejor aprovechamiento de las jornadas de quirófano —las cucarachas—, se sumó el descubrimiento de actuaciones de elevado riesgo por parte del mismo profesional, como la orden de que la limpieza de quirófano entre intervención e intervención fuese muy rápida —las ratas—, o la apertura simultánea de varios quirófanos para intervenciones con anestesia general supervisadas por un único anestesista —los mapaches.

El demoledor informe fue entregado por escrito y con sello de registro de entrada, dirigido a dirección, al servicio de anestesia y al servicio de preventiva. Se podría decir que hasta ese momento ambos bandos —de un lado los cinco traumatólogos; del otro, la jefa de preventiva, el jefe de anestesia y el gerente— se encontraban inmersos

en una guerra fría; pero en el momento en que los traumatólogos tuvieron en su poder la copia del informe con el sello que indicaba que los destinatarios tenían pleno conocimiento del problema, la temperatura comenzó a subir. Por continuar con el símil, el bando de los traumatólogos acababa de fletar un submarino cargado con una cabeza nuclear montada en un misil de largo alcance. De hecho, si esa copia sellada salía a la luz, no solo dejaría en franca evidencia a los tres destinatarios, sino que, como efecto colateral, destaparía las vergüenzas de una Administración que se vanagloriaba de un hospital bien dotado a sabiendas de que el material era de tercera y la instalación, de cuarta. Una confrontación local en un país perdido amenazaba con convertirse en una conflagración global.

Tras un gabinete de crisis, las autoridades pasaron a DEFCON 2 y planificaron el contraataque. La consejería actuó como lo haría una de las dos potencias: oficialmente nadie en Sevilla sabía nada de esta historia, de modo que su apoyo sería logístico y discreto; la dirección del hospital tomaría el mando públicamente y los jefes de servicio serían los encargados de minar el apoyo que el enemigo pudiese tener dentro del hospital. El objetivo de todo aquello era amedrentarlos, aislarlos y socavar su confianza. Para ello, la dirección comenzó una campaña de acoso contra los traumatólogos, con la doble intención de servir de escarmiento hacia los cinco rebeldes y de aviso a navegantes para cualquiera que desde dentro del hospital tuviese la intención de apoyarlos. Las prolongaciones de jornada en quirófano sin motivo justificado, el número creciente de pacientes citados en las consultas o el cobro de un cero por ciento de incentivos sin causa que lo justificara fueron solo algunos ejemplos.

En teoría, ante semejante demostración de poder, los rebeldes no debían tardar en deponer su actitud y entregar aquella copia, que era lo que se les insinuaba cada vez que pedían explicaciones por esos ataques. El gerente transmitía a Sevilla que era cuestión de tiempo que las aguas volvieran a su cauce y pudieran desconectar las alarmas, pero lejos de esto, la respuesta rebelde llegó cuando el Colegio Oficial de Médicos presentó una denuncia ante la fiscalía por la presunción de diversos delitos contra la salud pública y la integridad de los pacientes.

El revuelo estaba servido. ¿Qué había ocurrido?

Como en toda guerra fría, el bando de los rebeldes, al verse acosado, podía elegir entre rendirse o apretar el botón rojo y, con toda probabilidad, morir matando; en ambos casos, su final era la destrucción. Sin embargo fueron capaces de encontrar un camino intermedio: aguantar la presión en las trincheras y conseguir apoyo de otra potencia, en este caso el colegio de médicos.

Tras pedir amparo, fueron recibidos por el letrado del colegio y

luego por toda la junta directiva que, después de escucharlos durante algunas horas y revisar los documentos que probaban sus denuncias, por unanimidad decidió apoyarlos.

Se inició un episodio digno de una caza de brujas. Era tal el miedo de muchos trabajadores a hablar a favor de los rebeldes que la investigación llevada a cabo por el abogado hubo de hacerse en el más absoluto secreto: decenas de personas testificaron ante él de forma anónima y solamente una dio el consentimiento para que su nombre apareciese en la declaración. El letrado, hombre con años de experiencia a sus espaldas, comentaría tiempo después: «Lo que más me impactó de aquellas declaraciones no fueron las actuaciones de mala fe, el acoso, o las barbaridades médicas que todos los testigos confirmaron; lo más impactante era ver a profesionales hechos y derechos con un miedo atroz a que alguien en el hospital pudiera enterarse de que habían acudido a declarar. Ni me imagino cuál debió ser el ambiente en ese hospital durante aquellos meses».

Ni que decir tiene que al éxito de la operación colegio de médicos contribuyó en gran medida el exceso de confianza de las fuerzas imperiales. La noticia había saltado a la prensa muy matizada: se sabía que existía una petición de investigación del colegio de médicos a la fiscalía, pero no se conocían exactamente los términos ni los presuntos delitos; los dedos temblaban a escasos centímetros de los botones rojos, pero por el momento se mantenía la paz. Pese a todo, el imperio no podía rendirse ante un grupo de cinco rebeldes. ¿Cómo iban a dar esa imagen de debilidad al resto de profesionales? Imposible, había que aumentar la presión y de las armas convencionales pasaron a la guerra química. Por una parte, el gerente empezó a abrir la correspondencia que los traumatólogos recibían en el hospital; por otro lado, se decidió que era necesario encontrar un motivo poderoso que sirviera para expedientar y sancionar con un despido a alguno de los cinco. Las mejores cabezas del contraespionaje imperial se pusieron a la tarea y en unas semanas consiguieron organizar un batiburrillo de acusaciones que dieron lugar al expediente de despido de Alejandro Sierra.

Su verdadera intención, más que despedir a nadie, era asustar al resto con esa posibilidad, de ahí que le hicieran llegar el expediente de sanción por correo certificado. Sin embargo, el doctor Sierra fue lo bastante hábil para leer el principio y devolvérselo al mensajero sin firmar el pertinente recibí, de tal manera que se enteró, aunque sin darse por enterado de manera oficial, lo que le proporcionó unas horas vitales para darse de baja por estrés laboral y frenar la sanción.

Daba igual, debieron pensar las autoridades imperiales, con esto deben estar demasiado asustados como para seguir adelante. Son solo cinco, uno de ellos ahora en dique seco, para sacar adelante el trabajo

diario y además hacer frente a las calumnias contra Alejandro Sierra y mantener el pulso de una guerra fría cada vez más templada. De hecho, uno de los traumatólogos se quebró bajo tanta presión y tras sufrir varios ataques de pánico tuvo que ser ingresado en la unidad de salud mental de la capital, donde apareció muerto una mañana; se dictaminó que la causa había sido una parada respiratoria motivada por la mezcla de las benzodiazepinas con la apnea del sueño que padecía. La situación parecía ponerse de cara para el imperio, pero la respuesta del otro bando no tardó en llegar: los rebeldes decidieron dar un paso más y sacarlo todo a la luz pública.

A pesar del control que la Administración ejercía sobre algunos medios de comunicación, consiguieron hacer mucho ruido y ganarse la simpatía del público con notas, ruedas de prensa y, sobre todo, con algunas entrevistas en televisión. Desde siempre, los débiles que se enfrentan al poder suelen contar con la simpatía de los que pueden imaginarse a sí mismos sin esfuerzo en su misma posición, pero nunca en la del poderoso, y esos suelen ser mayoría. El arrojo que mostraron no solo dio sus frutos de cara a la opinión pública. Hubo otro efecto dentro del propio hospital que a la larga demostró ser aún más importante: algunos de sus compañeros se atrevieron a sacudirse el miedo y comenzaron a escucharse voces a su favor que desde ese momento solo irían a más. Tal como afirmó una compañera que se convertiría en pieza fundamental en los meses siguientes, «Lo que hicieron los traumatólogos me recordó a la escena en la que los cuatro mosqueteros desenvainan sus espadas y cargan desde el fondo de un pasillo contra un escuadrón de soldados que los esperan con las mechas de los mosquetes encendidas».

El alto mando del imperio ya no podía escudarse en el desconocimiento. Todo el mundo estaba al tanto de las situaciones de riesgo injustificado que podían correr los pacientes en ese hospital y la alarma cundía entre la población. En política, solo existe una forma de apaciguar los miedos del populacho: presentar a un culpable, cortarle la cabeza y prometer soluciones. Claro está que, en este caso, un cese equivalía a darles la razón a los rebeldes, una rendición sin condiciones, algo que el poder jamás se podía permitir. Por eso crearon una fórmula nueva que consistió en convocar a la prensa, presentar a la jefa de preventiva como una profesional abnegada que había detectado el problema de las infecciones y había tratado de encontrar una solución sin crear alarma social —algo que los traumatólogos, en su afán de notoriedad personal o por oscuros intereses, no se habían preocupado de respetar— y presentar un plan tan ambicioso como sembrado de una algarabía de términos científicos que a la postre no significaban nada.

Durante algunos días se hizo el silencio en la ciudad y ya, con las

aguas más tranquilas, la jefa de preventiva presentaba discretamente su dimisión por motivos personales, lo cual no dejaba de ser verdad en sentido laxo, ya que el mensaje que le llegó desde las altas esferas fue algo así como: «Tú dimite que nosotros te buscaremos algo». Y en efecto, de casualidad le buscaron un sobre con las preguntas y respuestas de las siguientes oposiciones a la inspección de trabajo.

Se abrió entonces un periodo de alto el fuego. Los embajadores del imperio pedían la vuelta a la paz y los rebeldes ponían como condición la cabeza del gerente y del jefe de anestesia, y el archivo del expediente a su compañero. Las posturas eran irreconciliables, las conversaciones de paz no llegaron a buen puerto y la guerra pasó a una nueva fase: las batallas judiciales.

Por un lado, el fiscal dictamina que no encuentra indicios claros de delitos en las actuaciones y que no puede entrar a valorar las situaciones de riesgo aceptable de un procedimiento hospitalario, de modo que decide remitir el expediente a la Delegación de Salud. Por otra parte, tras una consulta con el responsable del negociado de correos, los traumatólogos presentan una denuncia contra el gerente por la violación de la correspondencia. Para terminar, se recurre vía judicial el expediente de despido de Alejandro Sierra.

La guerra alcanzó una calma tensa, a la espera de que los juzgados por un lado y la Delegación de Salud por el otro, llegasen a una decisión. Pero esos caminos siempre son lentos. De entrada, el delegado de salud intentó parar el asunto, pero ante las amenazas de los traumatólogos de sacarle los colores en la prensa, nombró una comisión de investigación con tres inspectores de sanidad que tendrían total libertad de actuación, debido, entre otros motivos, a que él prefería estar cuanto más lejos del asunto, mejor. Por su parte, el caso de la violación de correspondencia se inició con la instrucción por un juez de los juzgados de Guadix, con algunos episodios protagonizados por el abogado del gerente dignos de un guion de los hermanos Marx.

El primer asunto en resolverse fue el despido de Alejandro. Lo acusaban de haber derivado pacientes del hospital a su consulta privada, pero no pudieron demostrar uno solo; de no haber cumplido el requisito de la compatibilidad, aunque todos sus compañeros médicos con actividad privada se encontraban en idéntica situación, entre otras cosas porque desde el propio centro se les había dicho que no era necesario; de abuso de confianza, concepto al que nadie supo dar una explicación razonable. Después de una declaración del director de recursos humanos, a la sazón responsable del expediente, plagada de contradicciones y medias respuestas, su señoría, al límite de su paciencia, le exigió que le explicara cuál había sido el motivo del despido y aquel hombrecillo, meneándose en su silla más que un

mono de peluche colgado del retrovisor de un tractor, respondió con un hilo de voz: «Por competencia desleal». El juez lo miró como si tuviese ganas de condenarlo por hacerle perder el tiempo y le largó: «¿me va usted a decir que un médico con una mesa, una camilla y un martillo de reflejos puede hacer la competencia a un hospital de trescientas camas con todos los adelantos sanitarios?».

Aquello fue lo último que se escuchó antes de la sentencia. El hospital resultó condenado a readmitir e indemnizar a Alejandro Sierra. Rebeldes uno, imperio cero.

Mientras tanto la instrucción del caso de la correspondencia violada había pasado a la Audiencia Provincial y esperaba turno para la vista. Algún buen amigo debió avisar al gerente de que la cosa pintaba mal, y este, quizás para no tener que cruzarse todos los días con los que con gran probabilidad iban a obsequiarle con una larga estancia en la cárcel, presentó su dimisión y puso tierra de por medio. Logró su objetivo, hasta que el juicio comenzó a finales de 2008 y todos se reunieron, como viejos amigos que no se hablan, delante de la puerta de la sala y tras la vista, nunca más volvieron a verse.

Pero regresemos a 2007. La comisión de investigación comenzó por citar a los cuatro traumatólogos que quedaban con vida y les presentó una batería de más de cuarenta preguntas. Querían que los denunciantes aportaran pruebas —ya fueran documentos o nombres de testigos— que pudiesen corroborar lo que afirmaban en su escrito. Empezaron a desfilar trabajadores que, a su vez, llevaban documentos y nombraban a otras personas, de modo que lo que tenían planeado resolver en una semana se prolongó por espacio de mes y medio. El miedo de antaño había dado paso a las ganas de ajustar cuentas con los capataces y el único acosador que quedaba en el hospital era un jefe de anestesia venido a menos, huérfano del apoyo de la nobleza de un imperio que, como en infinidad de ocasiones a lo largo de la historia de los conflictos, se había distanciado todo lo posible de esa lejana guerra tras comprender que intentar ganarla les planteaba más problemas que olvidarse de ella. Él fue precisamente el último en declarar delante de los tres inspectores durante dos mañanas seguidas. Por lo que contaron los cronistas de aquellas dos sesiones, fue tal su actitud chulesca y prepotente, que el secretario de la comisión le sugirió que a la segunda fuese acompañado por un abogado.

En junio de ese mismo año, dos meses después de terminar las declaraciones, el delegado de salud recibió el informe con las conclusiones. Aunque pretendió hacerse el tonto, cosa que por otro lado no entrañaba gran dificultad para él, de nuevo los traumatólogos le avisaron de que si no actuaba en consecuencia llevarían las copias de sus declaraciones y las de sus compañeros a la prensa, algo que podía dejarlo en muy mala posición. Querían la cabeza del jefe de

anestesia y al final llegaron al acuerdo de que se iría de vacaciones en julio y jamás regresaría. «¡Por favor, dejad al menos que vuelva a recoger sus cosas!», fue la última petición del delegado, frase digna de figurar en el epitafio de algún dictador de pacotilla. Rebeldes dos, imperio cero.

A finales de 2009, después de un sinfín de artimañas de los abogados del gerente para retrasar el juicio por la correspondencia, ocurrió lo que todos esperaban. Llegó la vista y le siguió una sentencia rápida con condena a quince años de cárcel. Cuando el juez informó a los traumatólogos de que la sentencia podía quedar en suspenso en cualquier momento si se producía el perdón de los demandantes, ellos ofrecieron al gerente su perdón a cambio de que hiciese pública una carta en la que les pidiese disculpas por haber obrado de esa manera y reconociera haberlo hecho empujado desde instancias superiores, oferta a la que, posiblemente con buen criterio, ni se dignó contestar. Él mejor que nadie sabía que los quince años se podían quedar en diez si se portaba bien, pero si acusaba a las jerarquías, el resto de su vida iba a ser peor que una condena a perpetua. Rebeldes tres, imperio cero.

Viernes, 29 de noviembre de 2019 • 18:20

Algo más de dos horas les ocupó el resumen de su paso por el hospital comarcal de Guadix.

—Poco antes de que se hiciera pública la sentencia del gerente —explicó Fernando—, Alejandro abandonó el hospital y empezó a trabajar en exclusiva para una mutua. A principios de 2012 fue Benito el que se largó; su privada iba como un cañón y a él también le ofrecieron otra mutua. A finales de ese mismo año, nosotros dos nos trasladamos al Clínico de Granada y cuando se cerró, nos trasladamos al nuevo PTS.

Costó trabajo romper el silencio tras un relato que significaba casi la mitad de la vida laboral de esos hombres. Claudia seguía asombrada por la entereza y la sencillez con la que lo habían relatado, como si todo aquel periodo y los sucesos que lo ocuparon no fuesen más que algo cotidiano. Tras unos minutos, fue ella quien interrumpió las meditaciones.

—¿Cómo era el traumatólogo que falleció?

Los dos traumatólogos se miraron unos instantes.

—Callado, introvertido.

—Federico era un hombre muy trabajador y muy discreto —añadió Fernando. Juan Diego asintió—. Era como el pianista en un cine mudo; más que su presencia, lo que notamos fue su ausencia.

—Le echaron ustedes huevos —afirmó Anselmo con admiración.

—No crea —dijo Juan Diego con un leve encogimiento de hombros —, tampoco nos dejaron muchas opciones.

—Fueron años aguantando esa tensión —insistió—. En su lugar no sé cómo lo hubiera soportado.

—Nos reíamos mucho —respondió Juan Diego—. La risa te da fuerzas para no rendirte.

Su compañero le dio la razón.

—Lo que hicieron es digno de una crónica —aseguró Claudia—. Solo una duda: han hablado de un director de recursos humanos que planificó el despido de Alejandro, ¿recuerdan qué fue de él?

—Creo recordar que se fue cuando dimitió el gerente —dudó Juan Diego—. ¿No te suena? —añadió dirigiéndose a su compañero que movió la cabeza en sentido negativo.

—No me acuerdo de nada —respondió—. Era un tipo bajito y muy insípido; parecía un monaguillo. Ni siquiera recuerdo su nombre.

—No se preocupen —dijo ella—. Podremos enterarnos.

—¿Se les ocurre alguien más que pudiera salir perjudicado por sus denuncias? —preguntó Anselmo.

Ninguno de los dos parecía tener idea de eso.

—Yo creo que no —dijo Juan Diego—. Como no fuese alguien en la consejería, aunque la verdad es que lo dudo mucho. Aparte del gerente, la puerca y Piñero…

—La puerca es la preventivista —aclaró Fernando—. La llamábamos así; no recuerdo muy bien el motivo —ironizó.

—Pues el apodo le sienta muy bien —comentó Anselmo—. Aún le vale.

—De todas maneras —insistió Juan Diego—, sigo sin entender que hayan esperado tantos años para vengarse. No le encuentro explicación.

—Yo voy a tener que dejarles —dijo Claudia tras consultar su reloj —. Si nos disculpan un momento. —Hizo un gesto a Anselmo que la acompañó hasta el corredor.

—La cita con Piñero es a las siete y ya voy un poco justa —dijo con rapidez—. Sigue con ellos, que se estrujen la cabeza y tú recoge el jugo, a ver si nos aporta algo. Nos vemos mañana en la comandancia.

—Salga lo que salga —dijo él con un guiño—, estos tíos son mis héroes.

Claudia se despidió con la mano en alto antes de girar al final del pasillo y salió hacia el aparcamiento a la carrera; Anselmo regresó a la habitación.

Ya en el coche, de vuelta a Granada, recibió una llamada de Marcelo.

—¿Se han presentado?

—Por supuesto —respondió ella—. Hemos tenido una conversación muy jugosa; unos personajes. ¡Vaya historia!

—Me alegro de que haya sido productivo. —Se adivinaba su sonrisa bajo el bigote—. ¿Alguna pista interesante?

—En realidad, lo interesante ha sido la historia en sí misma —reconoció ella—. Aparte de eso, nos han contado que Benito Montoya tuvo un encuentro inesperado con alguien que le mencionó lo ocurrido en Guadix y le dijo que lo volvería a buscar, pero ahí quedó todo.

A Marcelo se le vino a la cabeza el aviso de entrega de correos en casa de Benito Montoya.

—Como dice la Biblia —sentenció—: Busca y encontrarás.

Claudia se rio.

—Gracias, Marcelo.

—Ánimo.

Viernes, 29 de noviembre de 2019 • 19:00 h

Claudia llegó apurada al despacho de Piñero. El reloj del recibidor marcaba las siete y cinco cuando se acercó a la mesa de la secretaria.

—Soy la sargento Tatsis —se presentó—. Tenía una cita con el doctor Piñero a las siete.

La mujer levantó la vista hacia ella y se quitó las gafas. Le dirigió un gesto cordial.

—El doctor está reunido en este momento —explicó y le señaló un grupo de sillones delante de un ventanal—. Siéntese. Le diré que ha llegado.

La secretaria aguardó a que Claudia se alejara hacia el ventanal y descolgó el teléfono interior. La vista de la ciudad era magnífica desde allí, con la Alhambra al fondo y la falda de la sierra a su derecha. Le pareció un buen lugar para trabajar.

—El doctor Piñero tardará unos quince minutos; la entrevista se ha alargado más de lo previsto —lo excusó—. Me ha pedido que le ofrezca un té negro, cree que fue lo que pidió en el hospital de Antequera.

Claudia agradeció el té con una inclinación de cabeza; era todo un detalle que lo recordara.

Al momento regresó con una delicada taza de porcelana y una tetera de aspecto antiguo y las colocó en la mesa entre los sillones. «La infusión estará lista en dos minutos. Disfrute de las vistas», le dijo mientras volvía a sus quehaceres.

Claudia le dio las gracias y se sentó en un sillón que pareció adaptarse a la forma de su cuerpo. Se sirvió una taza y el aroma a especias la envolvió. Se le escapó un suspiro. Los quince minutos ya sobrepasaban la media hora, mas no le importó; se sentía cómoda con la vista, el té y la envolvente butaca. Se acercó la taza a la boca, pero su teléfono empezó a sonar y con el sobresalto estuvo a punto de derramarse el té en la camisa; era Ernesto.

—Hola —dijo cuando ella descolgó—. ¿Puedes hablar?

—Ahora mismo sí —respondió ella.

—Un antiguo conocido que trabaja en el colegio de psicólogos me acaba de llamar —en ese momento la puerta del despacho de Piñero se abrió y se escuchó su voz y la de otra persona. Claudia se giró y Piñero al verla le hizo un gesto con la mano mientras se despedía del periodista—, …de la comisión de investigación, ¿qué te parece? —terminó con tono alegre.

—Perdona —dijo con cierta prisa—. No me he enterado de lo que has dicho.

Ernesto tardó un momento en responder y cuando lo hizo su tono

se había enfriado.

—Te decía que… —se interrumpió—. Da igual, lo hablamos luego si te apetece.

—No —dijo ella—, dime lo que sea.

—No te preocupes —insistió él—, ya veo que estás ocupada.

—Es cierto, estoy trabajando —lo dijo con cierta tirantez, pero Ernesto ya había cortado. Se quedó unos segundos muy seria con la vista fija en la pantalla.

Al girarse de nuevo hacia la puerta del despacho, Piñero la contemplaba con atención. Ella dio un paso para acercarse pero tropezó con la mesita y la taza se volcó.

—¡Oh, Dios! ¡Qué torpe! —exclamó mientras se agachaba y trataba de empapar el charco de té que se extendía sobre el cristal con la miniservilleta de la bandeja.

La secretaría acudió al instante con papel absorbente.

—No se preocupe, yo me encargo.

—Lo siento mucho —repitió turbada.

—Un accidente —la tranquilizó la voz de Piñero—. Pase por aquí.

Claudia se limpió la mano mientras lo acompañaba hasta su despacho. Él cerro la puerta con suavidad y le señaló un par de cómodos sillones.

—De verdad que lo siento —seguía tensa por la conversación con Ernesto, pero Piñero hizo un gesto para quitarle importancia—. Siento que haya presenciado mi discusión.

—Yo también he estado casado —respondió—. Las pequeñas broncas son inevitables, será por eso que ahora estoy felizmente divorciado —añadió con una sonrisa.

—Pequeñas broncas —repitió ella con tono ausente. Se sentía triste de repente pero necesitaba sobreponerse.

Piñero la miró con atención.

—Es posible que no se trate de una pequeña bronca —dijo—. Si no se encuentra bien, podemos dejar esta conversación para otro momento.

Las palabras de Piñero fueron justo el empuje que necesitaba para apartar el incidente con Ernesto. «Estás trabajando», se dijo con firmeza. No se estaba mostrando muy profesional y el enojo consigo misma terminó de sacarla del bucle.

—No será necesario —dijo con voz serena—. Pero muchas gracias de todos modos. Ha sido muy considerado y el detalle del té negro me ha gustado.

—Me alegro —dijo él, más cómodo, y paseó la vista por el despacho—. Mire, le propongo algo —añadió con ímpetu—: llevo encerrado entre estas cuatro paredes desde media mañana. Si le parece podríamos bajar a un restaurante tranquilo y tener la

conversación mientras cenamos.

Ella pareció dudar y él insistió.

—Se lo pido por favor —dijo con un tono un tanto teatral—. De verdad que necesito salir de aquí.

—Una cena aderezada con un interrogatorio puede ser algo odioso para los dos.

—Me arriesgaré —dijo con decisión—. Prometo no odiarla si sale mal.

Al final accedió y quince minutos después estaban sentados frente a dos copas de vino blanco, acompañadas por un fondo musical interpretado por la voz de Diana Krall. De entrada pidió una cerveza sin alcohol, pero Piñero puso un gesto de desagrado e insistió:

—La cena y la compañía se merecen un buen vino.

—En todo caso, es una cena de trabajo —protestó ella—. No es lo apropiado.

Piñero repitió el gesto mientras el camarero esperaba en pie la decisión. «Le prometo que le repetiré mis respuestas dos veces y hablaré muy despacio», dijo con gracia.

—Está bien —concedió ella—. Una copa.

—En Antequera usted me preguntó cuándo fue la última vez que había visto a Óscar Ripoll y la interrumpí antes de la siguiente pregunta.

Piñero la miraba a la espera de comenzar con las preguntas, pero ella aguardó a que el camarero se retirase. El recordatorio que él le acababa de hacer le hizo caer en la cuenta de que Piñero conocía a los tres asesinados.

—Supongo que la siguiente pregunta sería si conoce usted a alguien que pudiera tener algo en contra de Óscar —dijo ella de pasada—, pero en realidad hoy vengo por otro asunto —dijo—. ¿Conoce usted a Alejandro Sierra y Benito Carlos Montoya?

Mientras esperaba la respuesta no dejó de prestar atención a la expresión de Piñero, pero no hubo nada que le llamase la atención.

—Claro —dijo en tono neutro—. Tuve el placer de conocerlos y compartir hospital con ellos durante unos años. Del doctor Sierra no sé nada desde hace años; de Benito Montoya, por desgracia, sí he tenido noticia hace unas semanas.

A Claudia el «por desgracia» le sonó forzado.

—¿Tampoco lo había visto hace poco?

—En alguna ocasión nos hemos cruzado por el hospital —dijo—. En cualquier caso no hemos vuelto a hablar desde Guadix: con el equipo de traumatología de ese hospital, al que los dos pertenecían, tuve una relación bastante conflictiva.

Una manera suave de referirse a todo lo que había escuchado tan solo unas horas antes, pensó ella.

—Un hospital recién abierto y un servicio de traumatólogos recién acabados y con ganas de comerse el mundo —añadió él—. Reconozco que eran buenos en lo suyo, aunque la mezcla de sangre joven con ese toque de ambición puede llegar a ser explosiva. Los hospitales nuevos siempre tienen aspectos que mejorar —explicó—, pero ellos fueron demasiado impacientes, no les importó crear una alarma innecesaria y poner en entredicho el prestigio de un hospital que estaba empezando a construirse.

—¿Cómo terminó aquello?

—No podía terminar bien —la miró con un punto de tristeza—. A pesar de mis intentos por mediar en la situación, decidieron que yo era su enemigo y poco más pude hacer. El ambiente se volvió demasiado desagradable y un verano, mientras estaba de vacaciones, me ofrecieron un puesto en una unidad del dolor y decidí que era un buen momento para cambiar de aires.

Claudia recordó la dimisión obligada de la preventivista y el pago de sus servicios, o su silencio, con una plaza de inspectora de trabajo y se preguntó si el nuevo destino de Piñero no respondió a algo similar.

—¿Recuerda una comisión de investigación promovida desde la Delegación de Salud?

—Menuda chapuza —respondió él con una risa áspera—. Si no recuerdo mal, jamás llegaron a nada. Era de esperar.

—¿Por qué? —se interesó ella.

—La fiscalía había dictaminado que no veía indicio de delito algunos años antes —afirmó—. El problema fue que los traumatólogos me habían señalado como enemigo y desde el colegio de médicos no me veían con buenos ojos.

—¿Y eso?

—Supongo que usted no lo recordará. Para ejercer como médico es obligatorio estar colegiado —explicó—, lo que en mi opinión se traduce en pagar una cuota a una institución que hace bastante poco por la clase médica. Creo que fue por el año dos mil cuando se llevó al parlamento andaluz la propuesta de que la colegiación fuese algo voluntario, y yo fui un miembro bastante activo de ese movimiento, de ahí su animadversión hacia mi humilde persona.

—Entiendo —comentó ella, que no veía el modo de adjudicarle el adjetivo de humilde—. Por ese motivo la directiva del colegio de médicos se empecinó en ir contra usted.

—Es obvio —dijo abriendo las manos—. Hubo una investigación secreta por parte del colegio, algo ya de por sí bastante irregular, con testigos anónimos y declaraciones juradas de su letrado —se interrumpió un instante—. No parece algo de este siglo —comentó—, pero así fue. Con ese informe fueron a la fiscalía, pero como era de esperar les dieron calabazas.

—El fiscal dijo que no podía valorar un delito de riesgo —matizó Claudia.

—¿Quién puede valorar algo así? —afirmó Piñero convencido—. La vida es un riesgo; ¿puede ser delito estar vivo?

—Conducir borracho es delito aunque no tengas un accidente —rebatió ella—. Es delito por el riesgo.

—Un acto médico es algo muy diferente a conducir —arguyó Piñero sin alterarse—, aunque ir al hospital borracho también es motivo de sanción. Pero son temas diferentes. En fin. Como por esa vía no consiguieron nada, lo volvieron a intentar con el delegado de salud, un señor fácil de amedrentar. Lo persuadieron para abrir otra investigación por el mismo motivo.

Claudia asintió varias veces.

—Ya…

—En un país como el nuestro no se debería juzgar a nadie dos veces por el mismo presunto delito —planteó—. Sea como sea, reconozco que me molestó renunciar a la jefatura de servicio. Era un hospital joven, con buen ambiente de trabajo, con ganas de hacerlo bien y sin los vicios del antiguo sistema: aquello lo estábamos creando nosotros, era nuestro hospital. Todo muy estimulante, hasta que estos caballeros lo destrozaron. Pero me fui, y gracias a eso entré en contacto con el mundo de la investigación farmacológica —la expresión le cambió a una amplia sonrisa—. Tuve la suerte de colaborar en el desarrollo de un nuevo fármaco que ha supuesto un gran avance para nuestra especialidad, y a partir de entonces mi vida sufrió un profundo cambio a mejor en todos los sentidos.

—En eso tiene razón —dijo Claudia con otra sonrisa—. Aunque suene raro, quizás les debería estar agradecido.

Por el rostro de Piñero cruzó una sombra que no fue capaz de identificar.

—¿Agradecido? —se quedó pensativo—. No lo sé —dudó, pero luego afirmó con más contundencia—. En realidad, me resultan indiferentes: no les deseo ni malo ni bueno; me dan igual.

El camarero se acercó a retirar el servicio y pidieron un postre para compartir por recomendación de Piñero. Les informó de que ese postre se demoraría unos veinte minutos; Piñero dirigió a Claudia una mirada interrogante a la que ella asintió y confirmó la petición.

—Hay una pregunta que no tengo más remedio que hacerle —comenzó Claudia. Él la miró y abrió un poco más los ojos.

—Prometo no asustarme. —Alzó una mano abierta.

—Necesito saber dónde estuvo la última semana de octubre y el puente de Todos los Santos.

—Es una pregunta muy normal, al menos en las películas —respondió él tras simular un resoplido—. Me había preocupado —

Volvió a su sonrisa relajada mientras consultaba el calendario del móvil—. Si no me falla la memoria, el lunes y la mañana del martes estuve en Granada. Después de comer viajé a Madrid con un compañero de trabajo y pasé el resto de la semana allí. El viernes por la tarde tomé un AVE hasta Antequera; me alojé en el parador y participé en las jornadas hasta la clausura del domingo; luego regresé aquí en el coche de otra compañera. Le puedo dar los nombres de todas las personas que lo confirmarán si lo necesita; y le advierto —compuso un gesto serio—, en esa lista aparecerá usted también.

Claudia asintió. Piñero miró a su alrededor y apuró su copa de vino. Luego apoyó los codos en la mesa y enlazó los dedos por debajo de la boca.

—¿De verdad piensa que tengo algo que ver con la muerte de Benito Montoya? —preguntó con los ojos fijos en ella.

Ella le mantuvo la mirada; se había referido solo a una muerte, algo a tener en cuenta.

—Alejandro Sierra fue asesinado dos días antes —dijo sin dejar de observarlo; el gesto de sorpresa pareció genuino—. Ambos fueron sus enemigos hace años. —Inclinó la cabeza al terminar.

—Hace años hubo más enemigos —razonó él—, pero la clave está en lo que acaba de decir: hace años.

Ella permaneció en silencio con la mejilla apoyada en la palma de la mano.

—¿No le parece demasiado tiempo para una venganza?

Ella respondió con un sutil encogimiento de un hombro.

—Antes de iniciar un camino de venganza, cava dos tumbas —recitó él.

—Confucio —dijo ella con una leve sonrisa.

—Lo conoce —Piñero hizo un gesto de aprecio—. Mejor; justo así es como yo lo veo.

—Eso es difícil de demostrar.

Piñero obvió el comentario.

—La mejor venganza es la indiferencia —afirmó—. Le diré algo. —Se acomodó contra el respaldo—. Tendría unos veinte años la primera vez que leí esa frase; fue en una novela. Es de esas frases que a esa edad te enganchan, y después de darle muchas vueltas llegué a la conclusión de que era una de esas verdades digna de ser recordada cada mañana.

Claudia asentía con atención.

—Una cosa es estar de acuerdo con algo y otra muy distinta es vivir de acuerdo a esa creencia —continuó—. Cuando tomé la decisión de dejar aquel hospital por culpa de la actitud de aquellos personajes, comprendí que esa idea formaba parte de mí; no me apetecía cavar mi tumba.

—Interesante —comentó ella—. Enhorabuena.

—Sea como sea —siguió él—, parece absurdo posponer una venganza durante tanto tiempo, y no lo digo por mí, yo sé que no lo hice, lo digo por el resto de enemigos.

—¿En qué enemigos piensa? —preguntó Claudia.

—A ver, déjeme adivinar…—La frente se le arrugó mientras alzaba la vista—. Miguel Herrero era gerente en aquella época, pero desde la cárcel supongo que lo tiene complicado; Adela Lupión, la jefa de medicina preventiva, aunque a ella me cuesta imaginarla tomando esa decisión; Felipe Mercader, el director de recursos humanos, lo del veneno encajaría con él. —Se le escapó una risa seca—. Disculpe, ha sido una broma de mal gusto. Lo siento.

Claudia se centró en el nuevo.

—¿Felipe Mercader? —preguntó—. ¿Sabe qué ha sido de él?

—¡Ah, no! —Se inclinó hacia la mesa—. Pensé que lo sabría: falleció hace seis o siete años. Un linfoma. Era un perfeccionista con una absoluta carencia de moral. ¿Cree usted que alguien amoral puede terminar en el infierno?

La pregunta la cogió por sorpresa y se le escapó una risa.

—¿Cómo dice?

—Claro —continuó la broma con gesto que aparentaba seriedad—. Póngase en el lugar del Creador el día del juicio final: ese hombre se limitaba a cometer los crímenes perfectos que su jefe le ordenaba sin plantearse nada acerca de la bondad o maldad de sus actos. ¿Lo mandaría al cielo o al infierno?

Terminó con una amplia sonrisa, aunque sus ojos la seguían observando sin sonreír. Claudia, sin saber por qué, sintió una leve incomodidad.

—Tendré que meditarlo —fue su diplomática respuesta.

El camarero depositó en el centro de la mesa un suflé de chocolate adornado con frutos silvestres y unos dibujos de helado, y Claudia pensó que la espera había merecido la pena.

—Entonces —dijo él cambiando de registro—, ¿alguna pregunta más para la investigación?

Ella negó con la cabeza y se relajó.

—Me alegro —comentó Piñero—. Ahora parece bastante más calmada que cuando nos vimos en mi despacho.

Otro camarero se acercó con dos copas muy estilizadas y escanció en ellas un líquido de color dorado. Tokaji Oremis Aszu, anunció con una leve inclinación.

—Más vino no —protestó ella haciendo ademán de apartar la copa.

—Debería probarlo —sugirió Piñero—. Tiene un suave toque a naranja; ideal para un postre con chocolate.

Tuvo que reconocer que, en realidad, le apetecía aparcar por un

rato las tensiones de los últimos días: tensión en el trabajo, tensión en casa… Sintió como si llevara demasiados días empeñada en soportar un peso encima de la nuca; se le escapó un suspiro y la elegante copa regresó a su lugar.

—Es cierto —retomó la conversación que acababa de interrumpir el camarero—. Estoy más calmada. —Dio un breve sorbo y sus cejas se alzaron—. Delicioso.

Piñero hizo ademán de brindar con ella y se llevó la copa a los labios.

—A veces necesitamos un respiro —comentó—. No es buena idea dejar pasar la ocasión.

Ella asintió con una sombra de tristeza en la mirada.

—¿Todo bien?

Negó con la cabeza y la vista en el mantel. A la tensión en su trabajo estaba acostumbrada, pero en los dos años que llevaban juntos, jamás había tenido la sensación de que abrir la puerta de casa significara algo diferente a relajarse y reponer fuerzas para volver con más ganas. El telón de fondo de esos dos años había tenido el color de la felicidad y, como suele ocurrir a los humanos, tomaba conciencia de esa felicidad precisamente al tener la sensación de haberla perdido.

La convulsión interior debió aflorar a su mirada.

—¡Eh, vamos! —Piñero la miró con expresión preocupada y por encima de la mesa acercó una mano y apretó brevemente la de ella—. No sé qué he podido decir para que se sienta así. Lo lamento.

—No es culpa suya —dijo ella mientras pasaba con rapidez el dorso de un dedo bajo su ojo y trataba de esbozar una sonrisa—. Soy yo quien lo siente.

—Hemos terminado el interrogatorio, ¿no es cierto? —Ella asintió —. Puedes llamarme Alberto, resulta menos formal.

Claudia lo miró por unos segundos. Trató de decirse que ella estaba allí por trabajo y que él era un sospechoso al que había ido a interrogar, pero le costaba trabajo regresar a esa situación.

—Esto es muy poco profesional —dijo mientras meneaba la cabeza con resignación.

—En algún momento tendrás que dejar a un lado los problemas; parar, tomar aire, y luego volver a zambullirte en lo cotidiano. —Seguía tuteándola, pero ella descubrió que no le incomodaba.

Con un gesto rápido se echó el resto de la copa a la boca e hizo un gesto al camarero para que le sirviera una segunda.

—¿Tienes idea de lo que cobran por ese vino? —preguntó él, simulando haberse escandalizado.

Claudia se llevó una mano a la boca.

—¡Oh, lo siento! —dijo mientras se encogía un poco, pero la carcajada de Piñero interrumpió su gesto.

—No te preocupes —dijo con desenfado—; por una noche me lo podré permitir. —Hizo lo propio con su copa y la acercó hacia el camarero—. Mejor cuando sonríes.

Ella le dedicó una mirada agradecida.

—Venga —dijo él como en un impulso—. Terminemos el postre y te llevaré a un sitio peculiar —propuso convencido—. ¿Conoces el Verdi?

Ella negó.

—Es una delicia —dijo—. Un ambiente muy curioso, música tranquila… Es lo más parecido a ir a un psicólogo y mucho más divertido: tú le cuentas cómo te sientes y él decide el gintonic más adecuado a ese estado de ánimo.

Claudia miró el reloj; casi las once. Decidió que esa noche no iba a conducir hasta el pantano, dormiría en su antiguo piso.

—Alberto, ¿verdad? —dijo—. Dame un segundo —añadió mientras le mostraba el móvil— y veamos cuál es el diagnóstico del maestro de la ginebra.

Sábado, 30 de noviembre de 2019 • 11:00 h

Anselmo llevaba rato ocupado en la comandancia cuando se presentó Claudia.

—A alguien se le han pegado las sábanas… —comentó cuando la oyó entrar—. ¡Dios mío! —exclamó al fijarse en ella—. Estás muy guapa esta mañana.

—Necesitaba descansar —se limitó a responder ella sin ocultar una sonrisa agradecida—, ¿cómo vas?

—Bueno… —respondió él—. ¿Cómo fue la entrevista con Piñero?

—Poca novedad. Me dio su versión de los acontecimientos, ¡ah!, y me dijo el nombre del director de recursos humanos. —Al escucharla, Anselmo se enderezó con interés—. Murió de cáncer hace unos años —Anselmo volvió a encorvarse—. ¿Cómo terminaste con los traumatólogos?

—Una conversación muy jugosa —dijo él—. Vaya historia, ¿no?

—¿Te contaron algo más?

—Estuvimos poco rato después de que tú marcharas —dijo—. Me explicaron que Benito los citó a todos para contarles lo del desconocido. Resulta que tenía la costumbre de tomar una cerveza antes de volver a casa por la noche, siempre en el mismo bar, cerca de casa; supongo que el otro lo sabría y lo esperó allí —explicó—. Al parecer Benito estaba preocupado y decidió que debía hablarlo con ellos.

—¿Cuál era exactamente la relación con ellos?

—Ese hombre le habló de lo ocurrido en Guadix —respondió Anselmo—. De un modo indirecto le preguntó por lo que les había empujado a enfrentarse a la Administración.

Anselmo calló mientras daba vueltas al bolígrafo entre los dedos.

—¿Qué? —A Claudia se le escapó una sonrisa y lo animó elevando la barbilla hacia él.

—Creo que este hombre puede ser la clave —comenzó—. Ellos pensaron que fuese familiar de algún paciente que sufrió una complicación; quizás él mismo. Pero y si es alguien cercano a alguno del otro bando, quizás incluso al director ese que te contó Piñero.

Claudia escuchaba con atención. Por el momento no sonaba descabellado.

—Imagina que es alguien que ha sufrido por un familiar muerto, o encarcelado —continuó—. Alguien que lo vio morir o que ha visto cómo se ha ido deteriorando poco a poco, hasta que de repente ha conseguido encontrar las fuerzas para vengarse. ¿Quién sabe cuál pudo ser el detonante?

Quizás no estaría mal localizar ese bar y hablar con los empleados:

era posible que el desconocido hubiese pasado alguna tarde merodeando por allí o que pidiera algo mientras esperaba; incluso que hubiese preguntado a alguno de ellos por el doctor Montoya.

—Todo esto en el supuesto de que pensemos que las dos muertes de los traumatólogos no son una coincidencia y abandonemos la hipótesis Penélope —concluyó Anselmo.

—Penélope también empieza por «P».

—¿No estarás pensando que Penélope acosó a Óscar Ripoll por sus deudas? —dijo él con la frente arrugada.

—No, la verdad —dijo—. Imagino que el tipo de acreedores de Ripoll no contratan abogados para cobrar. —Luego se levantó y empezó a caminar en círculos—. Escucha, —se paró delante de la mesa de Anselmo—, ¿no tienes la sensación de que hay una curiosa conexión entre los traumatólogos y Óscar Ripoll?

Anselmo estuvo un rato con la vista perdida en la mesa y los labios arqueados hacia abajo.

—Muy sacada de quicio —dijo al fin—. La única manera de conectarlos es a través de Piñero, pero me parece que se trata solo de una conexión de conocidos. Ya sabes —razonó—, toma a dos personas en el mundo al azar y en solo siete pasos encuentras amigos comunes que los relacionen… y estamos hablando de Granada.

Claudia lo miraba mientras afirmaba con la cabeza.

—Tampoco es que sean relaciones muy descabelladas —insistió él —. Médicos, farmacéuticos, investigadores… Todos del mismo círculo. No sé, Claudia. Yo no lo veo.

Ella meditó unos segundos y pareció conformarse.

—Creo que llevas razón —murmuró.

—Los traumatólogos me entregaron otra caja con documentos — recordó Anselmo—. No la he revisado por completo, pero hasta ahora no he encontrado nada que no tengamos ya. Están preocupados — añadió—, asustados, diría yo. El canoso dijo que igual pasaba unos días en paradero desconocido.

Claudia pensó por un momento en ponerse a cotejar documentación, pero al comprobar el tamaño de la caja se dijo que la semana ya había sido bastante larga.

—Nos vemos el lunes —dijo como despedida—. Buena guardia.

Sábado, 30 de noviembre de 2019 • 14:00 h

Ernesto no estaba en casa cuando llegó ella. La noche anterior había enviado un mensaje a Claudia para que lo avisara si cambiaba de opinión y quería que se acercase a recogerla. Luego leyó hasta tarde, aunque en el momento de irse a dormir el mensaje aún no había entrado en el móvil de ella. A las nueve despertó; el mensaje había entrado, pero Claudia no lo había visto y, de cualquier manera, los efectos del vino ya se habrían pasado.

Después de un tardío desayuno, tuvo una larga conversación con Lucía y luego decidió preparase un bocadillo y salir con la cámara a cazar algún ave en la ribera del pantano. A las dos y media sonó el teléfono. Era Claudia: estaba ya de vuelta y llegaría a casa en unos diez minutos. Ernesto regresó de su safari y al poco charlaban en la cocina.

—¿Cómo te fue ayer? —preguntó—. Te mandé un mensaje.

—Lo vi esta mañana —respondió ella—, estaba escasa de batería y apagué el móvil.

—¿Algo nuevo? —preguntó él.

—Con respecto a la investigación, no gran cosa; pistas y más pistas, pero nada firme de momento —Claudia dejó a un lado la fuente con la ensalada que estaba preparando y su tono cambió—. Hay algo de lo que me gustaría hablar.

Ernesto la miró.

—Tú dirás.

—Ayer cené con un médico, Alberto Piñero. El mismo al que entrevisté en Antequera —aclaró mientras el dedo índice daba golpecitos sin cesar—. Después de la cena fuimos a tomar una copa a un local muy curioso. Estuvimos hablando bastante rato.

Ernesto tuvo la impresión de que estaba un poco nerviosa.

—Al principio toda la conversación se centró en la investigación, pero después de la cena entramos en temas más personales.

—Ya… —Ernesto se había sentado en uno de los taburetes altos de la cocina y la escuchaba con las manos apoyadas en el tablero.

—La cuestión es —siguió ella— que me sentí como hace tiempo me sentía contigo: cuidada, valorada —explicó—. Desde hace algunas semanas no estamos bien y vamos a peor. Tengo la sensación de que tengo que darte una explicación a cada paso que doy, que en lugar de comprender lo que hago, me cuestionas; y yo no quiero eso para mi vida.

—Te entiendo —convino él—, es cierto que me pasé con lo de la lista de sospechosos y lo siento. Lo único que digo es que podrías poner más fácil que yo te comprenda. Llevamos juntos dos años y

todavía ignoro muchos aspectos de tu vida, de tu trabajo.

—No me tengo por una persona introvertida —replicó ella.

—Y no lo eres —afirmó—, pero no es a eso a lo que me refiero: conozco bien a la Claudia de estos últimos dos años, sin embargo, lo desconozco casi todo de la Claudia de antes; es como si nada de eso hubiese existido. Cómo era tu familia, a qué se jugaba en tu casa, por qué os echaban broncas vuestros padres, qué te hizo decidirte a ingresar en la Guardia Civil, cómo era esa compañera qué odiabas… Tú me hablas de lo que yo veo; lo demás tengo que imaginarlo.

—Soy reservada.

—Eso no es reserva, es hermetismo —intentó explicar—. Cada uno somos nuestra vida, nuestra historia. ¿Cómo puedo conocer esa historia si no abres esa puerta? Supongo que no lo percibes, pero eso no me pone fácil acercarme a ti.

Ella lo miró sin saber qué decir.

—¿A qué crees que se debe mi interés por que hagas algún taller? —dijo con más intensidad en la voz—. No me parece normal, ni sano, tanto hermetismo con tu pareja.

—Te aseguro que nunca he pretendido ocultarte nada —dijo ella—. ¿Acaso no he respondido a cualquier pregunta que me hayas hecho?

Ernesto la miraba al tiempo que negaba con la cabeza.

—Esto no funciona así —dijo—. No se trata de que respondas a mis preguntas. Es algo que tiene que salir de ti. —Abrió las manos al frente—. No puedes pretender que yo te pregunte cómo te sentiste el día que robaste una piruleta, porque no puedo adivinar si eso ocurrió alguna vez. Solo somos los fragmentos de nuestros recuerdos, pero solo tú puedes decidir con quién compartirlos.

—La verdad —dijo abatida—, no creo que en mi vida haya nada interesante que contar.

Ernesto la miró en silencio mientras daba vueltas a lo que le acababa de decir. ¿Cómo hacerle entender?

—Tu vida no tiene que ser interesante, o espectacular, así, de un modo abstracto —dijo—. Lo que tienes que comprender es que es interesante para mí precisamente porque es tu vida.

—¿Y por qué nunca me lo has dicho?

—Seguro que mi vida es más aburrida que la tuya —contestó él—. Pero cada vez que te cuento un episodio, va impregnado de mi forma de pensar y así te es fácil entender quién soy. No te hago una definición de cómo era yo con veinte años, te lo muestro con esas anécdotas. Nadie aparece de la noche a la mañana en el mundo con treinta años y sus ideas y sus principios elaborados. Evolucionamos, nos construimos con los episodios significativos de nuestra vida; esa es la historia que a mí me interesa porque tú me interesas, no porque sea una historia espectacular o entretenida.

Ella no dejaba de mirarlo como si le hubiera pedido algo más allá de sus posibilidades, como quien en un momento de lucidez o sinceridad suprema comprende que jamás dejará de fumar, o de ser un cleptómano.

—Cuando alguien no importa, lo que se suele decir es: «No me cuentes tu vida» —añadió Ernesto con más calma—, aunque ahora mismo no tengo muy claro si no será justamente eso lo que sientes hacia mí.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella.

—Estamos en una situación complicada —dijo él—, quiero decir, como pareja. Quizás con tanto hermetismo uno echa menos raíces, o no tan profundas; quizás así no sea tan doloroso decir adiós.

Ella negó con vehemencia y se levantó para caminar por la habitación.

—¿Estás seguro de que esto es solo mío? —preguntó tras pararse en seco—. Ni siquiera me has preguntado si pasó algo anoche —dijo ella —. Algo entre Piñero y yo, y no tengo muy claro si es porque lo das por hecho o porque ya no te importa.

—¿De verdad quieres que te pregunte si te has acostado con otro? —Ernesto la miró muy serio—. ¿Solo se te ocurre la posibilidad de que si no lo hago es porque me da igual? —los ojos, fijos en ella, parecían dos punteros láser.

Claudia le mantuvo la mirada sin cambiar la expresión.

—¿De qué serviría? —dijo con más calma—. Lo que importa es si confío en ti o no, porque si no confío, ¿qué más daría tu respuesta? — estuvo un momento en silencio y le pareció que Claudia lo miraba con algo de desconcierto—. Por lo que te conozco, estoy seguro de que eso no ha ocurrido. Pero si decides irte con otra persona, si de algún modo en tu interior ya lo has hecho y solo te queda romper amarras, adelante. Te quiero demasiado para ponértelo difícil.

Claudia negaba con los ojos brillantes.

—No es algo con lo que se deba jugar —continuó Ernesto—. La confianza no es algo voluntario, no se puede elegir: o la sientes, o no la sientes, y si dejas de sentirla, eso tiene difícil arreglo —pareció que ella iba a decir algo, pero él no lo permitió—. Yo no soy un trapo con el que limpiar tu conciencia, así que si alguna vez ocurriese y tuvieras necesidad de sincerarte, hazlo con cualquiera que no me conozca, o con un cura. Jamás conmigo.

—No pretendo jugar con eso —afirmó ella.

—¿Tú crees? —dijo él—. Que yo tenga claro que anoche no pasó nada, no cambia el hecho de que tú hayas jugado a insinuarlo. Me parece un golpe demasiado bajo y reconozco que eso sí que me ha sorprendido de ti.

Claudia pareció comprender a lo que él se refería.

—Lo siento mucho —dijo. Con las manos se cubría la boca y la nariz, y sus ojos parecían pedir que la creyera—. De verdad que no he querido hacerte daño —insistió—, de verdad que tenía la impresión de que ya te daba todo igual. —Se acercó a él un par de pasos.

—A veces me cuesta entenderte —dijo él—. Toda la conversación pidiendo que me cuentes tu vida, que quiero compartir contigo lo que eres, no una casa con vistas y un viaje en vacaciones, y aún sigues convencida de que me da todo igual —terminó con una expresión resignada—. La verdad es que no lo comprendo.

—No lo intentes —respondió ella—. Olvida la estupidez que he dicho. Te prometo que mi intención no era dañarte.

—Eso también lo sé, pero el golpe duele aunque haya sido sin intención.

Lunes, 2 de diciembre de 2019 • 10:00 h

—Esto está lleno de historiales de pacientes fallecidos —Anselmo le señaló una voluminosa carpeta que tenía abierta sobre la mesa; en el interior había portafolios transparentes que contenían las historias de aquellos pacientes que habían muerto por infecciones graves después de someterse a intervenciones quirúrgicas.

Claudia se levantó de su silla y rodeó la mesa de Anselmo.

—¿Tantos?

Él asintió.

—Cuando nos lo contaron imaginé algo más limitado —dijo ella mientras pasaba un expediente tras otro. Se detuvo en uno al azar y sacó los documentos—. Esta chica tenía treinta y nueve años —murmuró—. ¿Cómo no pararon eso?

—¿Es que no viste a la jefa de preventiva? —comentó él—. A esa la tiras por la ventana y vuelve a subir.

Claudia hizo una búsqueda en Internet. Entre el número total de pacientes operados cada mes en un hospital como aquel, el total de pacientes infectados quedaba bastante diluido, pero seguían siendo demasiados.

—Fíjate. —Le señaló uno de los expedientes—. A esta mujer la operaron de juanetes y se fue de alta al día siguiente. A los dos días ingresó con fiebre y en diez días estaba muerta.

Continuaron la revisión de historiales al azar, con algún comentario de vez en cuando ante hallazgos que les parecían llamativos. En un momento Anselmo levantó la vista y comentó a Claudia:

—Es posible que alguno de los traumatólogos amenazara a la jefa de preventiva con volver a meter mano a este asunto —sugirió.

—No te digo que no —respondió ella—, pero te aseguro que esa mujer es incapaz de organizar algo así.

—¿Y los otros?

Claudia meditó un momento.

—El problema es que no tiene sentido planificar una venganza a los diez años y con la vida resuelta.

—En esa categoría no se incluye al gerente —afirmó él— y por el momento es lo único que tenemos.

—Cierto —concedió ella—. A pesar de todo, no me encaja.

Anselmo inclinó la cabeza mientras elevaba las cejas y siguió con la revisión, hasta que una hora después decidieron tomar un descanso.

—Cuando volvamos a reunirnos con los traumatólogos tendremos que pedirles que nos ayuden a descifrar todo esto. —Señaló la pila de historiales con una mano—. No sé tú, pero yo casi no los entiendo; que se operan, se infectan y algunos se mueren —afirmó con gesto

confundido—, el resto es un jeroglífico.

Claudia sonrió al verlo, aunque no le quedó otra que darle la razón.

—«Sinovitis villonodular pigmentaria» —recitó con voz hueca—. Manda huevos, Claudia, ¿qué carallo es esto?

—No tengo ni idea.

Anselmo soltó el expediente junto al resto; los tableros de las mesas casi no se veían.

—¿Algo nuevo de la hipótesis Penélope?

—Nada —respondió—. Quienes podían tener algo contra ella no tuvieron ocasión de preparar el crimen, o no tuvieron ocasión de inyectar el veneno en las botellas, o ninguna de las dos.

—¿Descartamos a Penélope?

Anselmo se encogió de hombros.

—Habrá que planteárselo al Carpeta —comentó ella—. Lo dejaremos para la siguiente reunión. Aunque por el momento nos va a costar encontrar a alguien que tuviese algo en contra de Benito Montoya, aparte de los tres del hospital.

Lunes, 2 de diciembre de 2019 • 14:00 h

El domingo anterior, Ernesto tuvo una conversación con Marcelo y, antes de despedirse, el expolicía le propuso quedar los tres en el Segoviano para almorzar al día siguiente. Claudia estuvo de acuerdo y se citaron para el lunes a las dos de la tarde.

Al llegar al local, Ernesto tuvo claro que Marcelo se había convertido en cliente habitual en los últimos dos años; Antonio, el camarero, los saludó cordial cuando entraron.

—Os he reservado vuestra mesa —dijo a Marcelo—. ¿Una caña en la barra?

Tomaron las cervezas en el mostrador acompañadas por un plato de almendras.

—¿Manitas de cochinillo? —preguntó el expolicía.

Antonio asintió mientras secaba una copa. Bajo el bigote de Marcelo, su boca se distendió en una plácida sonrisa, al tiempo que Claudia mostraba su rechazo.

—Un manjar —comentó—. Antes de preparar cochinillo al horno se las cortan y luego las cocinan al estilo clásico. Impresionante.

Tras pasar al comedor y ocupar sus asientos, pidieron los obligados buñuelos de bacalao con mermelada de verduras y cada uno un plato principal.

—Tengo noticias jugosas respecto a nuestra amiga Penélope —dijo tras engullir una almendra y se inclinó hacia ellos en tono confidencial —. La chica nació en Sevilla en 1994 —les mostró una copia de la partida de nacimiento y el historial del hospital—, de padre desconocido, aunque alguien acompañó a su madre al parto ya que en el consentimiento para la cesárea hay una especie de asterisco en el lugar de la firma del familiar. —Hizo un gesto como si el detalle no sirviera de mucho—. Por motivos de trabajo, la madre se trasladó a Purullena antes de que ella cumpliera un año, y al cumplir los cinco, queda huérfana tras fallecer su madre después de una intervención…

Al escuchar esto último, Claudia casi se atragantó con un sorbo de agua.

—¡Ey! —exclamó Ernesto—. ¿Estás bien?

—¿Has dicho que murió tras una operación? —preguntó y volvió a toser.

—Correcto —confirmó Marcelo con extrañeza.

—¿Sabes dónde la operaron? —preguntó—. Purullena está muy cerca de Guadix.

Marcelo negó sin terminar de entender.

—Supongo que me puedo enterar.

—¿Tienes el nombre de la madre? —preguntó Claudia mientras

sacaba su bloc. Se escuchó el clic del bolígrafo y Claudia lo anotó—. Disculpa la interrupción.

Marcelo hizo una inclinación de cabeza y continuó:

—Ahora viene lo mejor. —Sacó un sobre con fotos y lo dejó sobre la mesa—. Ayer por la tarde nuestra joven se reunió con el doctor Cascales en una cafetería del centro. —Empezó a mostrarlas—. Tomaron una agradable merienda, que prolongaron casi dos horas, y al despedirse —dejó la frase en suspenso y les mostró una serie de fotografías en las que Cascales abrazaba a Penélope y le daba un par de besos en dos momentos diferentes—. ¿Qué os parece?

Ernesto y Claudia se intercambiaron las últimas instantáneas: a Cascales se le veía especialmente cariñoso mientras la joven hacía un gesto parecido a una sonrisa y terminaba por estamparle a él un beso en la mejilla.

—Yo diría que ella es la infiltrada en el taller —dijo Ernesto, pero Marcelo se quedó mirándolo con gesto socarrón.

—¿Nada más, doctor? —le preguntó.

—Me sobra con eso —respondió Ernesto; Claudia, por su parte, volvió a examinar las fotos y luego levantó una mirada sorprendida hacia el expolicía.

—¿Piensas que Cascales es su padre?

Marcelo apretó los labios bajo su bigote y movió la cabeza en sentido afirmativo; ella se limitó a fruncir los labios no muy convencida.

—De todas formas, eso no nos importa demasiado —dijo mientras recogía las copias—. Con confirmar que es la infiltrada tenemos suficiente para desmontar su historia y obligarlo a que se retracte públicamente.

—¿Cómo piensas confirmarlo? —Ernesto sentía curiosidad.

—Espero poder contártelo el jueves —respondió enigmático. Sin darle tiempo a más preguntas, se giró hacia Claudia—. ¿Y la investigación de los asesinatos, cómo va?

Claudia tragó un bocado de su plato y tomó un breve sorbo de agua.

—Complicada —dijo—. Desde el principio hemos trabajado sobre la hipótesis de que Penélope fuese el objetivo, pero a partir del hallazgo del cadáver de Alejandro Sierra ya no lo tenemos tan claro.

—¿Alguna relación entre ellos? —preguntó Marcelo.

—Fueron traumatólogos en Guadix desde los comienzos del hospital —explicó ella—. Tuvieron un prolongado enfrentamiento con la dirección y un par de jefes de servicio, y ni el gerente ni los dos jefes salieron bien parados de aquello.

—Sorprendente —comentó el expolicía—, imaginé que sería al revés.

Claudia sonrió.

—Más te sorprenderías si conocieras toda la historia.

—Entonces el móvil sería la venganza. —Se aventuró Marcelo. Claudia lo confirmó.

—El problema es que de aquello han pasado diez años —dijo ella —. Piñero, que era jefe de anestesia, ahora es un tipo famoso y de éxito en su profesión; Adela Lupión, la jefa de preventiva, salió de allí por pies y a cambio de sus servicios le regalaron un puesto en la inspección de trabajo; Miguel Herrero, el que era gerente durante el conflicto, fue quien salió peor parado: les abrió la correspondencia, lo condenaron a quince años y acaban de concederle la condicional.

—¿Justo ahora? —se interesó Marcelo.

—Hace seis meses —aclaró ella—. Tanto da.

Marcelo se mostró de acuerdo.

—¿Por quién os incliná is? —preguntó—. Parece claro.

—La de preventiva es una mujer sin iniciativa alguna, no la veo a ella sola planeando todo esto—dijo—, y el de anestesia tiene la vida arreglada y no parece ser de los que pierden el tiempo en vengarse, me parece demasiado inteligente para eso. Si tuviese que escoger, me quedo con el gerente solo o con la ayuda de la preventivista. Para mí Piñero está descartado.

Marcelo inclinó la cabeza pensativo.

—Quizás no estés siendo del todo imparcial con respecto a Piñero —insinuó Ernesto.

Claudia bajó la vista hacia su plato un instante, como si estuviese conteniendo la respiración, y luego dirigió a Ernesto una mirada tan afilada como sus palabras.

—Como mujer podría no ser imparcial —dijo con voz tensa—, pero no te permito que dudes de mi imparcialidad como profesional.

Marcelo los contempló sorprendido por el tono empleado por Claudia, pero guardó silencio.

—Tiene coartada, el móvil es inconsistente y no obtiene ningún beneficio con esas muertes —recitó con dureza—. El día que cambie algo de esto, volveré a considerar la posibilidad, ¿está claro?

La mesa quedó en silencio tras la respuesta de Claudia; a los pocos segundos ella se levantó con un escueto «voy al baño».

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Marcelo mientras miraba a Ernesto con los ojos muy abiertos.

Ernesto le resumió la historia de los días anteriores y el expolicía asintió.

—Se le pasará —dijo al fin, momentos antes de que Claudia regresara—. Pero es verdad que has pisado una mina.

El almuerzo terminó en una tensa calma y cuando se despidieron Claudia casi no se dirigió a Ernesto; ella regresó a la comandancia y él

a su consulta.

Miércoles, 4 de diciembre de 2019 • 9:00 h

El capitán los había citado en su despacho a los dos a primera hora. Anselmo se ofreció a preparar un resumen y hacer la presentación inicial, cosa que a Claudia le pareció buena idea: a él le hacía falta soltarse en esos menesteres y a ella le venía bien emplear ese tiempo en otros asuntos.

A punto de dar las nueve, Claudia se levantó a por un café para llevárselo a la reunión y cuando regresó a su mesa para coger el bloc se encontró a Anselmo cargando una voluminosa caja de documentos.

—¿Para qué es eso? —preguntó divertida.

—Pues para el capitán, ¿para quién si no?

Ella soltó el tazón y le quitó la caja de las manos; la dejó sobre la mesa y a cambio le puso la libreta con sus notas en la mano.

—Quiere un resumen, no todo el libro de texto —dijo mientras echaba a andar hacia el despacho.

—¿Un resumen? —repitió—. ¿Y de dónde saco yo un resumen?

Ella le golpeó en la cabeza con un dedo.

—De aquí, hombre. De aquí. —Él la miraba con los ojos como platos—. Venga, tú arranca que yo te ayudo.

Claudia tocó con los nudillos y abrió sin esperar respuesta.

—¿Permiso?

El capitán tenía el auricular del teléfono pegado a la oreja y les hizo un gesto con la mano libre para que pasaran y se sentaran. Ellos esperaron a que terminase la conversación.

—Buenos días —los saludó—. Vamos allá —dijo mientras se frotaba las manos—, a ver esos avances.

Anselmo carraspeó. Se le veía nervioso, y cuando le ocurría, la entonación gallega se le acentuaba.

—Con su permiso, mi capitán —comenzó—. Tenemos el asesinato de Benito Montoya y el de Alejandro Sierra, ¿estamos? Al principio nos pareció que el asesinato de Montoya podía ser un error, pero hemos terminado por creer que no fue así.

—Un momento —lo interrumpió—. ¿Qué ha sido de la hipótesis Penélope?

—Pues parecía probable en un primer momento —explicó—, pero no hemos conseguido encontrar a nadie que reúna móvil y oportunidad.

—¿Y con Montoya habéis encontrado a alguien?

—No por ahora —intervino Claudia—. Montoya y Sierra fueron compañeros en un hospital hace diez años. Allí tuvieron un enfrentamiento con la dirección y un par de jefes de servicio; hubo denuncias, intervino la justicia y tanto la dirección como los jefes

pagaron por eso, en especial el gerente, que acabó condenado a quince años.

—¡Quince años! —Fue a medias pregunta y exclamación—. ¿Qué hizo ese hombre? ¿Volar el hospital?

—No, señor —explicó Anselmo—, les violó la correspondencia.

El capitán mostró su sorpresa y les indicó que continuaran. Anselmo le resumió el relato de los traumatólogos y la documentación que les habían entregado; contó el episodio de Benito Montoya con el desconocido y la casualidad de que el gerente llevase seis meses fuera de la cárcel, tiempo suficiente para haber planificado los asesinatos.

—¿Se sabe algo de ese desconocido?

—No —respondió Anselmo—. En el bar en que se encontró con Montoya uno de los camareros recordaba a un hombre con mala pinta que merodeó por la zona varias tardes. Al parecer, el camarero salía de cuando en cuando a fumar a la puerta y lo vio en varias ocasiones, como si vigilase el local. Pero él no trabajaba la tarde en la que se supone que el desconocido habló con el traumatólogo y el compañero que hizo ese turno no recuerda prácticamente nada —explicó—. Me hizo una descripción muy vaga, dijo que tenía una expresión en la cara como si le dolieran los pies y no supo decirme nada más.

—Como si le dolieran los pies… —El capitán repitió la frase como si masticara cada palabra—. ¿Y eso qué quiere decir?

Anselmo se encogió de hombros con elocuencia.

—Tenemos a otros dos traumatólogos que también participaron en el jaleo del hospital —dijo Claudia—. Se mostraron reacios, pero al final accedieron a reunirse con nosotros. Están asustados y eso también es significativo.

—Uno de ellos tiene pensado quitarse de en medio un tiempo —aclaró Anselmo para corroborar las palabras de su compañera.

—Entonces —resumió el capitán—, tenemos a tres posibles sospechosos de matar a dos traumatólogos en venganza por algo ocurrido hace diez años —terminó balanceando la cabeza con gesto escéptico.

—Ya nos habíamos entrevistado con los sospechosos —explicó Claudia—, pero con la información que nos han facilitado los traumatólogos, los vamos a citar aquí para apretarles un poco más.

El capitán no parecía muy complacido con la marcha de las investigaciones.

—No termino de tener claro que la relación entre los dos homicidios sea sólida —dijo—, aparte del hecho de que los dos son traumatólogos.

—Hay algo más —Claudia lo rebatió—. En ninguno de los dos parece haber un móvil claro. Mírelo de esta manera: el asesino de Alejandro Sierra lo planificó muy bien para que pareciera una

desaparición y una muerte por accidente. De no ser por la cadena rota de un ciclista, podrían haber pasado meses hasta que alguien hubiese dado con el cadáver —explicó— y no solo eso, de no ser por la inesperada tormenta de esa tarde y porque el doctor Sierra acababa de recoger el coche de una revisión, quizás nunca hubiésemos descubierto que lo que parecía un accidente era, en realidad, un homicidio.

—Sigo sin ver la relación —insistió el capitán.

—El asesinato de Benito Montoya nos ha tenido despistados —continuó ella—. Durante semanas hemos enfocado la investigación con la perspectiva de que el objetivo del asesino era Penélope Avivar. —Hizo una pausa—. Ahora unamos las dos historias —dijo—: si dentro de unos meses hubiese aparecido el cadáver de Sierra muerto en un accidente de tráfico, jamás se nos hubiera ocurrido relacionar ambos crímenes.

El capitán dejó escapar un resoplido.

—Así que tú crees que el asesino juega a despistarnos —sugirió pensativo—. Un homicidio parece un error y el otro parece un accidente.

—Eso es lo que pensamos —respondió ella—. Si lo de Alejandro Sierra le llega a salir bien, aún estaríamos con la hipótesis de Penélope.

—¿Y si esa era su intención, por qué no limitarse a distanciar ambos crímenes en el tiempo?

—Quizás para evitar que los demás tengan tiempo de prepararse y se lo pongan más difícil —apuntó Anselmo—, o quizás por algún motivo que desconocemos al asesino le ha entrado prisa.

El capitán se rascó la cabeza.

—Visto así, los diez años empiezan a no parecer tanto tiempo —dijo—. Es demasiado maquiavélico —se quedó pensativo y al final afirmó con la cabeza—. Está bien —dijo—. Interrogad a esos tres y apretadles las clavijas, pero si queremos que el juez nos eche una mano tendremos que llevarle algo más que el borrador de una novela policiaca.

—Por supuesto, señor —dijo Anselmo muy serio.

—Relájese, Sotelo —dijo el capitán—. Lo están haciendo bien, sigan así.

—Gracias, señor —dijo Claudia.

—Por cierto —recordó el capitán cuando se disponían a salir—, ¿del asesinato del aparcamiento nada nuevo?

Claudia negó desde la puerta.

—Parece un ajuste de cuentas, probablemente lo sea —sugirió ella —. Ni huellas, ni ADN, ni testigos. Nada.

—Entonces lo damos por no resuelto —Le hizo un gesto con la

mano para indicarle que podía marcharse.

Jueves, 5 de diciembre de 2019 • 19:30 h

Marcelo abrió un archivador de tarjetas y seleccionó una con su nombre y el logo de su primera agencia de detectives. Después condujo hasta el centro y se sentó en un café frente a la puerta del edificio donde tenía su consulta el doctor Cascales. Por teléfono había simulado pedir una cita a la hora más tardía que se pudiera: «Lo sentimos mucho, el doctor Cascales no atiende después de las ocho de la tarde», fue la respuesta de la secretaria, de modo que calculaba una espera de poco más de media hora.

En efecto, pasaban diez minutos de las ocho cuando el psiquiatra salió a la calle con su perenne expresión de tener un bote de amoniaco bajo la nariz y se alejó calle abajo con paso acelerado, momento que aprovechó Marcelo para dejar unas monedas junto a su café, cruzar la calle y apretar el pulsador junto al ostentoso cartel de la consulta. Sin ninguna pregunta, el zumbido de la cerradura le dio la bienvenida. «Luego se quejan de que hay robos», se dijo con desazón.

La secretaria era una señora de mediana edad, elegante y sobria, con ademanes agradables.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes —dijo Marcelo—. Soy investigador privado —le entregó la tarjeta de visita y aguardó a que pudiese leerla.

Ella le echó un vistazo, se la devolvió y luego se apoyó en el mostrador que había entre ellos y se quedó mirándolo con atención.

—Usted dirá.

—Verá —dijo—. Nos han encargado la búsqueda de una persona —comenzó dubitativo—, su padre era el capitán de un barco mercante desaparecido hace más de veinte años —explicó con cara de empleado de pompas fúnebres—; seguro que recuerda el secuestro del Tayaka Maru, en Somalia. —No esperó respuesta de ella—. A este hombre lo rescataron hace casi un año. Imagínese: desnutrido, enfermo… casi no recordaba nuestro idioma, de hecho, su única palabra durante muchos días fue «Penélope».

La secretaria dio un respingo y sus ojos y su boca se abrieron en una muda expresión de sorpresa. Para Marcelo esa reacción casi era suficiente, pero decidió aventurarse un poco más.

—Los médicos que lo atendían pensaron que se trataba de un delirio —continuó—, pero según mejoraba su situación y poco a poco recuperaba el lenguaje, terminaron por entender que la tal Penélope podría ser su hija —En ese momento sacó del bolsillo una fotografía actual de la joven y la depositó sobre el mostrador, frente a la mujer —. Nos encargaron investigar el caso y tenemos la seguridad de que esta hermosa joven es su hija. Ese hombre está destrozado, no levanta

cabeza, y los doctores piensan que quizás si consiguen que se reúna con ella encontrará fuerzas para seguir adelante.

—La conozco —dijo ella con celeridad, parecía emocionada—, claro que sí; fue paciente de este centro hasta hace poco más de un año.

—Oh, Dios —dijo—. Gracias. ¿Está segura? —preguntó como el que teme otra decepción.

—Por supuesto —aseguró ella con los ojos brillantes—. Puede estar tranquilo, su búsqueda ha terminado.

Marcelo la contempló como si fuera su ángel de la guarda y pareció emocionarse. Ella le pasó la mano por el antebrazo un momento hasta que Marcelo simuló reponerse.

—Imagino que aún conservarán su datos —preguntó él—. Teléfono, dirección.

Ella lo contempló con cara de circunstancias.

—Los tenemos en su ficha —dijo—, pero me temo que hasta que no me autorice el doctor Cascales no podré facilitarles nada. Quizás si me llama mañana a primera hora de la tarde…

—Ah, por eso no se preocupe —la interrumpió Marcelo—. Ahora que sabemos que ustedes tienen esa información, serán las autoridades las que la soliciten por los cauces formales; no queremos causarles ningún problema.

Le dio las gracias varias veces y se despidió.

—Confirmado —dijo por su móvil nada más salir a la calle—. La semana próxima tendré una conversación con ella; le diré algo para cabrearla, que la obligue a reunirse con Cascales, de modo que a partir del lunes no quiero que la perdáis de vista, y en cuanto estén los dos juntos, me avisáis.

Después de colgar telefoneó a Ernesto y a Lucía para darles la buena noticia.

—Solo un poco más de paciencia —dijo a Lucía antes de terminar —. Es cuestión de días, te lo prometo.

Viernes, 6 de diciembre de 2019 • 10:00 h

—No hay manera, ninguno de los dos responde al teléfono —Anselmo lanzó el móvil con rabia sobre la mesa plagada de fotos y papeles. Llevaba dos días tratando infructuosamente de localizar a los traumatólogos.

Claudia se levantó, fue hasta una estantería y regresó con un expediente.

—Tómalo con calma —le dijo al volver a su puesto—. ¿Necesitas hablar con ellos o te preocupa su seguridad?

—Ambas cosas —contestó—. Los necesito para que me expliquen los historiales médicos: hay marcas y subrayados cuyo significado no entiendo —dijo—. Es más, ni siquiera sé si los habrán hecho ellos. Estoy muy perdido con los detalles médicos.

Claudia alzó las cejas sin comentar nada.

—¿Has encontrado entre los fallecidos a la madre de Penélope? —preguntó al rato.

—Sí —respondió y le acercó uno de los portafolios—. Debió de ser una intervención sin importancia porque le dieron el alta ese mismo día. A las cuarenta y ocho horas volvió a ingresar por fiebre y ya no salió.

Claudia pensó que tendría que hablar con alguno de los forenses para enterarse de hasta qué punto era normal una complicación de tal envergadura en una persona joven y sana.

—¿Vuelves al asesinato del aparcamiento? —Anselmo señaló con su boli el expediente abierto sobre la mesa de Claudia.

—Un vistazo rápido —dijo ella—. En la reunión con el capitán caí en la cuenta de que el asesinato de Montoya podía parecer un error; el de Alejandro Sierra, un accidente; y el de Óscar Ripoll «parece» un ajuste de cuentas.

—¿No pensarás que también esté relacionado?

Claudia inclinó su silla hacia atrás y fijó la vista en el techo.

—No lo sé —respondió elusiva—. Supongo que no.

—Relacionado… ¿cómo? —insistió pensativo—. Lo único que tienen en común es que los tres conocieron a Piñero, pero entre ellos ni siquiera hubo relación.

—Parece absurdo, lo sé.

La siguiente media hora transcurrió en silencio, hasta que Claudia cerró la carpeta del asesinato de Ripoll y se levantó. Un veterano del FBI le dijo una vez que si tenía la sensación de que algo no encajaba, lo mejor era dejarlo reposar y retomarlo algún tiempo después: «Quizás no seas consciente pero tu cabeza haya percibido un detalle fuera de lugar». Pero nada por el momento; el caso de Óscar Ripoll

parecía un sórdido asesinato relacionado con el mundo de la droga.

—Vuelvo a Motril —dijo a Anselmo—. Tengo cita a la una con la baronesa.

Claudia salió a la calle. A unos metros de la puerta la esperaba Fernando Vergel apoyado en su motocicleta.

—Sargento Tatsis —la llamó mientras aceleraba el paso tras ella.

—Buenos días —lo saludó—. ¿Sabe que tiene loco a mi compañero?

El otro hizo un gesto ambiguo, como si no le diera importancia.

—¿Tiene un momento?

Ella le explicó que disponía de una media hora; Fernando le señaló una cafetería cercana.

—Después de la conversación con ustedes en el hotel, recordé algo que nos comentó Benito acerca de su encuentro con el tipo de la cafetería —explicó nada más sentarse—. Hizo referencia a que habíamos pasado un detalle por alto o algo parecido.

Claudia dejó la cucharilla junto a la taza y le prestó atención: aquel hombre estaba nervioso, asustado. El aplomo de la tarde en el hotel parecía haberse esfumado.

—Estuve repasando los historiales de los fallecidos en Guadix —continuó—. En aquel entonces nos habíamos centrado por completo en el aumento de las infecciones sin fijarnos en nada más, pero ahora me he dado cuenta de que en más de la mitad de los pacientes infectados, Piñero fue el anestesista.

—Es mucho —comentó ella pensativa.

—Eran ocho en el servicio —explicó él—: es muchísimo.

—¿Hubo muchas muertes por las infecciones?

—Más de lo normal, desde luego —afirmó—, y no solo muertes, hubo pacientes a los que la infección les destrozó la vida.

Claudia lo contempló con cara de no entenderlo del todo.

—Nuestra especialidad no suele ser de las que salvan vidas, aunque a veces también —dijo él—, nosotros nos ocupamos más bien de la calidad de vida: dolor, cojera, incapacidad, eso es lo que nuestros pacientes quieren que les solucionemos —aclaró—. Cuando un paciente entra en quirófano para una prótesis de cadera, el objetivo es que el dolor y la cojera desaparezcan; poder caminar, pasear, llevar a sus nietos al colegio y no depender de la ayuda de otros para hacer su vida. Si todo va bien, su calidad de vida mejora de modo espectacular, pero si la prótesis se infecta, los siguientes años se convierten en un calvario de ingresos prolongados, reintervenciones, y si tiene suerte, terminar casi peor que al principio.

Ella asintió tras la explicación.

—Comprendo.

—Una infección en cirugía protésica es un verdadero desastre —

resumió él—, de ahí nuestra alarma de entonces y nuestra desesperación al ver que nadie hacía nada para evitarlo.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Qué sentido tiene?

Fernando meneó la cabeza sin dejar de mirarla. Terminó con un largo suspiro.

—Por más vueltas que le dé, creo que no lo entenderé jamás —afirmó—. Les daba igual. Me asusta pensar que, de no ser por nuestra denuncia, todo hubiera seguido tal cual.

—Debo reconocerle que suena paranoico.

Fernando asintió con tristeza.

—Así era entonces —confirmó—, por eso nos costó tanto que la opinión pública reaccionase. Es curioso, pero a la población en general le cuesta mucho asumir que a muchos de los encargados de velar por su seguridad, esa seguridad les importa en realidad menos que un comino. Tanto da que hablemos de la salud, de los viajes en avión o del dinero que tienen en el banco. Por eso los mecanismos de control deben ser independientes y eso, al menos en sanidad, no se cumple.

—Confianza ciega —resumió Claudia.

—Así es —la secundó él—. Nuestra civilización se basa en que confiamos en personas a las que jamás pondremos cara. Ni siquiera en personas. Damos por hecho que el panadero es un tipo limpio, que la cocina del bar no está infestada de cucarachas o que en algún lugar de la red habrá siempre una cifra que coincide con la suma de nuestros ahorros. De eso trató la crisis de 2008.

Claudia no pudo más que darle la razón.

—En cierto modo —dijo él con tono algo más calmado—, creo que en aquellos años perdí la inocencia: yo era de los que pensaban que en el fondo todas las personas albergan buenas intenciones y que si actúan mal debe de ser porque están en un error —reconoció con cierto sonrojo—. Pero no, allí comprendí que hay gente que conoce perfectamente la diferencia entre el bien y el mal, y elige el mal.

—Por desgracia así es —convino ella—. Al menos ustedes fueron capaces de pararles los pies.

Fernando la miró con pesar mientras negaba con la cabeza. Sus palabras brotaron cargadas de un desaliento que sonaba antiguo, como la textura de una canción en un gramófono.

—A la Administración no se le pueden parar los pies —dijo—. No es un ser humano, es un rodillo; no come, no duerme, no descansa. Hoy son unos quienes la dirigen y mañana serán otros, pero esa máquina no cambia, camina sola. Lo más que conseguimos fue frenarla durante algún tiempo, es verdad, pero nosotros sí tenemos que comer, que descansar; los años pasan y las fuerzas ya no son las mismas, y esa masa informe llamada Administración sencillamente pasa a tu alrededor como una ameba. Te evita y sigue adelante.

Los siguientes segundos cayeron lentos; sus palabras eran un alegato a la desesperanza.

—¿Su compañero está bien?

—Sí —respondió Fernando—, pero creo que va a estar en paradero desconocido por un tiempo. Han conseguido meternos el miedo en el cuerpo —añadió con desgana.

—Lo comprendo —dijo ella—, pero no nos esquiven; estamos de su parte.

Él no dijo nada, se limitó a mirarla con desánimo.

—Llámennos si ocurre cualquier cosa —dijo ella antes de despedirse—. No corran riesgos innecesarios. Mi compañero tiene algunas dudas acerca de los historiales médicos de los pacientes —añadió con un gesto hacia el interior de la comandancia—, estaría bien que tuviésemos otra conversación, aunque solo sea con uno de ustedes.

—Está bien. —No parecía muy convencido—. Hablaré con Juan Diego. La llamaré el viernes como muy tarde.

—Hágalo —dijo ella con un gesto de ánimo—. Podemos ayudar.

—Usted piensa que estamos en peligro, ¿verdad? —No sonó a pregunta.

Ella apartó la mirada hacia el final de la calle y empezó a afirmar con la cabeza antes de responder.

—Creo que sí —se sinceró mirándolo de frente—. Lo que no tengo claro es el motivo —añadió.

—¿No cree que sea una venganza del gerente del hospital? —preguntó con incredulidad—. Diez años en la cárcel parecen motivo suficiente.

Ella negaba.

—Ha tenido diez años para meditarlo—dijo ella— y seis meses más desde que salió de prisión. ¿Y ahora, de repente, le entra la prisa y asesina a dos de ustedes en tres días?

Él se encogió de hombros con desdén. No parecía convencerle la duda de ella.

—Solo con haber dejado pasar unos meses entre las dos muertes jamás las hubiésemos relacionado —arguyó ella y volvió a negar con la cabeza—. No lo entiendo, ¿a cuento de qué esa urgencia?

Fernando la contempló un momento; parecía estar menos seguro de su teoría. Luego le aseguró que la llamaría el viernes y se alejó.

Mientras conducía hacia Motril, Claudia no paraba de darle vueltas a la conversación que acababa de mantener. Fueron años de lucha contra la Administración; cualquiera se hubiese rendido mucho antes, pero ellos siguieron adelante y terminaron por salirse con la suya. ¿Cuántas vidas habrán salvado con su empeño? ¿Cuánta calidad de vida, por usar las palabras de Fernando, se habrá conseguido? En una

guerra como esa, nadie les va a colgar una medalla jamás; ni siquiera se lo van a agradecer. Silencio es todo lo que pueden esperar, silencio y que los dejen en paz; y si es verdad que los asesinatos tienen relación con todo aquello, ni siquiera eso.

Viernes, 6 de diciembre de 2019 • 13:00 h

La mansión de doña Pilar García-Modrego Castán se había engalanado para festejar el día de la Constitución y el ajetreo del personal de servicio contrastaba con la calma de su anterior visita. En el extremo de la terraza, dos hombres con ropa cómoda pero muy elegante departían animados mientras degustaban un aperitivo; la anfitriona pasó ante ellos, se detuvo un instante para un breve comentario y luego continuó hacia Claudia.

—Sargento Tatsis —la saludó sonriente—. Hoy no disfrutaremos de la calma de la otra tarde.

—Debería haberme dicho que no era buen momento —sugirió Claudia, pero ella la cortó con un gesto de la mano.

—Desde que compramos la casa, hace ya más de un lustro, celebramos cada año el día de la Constitución con un escogido grupo de amigos —explicó.

—Entonces es obvio que será mejor que me marche y vuelva cualquier otro día —insistió—. Me siento incómoda. Es la anfitriona, todo esto debe hacerle ilusión y temo que mi presencia hoy aquí no sea más que una molestia.

Pilar la contempló con la cabeza ligeramente inclinada.

—¿Recuerda cuándo fue la primera vez que vio un atardecer, o una estrella fugaz? —preguntó de improviso—. ¿Su primera casa, la primera vez que tuvo sexo, la primera vez en que se sintió tan insignificante como una mota de polvo al contemplar el cielo en una noche de verano?

—Recuerdo algunos de esos hechos, claro que sí —respondió con mirada curiosa.

—Estamos lejos de la edad de las primeras veces —continuó—. Quizás usted no todavía, pero le aseguro que yo dejé atrás esa frontera.

Claudia le mantuvo la mirada en silencio.

—Lo que intento decirle —explicó—, es que ya hace años que mi camino abandonó el territorio de la ilusión, y la ilusión es un motor muy poderoso para la vida. Me refiero a la ilusión por descubrir, por lo nuevo. Cada vez se me hace más difícil encontrar una primera vez de lo que sea.

—Es lógico…

—Puede ser, pero no es fácil de aceptar. No todos asumen que la edad de la serenidad sustituye casi sin darnos cuenta a la edad de la ilusión y eso puede ser un serio problema para ser feliz. Los hay que se vuelven adictos a la novedad porque necesitan esa sensación para sentirse vivos y eso suele convertirlos en personajes extravagantes,

cuando no en verdaderos peligros.

—Nunca es tarde para algo nuevo —recitó Claudia como quien lee un sobre de azúcar.

Pilar asintió pausada varias veces.

—No está de acuerdo —comentó pensativa—. Supongo que eso es señal de que aún no ha traspasado esta frontera.

Claudia negó varias veces con la cabeza.

—No me malinterprete —respondió—. En general estoy de acuerdo. Sin embargo, la miro, la escucho hablar y mi sensación es que dista mucho de parecer una mujer desilusionada.

—Quizás no me he explicado bien —sugirió su anfitriona—. En mi opinión, según van pasando los años, hay que aprender a sustituir, por lo menos en parte, la explosiva ilusión de lo novedoso por la serena ilusión de regresar a lo conocido: los viejos amigos, un buen vino, un buen hotel, un teatro.

Las dos mujeres permanecieron sin decir nada unos segundos.

—En fin —Pilar dio por concluido el paréntesis—, podremos charlar sin problemas hasta la hora del almuerzo. Seguro que se las apañan bien sin mí, así que dígame.

—¿Conoce a Alberto Piñero? —preguntó Claudia tras aclararse la voz.

—Alberto… —Simuló un gesto de enfado—. Él único que se ha atrevido a rechazar la invitación para la cena de hoy.

—Veo que se conocen bastante.

—Desde hace mucho tiempo —confirmó la señora—. Nuestra colaboración para el desarrollo de los dos fármacos, sobre todo el anestésico, fue muy intensa durante algunos años.

—¿Exactamente cuál fue esa época?

—Déjeme recordar —dijo ella pensativa—. Creo que la primera vez que lo vi fue por el año 2003 o 2004.

—¿En qué consistió la colaboración?

—Llevábamos desde principios de los noventa trabajando en una línea de investigación para un anestésico derivado de los corticoides —explicó, y al ver la cara de extrañeza de Claudia se corrigió—. Una familia de anestésicos, los detalles técnicos son lo de menos —dijo—. Alberto parecía conocer muy bien la bioquímica de estos fármacos y tardó muy poco en familiarizarse con los pormenores. De hecho, estoy convencida de que gracias a su aportación logramos corregir la dirección de las investigaciones y ahorrar mucho tiempo de ensayos y errores.

—¿Se refiere a ensayos en humanos?

Pilar se echó a reír.

—Qué va —dijo mientras le apoyaba la mano sobre la rodilla—. Los ensayos con voluntarios no comenzaron hasta varios años después;

aún estábamos en la fase animal. A Alberto le preocupaban mucho los efectos secundarios y la falta de profundidad del anestésico, y gracias a su insistencia logramos detectar un problema de la molécula inicial que afectaba al sistema inmune.

—¿En qué sentido?

Pilar pareció buscar las palabras adecuadas.

—Los corticoides pueden disminuir las defensas —explicó— y, por otro lado, la falta de profundidad del anestésico puede dar lugar a que el paciente esté despierto durante la intervención, lo note todo, pero no tenga capacidad de hablar o moverse.

A Claudia se le abrieron mucho los ojos.

—Eso debe ser horrible —dijo.

—Imagínese —comentó ella.

Claudia negó varias veces con una sensación de escalofrío en la espalda.

—Entonces esa molécula provocaba una disminución de las defensas —continuó—. ¿Se llegó a probar en seres humanos?

—No —negó Pilar—. En realidad, lo que afectaba al sistema inmune no era la molécula original, sino uno de los metabolitos que se producían al pasar por el hígado. Gracias a Alberto detectamos el problema en las pruebas en animales, lo que nos permitió modificarla y hacer desaparecer ese efecto secundario.

—¿Cuándo comenzaron las pruebas en seres humanos?

—En voluntarios sanos se probó en 2007 y en pacientes, en 2009.

—¿Dónde se hacen esas pruebas?

—En hospitales —respondió mientras asentía—. En este caso fue un ensayo en varios centros coordinado por Alberto Piñero.

—Entonces, ¿nunca se probó a finales de los noventa?

Pilar negó con rotundidad.

—En esa época estábamos con el diseño de la molécula —dijo.

—¿Participaba Óscar Ripoll en esas investigaciones?

Claudia tuvo la sensación de que el semblante de Pilar se ensombrecía.

—Formaba parte del equipo, es correcto —dijo pausada.

—¿Y el motivo de su cese tuvo relación con esta investigación?

Pilar la contempló en silencio un instante mientras se pellizcaba el labio inferior con dos dedos.

—Ya le comenté que esto forma parte de mi cláusula de confidencialidad —dijo—. Extraoficialmente le puedo decir que él estaba convencido de que la molécula original iba a ser un éxito y manipuló algunos resultados para que no contradijeran sus teorías. Pero todo eso fue en la fase inicial y gracias a Piñero pudimos evitar que el problema llegara a afectar a las personas.

—En casa de Óscar Ripoll encontramos unos sobres con dinero —

dijo Claudia—. En dos de ellos estaban escritas sus iniciales. ¿Le enviaba usted dinero de forma periódica?

—¿Mis iniciales? —repitió extrañada—. No, nunca le envié dinero.

—¿Se lo pidió alguna vez?

—Nunca —respondió ella—. Imagino que debió pasar momentos malos, sobre todo después de salir de prisión, pero tenía su orgullo; creo que nunca me hubiese buscado para eso. —Se quedó un momento pensativa—. ¿Ha dicho que mis iniciales estaban en un sobre?

—En dos.

La boca se le arqueó hacia abajo mientras negaba.

—¿Alguna vez trató de hacerle chantaje?

Por un momento la mirada de la señora se endureció, pero fue algo muy fugaz y su expresión enseguida recuperó su majestuosa calma.

—¿Qué motivo podría tener? —preguntó como si Claudia acabara de afirmar que estaban en verano.

—Eso debería decirlo usted —dijo—. Calculo que el motivo, si lo hay, debe estar incluido en la cláusula de confidencialidad.

La anfitriona apartó la mirada unos instantes.

—Lo que sugiere no es agradable —comentó Pilar mientras volvía a mirarla con una sonrisa.

—Lo entiendo —dijo Claudia—, pero no suena tan descabellado. Un hombre que se considera a sí mismo un genio de la investigación, que tiene su orgullo y termina en la cárcel; convertido en un paria mientras sus compañeros de trabajo escalan la cima del éxito y lo contemplan desde las alturas. Si el motivo de su cese sigue siendo confidencial, debe haber algo que él conocía y que no deba conocerse. —Al terminar sostuvo la mirada de Pilar.

—La parte confidencial se refiere a las investigaciones en las que él participaba —dijo ella con calma—; el motivo del cese es el que le he comentado antes. No hubo más.

Claudia dio un giro a la entrevista:

—¿Se acuerda de lo que me preguntó acerca de utilizar los avances científicos de los nazis?

Pilar se mostró un tanto sorprendida y asintió.

—¿Cómo no? —dijo—. ¿Ha encontrado una respuesta?

—La respuesta no es mía —comentó—, me la dio el doctor Piñero: utilizar esos avances como una manera de reconocer el sufrimiento de las víctimas y castigar de manera ejemplar a los causantes.

—¿Eso le dijo? —La miró con incredulidad—. Así que el genial doctor Piñero se nos ha vuelto un romántico —dijo después con una agradable sonrisa.

—No parece una mala respuesta.

—Lo supongo —convino Pilar—. Castigar a los nazis nos deja a todos mucho más tranquilos —ironizó—. Pero si ese descubrimiento le

ofreciera la posibilidad de tratar a un ser querido con una enfermedad incurable y conseguir que pudiese llevar una vida normal, ¿seguiría opinando lo mismo de ese castigo ejemplar? ¿Le seguirían pareciendo unos monstruos?

—¿Sirvieron para algo los experimentos nazis? —rebatió Claudia—. Si no recuerdo mal sonaban más bien a ejercicios de crueldad y sadismo.

Pilar se levantó y caminó hasta la balaustrada. Sacó un cigarrillo de una pitillera de plata y se lo encendió. Después de soltar una bocanada de humo se volvió hacia Claudia.

—La historia la escriben los vencedores —dijo—; esa es la imagen que nos han querido dar.

—¿Y no es cierta?

—La verdad es que no en todos los casos—afirmó Pilar—. Los nazis no sumergían a los prisioneros de los campos de concentración en agua helada por el gusto de verlos congelarse; ni les daban a beber agua salada para disfrutar con su muerte: eso es lo que nos han vendido. —Ante la cara de extrañeza de Claudia, continuó—. Cuando los pilotos alemanes eran derribados en el Canal de la Mancha, se organizaban expediciones de rescate que rara vez tenían éxito. En aquel entonces no se conocía cuánto tiempo era capaz de mantenerse viva una persona en agua a una temperatura de cuatro grados, o qué cantidad de agua de mar se podía añadir a un litro de agua sin que dejara de ser potable —explicó—. Con sus experimentos solo pretendían salvar a sus pilotos y no arriesgar las vidas de sus rescatadores.

—No deja de ser una barbaridad —dijo Claudia tajante.

—La barbaridad fue hacer los experimentos con prisioneros judíos o gitanos que además no eran voluntarios —dijo ella—. En eso le doy la razón.

—¿No está de acuerdo con el castigo?

—Por supuesto —lo dijo sin dejar un resquicio a la duda—, pero como ya le he dicho, la historia la escriben los vencedores. Es probable que usted no sepa que, al mismo tiempo que se juzgaba a los nazis en Núremberg, en los Estados Unidos tuvo lugar un estudio en el que a cientos de hombres negros, enfermos de sífilis, se les negó con engaños el tratamiento con penicilina. Solo porque algunos médicos americanos querían conocer la evolución de esa enfermedad hasta sus últimas consecuencias. Cientos de ellos murieron; sus mujeres se contagiaron y muchos de sus hijos nacieron enfermos.

Los ojos de Claudia se abrieron de par en par.

—Y en la siguiente década, en una institución para huérfanos y niños con trastornos mentales de familias pobres de Nueva York, un grupo de médicos decidieron investigar la hepatitis —continuó con

tono descarnado—. No tuvieron reparos, por ejemplo, en mezclar las heces de los enfermos con los alimentos de los niños sanos, o inyectárselas por vía intramuscular. Querían saber cuál era la vía de contagio.

—No tenía ni idea —murmuró con espanto.

—Gran parte de lo que hoy conocemos de la hepatitis es gracias a aquellos experimentos —anunció con voz neutra—. Muchas vidas se han salvado gracias a los padecimientos de esos niños y el médico que dirigió los experimentos jamás fue castigado por ellos; se hizo famoso y falleció en 1995 sin haber mostrado nunca el más mínimo arrepentimiento.

Dio una larga calada al cigarrillo y lo apagó mientras se pasaba dos dedos por la barbilla.

—De los treinta y cuatro astronautas del proyecto Apolo, tres fallecieron en el incendio de una cápsula —dijo con su tono normal—. Casi un diez por ciento, una cifra que sería inaceptable en cualquier experimento médico. —Hizo una pausa—. La principal diferencia es que ellos sabían a lo que se arriesgaban y consintieron en hacerlo; los presos, en cambio, como los enfermos de sífilis o los niños de aquella institución, ni tenían información acerca de los riesgos, ni jamás dieron su consentimiento.

Claudia se había quedado muda; la miraba horrorizada.

—Como le dije —recordó Pilar—, vivimos en un mundo hipócrita y la investigación médica también lo es.

—Pero tiene que haber unos principios que rijan todo eso —protestó Claudia.

—¿Principios? —dijo Pilar con una áspera carcajada—. Vamos, sargento, no sea ingenua. Hace ya demasiado tiempo que los principios, en contra de lo que su nombre indica, se han convertido en lo último: ahora lo importante es saber quién ha cometido el delito y si es de mi tribu los principios se obvian. No tiene más que escuchar cualquier telediario.

Lunes, 9 de diciembre de 2019 • 17:00 h

Marcelo caminaba por la acera unos cuantos metros detrás de Penélope, a paso lento, porque la joven se movía con dificultad apoyándose en una muleta mientras con la otra mano sujetaba una bolsa con el logo de un supermercado. La mayoría de tiendas estaban cerradas por el traslado de la festividad del domingo al lunes, de modo que Marcelo calculó que se dirigía a un comercio cercano, abierto todos los días del año.

—Reactivamos el seguimiento —dijo por su móvil—. Vamos por Camino de Ronda dirección Villarejo. Avisadme cuando la tengáis controlada.

Tal como había imaginado, Penélope entró en el supermercado y él hizo lo propio unos segundos después. Mientras aparentaba buscar entre la verdura, observó cómo ella se hacía con algunos botes de conserva y los depositaba en la cesta. El fino temblor de sus manos resultaba evidente a corta distancia.

Cuando la vio dirigirse hacia la caja, cogió al azar un par de paquetes de bollería, aceleró el paso y se situó en la cola justo antes de que ella llegara. Tras recoger el cambio, se alejó unos pasos para detenerse junto a la puerta, y en el momento en que ella se dirigía a la salida con la cesta en una mano y la muleta en la otra, dejó caer una de las bolsas de pastelitos y se agachó bruscamente, de forma que ella estuvo a punto de chocar con él y la cesta casi se le escapó de la mano.

—Disculpe —dijo Marcelo mientras la ayudaba a sostener la bolsa de compra. Ella hizo un gesto de dolor, pero se repuso al momento—. ¿Se encuentra bien?

Murmuró un sí casi inaudible, pero el gesto se repitió al tiempo que levantaba un pie del suelo.

—¿Un calambre? —preguntó amable e hizo ademán de coger la bolsa—. Déjeme ayudarla.

Ella le agradeció el ofrecimiento.

—Se me pasará enseguida —afirmó con tono algo seco.

—Quizás debería sentarse —insistió él—. No tiene buen aspecto.

—Estoy bien, en serio.

—No se preocupe —dijo con amabilidad—. Se la llevo hasta que se le pase.

Con cierta reserva, la chica terminó por acceder y salió a la calle con algo más de seguridad. Una vez fuera, Marcelo fijó su mirada en ella con curiosidad.

—¡Qué casualidad! —dijo como si de golpe la hubiese reconocido —. Usted es la paciente del doctor Cascales.

—¿Cómo que «la» paciente?

—Claro —afirmó Marcelo—. Me lo dijo él mismo la semana pasada: usted fue su paciente hasta hace un año y luego dejó de asistir a las sesiones.

Penélope lo contemplaba como si estuviese delante de una aparición imposible.

—¿Cascales le dijo eso? —Fue una pregunta retórica—. Imbécil —murmuró en voz baja—. ¿Y usted quién es?

—Oh, por mí no tiene que preocuparse —dijo con tono despreocupado—, solo soy un detective privado.

A la joven le cambió la expresión y de un tirón arrebató la cesta a Marcelo.

—Váyase —dijo entre dientes—. Déjeme en paz.

Marcelo le dedicó una amplia sonrisa y una inclinación de cabeza, dio media vuelta y se alejó calle abajo. Antes de llegar a la esquina se cruzó con uno de sus hombres que pasó de largo a su lado sin siquiera mirarlo.

—Toda vuestra —dijo por el móvil mientras caminaba—. Avisadme en cuanto se reúna con Cascales.

Miércoles, 11 de diciembre de 2019 • 10:00 h

—Creo que no van a llamar —dijo Anselmo— y no lo entiendo, la verdad. ¿Cómo piensan protegerse?

Claudia le había referido la conversación con Fernando Vergel al salir de la comandancia y tampoco tenía claro que fuese a volver a contactar con ellos. La mirada se le fue hacia el reloj: las diez menos cuarto. Faltaban quince minutos para que Adela Lupión y Miguel Herrero llegaran a la comandancia.

—Lástima que el doctor Piñero esté fuera —se lamentó Anselmo—. Hubiera estado bien reunirlos a los tres antes del interrogatorio.

Claudia se dijo que esa táctica podía tener más sentido en el caso de que tuvieran relación con los asesinatos y como mínimo dos de ellos estuviesen actuando como cómplices, algo que no tenía nada claro.

—¿Se ha cursado la citación para Piñero? —preguntó.

—Está entregada —dijo Anselmo—. Está de viaje por el sur de Francia; tres conferencias, un congreso y unos días de vacaciones en los Alpes. No es mala vida —añadió.

Ella ya sabía todo eso; después de la primera copa, Piñero la había invitado a acompañarlo en su pequeña gira.

—Cuando lleguen les dejaremos un instante para que se saluden, pero nada más —dijo Claudia—. Luego tú te llevas a la preventivista a una sala y yo me llevo al gerente a la otra. Y ya sabes: con educación, pero con firmeza.

El saludo entre el antiguo jefe y su subordinada fue escueto y seco, en especial por parte de la preventivista, que parecía sentirse incómoda en su presencia. Anselmo la condujo a uno de los despachos y allí se estrelló con su carácter insulso, su tono mortecino y su exasperante costumbre de permanecer unos segundos en un silencio inexpresivo tras cada pregunta.

Entretanto, Claudia se sentó en otra sala con el gerente y comenzó la conversación dispuesta a no darle un respiro. A pesar de sus intentos por aparentar aplomo, la postura algo forzada y el continuo abrir y cerrar de la tapa de su mechero delataban la intranquilidad. «Este ya sabe lo que es la cárcel», pensó Claudia.

—Supongo que habrá traído los nombres de las personas que pueden confirmar su coartada —dijo nada más empezar.

Él sacó un papel de su bolsillo con un listado breve de nombres y números de teléfono que Claudia recogió y dejó sobre la mesa, a su derecha.

—¿Sabe por qué estamos aquí?

—Usted trabaja aquí y a mí me han enviado una citación —dijo

con un toque de sarcasmo—. Será por eso.

—Usted ya ha estado en la cárcel por violar correspondencia —comenzó ella sin inmutarse—. ¿Qué le parecería un juicio por haber ordenado a Adela Lupión silenciar el aumento de infecciones en el hospital que usted dirigía? Con sus antecedentes sería un pasaporte a cinco años más en prisión.

—¿Eso les ha dicho? —contestó tranquilo—. La cuestión es si puede demostrarlo, porque de lo contrario, alguien podría pensar que trata de escudar su incompetencia en una orden que nunca se le dio.

—Resulta difícil creer que no comunicara nada a sus superiores en la jerarquía —insinuó ella.

—Lo cierto es que yo no tuve noticia del problema de las infecciones hasta que recibí el escrito de los traumatólogos —aseguró él—. Cuando pedí a Adela que me explicara de qué iba todo aquello, ella me comentó que estaba en ello y lo tenía bajo control.

—Y su respuesta fue acosar a los traumatólogos —dijo ella.

—Eso fue mucho después —respondió—. Era la política de la consejería: jamás se le da la razón a quien se sale de los cauces internos —pareció recitar un aforismo que acompañó con el balanceo de su cabeza—. Desde el momento en que decidieron sacar la noticia a la prensa, el control de la situación empezó a estar fuera del hospital.

—Matar al mensajero —sugirió ella—. También decidió proteger a Piñero.

—Por el mismo motivo —insistió—. Le aseguro que no era algo personal. Hubo un punto de no retorno a partir del cual el mando lo tomaron en Sevilla y yo me limitaba a obedecer órdenes.

—Supongo que tendrá pruebas —dijo ella.

—Por supuesto —aseguró con una mueca torcida—. A buen recaudo, y si me veo en la necesidad las utilizaré sin dudarlo. Llámeme hijo de puta si quiere, pero nunca me llame tonto.

Ella lo miró con los ojos entornados.

—Abrió el correo de cinco trabajadores a su cargo —dijo—. No parece una decisión inteligente.

Una oleada de rabia pareció subir hasta el ancho rostro del gerente. Tomó aire un par de veces.

—Fue una cuestión de orgullo —rebatió él—. Tantos años en el poder, el respaldo de toda la maquinaria de la Administración, contactos a todos los niveles —dijo con un tono que a Claudia le recordó a la nostalgia—. Nos sentíamos poderosos, intocables, y cuando aquellos cinco… proscritos nos plantaron cara, al principio resultó hasta divertido.

—Poco duró la diversión —sugirió ella.

—No crea —respondió—. Dirigir aquel hospital era como conducir un rebaño de ovejas a pastar por la pradera hasta que aparecieron

esos. Al principio pensé que había sido una salida de tiesto y que con un buen tirón de orejas volverían al redil, pero su reacción fue toda una sorpresa; no solo encajaban bien los golpes, sino que los devolvían con todas sus fuerzas. Nadie esperaba que fuesen a aguantar tanto, aunque al final, da lo mismo.

Claudia asistió sorprendida a la respuesta del gerente.

—Se diría que los admira.

Él hizo un gesto de desdén.

—¿Admiración? —dijo—. No. Si quiere puede llamarlo respeto. Fueron inteligentes como para dosificar sus fuerzas mientras nosotros, supongo que por un exceso de confianza, cometimos demasiados errores. —De repente su gesto se volvió amargo—. A mí me tocó pagar por ellos —concluyó—, así que, a pesar del respeto que en su día les pude haber tenido, me importa muy poco lo que les ocurra. Si dos de ellos han muerto no espere unas lágrimas por mi parte.

Claudia se detuvo unos instantes.

—Hasta ahora es la persona con más motivos para querer vengarse de los traumatólogos —dijo—. Es el único que ha pagado con diez años de vida en la cárcel.

—Vuelve a llamarme tonto —respondió—. ¿Acaso su muerte me va a devolver un solo minuto de esos diez años?

—La venganza no repara el daño —dijo ella—, solo proporciona la satisfacción de devolverlo.

—Pensé que me había citado para una conversación amigable, no para insultarme —dijo con ironía—, quizás la próxima vez prefiera leerme mis derechos y prestarme una moneda para que llame a un abogado.

Claudia iba a responderle cuando una guardia entró y le susurró algo al oído.

—Disculpe un momento —dijo y salió apresurada. La compañera le indicó un teléfono descolgado y ella se sentó.

—¿Doctor Alcalá? —Su voz sonó apresurada—. Me alegro de que haya llamado.

—No sé nada de Fernando desde el viernes pasado —afirmó con voz tensa—. Nos hemos llamado a diario, pero el viernes dejó de responder.

—¿Desde dónde me llama?

—He comprado varios teléfonos de prepago —respondió—. He decidido perderme por un tiempo.

Claudia trataba de pensar un modo de convencerlo de que se dejara ayudar.

—Déjeme protegerlo —dijo ella—. Le buscaremos un lugar seguro y le pondremos vigilancia.

Hubo un silencio en la línea hasta que él lo rompió.

—¿Me va a buscar una identidad falsa? —preguntó escéptico—. ¿Y qué haría con mi mujer? ¿Me convertiré en su amante? —Se escuchó una risa forzada.

—La protección es para los dos —insistió ella.

—Se lo agradezco —dijo más sereno—. Hasta el momento no parece que las parejas corran peligro y yo prefiero ser dueño de mi vida; no pienso pasármela escondido.

—Fernando se encontró conmigo la mañana del viernes —dijo ella —. Le pedí que lo convenciera de volver a reunirnos; necesitamos ayuda con las historias de los pacientes. Quizás haya decidido hacer igual que usted.

—No lo creo. Y si así fuera, me lo hubiese dicho.

—¿Qué me dice de echarnos una mano con los historiales? —preguntó ella—. Donde usted decida.

—Lamento que eso no vaya a ser posible por el momento —contestó.

Claudia no encontraba más argumentos.

—Al menos llámeme —dijo—. Para saber que todo va bien. Fernando dijo que me llamaría el viernes, quizás lo haga.

—Me temo lo peor —reiteró él y luego estuvo unos instantes callado—. Está bien, la llamaré el viernes —se corrigió—; la llamaré cada viernes hasta que esto se resuelva.

—Hágalo.

—Y ustedes hagan su trabajo. —Fueron sus últimas palabras antes de que se escuchara un chasquido. Claudia contempló el mudo auricular con sensación de impotencia antes de colgarlo.

Cuando volvió al despacho, Miguel Herrero la esperaba en el corredor.

—¿Hemos terminado? —preguntó al verla llegar.

Ella cruzó una mirada con Anselmo que se encontraba unos metros detrás del gerente; no tenían nada.

—Sí —dijo sin ocultar su frustración—. Puede irse.

Jueves, 12 de diciembre de 2019 • 17:00 h

Lucía y Marcelo tomaban café en las oficinas del expolicía mientras esperaban a Ernesto.

—Hoy está algo más activa —dijo Marcelo—. Esta mañana ha hecho una pequeña compra y me dicen que está bastante mejor.

—Ya me contó Ernesto —comentó Lucía—. Según él, la intoxicación por arsénico puede provocar lesiones neurológicas.

—Estaba temblorosa, con calambres —confirmó—. Tendrá que cambiar de profesión si no mejora.

El teléfono volvió a sonar. Marcelo mantuvo una breve conversación y tras soltar el auricular se dirigió a Lucía.

—Nos vamos.

—¿Y Ernesto?

—Cuando llegue le dirán dónde estamos.

Tomaron un taxi y a los quince minutos estaban sentados en la cafetería, frente a la consulta de Cascales.

—Penélope está dentro —explicó—. Yo entraré en cuanto ella salga; tú me esperas aquí. Te aviso cuando esté todo aclarado y tú decides si quieres subir.

Lucía asintió. Marcelo abrió un instante una carpeta de cartón y revisó el contenido. Desde el ventanal de la cafetería vieron a Penélope salir a la calle. El expolicía se levantó. «Vamos allá», murmuró.

A los pocos minutos, se encontraba cómodamente sentado en la sala de espera del psiquiatra frente a la desconcertada secretaria, mientras aguardaba la respuesta de Cascales.

—Eche un vistazo a esto y decida si quiere recibirme —le había dicho poco antes mientras le entregaba la carpeta.

La puerta del despacho de Cascales se abrió casi veinte minutos después y la secretaria le informó de que su jefe lo esperaba. La conversación se inició según las previsiones de Marcelo: tras un vano intento por negar la evidencia recibido con indiferente silencio, el psiquiatra avanzó sin dilación a la fase de ruegos y preguntas:

—¿Por qué quiere hacerme esto? —dijo con desesperación—. ¿Es por dinero? Sí, seguro que es eso —se respondió a sí mismo—. No lo haga, por favor. Le pagaré más; diga una cifra.

Marcelo negaba con la cabeza mientras un amago de sonrisa se dibujaba bajo su bigote.

—¿Cómo conoció a Penélope? —preguntó.

El psiquiatra lo miró con desconcierto y le llevó unos segundos recomponerse.

—Es paciente mía desde hace algunos años.

—Quiero detalles —aclaró Marcelo— ¿Cómo llegó aquí? ¿Quién la trajo?

Cascales se rascó la cabeza. No terminaba de entender las intenciones de Marcelo, pero todo lo que fuera evitar que la información contenida en esa carpeta saliera a la luz le parecía buena idea, así que comenzó a hablar sin tapujos.

—La primera vez que la vi vino con su novio o eso parecían —dijo —. Hablé con él. Se habían conocido una noche de fiesta y el chaval se había quedado pillado por ella. No me extraña —hizo un inciso—, es una preciosidad hasta que la conoces.

Marcelo estuvo de acuerdo.

—Después de verse unas cuantas veces —continuó—, el muchacho decidió presentársela a su padre, pero el encuentro no salió según lo previsto: la cena transcurrió con cordialidad, pero cuando volvió a casa después de acompañarla, el padre le mostró una búsqueda que había hecho en la red y le prohibió taxativamente cualquier relación con ella. La muchacha tiene antecedentes penales, se dedica a amedrentar a morosos. En fin… El chaval, que en honor a sus diecinueve años era un tanto romántico, debió pensar que si ella empezaba a tratarse y lograba hacerla cambiar de ocupación, papá daría su brazo a torcer.

Marcelo hizo un gesto de extrañeza.

—No lo culpo —dijo aparentando cierta camaradería con Marcelo —, el padre es un anestesista muy conocido y ella es una chica humilde, con antecedentes. Podría parecer algo clasista, pero la verdad es que bastaba cruzar unas palabras con ella para darse cuenta de que hacía aguas. —Se señaló el lateral de la cabeza con el índice.

—¿Quién es el padre? —preguntó Marcelo con curiosidad.

—Alberto Piñero —dijo él—. Se hizo famoso hace algunos años —añadió—. Una tarde se presentó aquí; quería saber cuál era el pronóstico de Penélope y me telefoneó en alguna ocasión para saber de sus progresos.

—¿Y cuál es?

—Hay mucho por hacer con esa joven —dijo de repente en un tono tan profesional que resultó pomposo—. Conseguir que el trastorno obsesivo compulsivo no le impida llevar una vida normal puede costar tiempo, aunque suelen mejorar bastante. Ahora bien, la chica no ha tenido suerte en la vida y eso le ha dejado una huella mucho más difícil de tratar: desconfianza, incapacidad para relacionarse si no se trata de una relación de poder, no sé si me entiende… Y sus trabajos para ese abogado no ayudan demasiado. Para ella el mundo es un lugar violento, una jungla en la que tiene que elegir entre ser pantera o cervatillo.

Marcelo recordó el aspecto felino de la muchacha. Pensó que le

podía adjudicar los dos roles, y que la elección solo dependía de la expresión de su mirada.

—Está bien —dijo—. Cuénteme por qué decidió enviarla a la consulta de la psicóloga.

—No veía avances —comenzó mientras doblaba varias veces un papel—, pensé que le vendría bien…

—Déjese de bobadas —lo interrumpió Marcelo con gesto severo—. Usted quiso asociarse con Lucía, pero ella le dio calabazas. En el fondo, lo que le interesaba era aprender técnicas de terapia de grupo —afirmó—; ella es muy buena en eso. Al fallarle el plan, decidió infiltrar una espía para que le informara de lo que hacían. Quizás hasta ordenó envenenar el agua de las botellas —insinuó como si se le acabase de ocurrir.

Cascales saltó como si le hubiesen golpeado con una vara en los pies.

—¡Yo no tuve nada que ver con ese asunto!

Marcelo levantó una mano para que se calmara.

—No —confirmó—, pero tenía información desde dentro y la aprovechó en su beneficio.

Cascales se volvió a dejar caer en su sillón.

—Y luego intentó embaucar a la viuda de la víctima para que le ayudase en sus planes —terminó y se quedó mirándolo con gesto severo mientras negaba con la cabeza—. Una vergüenza —dijo—. Es usted de esas personas que consiguen que uno pierda la fe en la humanidad.

Se levantó y comenzó a pasear por la habitación. Pasó la mano por el respaldo del diván y se volvió hacia el psiquiatra.

—Entre los documentos de la carpeta encontrará el borrador de una carta —explicó—. Puede redactarla como mejor le parezca, pero las frases que están resaltadas deberán aparecer todas tal y como están escritas.

El psiquiatra tragó saliva y el crujido del gaznate se escuchó con claridad.

—Antes de una hora esa carta, con su firma, estará en la redacción de los periódicos locales, en todos sus perfiles en Internet, en el colegio de médicos y en el de psicólogos.

—Quiere que me crucifiquen… —La voz sonó como si se hubiese tragado un serrucho; Marcelo lo miró con la cabeza un poco inclinada y se encogió de hombros.

—No es más de lo que usted ha intentado hacerle a ella —comentó —. De hecho, ha cruzado usted tantas líneas rojas que no existe otra manera de reparar el daño que le ha hecho a su buen nombre. Por cierto, si no cumple su parte seré yo quien haga llegar todo el contenido de esa carpeta a sus destinos junto con una petición de que

lo inhabiliten de por vida.

El psiquiatra enterró la cabeza entre las manos. Marcelo se dirigía hacia la salida cuando la voz de Cascales lo hizo dar media vuelta.

—¿Cómo ha podido descubrir todo esto? —preguntó con gesto torvo.

—Soy muy bueno en mi trabajo —dijo—; supongo que es una sensación que usted desconoce.

Jueves, 12 de diciembre de 2019 • 21:00 h

Marcelo elevó su copa casi como el oficiante de una ceremonia.

—Por la justicia —dijo.

Lucía y Ernesto lo acompañaron con sus copas de vino; junto a Ernesto, la silla vacía de Claudia.

—¡Por ti! —respondió Lucía. El expolicía le agradeció el brindis con un gesto.

—Bien está lo que bien termina —sentenció él—. No ha sido un trabajo tan difícil.

Lucía negaba muy seria.

—Ha sido muy elegante —afirmó—. Me parece increíble lo que has conseguido. —Señaló la pantalla de su teléfono: las redes echaban humo tras la publicación de la carta de Cascales.

—Tengo una conversación pendiente con el presidente del colegio de médicos —afirmó Ernesto.

—También piden su dimisión —comentó Lucía—. Esto se ha convertido en un bombazo.

—Pedir es gratis —opinó Ernesto.

—Como dice San Mateo en el capítulo siete —dijo Marcelo—: «Pedid y se os dará». —Dio un sorbo a su copa y luego añadió socarrón—. Lo que no aclara es por dónde.

Lucía lo contempló con una amplia sonrisa. Ernesto no la había visto tan feliz hacía mucho tiempo y le apretó la mano sobre la mesa.

—¿Y Claudia? —preguntó ella.

—Está a punto de llegar —contestó Ernesto—. Me ha dicho que tenía que comprobar no sé qué en unos mapas.

Antonio se acercó por si querían pedir algo más mientras esperaban. Decidieron aguardar y él regresó con unas aceitunas.

—Enhorabuena —se dirigió a Lucía al tiempo que le mostraba la pantalla de su móvil—. Se ha convertido en una publicidad magnífica.

—Y gratis —celebró Marcelo.

Era cierto. La situación había dado un giro radical, lo que unido al apoyo mostrado por la mayoría de los pacientes ahora empezaba a jugar a su favor, y ella, después de meditarlo muy bien con Ernesto y su marido, había publicado una elegante carta en la que ni siquiera mencionaba a Cascales.

—Mañana comenzarán las peticiones de cita —vaticinó Marcelo—. Tus seguidores se han multiplicado por tres en menos de una hora. Si necesitas un secretario… —sugirió.

Lucía hizo un gesto agradecido.

—Brindemos —propuso Marcelo de repente mientras tomaba su copa—. Por un buen final.

—Por el mediocre —añadió Ernesto.

Las tres copas tintinearon en el aire.

—Mediocre… —murmuró Marcelo mientras afirmaba con la cabeza —. Podría llegar a dar pena si no tuviese tanta mala leche.

Lucía se giró hacia Ernesto.

—Estuve meditando este asunto y no creo que lo de Cascales sea algo tan simple —dijo ella. Ernesto se mantuvo a la espera—. A ver, ¿qué es un mediocre? Todos lo somos en muchas facetas de la vida: si me comparo contigo, soy mediocre en fotografía; comparada con Quique, lo soy en el manejo de un asado.

—Ya… —dijo Ernesto mientras Marcelo asistía a la conversación con interés.

—El problema no reside en ser mediocre, sino en no aceptarlo — concluyó ella.

—Si no te gusta ser alguien del montón, intenta ser mejor: estudia, investiga, entrena —rebatió Ernesto.

—Entonces digamos que alguien es mediocre cuando ha llegado a su techo.

Marcelo intervino por primera vez.

—Falta algo —comentó pensativo—. A mí no me importa ser del montón tirando a malo en la cocina, por poner un ejemplo, pero no toleraría serlo en mi profesión. En mi opinión, el problema reside en ser un mediocre en una esfera que para ti sea muy importante.

Claudia lo secundó señalándolo con un dedo.

—Y ser consciente de que has alcanzado tu techo —Ernesto continuó la frase.

Claudia entró apresurada en ese momento. Los saludó a los tres, dio un fugaz beso a Ernesto y desapareció hacia el baño con una breve excusa.

—¿Sigue molesta? —preguntó Marcelo.

—Parece… —respondió Ernesto con una inclinación de cabeza.

Lucía los contempló indecisa, pero se abstuvo de indagar.

—Trabajas demasiado para lo que te pagan —Marcelo le lanzó la pulla en el momento en que se sentaba y ella le correspondió lanzándole un beso.

—¡Qué bueno! —dijo mientras miraba a Lucía—. No te imaginas cómo me alegro —añadió.

—Las tornas se han vuelto y ahora ese miserable nos está haciendo la mejor campaña publicitaria que hemos tenido jamás. —Le correspondió con una sonrisa—. ¿Qué tal tu investigación? —preguntó —. Me han comentado que abandonasteis la hipótesis Penélope.

Claudia asintió.

—Penélope está hecha una pena —comentó Marcelo—. Por cierto —señaló a Claudia con el tenedor—, el que la llevó a Cascales fue el

hijo del anestesista que estabas investigando, el tal Piñero.

Ella lo miró con las cejas y la frente arrugadas.

—No te entiendo.

—El chaval la conoció en una juerga y se coló por ella —explicó—. Al padre no debió hacerle mucha gracia cuando se la presentó; imagino que debió decirle que, aparte de tener antecedentes, estaba como un cencerro y quizás le sugirió que le buscara un psiquiatra. —Se detuvo, pero luego recordó algo más—. ¡Ah!, otra cosa, también me ha dicho que Piñero se presentó en su consulta para preguntarle por el pronóstico de Penélope.

—Cuánto interés, ¿no? —comentó ella.

—Lo querría saber de primera mano —respondió Marcelo—, para matizarle las cosas al hijo; a esa edad nos pensamos que el amor lo arregla todo.

—El amor es como la energía —apuntó Lucía—: ni se crea ni se destruye, solo se transforma.

—Se degrada —matizó Marcelo—, como la energía. Tendrían que inventar una ciencia para estudiar eso.

Hubo un coro de risas.

—La química estudia cómo se degrada la materia —dijo Lucía.

—Y la física cómo se degrada la energía —replicó Ernesto.

—¿Y la ciencia que estudia cómo se degrada el amor? —preguntó Claudia—. Esa debería ser la vuestra. —Señaló a Lucía y Ernesto.

—El matrimonio —dijo Marcelo muy serio.

Las carcajadas se escucharon por todo el salón y las cabezas de algunos comensales giraron un momento hacia ellos.

—Dijo Ernesto que estabas estudiando un mapa —preguntó Marcelo al instante.

—Es por el caso de Alejandro Sierra —confirmó ella—. En el contador de su coche sobran veinte kilómetros y estamos tratando de reconstruir el recorrido para averiguar en qué lugares pudo estar; suponemos que en algún punto de ese trayecto tuvo que ocurrir el crimen.

—¿Y?

—Nada por el momento —dijo ella—. Ni siquiera se nos ocurre un motivo por el que tomara esa dirección. Me espera una mañana de mapa y coche.

—No te queda otra —coincidió Marcelo.

—Pero, bueno —dijo mientras miraba hacia Lucía—, se acabó el trabajo; hoy estamos de celebración.

Viernes, 13 de diciembre de 2019 • 9:00 h

A primera hora hubo comité de crisis en la comandancia. La pareja de Fernando Vergel había denunciado su desaparición en un pueblo de Córdoba la noche anterior y Claudia tuvo la desagradable corazonada de que la historia se repetía. Oficialmente aún no tenían denuncia referente a Juan Diego Alcalá, pero temían que pudiese presentarse en cualquier momento y, ante la perspectiva de otros dos asesinatos, el capitán había solicitado la colaboración de la UCO; el lunes llegarían de Madrid un comandante, un sargento y varios guardias para unirse a ellos.

—Necesitamos más medios y más personal para cubrir la búsqueda —aclaró el capitán—. Esto se ha complicado más de lo aceptable y la prensa no deja el asunto en paz. ¿Desde cuándo no se tienen noticias de Vergel?

—Seis de diciembre —respondió Claudia—. Habló conmigo esa mañana y después, nada; su compañero también había perdido el contacto con él.

—Una semana… no pinta bien…—murmuró el capitán—. De acuerdo —añadió para concluir—, quiero a todos los guardias disponibles en las calles de su barrio y rastreando cualquier pista que pueda aparecer; vosotros dos, reunid todo lo que tenemos y dejadlo listo para el lunes.

Claudia comprendió que sus planes de pasar la mañana conduciendo por la sierra se acababan de posponer sin fecha; el capitán quería dar buena impresión a los invitados y a ellos les tocaba limpiar la casa, así que al terminar la reunión se acercó a Anselmo.

—Vamos a organizar la información, a ver si queda todo claro y lo hacemos pronto —dijo—. No me apetece dedicar todo un fin de semana al papeleo. —Lo que calló era que preferiría hacer algo más útil que limpiar la fachada del edificio solo por guardar las apariencias.

Ernesto iba a pasar el fin de semana en Almería con el mayor de sus tres hijos. «Bueno, tendré el fin de semana para mí. Pasaré a mañana la búsqueda de caminos con el mapa y ya surgirá algo que no me deje descansar. Al capitán le preocupa mucho que la comandancia esté patas arriba, pero no parece importarle que los guardias parezcamos zombis».

Casi no recordaba cuál había sido su último fin de semana libre y sabía que podía aguantar ese ritmo durante un tiempo, pero cuando se prolongaba más de la cuenta, el cansancio la convertía en un ser torpe e irritable.

Sábado, 14 de diciembre de 2019 • 20:30 h

Le dolían los pies y las piernas casi hasta la cintura. A mitad de semana su hijo le había propuesto hacer una ruta por las calas de Cabo de Gata del sábado al domingo, con noche en el camping de Los Escullos, y la falta de entrenamiento le había cobrado peaje.

—No sé yo si mañana voy a estar en condiciones de seguir —dijo antes de meterse en la ducha del bungaló.

Tenían pendiente su celebración particular por el buen final del asunto con Cascales y esa noche cenaron en La Isleta, en la misma terraza encaramada sobre el mar en la que había compartido cena con Claudia dos años atrás. Y qué distinto era todo entonces. Qué hermosa la casi olvidada sensación de descubrir a alguien que empieza a formar parte de tu vida, una emoción que ya se había resignado a no volver a disfrutar y que, sin esperarlo, le daba la bienvenida como una vieja chacha que sale a recibirte en el porche de la casa familiar.

—Tras la investigación del caso de Estéfano me quité un gran peso de encima —explicaba a su hijo mientras disfrutaban de una deliciosa parrillada.

Remordimiento. Esa era la palabra que lo lastraba en aquel entonces como si caminara con un yunque atado a una pierna; eso que en secreto lo avergonzaba frente a la memoria de su amigo, y soplaba sobre las ascuas del guion que cuando pequeño alguien le había grabado a fuego en el lomo: «Tú no mereces». Y de ese remordimiento se había liberado dos años atrás; gracias a la investigación y gracias a la llegada de Claudia. O quizás el liberarse de ese lastre fue lo que le permitió desatrancar la puerta por la que ella pudo entrar.

—Es algo parecido a sentirse culpable —comentó su hijo en algún momento de la conversación.

—Es la sensación de que deberías haber hecho más de lo que hiciste —matizó Ernesto—; lo que siente Oscar Schindler al final de la película cuando dice entre sollozos que podía haber salvado a más judíos con el dinero que gastó en fiestas, o con la insignia del partido nazi.

—Pero él salvó a miles de judíos.

—Claro, pero en ese momento no le parecía suficiente —afirmó Ernesto—. Imagino que se estaba echando sobre sus espaldas el sinsentido de una guerra, la sensación de futilidad de lo que él había hecho frente a los millones de asesinados.

—En teoría siempre puedes hacer un poco más —replicó su hijo—, pero, ¿hasta qué punto es razonable?

—No lo es —convino Ernesto—, entre otras cosas porque cuando sometes a juicio a tu propio pasado lo haces con la mirada actual, con

lo que ahora sabes, y eso no es justo. En el fondo, el remordimiento es una sensación muy parecida a la impotencia, con la diferencia de que el primero te hace mirar hacia el pasado y la segunda, hacia el futuro. Cuando crees que puedes modificar una situación que en realidad no depende de ti, la impotencia puede llegar a inmovilizarte.

—También puede funcionar como excusa para no actuar sobre lo que de verdad depende de ti —apuntó el chaval.

—Eso es muy sabio —dijo Ernesto con satisfacción.

Pasaron unos segundos y luego su hijo le disparó a bocajarro.

—¿Cómo te va con Claudia?

—¿Por qué lo preguntas? —se interesó, a su vez, sorprendido.

El joven lo miró como si viera más allá de sus ojos.

—Cuando te pones filosófico es porque algo no va bien…

Ernesto contempló a su hijo y de repente lo vio como a un desconocido capaz de desconcertarlo, como si acabase de descubrir algo en él que antes nunca había percibido.

—Ya veo —dijo pensativo—. Estamos en mitad de una crisis —reconoció.

—¿Tiene arreglo? —preguntó—. ¿Depende de ti?

—En los asuntos de pareja no todo depende de uno —respondió—. Pero en este caso, en gran parte sí depende de mí.

Su hijo lo miró con cariño y le hizo un gesto con las dos manos abiertas frente a él.

—Llevas razón —dijo Ernesto por toda respuesta.

—Desde hace dos años se te ve feliz —afirmó su hijo—. Si no peleas por eso todo lo que puedas, el remordimiento va a ser peor que el de Schindler. Y no queremos verte mal.

Ernesto se sintió conmovido.

—Sabes que soy un hombre muy afortunado, ¿verdad?

Lunes, 16 de diciembre de 2019 • 9:00 h

La llegada de la UCO fue mejor de lo esperado. Después de las presentaciones y de una reunión de casi dos horas en la que Claudia y Anselmo explicaron todos los pormenores del caso delante de un panel que se asemejaba a un mapamundi del siglo dieciséis, por la cantidad de tierras incógnitas. La comandante Peña parecía una mujer discreta, fibrosa y con la cabeza bien amueblada; solo les interrumpió para pedir aclaraciones o plantear dudas muy pertinentes, sin adornos innecesarios, y una vez terminada la reunión se encerró con el capitán en su despacho.

El sargento Romero, un soriano enjuto y larguirucho, de cabello lacio y bigote estilo cortina, se sentó a la mesa que le habían preparado y dejó sobre ella una libreta.

—Todo muy bonito —dijo—. Ahora, si os parece, contadme lo fundamental. ¿Con qué estabais antes de que apareciésemos?

—Centrados en encontrar a un traumatólogo desaparecido —Claudia le mostró la foto de Fernando Vergel—, a otro que por el momento no quiere aparecer —la foto de Juan Diego Alcalá— y tratando de localizar el lugar en el que asesinaron al primero que desapareció. —Terminó por acercarle la de Alejandro Sierra.

Romero asintió y le devolvió las tres fotografías.

—¿Y el cuarto?

—Benito Montoya —dijo Anselmo—, el que murió envenenado.

—El de la hipótesis Penélope —dijo por lo bajo.

—Perdona —dijo Anselmo—, ¿cómo era tu nombre?

—Matías. —Levantó la cabeza de las fotografías del coche accidentado y le tendió la mano, primero a él, luego a Claudia—. ¿Y eso que decías de localizar el lugar del crimen?

Claudia se sentó sobre la mesa y apoyó los pies en la silla. Acercó el mapa que llevaba días utilizando.

—El coche salió de este concesionario poco después de las tres menos veinticinco —explicó mientras señalaba una marca en el mapa —. A las tres menos cuarto puso gasolina aquí. —Señaló otro punto—. A las tres menos diez se supone que se estrelló aquí. El problema es que en el cuentakilómetros del coche hay veinte kilómetros de más.

Matías seguía la explicación concentrado en el mapa.

—Nuestra teoría es que el asesinato debió de ocurrir a unos diez kilómetros del lugar en el que apareció el vehículo con el cadáver dentro, o que, por algún motivo, tras cometer el crimen el asesino circuló con el coche un trayecto de veinte kilómetros para regresar al mismo lugar.

—De eso hace más de un mes —puntualizó Matías—. ¿Pensáis que

pueda ser de utilidad?

Claudia negó con la cabeza.

—Quizá no —dijo—, pero por ahora no se me ocurre nada mejor que hacer, salvo sentarnos a esperar que los desaparecidos se transformen en cadáveres.

—¿Qué me decís de Penélope? —preguntó.

—Se dedica, o se dedicaba, al cobro de morosos —respondió Anselmo—. Al parecer está bastante tocada por los efectos del arsénico y no está claro que se vaya a recuperar del todo.

—Ella estaba en el taller de psicoterapia como infiltrada de un psiquiatra —comentó Claudia, y al ver la expresión extrañada de Matías, pasó a relatarle las peripecias del taller, la denuncia del psiquiatra y la investigación de Marcelo.

—Menudo pájaro —comentó Matías—. ¿Supongo que ya habéis descartado que el psiquiatra sea el instigador y Penélope la asesina?

—Hablé con él el viernes pasado —intervino Anselmo—. No hay ninguna relación entre el psiquiatra y los traumatólogos; Penélope y Benito Montoya se conocían desde hacía algo menos de un año y no hay datos de que tuviese con él ningún problema —explicó—. Y luego está el detalle de que la chica casi la palma con el veneno. Si no me equivoco, debe seguir convencida de que el objetivo del arsénico era ella en lugar de Benito.

—Pudo intentar despistarnos y pasarse de dosis —razonó Claudia —, pero seguimos sin encontrarle una relación con el otro traumatólogo, por eso la descartamos de momento.

—¿Y si era un encargo? —preguntó Matías—. Del estilo del cobro a morosos.

—Una cosa es asustar a los que no pagan y otra muy diferente ser una asesina a sueldo —opinó Anselmo—. Ahora sabemos con certeza que tenía el encargo del psiquiatra de espiar para él en el taller; demasiados encargos para un solo fin de semana.

—En cualquier caso —dijo Claudia—, imaginemos que es una asesina a sueldo. Lo que está claro es que ahora no está como para trabajos de ese tipo: según el detective que la investigó, camina con una muleta y le cuesta tenerse en pie —hizo un inciso—. Quien le hiciera el encargo buscará otro asesino a sueldo o lo hará personalmente.

—Y por ahora solo tenemos tres sospechosos —concluyó Matías.

—Exacto —confirmó Anselmo—: la preventivista, el anestesista y el gerente.

—Antes habéis comentado que la primera no os cuadra.

—En realidad es la que menos —dijo Anselmo—. El problema es que los otros tampoco cuadran del todo.

Matías bajó la vista al batiburrillo de papeles y fotos.

—A mí me faltan datos —dijo mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—Así llevamos más de un mes —confirmó Claudia a la vez que saltaba de la mesa y se incorporaba—; exactamente con esa sensación.

Matías pasó un rato largo absorto en el panel, hasta que fijó su atención en una esquina. Señaló con el dedo una nota.

—¿Antes dijiste que hubo otro traumatólogo muerto?

Claudia se acercó a la mesa y cogió su bloc.

—Fue durante el conflicto con la dirección —explicó—, en 2002. Sufrió varios ataques de pánico, lo ingresaron en la unidad de salud mental del propio hospital y una mañana amaneció muerto. Según el informe —leyó de sus notas—, parada respiratoria por síndrome de apnea del sueño agravado por benzodiazepinas.

—¿Y la duda es?

—Benito Montoya tuvo un encuentro con un desconocido pocos días antes de morir. Ese hombre parecía saber cosas de lo ocurrido en Guadix y le insinuó que la muerte de su compañero había sido muy oportuna.

Matías dejó escapar un suspiro que recordó al piafar de un caballo.

—Demasiados indicios sutiles —dijo mientras negaba—, pero es cierto que cuando los miras en conjunto pintan un cuadro inquietante.

—Verás —dijo Anselmo—. Supongamos que el desconocido tiene razón y no fue una muerte accidental. La única conclusión razonable es que ese traumatólogo descubrió algo importante y como la investigación sobre las infecciones ya estaba en marcha, lo que hubiese descubierto debía ser algo diferente: algo que agravara lo que ya conocían.

—Tiene sentido —respondió Matías—. Suponiendo, claro está, que realmente se trate del primer asesinato de la serie.

—De momento es mucho suponer —convino Claudia—, pero ahí lo tenemos. Además, siempre nos topamos con la misma pregunta: ¿por qué ahora?

—¿Cuál es vuestra respuesta? —preguntó Matías.

—Que no sean asesinatos por venganza, sino por previsión.

Matías la miró atento, con cara de no entender nada.

—El primer traumatólogo descubrió algo que era más grave que las infecciones y murió por eso —dijo Claudia—. Los otros cuatro ni se enteran, la investigación termina y el tiempo se encarga de enterrar lo que sea; pero ahora ocurre algo, entra en escena un desconocido que parece tener esa información, y uno de los tres sospechosos, o los tres, se asustan y pasan a la acción.

—El problema es que no salimos de las suposiciones —comentó Matías mientras hacía girar un bolígrafo entre los dedos—. Es complicado —dijo tras una pausa—, voy a necesitar tiempo para

hacerme con tanto fleco.

—Si podemos ayudar —se ofreció Anselmo.

—Ya habéis hecho bastante —contestó—, ahora me toca currármelo un rato. Os preguntaré las dudas que me surjan.

Anselmo hizo un gesto con el pulgar hacia arriba.

—Yo voy a salir —dijo Claudia tras plegar el mapa—. Quiero revisar la zona donde encontramos a Alejandro Sierra.

Martes, 17 de diciembre de 2019 • 11:00 h

En ocasiones, no muchas, se cumple ese proverbio que dice que el tiempo pone a cada uno en su lugar; y muy raras veces, el tiempo es tan breve como para que los daños de una injusticia no lleguen a ser irreparables. A las diez y media de la mañana, la comisión de investigación del colegio de psicólogos hizo públicas sus conclusiones en las que, además de exonerar a Lucía de las infames acusaciones vertidas contra ella, pedía al colegio de médicos que iniciara una investigación sobre la actuación del doctor Cascales. La prensa, y después las redes, se encargaron de amplificar la noticia, y el éxodo de pacientes de la consulta del psiquiatra hacia la de Lucía, y en menor medida a la de Ernesto, se prolongó durante el resto de la semana.

«Tendremos que estar eternamente agradecidos al doctor Cascales», comentó Lucía a Ernesto en una nota de voz. Casi al mismo tiempo, un mensajero entregaba un paquete en las oficinas de Marcelo.

—No he hecho nada para merecer todo esto —aseguró Marcelo por el manos libres mientras examinaba el maletín de piel Scharlau y la Montblanc Meisterstück 149 de platino sobre la mesa de su despacho —. Es un detalle excesivo.

—Lo que has hecho no tiene precio. —Se escuchó la voz de Lucía por el altavoz—. No tengo palabras para agradecerte.

—Me vas a obligar a aprender a escribir con pluma. —Rio—.

Muchas gracias, de corazón.

—A ti, Marcelo.

Al mismo tiempo que la vida mostraba a dos personas su cara más amable, un psiquiatra contemplaba el único nombre que la secretaria no había tachado en la agenda de citas de esa mañana, y que debería haberse presentado en la consulta hacía más de media hora. Tras valorar sus opciones, decidió que su única salida profesional era poner tierra de por medio.

Ajena a todo eso, Claudia revisaba los puntos que había localizado en el mapa, todos situados a diez kilómetros del lugar en el que había aparecido el cadáver de Alejandro Sierra.

—Es interminable —murmuró para sí.

La cantidad de bifurcaciones, ramales y caminos en los que se dividía aquella carretera parecía no terminar jamás, pero al final logró delimitar un área en el mapa con forma de abanico, con el vértice en el lugar del supuesto accidente y las varas alejándose de Granada, delimitando un territorio que incluía las posibles bifurcaciones de esa carretera.

—¿A dónde te dirigías, Alejandro? —susurró, y en ese instante, una idea pasó fugaz por su cabeza—. ¡Anselmo!

Su compañero dio un respingo en su silla, pero ella ya estaba puesta en pie y se le acercaba apresurada. Matías levantó la cabeza de su lectura y los contempló con interés.

—¿Dónde tienes tus notas de la entrevista con los traumatólogos? —preguntó—. La entrevista en el hotel.

—Aquí las tengo. —Le mostró su libreta—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Busca lo que nos dijeron del día que habían quedado con Benito.

Los dos pasaban hojas hacia delante y detrás.

—Aquí está —dijo—. Citados los cuatro el viernes antes del puente. Alejandro no fue.

—Exacto —confirmó ella—. Recuerdo que cuando lo dijo pensé que Alejandro ya llevaba veinticuatro horas muerto.

Anselmo la miraba con cara de no entender nada.

—Sí, ¿y qué?

—El viernes era día uno —dijo—: el viernes ya era puente.

—¿Y…?

—El día antes del puente era jueves —explicó ella—. Creo que Alejandro Sierra iba a reunirse con sus compañeros cuando alguien puso fin a su vida.

—Tiene sentido —confirmó él—. Su mujer declaró que le había dicho que tenía que resolver algo relacionado con un paciente, pero está claro que no se dirigió hacia su consulta ni hacia ninguno de los hospitales de la capital.

—Alguien debió seguirlo —aventuró ella—, o seguir a alguno de sus compañeros, y en cuanto tuvo ocasión —dejó la frase inconclusa y arqueó las cejas.

—Interesante —dijo Matías con los ojos sonrientes—. Cada vez que hay un puente bailo los días, da igual cómo caigan: el día antes del puente siempre es viernes, y el de después, siempre lunes.

—¿No te parece un lugar curioso para reunirse? —comentó Anselmo.

—Ayer me pateé esa zona —dijo ella—. Hay infinidad de cortijos.

Claudia encargó a un guardia que comprobara las fincas de la comarca para ver si encontraba, aunque fuese un chamizo, registrado a nombre de alguno de los traumatólogos o de sus parejas.

—Seguimos sin rastro de ellos, ¿no? —preguntó a Anselmo al regresar.

—Nada.

Miércoles, 18 de diciembre de 2019 • 9:00 h

Claudia salió a correr por el pantano antes del amanecer. Ernesto estaba en la cocina cuando regresó y fue directa a la ducha. Esa mañana salió sin tomar nada; ya lo haría en la comandancia. A primera hora de la mañana se recibió la denuncia de la desaparición de Juan Diego Alcalá, presentada por su mujer en el puesto de Atarfe. Nada más entrar el aviso en la comandancia, Claudia se acercó a la mesa de sus compañeros para comunicarles que se iba a acercar a hablar con la mujer del desaparecido; Matías se apuntó a la visita.

—¿No conoces Granada? —preguntó Claudia mientras conducía.

—Nunca he estado por aquí —respondió Matías—, pero te puedo nombrar de memoria casi todos los locales de la estación de esquí. He venido mucho a esquiar a Sierra Nevada, pero casi no he pisado la capital.

—Tendremos que prepararte una visita guiada cuando esto acabe —sugirió ella—. Merece la pena pasearla.

Al poco estaban sentados en el salón de la casa de Juan Diego. Una guitarra, un piano de pared y los recuerdos de una vida feliz esparcidos por una habitación que invitaba a relajarse y conversar hasta tarde.

—Estaba asustado —les comentaba su mujer—. Me dijo que se iba a esconder durante un tiempo y me llamaba cada dos o tres noches con un móvil de tarjeta antiguo, pero desde el sábado no he tenido noticias.

—No tiene idea de a dónde ha podido ir —dijo Claudia. La mujer negó.

—Perdonen —dijo poniéndose en pie—. No les he preguntado si les apetece tomar algo, ¿un café?

Los dos rechazaron la invitación.

—Lo encontrarán, ¿verdad? —dijo la mujer—, antes de que lo haga el asesino.

—Puede estar tranquila —respondió Matías al despedirse.

Cuando regresaban en el coche pasaron parte del trayecto en silencio.

—Me ha llamado la atención —dijo él al fin—. No me ha parecido asustada. Nerviosa sí, inquieta, pero no asustada.

—Estoy de acuerdo —dijo ella—, es curioso.

Jueves, 19 de diciembre de 2019 • 12:30 h

A media mañana Claudia regresó a la comandancia y una de las guardias se acercó a su mesa.

—Ha llamado la secretaria de la consulta del doctor Piñero —le dijo—. Para que la llame cuando pueda.

—Gracias —respondió con una sonrisa amable.

Abrió la agenda para buscar el número cuando entró Anselmo a la carrera.

—Ha entrado una llamada al uno-uno-dos —dijo apresurado—, parece que han encontrado un cadáver.

Claudia y Matías se levantaron al tiempo y salieron tras Anselmo. «Que sea un animal», rogó mientras subía al coche.

—Ha aparecido cerca de Quéntar —explicó Anselmo tras arrancar —, es tu zona.

En efecto, el lugar señalado quedaba dentro del área delimitada en el mapa de Claudia.

—No han encontrado ninguna propiedad a nombre de los traumatólogos o sus parejas —dijo ella—, pero algo debe haber.

Una comitiva de cinco coches y una furgoneta avanzaban a buen ritmo hacia la Ronda Sur para desviarse hacia la antigua carretera de la sierra.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Claudia a Anselmo, que parecía el más informado de los tres.

—Un albañil marchó a su almacén a por materiales y encontró un cuerpo bajo el armazón de un andamio —dijo él—. Estaba a medio tapar con unos plásticos viejos. El hombre no ha tocado nada, salvo los plásticos, y ha dado el aviso al puesto de Güejar.

Al llegar al lugar se les acercó uno de los guardias de la pareja.

—Hemos delimitado la zona —dijo tras el saludo—. El albañil está en la parte de atrás, por si quieren hablar con él.

—Para ti el testigo —dijo Claudia a Anselmo mientras se encaminaba hacia el almacén.

El lugar era un amplio recinto al aire libre, con tres zonas techadas con chapa y una pequeña caseta prefabricada que alguna vez debió ser blanca. Bajo uno de los cobertizos se amontonaban piezas de andamio desmontadas y, bajo ellas, un montón de telas y plásticos apilados de cualquier manera. Claudia se colocó unos guantes y se acercó hasta el cadáver: era Fernando Vergel.

«Mierda», masculló con rabia al verlo.

Retornó sobre sus propios pasos hacia donde se encontraba Matías y pasó bajo la cinta que rodeaba el lugar.

—Es Vergel —confirmó con desánimo.

Con un rollo de cinta delimitó el camino ciego hasta el cuerpo y salió otra vez para esperar a los de criminalística.

—Otra muerte y nosotros dando palos de ciego —comentó molesta.

—Ni uno más —dijo Matías—. Se acabó el ir por detrás —afirmó.

Se acercaron a donde Anselmo hablaba con el albañil, un hombre bajo y fornido, cercano a los sesenta, con unas manos ásperas y grandes como mazas.

—Anteayer estuve por aquí —decía—, no me acerqué al cobertizo de los andamios, pero yo juraría que no había nada raro.

—¿Nada raro?

—Esos plásticos no están en su sitio —explicó—. Estoy seguro de que si llegan a estar junto a los andamios me hubiese dado cuenta. Eso creo.

—El cuerpo está a medio tapar —dijo Claudia—. ¿Ha escuchado algo esta mañana al llegar?

—Nada —respondió el albañil tras dar una calada al cigarrillo. El temblor de sus dedos ya casi no se percibía—. ¡Madre mía! —exclamó al rememorarlo—. Qué susto me he llevado.

Tres compañeros enfundados en monos desfilaban por el camino que había delimitado Claudia hacia el lugar del hallazgo. Claudia, Anselmo y Matías se alejaron unos metros, de vuelta al coche.

—Es como si alguien hubiese sorprendido al asesino en plena tarea de ocultar el cuerpo —dijo Claudia—, aunque por otro lado, no termino de entenderlo. —Hizo un gesto con la mano hacia el terreno que los rodeaba—. Podría haberlo enterrado en cualquier sitio.

La comandante Peña llegó poco después. Parecía tensa. Echó una ojeada por toda la zona y se acercó a los sargentos.

—Hay que encontrar al cuarto traumatólogo —dijo con calma—. No podemos permitirnos un cadáver más. Quiero a todos los guardias disponibles repartidos por la comarca con una foto del traumatólogo colgada del cuello; que no dejen ningún sitio sin preguntar. Si se cruzan con un jabalí, le enseñan la foto.

—A la orden —respondió Matías.

Una hora más tarde, una especialista de la UCO con el mono aún puesto se acercó hasta donde estaban. Llevaba en la mano una bolsa para pruebas con algo azul en su interior.

—Hemos encontrado un trozo de un guante de nitrilo bajo el cuerpo —dijo.

—Envíelo a Madrid —ordenó la comandante—. O mejor, llévelo usted misma. Máxima prioridad.

—Es lo que pensaba hacer —confirmó ella.

—Gracias, Ochoa —la despidió la comandante.

—Quizás sea su primer error —comentó Matías.

—Ojalá —dijo Anselmo—. A ver qué nos dice la autopsia.

El cielo estaba gris, corría un viento helado, pero por suerte el día no amenazaba lluvia. El forense llevaba rato trabajando en la escena del crimen junto con el equipo de criminalística. Claudia se acercó a la cinta y se apoyó en un pino. Al verla, el forense se le acercó.

—El cuerpo está lleno de tierra, bajo la ropa, en el pelo; incluso dentro de la nariz y en un oído —dijo mientras se pasaba el dorso de la mano aún enguantada por la frente—. Tiene una herida post mortem en el muslo izquierdo, recuerda a un hachazo. Por la postura de la cabeza, diría que la muerte se ha debido a una fractura del cuello, pero eso tendrá que esperar a la autopsia. —Se detuvo un instante—. Ahora viene lo raro: las livideces están en la espalda y los glúteos, pero lo han encontrado tendido de lado.

—¿Qué opina?

—Esto es provisional —dijo como aviso—. Yo diría que le rompieron el cuello y lo enterraron tumbado boca arriba; algunas horas después, lo desenterraron, lo trajeron hasta aquí y lo dejaron tumbado de lado, medio tapado por los plásticos. La herida del muslo pudo ocurrir al desenterrarlo o en el traslado. Bien pudo ser un golpe al cavar con una pala.

—¿Y todo eso para qué? —se preguntó Claudia.

El forense alzó las cejas con una inclinación de cabeza.

—Eso es cosa suya, sargento —dijo antes de dar la vuelta y regresar junto al cuerpo.

Viernes, 20 de diciembre de 2019 • 5:30 h

Agua negra y un cielo aún más negro. Ni siquiera es capaz de ver su mano si la coloca a un centímetro de los ojos. Un sonido atronador es la única presencia en ese mundo oscuro, tan potente que le resulta imposible decidir desde dónde le llega ni cómo huir de él, aunque sí es capaz de identificarlo: agua, toneladas de agua que caen desde una gran altura, sin nada que le indique si esa inmensa cantidad de agua está a punto de caerle encima o por el contrario va a arrastrar su cuerpo exhausto hacia un abismo aterrador.

Lleva tanto tiempo nadando, quizás toda su vida, que le cuesta mantener la cabeza a flote. Entonces sus pies rozan un borde duro y siente la corriente de agua tirar de ellos, y se desliza y comienza la caída. Sabe que tiene que gritar, porque gritar es despertar, pero su cuerpo no responde y su garganta se asfixia con millones de gotas de agua que vuelan a su alrededor como nubes de moscas sobre una manzana podrida, hasta que llega el golpe contra el fondo, y allí, con esa manera inexplicable que tienen los sueños, comprende que ha caído en un pozo del que jamás podrá salir; un pozo de agua viscosa, repleta de grumos que acarician su piel y se deshacen entre burbujas malolientes cada vez que sus manos los rozan.

«No, el infierno no es un lugar de fuego», se dice mientras la pesadilla se desvanece, «es solo un pozo infinito lleno de agua putrefacta».

—Huele mal —masculla al despertar, con el cuerpo cubierto de un sudor asqueroso y ese olor a ropa podrida tan impregnado en la nariz que piensa que nunca podrá terminar de borrarlo.

Viernes, 20 de diciembre de 2019 • 9:00 h

Lo primero que hizo Claudia nada más llegar a la comandancia fue recuperar el número del despacho de Piñero para devolver la llamada de su secretaria. El día anterior, cuando regresaron tras el hallazgo del cadáver, intentó ponerse en contacto con ella, pero era demasiado tarde y siempre respondía el contestador.

Se identificó tras escuchar la voz amable de la secretaria.

—Sargento Tatsis —dijo—. Ayer me pasaron un recado suyo…

El atropellado torrente de palabras de la mujer casi le obligó a apartarse un poco del auricular; tras un par de intentos de mantener una conversación con un mínimo de coherencia, decidió que era preferible acercarse hasta el consultorio de Piñero.

Matías y Anselmo la miraban con cara de necesitar una aclaración, y Claudia se dirigió a ellos con la nariz encogida y moviendo la cabeza.

—Si no la he entendido mal, el doctor Piñero también ha desaparecido. —Sonó como si a ella misma le costara creerlo—. Me voy a pasar por allí; la secretaria está hecha un manojo de nervios y no consigo enterarme.

—¿Alguien lo ha denunciado? —preguntó Anselmo.

—Lo sabríamos —contestó Claudia camino de la puerta.

Regresó una hora más tarde con la misma cara de extrañeza con que se había ido. Ante la atenta mirada de sus compañeros, se sentó en su lugar y confirmó con voz neutra:

—Piñero ha desaparecido.

Después pasó a relatarles la conversación con su secretaria: Piñero tenía programada una visita a Lyon para una serie de conferencias sobre ética de la investigación y luego pensaba pasar unos días esquiando en los Alpes. En total iba a ser un viaje de diez días, por lo que propuso a su secretaria que se tomara una semana de descanso.

—La secretaria pasó por la oficina el martes y se encontró con una serie de mensajes indignados de sus colegas franceses —explicó—. Piñero no se había presentado a ninguna de sus conferencias. No había avisado y no tenían forma de dar con él.

—No entiendo nada —comentó Anselmo mientras se rascaba la coronilla—. Ni siquiera tengo claro que haya una relación con nuestra investigación.

Matías dejó escapar un carraspeo.

—¿Le habías enviado una citación?

Anselmo asintió.

—Pues un sospechoso citado que desaparece, de entrada es un poco más sospechoso —sentenció.

—Hay que hablar con los jefes. —Claudia se levantó—. Creo que estaría bien incluirlo en la búsqueda. ¿Qué tal si llamas a medicina legal, a ver qué tienen de la autopsia? —añadió mirando a Anselmo.

Tras una breve conversación, Claudia consiguió que lo incluyeran en la búsqueda, aunque parecía menos urgente, ya que de entrada no había motivos para temer que estuviese en peligro. De vuelta a su mesa, hizo un alto para sacar un capuchino de la máquina de café.

—Lo incluyen —dijo a Matías—, pero el traumatólogo es prioritario.

—Lógico —opinó él.

Anselmo tardó bastante más en regresar.

—Lo que te dijo ayer —comentó mientras se sentaba—. Después de morir pasó horas tendido boca arriba y, probablemente, enterrado. Alguien lo ha desenterrado y lo ha llevado hasta el almacén del albañil.

—¿Y la causa? —se interesó Matías.

—Fractura de la segunda vértebra cervical.

—Igual que Óscar Ripoll —dijo Claudia pensativa.

—Vayamos por partes, que me pierdo —los interrumpió Matías.

—Disculpa —le dijo Claudia—. La última semana de octubre, unos días antes de la desaparición de Sierra, asesinaron a otro hombre de la misma manera. Se llamaba Óscar Ripoll, fue investigador de una farmacéutica y también conoció a Piñero.

Matías no pareció prestar demasiada atención a esa coincidencia y prefirió centrarse en el más reciente.

—No termino de encontrar una explicación para la escena del crimen —dijo—. Solo se me ocurren dos teorías, a cuál más absurda: o alguien quería que descubriésemos el cadáver, o lo interrumpieron en medio de la operación de desenterrarlo y llevarlo a otro sitio.

—Con las dos primeras muertes el asesino se tomó mucho trabajo para que parecieran accidentales —dijo Anselmo— y ahora de repente cambia la manera de actuar: ¿primero lo oculta, y luego se arrepiente y lo deja a la vista? —Terminó negando con la cabeza.

Nada parecía tener lógica y los tres estuvieron un rato en silencio, dando vueltas a lo que tenían.

—Imaginad un momento —dijo Matías—. Si damos por hecho que quien entierra un cadáver lo hace porque no quiere que aparezca, el único motivo que pudo tener para desenterrarlo fue darse cuenta de que lo había enterrado en mal sitio.

—¿A qué te refieres? —preguntó Anselmo.

—Puede ser un lugar que crees seguro y luego descubres que va a ser removido —sugirió—. Una construcción, un terreno que se va a labrar, una zona en la que algún animal pueda hurgar…

—¿Y lo deja en el almacén de un albañil? —Anselmo se mostraba

escéptico.

—Pudo ser algo provisional —insistió Matías—: lo dejó allí mientras encontraba otro lugar mejor. Recuerda que aquello parecía un almacén abandonado.

—No sé —intervino Claudia—, parece demasiado improvisado; no tiene nada que ver con la pulcritud de los otros dos asesinatos.

—Sigo pensando que por algún motivo tuvo que apresurarse —arguyó Matías—. ¿Qué me dices del trozo de guante? Yo creo que estuvieron a punto de pillarlo con el cadáver y se tuvo que deshacer de él a toda prisa.

La conversación se extinguió tras las palabras de Matías. Como hojas secas en el recodo de un riachuelo, no salían del remolino en el que se habían metido y, poco a poco, cada cual volvió a centrarse en su mesa y sus notas.

—¿Por qué Alejandro Sierra y Fernando Vergel han aparecido tan próximos? —preguntó Claudia tan de repente que los otros la miraron sorprendidos—. Porque los dos fueron por esa zona para algo —se respondió ella misma—y el asesino los mató cerca de allí. Pero, ¿qué hay allí que atrae a los traumatólogos de esa forma?

—¿Un lugar seguro en el que esconderse? —apuntó Anselmo.

—Puede ser —convino Claudia—. Y hay algo más, si tu teoría es cierta —señaló a Matías—, cerca de donde apareció Fernando Vergel debe estar el agujero que fue su primera tumba.

—Para el domingo por la tarde se espera lluvia en la zona —dijo Anselmo—. Si pensáis que podría servirnos de algo investigarlo, tendríamos que darnos prisa.

—Un buen momento para el dron —dijo Matías mientras se palmeaba el muslo—. Voy a hablar con la comandante.

—Te acompaño —dijo Claudia—, pienso que la búsqueda del cuarto traumatólogo se debería centrar en esa misma zona.

—A ver si puede ser que lo encontremos escondido y no enterrado —murmuró Anselmo.

Sábado, 21 de diciembre de 2019 • 12:00 h

El sábado amaneció nublado y frío, pero sin viento, como para anunciar las fiestas que se aproximaban. A las nueve ya se encontraban en la zona y poco después comenzó la misión de búsqueda: los guardias revisaban el terreno bajo árboles o entre matorrales, y el dron hacía lo propio en las áreas más despejadas. Algo menos de tres horas les llevó encontrar la tumba provisional de Fernando Vergel al pie de un risco, a unos escasos cien metros del almacén; ni se habían preocupado de disimularla tras la exhumación y los montones de tierra removida seguían dispersos en torno al agujero.

La furgoneta de la policía científica aparcó lo más cerca que pudo y los compañeros hicieron su trabajo, para al final confirmar que el cuerpo había estado allí y poco más.

—No tiene sentido —comentó Claudia tras dedicar un buen rato a revisar la zona—. ¿Para qué?

Ni Anselmo ni Matías supieron darle respuesta porque ellos tampoco le veían ninguna lógica al traslado del cadáver de un lugar difícil de encontrar a otro bien visible.

—¿Cómo creéis que se hizo el traslado? —preguntó Matías.

—En el almacén hay varias carretillas de mano —sugirió Anselmo —. El hoyo está rodeado de hierba y matojos —dijo mientras señalaba el suelo y luego alzó la mano en dirección al almacén—, atraviesas ese camino y llegas por la parte de atrás al cobertizo de los andamios. En la tela metálica hay infinidad de agujeros por los que entrar con el carrillo.

Se acercaron hasta el almacén para seguir el recorrido imaginado por Anselmo. En uno de los carros de mano, Matías encontró un trozo de un tejido negro que podía coincidir con la cazadora de motorista de Vergel; se lo comunicaron a los de la científica por si había más restos de interés.

—No es fácil mover un cadáver —comentó Matías—. Quizás el asesino no es uno solo.

—No es fácil, pero tampoco imposible —dijo Claudia.

—Piñero ha desaparecido —dijo Matías—. Si suponemos que los asesinatos tienen alguna relación con lo ocurrido en Guadix hace diez años, bien pudiera ser que la preventivista o el gerente estuviesen implicados, que sean todos cómplices. Eso nos lo pondría más difícil.

Una repentina ráfaga de viento sopló entre los pinos que rodeaban el almacén y Claudia se cerró el cuello de su anorak.

—Puede ser que lleven tiempo planeándolo y hayan esperado hasta la salida de la cárcel del gerente —dijo—. Su caso es el que más justificaría una venganza, pero por otro lado le procuran una buena

coartada para los momentos de los asesinatos.

—Habrá conocido a más de dos en la cárcel dispuestos a hacer esto por dinero —comentó Anselmo.

—Solo hay un gran problema —Claudia interrumpió las elucubraciones—: a mí no me cuadra que el móvil sea la venganza.

—¿Entonces? —Anselmo dejó caer los brazos con desgana.

—Algo relacionado con Guadix, pero no una venganza por lo que ocurrió —explicó ella—, más bien para evitar un daño mayor. Creo que la clave está en el desconocido que abordó a Benito Montoya, pero no tenemos ni una sola pista sobre él. Nadie en el bar recuerda gran cosa, no ha intentado volver a ponerse en contacto con ningún traumatólogo: nada.

—Se lo tragó la tierra.

—Como a Vergel —apuntó Matías—. Quizás ya esté muerto y aparezca cualquier día.

Sábado, 21 de diciembre de 2019 • 13:30 h

Con un maletín en la mano, Marcelo entró a la oficina de correos de Otura ataviado con traje de chaqueta y chaleco gris marengo, corbata azul oscuro con pañuelo a juego y un elegante abrigo largo. Tomó un turno y esperó paciente a que apareciese su número en la pantalla. La demora se prolongó unos quince minutos: «Perfecto», se dijo, «cuanto más tarde, mejor».

En el momento en que apareció su número y se encaminaba hacia la ventanilla número dos, un hombre que cargaba un voluminoso envoltorio, tan alto que casi le tapaba la cara, entró en la oficina.

—Buenas tardes —dijo con parsimonia al joven que lo atendía—. Verá, tengo un problema. —Le pasó el resguardo de la devolución de un paquete—. Uno de mis empleados envió unos documentos y al indicar el remitente confundió el número del apartado de correos.

—Ya… —Al joven se le fue la vista hacia el reloj.

—Nuestro apartado de correos es el 042, pero mi empleado se equivocó y escribió el 027. Aquí traigo la llave de la caja, pero la he comprobado y está vacía —añadió con cara de resignación.

—Tendría que hablar con el jefe —dijo el empleado.

—Perfecto, hable con su jefe. Yo espero aquí.

Marcelo se despojó del abrigo con evidente parsimonia y lo colocó doblado sobre su antebrazo. Luego se acomodó con las piernas un tanto separadas y empezó a silbar una tonadilla. Al joven se le volvieron a ir los ojos hacia el reloj y pareció hacer un apresurado cálculo mental de riesgo y beneficio. Como por impulso se levantó para buscar en un cajón.

—Acompáñeme —dijo mientras salía del otro lado de su mesa y se dirigía a paso rápido hacia las cajas—. Déjeme la llave de su apartado.

Marcelo se la entregó. Al llegar a la columna de cajas de seguridad, el joven introdujo la llave y comprobó que la caja de Marcelo estuviese vacía. Entonces sacó la llave del apartado erróneo y lo abrió, y justo en ese instante, tanto él como Marcelo se agacharon por instinto de protección ante lo que pareció el estallido de una inmensa vidriera a sus espaldas.

—¡Dios! —exclamó el muchacho sobresaltado. Un hombre había tropezado en mitad de la oficina y el voluminoso paquete, que debía contener grandes piezas de cristal, había reventado contra el suelo. El pobre se incorporaba entre maldiciones, intentando no cortarse con los afilados fragmentos.

Mientras el empleado daba la espalda a las cajas de seguridad para atender con inevitable curiosidad al desaguisado, Marcelo se hizo con el paquete que había en el interior, lo ocultó con sigilo bajo el abrigo

y volviendo a su posición junto al empleado, comentó:

—¡Qué desastre!

Las palabras parecieron volver a centrar la atención del funcionario.

—Es extraño —comentó el joven mientras revisaba el resguardo que Marcelo le acababa de entregar—. El número equivocado es este, pero la caja de seguridad está vacía.

Marcelo simuló estar contrariado.

—¿Es posible que esté aún pendiente de reparto?

—No lo creo —dudó mientras se rascaba la cabeza, confundido—. El aviso se envía después de repartir.

—No es una tragedia —dijo el expolicía con una repentina sonrisa —. Por fortuna, tengo la buena costumbre de hacer copias de todos los envíos; tendremos que hacerlo por correo urgente.

—Quizás si vuelve a venir la semana próxima…

—No se preocupe. —Lo cogió por el brazo como si fuese un familiar, sin dejar de sonreír—. De verdad, ha sido usted muy amable.

Marcelo se dirigió hacia la salida, seguido de cerca por el desgraciado que acababa de llenar la oficina de fragmentos de cristal.

—Prueba superada —dijo al hombre que se había detenido a su lado mientras la puerta deslizante les franqueaba el paso. Este le respondió con un breve asentimiento.

Media hora más tarde, sentado ante la mesa de su despacho, Marcelo tomó un abrecartas y despegó con cuidado el precinto del recio sobre color marrón. En la parte delantera, escritos con pulcra caligrafía, estaban el nombre y la dirección de Benito Montoya; en el interior, una nota y una carpeta de cartón repleta de expedientes médicos. Leyó la nota un par de veces: un nombre en inglés, desconocido para él, Henry Beecher, escrito sobre la frase «Todo sigue igual», y la firma de alguien cuyo nombre sí le decía algo: Óscar Ripoll.

Sábado, 21 de diciembre de 2019 • 16:00 h

Los tres guardias civiles y el expolicía nacional se encontraron después del almuerzo en un café cercano a la comandancia. A pesar de lo temprano de la hora, las calles empezaban a bullir con la actividad propia de la cercana Navidad. Era el momento de prepararlo todo para las ventas de la tarde: comestibles, adornos, regalos, detalles; cajas repletas de artículos que se amontonaban en la entrada de los locales. Los comerciantes se apresuraban a descargar mercancías y reponer existencias con la esperanza de que el aluvión de clientes les obligara a hacer nuevos pedidos, y de estos, los más previsores, aprovechaban el rato de la sobremesa para hacer sus compras o sus encargos en una relativa tranquilidad, sin el frenesí de las tiendas abarrotadas.

Marcelo se había ofrecido a acercarse hasta allí tras explicar a Claudia en una breve llamada de teléfono el hallazgo en la oficina de correos. Al entrar en la cafetería, la puerta se cerró a su espalda y dejó en la calle la banda sonora de villancicos navideños repetidos en bucle. Después de una rápida conversación en la que le relató los pormenores de cómo había conseguido los documentos, el expolicía se levantó para marcharse.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Claudia con un gesto de agradecimiento, aunque de antemano imaginaba la respuesta.

—Es una obsesión —dijo él mientras sujetaba la puerta—: no soporto dejar cabos sueltos.

Tras la marcha de Marcelo, pagaron sus consumiciones y regresaron al trabajo.

—Parecen copias de las historias que nos entregaron los traumatólogos y la mujer de Benito Montoya —dijo Claudia sentada ante su mesa tras revisarlos durante unos minutos—. Lo que no entiendo es qué hacían en poder de Óscar Ripoll.

—¿Y esto? —Anselmo señaló la nota firmada por Óscar—. «Henry Beecher… Todo sigue igual». ¿A qué se refiere?

Matías abrió el ordenador y tecleó en el buscador.

—Henry Ward Beecher, clérigo americano. —Leyó en la pantalla mientras deslizaba dos dedos por la membrana—. Se destacó en su lucha contra la esclavitud y a favor del sufragio femenino. —Movió la cabeza de lado a lado—. No veo la relación… O su hermana, la autora de La cabaña del tío Tom…

Claudia interrumpió la divagación.

—Un momento —dijo con la palma de la mano hacia Matías—. Empecemos por el principio: Óscar Ripoll se pone en contacto con Benito Montoya y días más tarde le envía un paquete con historiales médicos. A Óscar lo matan poco después de enviarlo y Benito ni

siquiera llega a recibirlo. Dos días antes muere Alejandro Sierra; unas semanas después encontramos el cadáver de Fernando Vergel y seguimos sin noticias de Juan Diego Alcalá. —Mientras enumeraba, extendía los dedos de su mano izquierda hasta terminar con ella abierta por completo.

—Solo hay una persona que tenga relación con todos ellos —comentó Anselmo—. Y de momento también ha desaparecido.

Claudia obvió la intervención de su compañero.

—A lo que voy es a que en estos documentos debe haber algo que asusta mucho a alguien —concluyó—. Tanto como para cometer cuatro, quizás cinco asesinatos.

—A Piñero —dijo Matías—. No tengo claro que podamos relacionar al gerente ni a la preventivista con Óscar Ripoll.

—¿Recuerdas los sobres del dinero? —intervino Anselmo—: Las iniciales eran «P» y «PG»; las dos encajan con Piñero Galíndez.

Claudia lo contempló con la nariz arrugada, como si hubiera un mal olor en la habitación, y al rato negó con la cabeza.

—No me cuadra —dijo—. Comete tres asesinatos, con dos de ellos casi nos engaña y ahora de pronto decide desenterrar a un muerto para que lo encontremos. —Al terminar seguía moviendo la cabeza de lado a lado—. Os digo que no tiene sentido.

Anselmo la miró un momento con los ojos entrecerrados. Pareció que iba a decir algo, pero optó por dejarlo estar.

—Estoy de acuerdo en que esos documentos deben contener algo peligroso para el asesino —convino Matías—. Creo que deberíamos revisarlos y compararlos con los que nos entregaron los traumatólogos. Si encontramos alguna diferencia entre ellos, quizás por ahí tengamos un hilo del que tirar. A no ser, por supuesto —añadió con una sonrisa irónica—, que alguien tenga una propuesta mejor para esta maravillosa tarde de sábado.

No hubo ninguna sugerencia en contra, de modo que las siguientes tres horas se les fueron emparejando copias con originales. Claudia recordó que tenía anotado el nombre de la madre de Penélope y la encontró entre los historiales: una mujer joven y sana operada de una rotura de un tendón en el hombro izquierdo que se va de alta al día siguiente, reingresa dos días después con fiebre alta y un terrible dolor en el brazo y, tras dos operaciones a vida o muerte, fallece por una septicemia.

—No va a ser rara Penélope —comentó Anselmo cuando Claudia cerró el expediente—: el padre no quiere saber de ella y la madre se le muere con cinco años.

Claudia y Matías asintieron con semblante serio.

—Las lesiones de los hombros las operan los traumatólogos —dijo Matías—. ¿Y si se trata de la venganza de un familiar de alguno de los

fallecidos? Tres traumatólogos muertos, otro desaparecido, un anestesista… Todos trabajaron juntos en aquel hospital.

—Esa posibilidad ya la barajamos hace algún tiempo; de no ser por la relación con la muerte de Óscar Ripoll, sería una opción —comentó Anselmo—, pero después de esto no acabo de verlo. —Terminó con la mano apoyada sobre el montón de historiales.

—Pensaba en un caso similar al de Penélope —insistió—. Su madre fallece con cinco años, ella queda traumatizada, y cuando es mayor, alguien le explica que lo de su madre fue por un posible error médico. Eso explicaría el tiempo transcurrido.

—Esa chica no tiene relaciones familiares con nadie —arguyó Anselmo—. Me la puedo imaginar en el papel, pero no me imagino cómo se pudo enterar ahora y menos todavía asesinando a Vergel con las secuelas del arsénico.

—No digo que tenga que ser ella —afirmó Matías—, pero sí alguien con una historia parecida.

—Como vaya por ahí este asunto, las llevamos claras —dijo Anselmo—. Los hospitales solo tienen obligación de conservar los historiales durante cinco años tras el alta; es muy probable que de los fallecidos en aquella época no quede ni un solo expediente, salvo estas pocas copias que utilizaron los traumatólogos en sus denuncias.

—Encontrar familiares de estos pacientes —murmuró Matías con los ojos convertidos en dos ranuras, como si hiciera un cálculo del número de personas que eso supondría.

—De todas formas yo estoy en que esa hipótesis se viene abajo con la entrada en escena de Óscar Ripoll —afirmó Anselmo. Matías terminó por asentir.

—¿Antes has dicho que el nombre que aparece en la nota es de un americano que luchó contra la esclavitud? —preguntó Claudia, que parecía haber tenido una idea.

—Sí, ¿por qué?

—La última vez que hablé con Pilar, la baronesa —aclaró mirando a Anselmo—, me hizo referencia a unos experimentos realizados en Estados Unidos en pacientes negros. Los dejaron morir de sífilis sin tratamiento o algo así —añadió mientras se esforzaba por recordar—. ¿De qué año es el de la nota?

—Del siglo diecinueve —respondió Matías con la vista en el ordenador.

—Entonces no —repuso con desánimo—. Lo que me contó Pilar ocurrió poco después de la Segunda Guerra Mundial.

—Igual Óscar lo escribió en sentido metafórico —sugirió Anselmo—. ¿A cuento de qué te habló Pilar de eso?

Claudia estuvo unos instantes pellizcándose con dos dedos encima de la ceja mientras su frente se arrugaba. Con la otra mano empezó a

pasar las hojas de su bloc.

—Hablábamos sobre experimentos realizados en personas sin su consentimiento —dijo poco después—; de los nazis y también de experimentos realizados por los americanos. Trataba de explicarme que en el mundo de la investigación médica hay demasiados recovecos. En realidad la conversación se inició por algo que me planteó la primera vez que me entrevisté con ella: me preguntó mi opinión acerca de utilizar los avances médicos obtenidos gracias a investigaciones inmorales.

—¿Quién es la dama? —preguntó Matías, que hasta ese momento se había mantenido al margen de la conversación.

—¡Oh! Perdona —dijo Claudia al percatarse—. Pilar GarcíaModrego fue la jefa de Óscar Ripoll mientras trabajaba para DKL, una empresa farmacéutica alemana. En la lista de llamadas de Ripoll aparecía su número y el de Piñero, y en el registro de su casa encontramos unos sobres con dinero y con las iniciales «P» y «PG», así que tuve una entrevista con ellos.

—¿Y?

—Nada especial —respondió ella—. Los dos me hablaron de la desgraciada vida de Óscar Ripoll, debida en gran parte a su nula paciencia como investigador.

—¿Les hacía chantaje?

—Eso pensamos nosotros —fue Anselmo el que respondió—, pero hasta ahora no tenemos nada que lo confirme.

—Debía ser muy bueno en lo suyo. Cuando cayó en desgracia entró en el mundo de las drogas de síntesis —explicó Claudia—. Acabó en la cárcel y después de eso parece que no volvió a levantar cabeza; esos sobres con dinero podrían significar cualquier cosa. No se movía entre compañías recomendables y encontramos a un traficante al que le debía dinero. Lo conocen como el «Puto Galego».

—«PG» —susurró Matías.

Lunes, 23 de diciembre de 2019 • 10:00 h

El domingo, después de la hora de la cena, comenzó una suave nevada que se prolongó hasta que las primeras luces del amanecer iluminaron un cielo gris que parecía haberse acercado al suelo durante la noche. Las montañas que rodeaban la ciudad estaban ocultas por el manto de nubes, y el paisaje, cuando Claudia salió de la urbanización del pantano, era un dibujo de blancos y negros tan inmóvil como una postal navideña, sumido en un silencio acogedor, como si el sonido hubiese quedado atrapado bajo los copos y la vida se hubiera detenido en espera de la luz del sol.

Las carreteras, parcheadas de blanco, invitaban a conducir con precaución y el tráfico se fue haciendo más lento a medida que se acercaba a la ciudad. En plazas y jardines, chavales de todas las edades tomaban las calles al asalto para disfrutar del raro acontecimiento entre risas y expresiones de asombro. Poco a poco, las lomas cubiertas de nieve virgen y los senderos de los parques se cubrieron de huellas de pisadas, y la serena belleza del alba dio paso al bullicio de los paseos, las carreras y los juegos.

Casi con una hora de retraso llegó Claudia a la comandancia, y no fue la única; otros compañeros se apresuraban hacia la entrada sin atreverse a caminar demasiado deprisa por las aceras en las que la nieve pisada y endurecida se había convertido en una costra resbaladiza.

Al entrar se sopló en el hueco de las manos.

—Al despacho del capitán —le dijo Anselmo que debía haber llegado poco antes y la esperaba junto a la entrada—. Hay noticias de Madrid —añadió con un toque de suspense mientras enarcaba una ceja.

—Pasen. —La comandante Peña hizo un gesto hacia el interior—. Ya tenemos resultado del ADN en el resto del guante —dijo—: Piñero.

Claudia sintió como si le dieran una bofetada y no pudo contenerse.

—¿Piñero? —exclamó incrédula—. ¿Tenemos fichado su ADN?

—Es una sorpresa, pero sí —respondió ella—. Lo ficharon cuando era anestesista en Guadix: se negó a intervenir a un paciente con un problema urgente en la cadera y los traumatólogos lo denunciaron. Fue un asunto bastante turbio, pero hubo presiones y al final quedó en nada. El comisario que lo llevó ante el juez de guardia es un buen amigo y me ha contado algunas perlas; dice que jamás ha tenido que acudir a un aviso más enrevesado.

—No lo entiendo —murmuró Claudia.

—Voy a pedir a su señoría que emita orden de localización, detención y presentación como sospechoso del asesinato de Fernando

Vergel —continuó Peña—, así contaremos con la colaboración de la policía y los locales. Hay que dar con él cuanto antes —insistió con énfasis.

—Parece que tu amigo se ha descubierto —comentó Anselmo a Claudia en voz baja.

Claudia le lanzó una mirada fría.

—No es mi amigo —dijo con voz afilada—. Y sigo sin entenderlo.

—¿Algún problema? —preguntó la comandante al escuchar los cuchicheos. Ambos negaron con la cabeza—. Pues venga, vamos a trabajar.

La reunión se disolvió y los tres sargentos regresaron a sus puestos. Matías caminaba cabizbajo y se dejó caer en su silla como si acabase de regresar de una larga caminata.

—Yo tampoco entiendo nada —comentó a los otros—. Lo entierra en un lugar donde es probable que jamás lo hubiésemos descubierto y luego lo desentierra y lo deja a la vista. ¿Para qué?

—¿Está mandando un mensaje? —sugirió Anselmo.

—Tendría sentido en un mafioso —rebatió Claudia—, pero no en alguien que ha intentado que los crímenes parezcan errores o accidentes. Además, explícame cómo hizo para introducir el arsénico en las botellas o para cargarse a Alejandro Sierra si estaba fuera de Granada.

—O son más de uno, o alguien trabaja para él —respondió Anselmo.

—¿Penélope? —sugirió Matías.

—Podría ser —dijo Anselmo—. Primero asesina a Óscar, luego a Alejandro; en el taller de psicoterapia envenena a Benito e ingiere algo de veneno para apartar de ella las sospechas.

—Casi se pasa —apuntó Matías.

—Exacto. No muere, pero tras el taller sufre los efectos de la intoxicación y queda fuera de juego, y entonces Piñero no tiene más remedio que hacerse cargo de continuar el trabajo.

—Suena bien, pero sigue sin encajar del todo —comentó Matías pensativo con la frente apoyada en la palma de la mano—. Nada de eso explica que Piñero desentierre el cadáver.

—Quizás si conseguimos localizarlo nos dé una explicación convincente —apuntó Anselmo.

—Pues vamos —respondió mientras se levantaba—. Ya habéis escuchado a la jefa: a buscar a Piñero.

Jueves, 26 de diciembre de 2019 • 17:30 h

La semana de fiestas navideñas se les fue en el ajetreo de la búsqueda. No hubo permisos y casi no hubo tiempo libre para los que tenían a sus familiares cerca; el tiempo justo para las comidas de los días señalados y poco más. El interés de los medios de comunicación se había dispersado un tanto con las noticias clásicas de esas fechas, y la atención del público estaba más centrada en las compras y las reuniones con familia y amigos que en las pesquisas de la Guardia Civil. Pero eran conscientes de que esa tregua no podía prolongarse más allá de un par de semanas y de que, pasado el día de Reyes, las miradas volverían a caer sobre ellos ávidas de sangre, ya fuese la del asesino o la de sus perseguidores.

—Como no resolvamos esto antes del ocho de enero —había afirmado la comandante en una de las reuniones— vamos a ser el chivo expiatorio del rastro de kilos de más y billetes de menos que dejen las fiestas.

Pero Piñero no aparecía. Mejor dicho: ni él, ni su coche. En todos esos días tendría que haber puesto gasolina en algún sitio, pero nadie lo había visto y sus tarjetas de crédito seguían mudas; salvo que hubiese utilizado un nombre falso, tampoco había constancia de que hubiese abandonado el país. Y el cuarto traumatólogo seguía igualmente en paradero desconocido, tal como le había comentado a Anselmo durante la reunión en el hotel.

El jueves, después de un almuerzo rápido en un local cercano a la comandancia, Claudia y Anselmo se encontraban charlando con una taza de café en la mano cuando se les acercó un guardia de uniforme.

—Tenemos un problema, sargento. —Se dirigió directamente a Claudia y ella lo miró con curiosidad: «Si fuera solo uno», se dijo—. Tengo una queja de un comerciante de Quéntar contra usted.

—¿Perdón? —Claudia se echó hacia atrás y lo contempló como si le hubiese hablado en otro idioma—. Una queja, ¿de qué?

—Esta mañana he pasado con la foto de Piñero y de Alcalá por una tienda de comestibles en Quéntar —explicó con semblante grave—. Al enseñarles la foto han avisado al dueño del negocio y me ha informado de que quiere poner una queja contra una sargento de la Guardia Civil que pasó por allí hace dos días y estuvo a punto de agredir al dependiente.

Claudia asintió con los ojos muy abiertos.

—¿Le importa explicarme qué tengo que ver yo con todo eso?

—Han dicho que se identificó como sargento de la Guardia Civil —repitió algo confundido—, y que era una mujer rubia y guapa… —Se encogió de hombros y la señaló, como si fuese algo obvio.

—Haremos una cosa —dijo Claudia—. Dígame el nombre del establecimiento y pasaremos por allí para aclarar todo esto; hasta el momento no he visitado ningún comercio de Quéntar.

El guardia puso cara de no entender.

—Pues si no es usted… —dijo mientras se levantaba la gorra y se rascaba la cabeza.

A las cinco y media de la tarde, Claudia y el guardia se encontraban frente a la puerta del negocio mientras un joven muy delgado y de pelo largo abría la persiana metálica.

—Se supone que a ese muchacho es al que usted agredió —dijo él; Claudia meneó la cabeza y echó a andar hacia la tienda.

—Buenas tardes —dijo el dependiente—, les atiendo enseguida.

El guardia esperó a que el joven se diera la vuelta y le preguntó sin más:

—¿Es esta la mujer que le agredió?

Él la contempló un instante y negó sin dudarlo.

—No.

—Soy la sargento Tatsis. Cuénteme qué pasó.

El chaval se apartó un mechón de pelo lacio.

—Fue el día de Nochebuena, poco antes de la hora del cierre —explicó—. La tienda estaba bastante llena de clientes y yo estaba sacando barras de pan del horno cuando apareció su compañera, me enseñó una foto de un hombre moreno y con bigote, y me preguntó si lo había visto por aquí.

—¿Le mostró alguna identificación?

—No.

Claudia lo animó a continuar con un gesto.

—Al pronto me sonó la cara, pero no lo tenía claro. Llevaba una carga de barras de pan que estaban muy calientes y tenía que soltarlas en algún sitio; le dije que me sonaba y le pedí que aguardase un momento, pero al escucharme se me abalanzó y las barras de pan terminaron por el suelo.

Claudia y su compañero se miraron un segundo extrañados.

—¿Está seguro de que dijo que era guardia civil?

—Totalmente.

—¿Dijo o hizo algo más?

—No —respondió el empleado con una sonrisa de alivio—. Con el estrépito mi jefe salió de la oficina y otro compañero se acercó también. El jefe le pidió la documentación y la amenazó con denunciarla por abuso, pero ella desapareció a toda velocidad.

—¿Algún coche? ¿Matrícula?

—Si tenía alguno, yo no lo vi —respondió—. Estaba demasiado ocupado recogiendo barras de pan del suelo.

En ese momento apareció el jefe y cuando comprendió el motivo de

la visita hizo algún comentario que no añadió nada a la información que les había dado su ayudante.

—Lamento el rato que pasaron —dijo Claudia al despedirse—, pero esa mujer no pertenece a la Guardia Civil. Si quiere puede acercarse al puesto y poner una denuncia.

—Da igual —dijo el jefe—, para qué perder más tiempo con esto.

Mientras regresaban a la comandancia, Claudia reflexionaba sobre el episodio: «¿Quién podía estar buscando a Piñero?».

—¡Dé la vuelta! —dijo bruscamente al compañero—. Volvemos a la tienda.

Claudia saltó del coche y se acercó con un breve trote hasta la entrada; el dependiente estaba colocando unas cajas y al verla llegar se incorporó con cara de interrogación. Ella llevaba el móvil en la mano y le mostró una foto.

—Es ella —confirmó el muchacho—. Llevaba el pelo como usted. —Hizo un gesto con ambas manos por detrás de la nuca—. Estoy seguro, son sus ojos.

Claudia le dio las gracias y desanduvo el camino. Mientras su compañero arrancaba en dirección a Granada, ella se quedó con la vista perdida en la foto de Penélope; en sus preciosos ojos de felino que quedaban velados con una inexpresividad enfermiza.

—¿Anselmo? —dijo por el teléfono cuando este estableció el contacto—. Tenemos competencia en la búsqueda de Piñero: Penélope también lo hace.

—¿No estaba medio coja? —respondió.

—Pues ha mejorado bastante o nos ha estado engañando —repuso ella—. Habla con Matías y a ver si sois capaces de convencer a los mandos para que amplíen la orden de localización y la incluyan a ella; llego en un cuarto de hora.

La entrada de Penélope en el terreno de juego abría un buen número de nuevas posibilidades. Lo inmediato fue pensar en la hipótesis de Matías: que la joven se estaba vengando de la muerte de su madre, pero al poco se le ocurrió otra idea y volvió a echar mano del teléfono. Al segundo tono, la voz de Marcelo respondió.

—Dígame, sargento —respondió con chanza.

Claudia habló con él unos segundos. Le preguntó la dirección del doctor Cascales y le pidió si podría acompañarla a hacerle una visita.

—Nos vemos allí —le aseguró él—. Una cafetería frente al edificio.

Nuevo cambio de dirección y segunda llamada a Anselmo para avisarle del retraso.

Jueves, 26 de diciembre de 2019 • 19:00 h

Sentados en la sala de espera del psiquiatra, Claudia puso al día a Marcelo del último descubrimiento. En pocos días, el despeño de la consulta ya era patente en la ausencia de secretaria y en la fina capa de polvo que cubría las mesitas de cortesía y las revistas médicas amontonadas de cualquier manera sobre ellas.

—Lo que me maravilla es que aún tenga pacientes —comentó Marcelo en un susurro.

Por fin, el psiquiatra salió del despacho acompañando a una mujer entrada en años; sus ojos, rodeados por un halo de color oscuro, se fijaron en Marcelo sin alegría, mientras este le dirigía una mirada neutra.

—¿Doctor Cascales? —dijo Claudia mientras le mostraba su identificación—. Soy la sargento Tatsis, de la Policía Judicial, ¿tiene unos minutos?

La pregunta fue algo formal y el psiquiatra hizo un gesto con la mano hacia la sala de espera desierta a la vez que sus hombros parecían acercarse al suelo un poco más.

—Necesito que me cuente todo lo que sepa sobre Penélope —dijo ella sin más preámbulos, al par que le señalaba uno de los sillones.

—Creo que ya le conté todo a su compañero —respondió él sin resistencia y con expresión sorprendida—. Si hay algo más que les pueda aclarar.

—¿Cuál es la relación entre Penélope y Alberto Piñero?

El psiquiatra desvió la mirada un instante hacia Marcelo.

—Ya le dije que fue el hijo de Piñero quien me la trajo —respondió —: se había enamorado de ella y su padre no lo tomó nada bien; tuvieron una conversación bastante tensa, por lo que me contó; le prohibió verse con ella. El chaval pensó que era porque la muchacha tenía algún trastorno psiquiátrico y decidió acudir a mí.

—Así que el padre la conoció en una cena familiar y le montó el número a su hijo —intervino Marcelo y el psiquiatra asintió—. ¿Tan evidente era el estado de la joven?

Cascales tardó unos momentos en responder.

—No tengo ni idea de lo que pudo ocurrir en esa cena, pero una vez que se fueron, el padre hizo una búsqueda en Internet y no debió de gustarle lo que encontró —dijo—. Es cierto que la joven puede dar el pego de entrada… No sé cómo pudo darse cuenta Piñero. Algo debió de ocurrir al conocerse porque lo que recuerdo con claridad es que el chaval me contó que a su padre se le atragantó esa misma noche.

—¿Es posible que ya la conociera? —preguntó Claudia—. Quiero

decir antes de esa cena.

El psiquiatra se encogió de hombros.

—Eso lo desconozco —respondió—. Semanas después de que ella comenzara sus sesiones, me visitó una tarde. Se interesó por ella, quería saber el diagnóstico, el pronóstico, pero en lo tocante a la relación con su hijo su respuesta seguía siendo la misma.

—¿Demasiado clasista?

—No sabría decirle, pero no me dio tal impresión. Supongo que tendría que ver con los antecedentes de la chica —dijo Cascales—. A ver si consigo explicarles —añadió mientras se pasaba el pulgar y el índice por la frente—. El motivo parecía ser algo sin solución… Era un «no» que no admitía discusión; sin fisuras ni resquicios. Daba igual que se hubiese curado de su trastorno, que le hubiera tocado la lotería y se hubiese licenciado en la Sorbona: era una negativa hacia su persona, a su historia, no hacia sus circunstancias. Los antecedentes no se borran.

Marcelo lo contemplaba con los labios fruncidos bajo su encrespado bigote.

—Ya… —Claudia asintió y repasó sus notas por un momento—. Está bien, creo que eso es todo. —Le alargó una tarjeta y le pidió que la llamara si recordaba algo más. Cascales la contempló extrañado y luego miró a Marcelo.

—¿Ya? —Parecía no terminar de creerlo—. ¿Esto es todo? —En su rostro apareció una expresión de alivio, como si sus ojos dibujasen un suspiro largo tiempo retenido.

Claudia alzó las cejas con expresión interrogante hasta que se le escapó una media sonrisa.

—¿Pensaba que venía por usted? —El otro asintió con timidez y ella negó con la cabeza—. Por el momento no se ha presentado ninguna denuncia —le aclaró—. Mientras las cosas sigan como hasta ahora no tiene de qué preocuparse.

—Lo que necesiten —dijo el psiquiatra mientras los acompañaba hasta la puerta y la cerraba tras ellos después de despedirse.

—Ya me extrañaba tanta cooperación por su parte —comentó Marcelo cuando salieron a la calle.

—Mejor así —respondió Claudia.

Viernes, 27 de diciembre de 2019 • 21:00 h

Poco antes de la hora de la cena, Ernesto aparcaba frente a la comandancia y pedía al guardia de la puerta que avisara a la sargento Tatsis. Cuando ella asomó a la calle, extrañada por la visita, Ernesto le dijo que necesitaban tiempo para hablar, y que podía ser esa noche o al día siguiente. No se mostró enojado ni distante, pero sí firme, y ella decidió que sería esa noche, así que regresó junto a sus dos compañeros, les explicó brevemente la situación y subió al coche junto a Ernesto.

De camino al pantano, Ernesto se interesó por la marcha de las investigaciones y la escuchó en silencio con alguna interrupción para esclarecer algún punto del relato. Cuando terminó, aún faltaban unos kilómetros para llegar a casa; el resto del trayecto lo hicieron en silencio, aunque no resultó incómodo.

—Hace años traté a una pareja en terapia —dijo Ernesto cuando se pusieron cómodos en el salón, después de preparar dos tazas de té—. Ella se había quedado sin trabajo y él atravesaba una mala racha, algún golpe de mala suerte en su negocio que le obligó a despedir a dos empleados y suplir él su ausencia a base de echar más horas. En fin… —Hizo un gesto con la mano en el aire para ahorrarse más explicaciones—. La cuestión es que llegó el día de su aniversario y esa noche, al llegar a casa, se encontró con un regalo envuelto con cariño. Pero él no llevaba nada.

»Su mujer no se mostró contrariada; lo entendía, y ante la turbación del marido le dijo que todo estaba bien, que sabía por lo que estaba pasando. Sin embargo, al poco de ese episodio, ella empezó a quedar con amigas cada vez con más frecuencia, de manera que él, que solía volver bastante tarde a casa, se preparaba algo rápido para cenar y cuando ella regresaba ya se había quedado dormido en el sofá, frente a la televisión encendida, o directamente se había ido a la cama.

»Él también la entendía: en paro, demasiado tiempo sola en casa, su marido siempre cansado. Le parecía normal que ella intentara pasar el tiempo de la mejor manera posible. A la vuelta de un año se divorciaron. Si dos años atrás alguien les hubiese preguntado si se separarían de su pareja por olvidar el día de su aniversario, ambos habrían afirmado que no.

Ernesto se detuvo un momento sin apartar la mirada de Claudia.

—Lo que intento decir es que los dos pusieron mucha cabeza en la relación, pero dejaron de escuchar lo que les decían sus tripas. Todo empezó con una tontería que podrían haber solventado sin problemas de haber reconocido que, en el fondo, y aunque lo comprendieran, la

actitud del otro sí que les había dolido. Hubiera bastado con una simple conversación, pero cuando acudieron en busca de ayuda ya no quedaba nada que salvar.

Se levantó del sillón y se sentó en el sofá, junto a Claudia.

—Cuando me pusiste en la lista de sospechosos, mi respuesta fue estúpida e inmadura —dijo—, y mi disculpa fue aún peor. Pero quiero que sepas que nunca he dudado de ti. Tengo la sensación de que, desde la razón, los dos nos entendemos y al mismo tiempo los dos estamos molestos, y si seguimos así, va a llegar un momento en que no seamos capaces de poner nombre a lo que nos sucede. Sencillamente nos distanciaremos poco a poco, un pequeño detalle cada dos o tres días, hasta que un día nos miremos a la cara y no seamos capaces de reconocernos.

Claudia le cogió la mano y se la acarició en silencio.

—Yo solo puedo decirte que desde hace dos años, cuando despierto por las mañanas, tengo la sensación de ser la persona con más suerte del mundo. Si quieres que terminemos —continuó él—, así será; si quieres que busquemos el modo de reencontrarnos y salvar la relación, aquí me tienes. Pero si continuamos por este camino, si no nos ocupamos de cuidar esta pareja, seguiremos una vida a rastras hasta que llegue el día en que no quede nada que salvar. Y no creo que ni tú ni yo nos merezcamos eso.

PARTE 3 Allegro

Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 13:00 h

El sábado y el domingo, la búsqueda continuó sin dar ningún fruto; ni rastro de Piñero, Penélope o Juan Diego Alcalá. El bullicio de las calles era tal, que bien podía una pareja de policías pasar a tres metros de alguno de ellos sin verlo, y el cansancio, con el correspondiente aumento de tensión, comenzaba a notarse entre los buscadores. La parte positiva era que con el ajetreo de las fiestas escaseaba la gente ociosa, lo que se traducía en menos llamadas con pistas falsas de los desaparecidos.

Claudia y Ernesto por fin habían llegado a un punto de entendimiento: los dos tenían claro que la relación les merecía la pena y bastó con que cada uno se reafirmara en esas tres palabras para que todo comenzara a fluir como antes, o quizás un poco mejor.

En cuanto a la investigación, ella seguía sin comprender el motivo que alguien debió tener para desenterrar a Fernando Vergel, pero empezaba a tener la convicción de que antes, después, o nunca, Juan Diego aparecería muerto. Si Penélope había emprendido un camino de venganza y ya solo buscaba a Piñero, eso solo podía significar que Juan Diego estaba muerto. Lo único que no terminaba de casar bien con esa hipótesis era el asesinato de Óscar Ripoll, y eso obligaba a desmontar toda la teoría y buscar una alternativa: la serie de muertes había comenzado justamente después de que Óscar decidiese hablar con los traumatólogos y enviarles los historiales médicos, lo cual apoyaba la idea de que la clave de todo estaba en esos documentos, que alguien quería impedir a toda costa que salieran a la luz, y que a ese alguien, además, Óscar le hacía chantaje. Podía tratarse de Piñero ayudado por un cómplice y entonces la teoría parecía cuadrar, salvo que en tal caso la presencia de Penélope buscando a Piñero no tenía sentido.

—Si Penélope trabaja para Piñero y sus posibles cómplices… —se aventuró Matías mientras degustaban el tercer café de la mañana.

—Eso tiene sentido —respondió Anselmo—, pero entonces por qué va por ahí mostrando su foto y diciendo que es guardia civil.

—No tengo explicación —dijo Claudia.

—No sé —meditó Anselmo en voz alta—. Puede que haya terminado el trabajo y el otro se haya hecho el remolón para pagarle.

Una de las guardias se acercó a paso rápido hacia ellos.

—Han visto a Piñero —les dijo—. En un bar de comidas para llevar, en Quéntar: café bar Los Ángeles.

Se levantaron como si los asientos fuesen catapultas.

—Hace unos cinco minutos que ha pasado a recoger comida —seguía informándoles mientras trotaba tras ellos en dirección a la

salida.

—¿Y la patrulla? —preguntó Claudia.

—Cuando han llegado ya no había ni rastro —respondió, parada en pie ante la puerta.

Los tres coches sin distintivos, pero con los luminosos azules en el salpicadero, salieron hacia la localización que les acababan de facilitar. Se abrieron paso entre el denso tráfico y veinte minutos más tarde se detenían delante del bar, junto al todoterreno de la patrulla de Güejar Sierra. El jefe los saludó al llegar.

—¿Quién? —preguntó Claudia sin detenerse. El guardia le señaló hacia la barra; una señora charlaba con la compañera de la pareja, que al verla llegar la saludó y se la presentó a la camarera.

—Cuénteme —la invitó Claudia.

—Fue alrededor de la una —dijo ella—. Hace unos días nos habían mostrado la foto de dos hombres y una mujer. —Señaló hacia las fotos y su índice se apoyó en la de Piñero—. Se parece a mi tío Andrés, por eso se me quedó su cara.

—¿Dijo algo, algún comentario? —preguntó Claudia.

—Nada —respondió la mujer—. Esta es la comanda. —Le mostró una nota: gazpacho, tortilla de patatas, carne con tomate y cocido.

—Mucho para una persona sola, ¿no?

—Si es para una comida, le diría que sí; aquí con cada ración comen dos —convino la camarera—, pero muchos de nuestros clientes se llevan raciones para almuerzo y cena, o para todo un fin de semana.

—¿Sabe si habló con alguien, si tomó algo mientras esperaba el pedido?

—Lo vi entrar, vino directo hacia mí y me enseñó la lista. Llevaba una sudadera negra con la capucha subida, pero el bigote se veía muy bien, y en un momento en que se quitó la capucha, mientras esperaba, su aspecto parecía el de la foto —respondió—. No tardé ni un minuto en entregarle la bolsa. Bueno —añadió como si lo recordase de repente—, le pregunté si quería un contenedor para mantener el gazpacho frío y me dijo que no hacía falta; no debía ir lejos.

«Si pides comida para llevar es bastante posible que no vayas lejos», pensó Claudia, «a no ser que estés escondiéndote de la Guardia Civil y entonces puede ser que vivas a media hora de aquí».

—¿Lo había visto antes?

La señora negó con la cabeza.

—¿Se sabe si alguien vio su coche? —En esta ocasión la pregunta se dirigió al guardia.

—No había nadie en la calle —dijo él.

Un hombre entró en ese momento y lanzó una curiosa ojeada a Claudia y al guardia de uniforme antes de dejar su comanda sobre la

barra.

—Fue todo muy rápido —añadió la camarera mientras entregaba una bolsa al vecino—. No había clientes en el bar; la gente está en su trabajo o de compras en Granada. A partir de esta hora es cuando empiezan a recoger los pedidos.

—Hemos vuelto a preguntar en otros dos locales del pueblo que también preparan comidas para llevar, pero nos han asegurado que no lo han visto —dijo el guardia.

Regresaron a los coches y Claudia desplegó el mapa de la comarca sobre el capó del suyo. Había marcado con cruces los diferentes puntos de interés; todos se acumulaban en la misma zona.

—Excepto el asesinato de Óscar Ripoll y el de Benito Montoya, todos por aquí —dijo Anselmo—. Y ahora esto.

Claudia marcó la localización del bar y durante unos segundos no levantó la vista del mapa. Se dio cuenta de que le costaba fijar los nombres de las localizaciones.

—Voy a casa —dijo como en un impulso—. Necesito comer algo, una ducha y descansar un poco para aclarar ideas.

Mientras ella se despedía, Anselmo respondía a otra llamada: alguien creía haber visto a Juan Diego Alcalá en la estación de autobuses, así que él y Matías subieron a sus vehículos sin perder un momento.

A unos escasos cincuenta metros, una figura embutida en un chándal negro con capucha y con una braga que le cubría hasta la nariz, guardaba un teléfono en el bolsillo y observaba con interés la reacción de los guardias civiles.

Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 15:00 h

Claudia había avisado a Ernesto al salir de Quéntar y cuando llegó a la casa del pantano se encontró la mesa de la cocina engalanada como si se hubiese adelantado la cena de Año Nuevo. A la vez que ella entraba y soltaba su anorak sobre el respaldo de un sillón, Ernesto salía de la cocina con una bandeja en la que humeaban dos capones rellenos. El delicioso aroma le hizo tomar conciencia del hambre que tenía.

—¡Feliz Año Nuevo! —la saludó al verla. Ella se echó a reír.

—Es día treinta —repuso mientras le quitaba el nudo del delantal.

—Al ritmo que vais me veo tragando uvas en la parte de atrás de un coche patrulla —bromeó—. Si mañana estás libre, lo volveremos a celebrar.

—Me muero de hambre. —Se frotó las manos al sentarse mientras los ojos se le iban de los capones a las ensaladas.

Ernesto le sirvió un plato llano con una muestra de cada ensalada y una ración de capón, como un maestro de ceremonias, y luego se sentó frente a ella.

—¿Buena mañana?

—Han visto a Piñero en un bar en Quéntar.

—¿Un bar? —repitió extrañado.

—Comidas para llevar; fue a por el almuerzo.

Ernesto asintió.

—¿Es fiable?

—Lo parece.

—Todo ocurre cerca de Quéntar —comentó y luego cambió de tema—. Y la mujer de Juan Diego, ¿os ha vuelto a llamar?

—No, que yo sepa —dijo ella tras un sorbo a su copa—. Hace dos o tres días que no tenemos noticias de ella.

Ernesto hizo un gesto de extrañeza y Claudia soltó el tenedor y sacó su móvil. Él lo señaló con la barbilla con el mismo gesto interrogante y en ese preciso instante el teléfono comenzó a sonar.

—¡Anda! —exclamó Claudia al ver el nombre. Se levantó y caminó hasta el salón con el altavoz activado—. ¿Esther? —dijo—, soy Claudia. ¿Ha tenido alguna noticia de su marido?

—Nada —parecía tranquila.

—Llevaba días sin saber de usted —aclaró—. Justo ahora estaba pensando en llamarla. Nosotros tampoco tenemos novedades.

—Imagino que no es buena señal —dijo con calma—. Me refiero a que pase tanto tiempo.

Claudia estaba de acuerdo en parte, pero se sintió obligada a animarla.

—En realidad, eso solo quiere decir que su marido está bien escondido —dijo con una sonrisa—. Nos dijo que iba a estar algún tiempo en paradero desconocido y parece que se lo ha tomado en serio.

Hubo un silencio en la línea.

—¿Eso dijo? ¿Que iba a estar en paradero desconocido?

—Así se lo comentó a mi compañero y así lo escuché yo también —respondió Claudia—. ¿Qué es lo que le extraña?

—Verá —arrancó como con dudas—. Cuando tuvieron el conflicto con la dirección en Guadix empezaron a reunirse en una casa de campo de un compañero que trabaja en Inglaterra. A esa casa se referían como Paradero Desconocido. —Sin proponérselo se adelantó a la pregunta de Claudia—. Yo nunca supe con exactitud dónde estaba, pero calculo que debe quedar entre Guadix y Granada.

Claudia fijó la mirada en Ernesto, que acababa de acercarse a la puerta que separaba el salón de la cocina.

—¿Le parece que me pase por su casa en una hora?

—No hay problema —respondió la mujer.

Claudia interrumpió la comunicación y se volvió hacia Ernesto.

—No me fastidies… —murmuró mientras regresaba a la cocina donde esperaba más de la mitad del almuerzo—. ¿Te importa preparar un café? —le dijo con gesto compungido, antes de engullir un muslo en dos bocados.

—Terminaremos la cena de fin de año en otro momento. —Ernesto le quitó importancia y empezó a recoger la comida—. Tomamos café y te acompaño, si no te importa.

Una hora más tarde, se encontraban sentados en casa de Esther y Juan Diego, en una amplia terraza cubierta atestada de macetas en la que habían dispuesto un rincón de lo más acogedor. La mujer había aprovechado el tiempo que tardaron en llegar para buscar algunas fotos y hacer memoria sobre aquella casa.

—Recuerdo que Juan me dijo que la casa tenía un pozo delante y un gran árbol. —Le señaló el pozo en una de las fotos en la que aparecían los cuatro juntos, bastante más jóvenes y con semblantes serios—. Allí se reunían para conspirar, como decían ellos, cuando tenían que preparar escritos importantes, ruedas de prensa, cosas así —explicó.

Claudia revisó las fotos. Casi todas eran encuadres cercanos, en las que el fondo era la fachada principal de la casa y poco más. En dos de las tomas, no obstante, se veía gran parte del paisaje y el perfil de las montañas. Les tomó una foto con el móvil y las envió en un mensaje ante la curiosa mirada de Ernesto.

—Son para un compañero del SEPRONA —explicó—. Es de Dúdar y se conoce bien aquella zona. Quizás sea capaz de orientarse.

La conversación de teléfono fue breve. Tal como ella había predicho, su compañero no tardó en localizar el paraje.

—Por aquí la conocen como «La casa del inglés» —dijo—. Te envío la ubicación en un segundo.

Claudia pidió permiso a Esther para llevarse las fotografías y se despidieron de ella.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ernesto antes de arrancar.

—Voy a echar un vistazo —dijo ella. Volvió a tomar el móvil pero ni Anselmo ni Matías respondieron a la llamada—. ¿Dónde estáis? —preguntó al vacío mientras pulsaba la tecla de rellamada.

—Voy contigo —dijo Ernesto tajante. Claudia pareció dudar, pero al final decidió que sí.

—Conduce —dijo—. Vamos más allá de Quéntar. —Volvió a marcar un contacto en el teléfono y esta vez sí obtuvo respuesta.

—¿Comandante Peña?—dijo—. Voy a una casa conocida como «La casa del inglés», más allá de Quéntar. Acabo de reenviar la ubicación a Anselmo y a Matías, pero no me cogen el teléfono.

—Les aviso en cuanto pueda —respondió ella—. En la última hora hemos tenido varios avisos con detalles creíbles que aseguran haber visto a Piñero, a Juan Diego o a los dos juntos por toda la provincia; yo voy ahora hacia la estación de autobuses y no damos abasto para cubrirlos todos. ¿Necesitas que te envíe a alguien?

—No por el momento —dijo—. Si preveo problemas avisaré al puesto de Güejar. —Después de desconectar, se dirigió a Ernesto.

—Puedes usar los carriles reservados. —Al tiempo conectó el luminoso azul del salpicadero.

Sin embargo, eran poco más de las cuatro y media de la tarde y, a pesar de ser víspera de Nochevieja, la gente aún disfrutaba de la sobremesa en casa o empezaban a salir de los bares y los restaurantes antes de lanzarse de nuevo al desenfreno de las compras. Las calles estaban bastante más ligeras de tráfico y solo en una ocasión tuvo que hacer uso de la sirena para sortear un pequeño atasco, mientras Ernesto conducía con cara de niño travieso.

Desconectó el luminoso cuando pasaban frente a la gasolinera en la que Alejandro Sierra había repostado por última vez. Parecía evidente que ese día se dirigía hacia Paradero Desconocido para reunirse con sus antiguos compañeros, pero alguien le impidió llegar a esa cita. La luz del sol, que bajaba hacia el horizonte, apareció bajo la capa de nubes desde el otro extremo del valle del Genil e iluminó el entorno con un tono que empezaba a ser dorado, al tiempo que arrancaba algún destello de los restos helados de la nevada de la semana anterior.

Pasaron Quéntar y continuaron carretera arriba en dirección a Tocón de Quéntar. Unos kilómetros más adelante, Claudia le indicó un

desvío por el que avanzaron hasta que la valla de la finca les impidió seguir. Confirmó la localización con el móvil.

—Apaga el motor —dijo—. Voy a echar un vistazo.

—Te acompaño.

Claudia lo miró un momento.

—Si te digo que te vuelvas al coche, lo haces sin vacilar —dijo severa—. No quiero ni un asomo de duda en eso.

Ernesto sonrió a la vez que asentía, pero ella le mantuvo la mirada con semblante serio.

—Ya ha asesinado al menos a cuatro —dijo.

Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 17:00 h

Rodearon la tela metálica que marcaba el perímetro de la finca hasta encontrar un tramo de poco más de un metro que las ramas leñosas de una aulaga habían despegado del suelo, por el que pudieron entrar sin gran esfuerzo. Al otro lado, una pequeña loma con un bosquecillo de pinos y carrascos ocultaba la vista de la casa y por allí avanzaron, agachados para esquivar las tiesas ramas, hasta llegar a la zona más alta desde la que había una buena perspectiva de la fachada principal de la casa. El pozo, un árbol imponente que parecía un nogal, y la puerta principal, se mostraban tal como aparecían en las fotos de la mujer de Juan Diego.

Claudia podía tener la seguridad de que había encontrado el lugar en el que se reunían los traumatólogos desde sus tiempos de conflicto en Guadix. Por un momento consiguió apartar del pensamiento la situación en que se encontraban y ver la casa como un lugar excepcional, tranquilo, donde disfrutar de una nevada o una tarde de lluvia al calor de la chimenea, a pesar de que nadie sabía qué podría encontrarse ahora, en caso de que hubiera algo que encontrar.

Con unos prismáticos de bolsillo escudriñaba la casa y los alrededores. Olía a hojas húmedas amontonadas, a acequia. Entre las ramas de hojas perennes se escuchaba, lejano, el canto de un pinzón y algún petirrojo, y más distante, como si fuese un eco de otro tiempo, el pausado ladrido de un perro; todo contribuía a la sensación de calma y soledad del caserón. La luz del atardecer alternaba entre los tonos grises y los ocres cada vez que el sol conseguía abrirse paso a través de las nubes de poniente, hasta que, con un último destello, se desvaneció y la claridad comenzó a menguar.

—Está todo muy tranquilo —susurró mientras se apartaba los prismáticos de la cara.

Ernesto la interrumpió con un par de toques en el hombro y señaló hacia la casa: una luz se acababa de encender en la planta baja, en una pequeña ventana junto a la puerta principal.

Claudia retomó la vigilancia. Aparte de la sutil mancha amarillenta de la luz del interior, nada había cambiado, pero entonces la puerta principal se abrió. Enfundado en un chándal negro con capucha, un hombre salió con parsimonia para rodear la fachada y perderse por el lado derecho de la casa. Al poco se escuchó el golpe amortiguado de la portezuela de un coche al cerrarse y el hombre regresó cargado con un par de bolsas de papel marrón. Ahora caminaba casi de frente a ellos, y a través de los anteojos, a pesar de la creciente oscuridad y de la capucha que ocultaba la mitad superior de la cara, Claudia creyó reconocer un mostacho negro. Con rapidez, entregó los prismáticos a

Ernesto.

—Vigila por si vuelve a salir —le dijo—. Creo que es Piñero; voy a pedir refuerzos y a acercarme a echar un vistazo. Tú no te muevas de aquí.

Se deslizó hacia la parte de atrás de la loma mientras sacaba su teléfono y comenzó a caminar dando un amplio rodeo, con cuidado de dejar siempre masas de matorrales o arboleda entre ella y la casa, hacia el lateral por el que había aparecido Piñero. Ernesto se había tumbado boca abajo en el suelo con los codos bien apoyados y los prismáticos delante de los ojos; notaba el pulso agitado, pero en esa postura conseguía que la imagen temblara mucho menos.

Todo seguía igual en la casa; el único movimiento en las inmediaciones era la silueta de Claudia que se insinuaba de vez en cuando entre la vegetación. Ernesto advirtió que llevaba el arma en la mano, lo que contribuyó a aumentar su sensación de tensión. Al poco la vio desaparecer tras el lateral de la fachada y todo quedó en la misma calma tensa de unos minutos antes, cuando el único signo de presencia humana era la tímida luz en la ventana.

Reapareció poco después por la esquina de la casa, agachada para no ser vista desde el interior. Llegó a la altura de la primera ventana, la que no tenía luz, y se alzó lo justo para echar un fugaz vistazo al interior. Luego siguió su avance pegada a la fachada y al llegar a la segunda ventana, la que estaba iluminada, repitió la operación.

El sol se había ocultado hacía rato y el tono azul del cielo y del entorno se volvía cada vez más oscuro; empezaba a costar trabajo fijar la vista en los detalles que se desvanecían con la caída de la noche. Claudia se deslizó de nuevo junto a la casa para desandar el camino que acababa de recorrer. Al amparo de la cada vez más escasa luz, caminaba agachada junto a los matorrales que crecían tras un pequeño murete y con un pequeño rodeo recorría los metros que la separaban de la posición de Ernesto.

Un golpe seco, seguido por un grito ahogado, sonó procedente de la casa. Ernesto vio cómo Claudia se detenía en seco y se colocaba en cuclillas, de espaldas a él, frente a la casa. Un instante después, con la pistola sujeta con ambas manos, atravesaba a la carrera la explanada de delante de la casa y se colocaba con la espalda contra la fachada, junto a la puerta principal. Tras mirar a su alrededor, giró sobre sus pies al tiempo que retrocedía un par de pasos y alzando la pierna derecha propinó una fuerte patada a la puerta a la altura de la cerradura. Una gran astilla se desprendió del marco y la hoja de madera se estrelló con un violento golpe contra el interior del pasillo. Ernesto la escuchó gritar: «¡Alto, Guardia Civil!», antes de perderla de vista en el oscuro pasillo.

Y luego nada. Solo silencio.

Ernesto se puso en pie, incapaz de contener los nervios; desconocía a qué peligro se podía enfrentar Claudia allí dentro y tuvo que hacer un esfuerzo para no correr loma abajo, hacia la casa. Entonces un sonido a su izquierda fue ganando intensidad hasta que reconoció el motor de un vehículo que se acercaba por el camino que ellos habían recorrido un rato antes. Las luces de los faros se detuvieron cerca de la entrada, al lado del coche en el que ellos habían llegado, calculó Ernesto, y se escucharon varios golpes de puertas al cerrarse. Ernesto ya caminaba hacia ellos en línea recta desde la loma, de espaldas a la casa, haciendo gestos con las manos en alto, cuando uno de los recién llegados lo iluminó con una linterna y se identificó como guardia civil. Creyó reconocer el acento musical de Anselmo y justo en el momento en que lo iba a saludar, dos disparos sonaron en rápida sucesión procedentes de la casa.

Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 17:30 h

Ernesto giró y echó a correr hacia los disparos, pero la voz de Anselmo a su espalda lo hizo detenerse. Un segundo más tarde, el sargento y dos guardias de uniforme lo adelantaban a la carrera con las armas desenfundadas.

Anselmo fue el primero en llegar a la desvencijada puerta y se adentró en la casa seguido por los guardias, a los gritos de «¡Guardia Civil!». A pesar de sus instrucciones, Ernesto había llegado hasta la puerta y los vio adentrarse por un pasillo oscuro, medio agachados, comprobando que no hubiese ningún peligro al acecho en las puertas laterales del corredor.

A Ernesto se le heló la sangre cuando escuchó la voz de Anselmo, desde una habitación al fondo de la casa, decir a sus compañeros que pidieran una ambulancia; a la escasa luz de una pequeña lámpara lo vio agacharse.

—Claudia está inconsciente, la han dormido con cloroformo —dijo para que Ernesto lo pudiera escuchar—, pero hay alguien esposado a una cama y un hombre en el suelo con un disparo en la cara; creo que es Piñero.

Ernesto avanzó por el pasillo hasta que uno de los guardias lo detuvo. Desde el dormitorio en el que se encontraba Anselmo se escuchaba un sonido gutural, como si alguien intentara gritar o hablar con la boca llena de trapos.

—No puede pasar. —Lo detuvo uno de los guardias, con voz serena, pero en un tono que no admitía réplica.

Ernesto alargó el cuello por encima de su brazo para tratar de ver algo.

—Todo despejado —dijo el otro tras revisar el resto de habitaciones y la planta alta.

Se escuchó ruido de pasos a la carrera por la grava de la explanada y Matías apareció en el zaguán. Anselmo se asomó desde el fondo, ya se había colocado unos guantes de nitrilo e hizo un gesto al recién llegado.

—Debería esperar fuera —indicó Matías a Ernesto al pasar junto a él; el guardia lo acompañó hasta la calle.

La habitación al final del pasillo era un dormitorio de matrimonio bastante amplio, con una cama de dos por dos, una cómoda antigua delante de un ventanal de palillería, un gran armario y un baño al fondo. Una estufa de hierro forjado, a la derecha de la cómoda, mantenía la temperatura de la estancia a un nivel más que confortable.

—Cálmese, Juan Diego —decía en ese momento Anselmo al

hombre de pelo blanco esposado a la cama—. Ya está a salvo.

Matías se acercó y hurgó en la cerradura de las esposas mientras le hablaba. Anselmo le retiró un par de vueltas de cinta americana y le sacó un trozo de tela de la boca. El hombre seguía demasiado nervioso, lo cual era más que comprensible, y Matías tuvo que zarandearlo con suavidad y obligarle a mirarlo.

—Cálmese —repitió sin alzar la voz pero con autoridad—. Si no se queda quieto un momento no podré quitarle las esposas.

Juan Diego pareció aflojar la tensión lo suficiente y un instante después se escuchó el clic de las esposas al abrirse. Matías le preguntó si era capaz de levantarse y, tras obtener una respuesta afirmativa, lo ayudó a caminar hasta el pasillo y luego hasta la calle.

—Quédese con él —ordenó a Ernesto.

—¿Cómo está Claudia? —preguntó este intranquilo.

—Despertará enseguida con un buen dolor de cabeza —respondió Matías con calma.

A Ernesto se le escapó un suspiro contenido, aunque tuvo claro que no se iba a relajar del todo hasta escuchar su voz. Acompañó a Juan Diego hasta el muro bajo el nogal para que se sentara.

—¿Cómo se encuentra?

Juan Diego se limitó a mirarlo y negar con la cabeza. Ernesto pensó que parecía un tanto chocado y decidió que era mejor permanecer en silencio a su lado; aparte de las heridas en las muñecas, a simple vista no parecía tener nada de importancia excepto el miedo.

Claudia comenzó a toser y se incorporó a medias en el suelo, a la entrada del dormitorio. Paseó la mirada por la habitación como si no tuviese muy claro dónde se encontraba y se detuvo al ver a Anselmo y a Matías, que trataban de cubrir con un apósito provisional la herida de la cara de Piñero.

—Hola —dijo Anselmo que había vuelto la mirada hacia ella al escucharla—. ¿Ya regresaste?

Ella terminó de sentarse y se sujetó las sienes con ambas manos. Se le escapó un resoplido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz lenta y al momento comprendió que la única que podía responder a esa pregunta era ella. La niebla dentro de su cabeza se disipaba con rapidez—. Había un hombre esposado a la cama —atinó a decir con la boca pastosa y amarga—. Alguien me agarró por detrás cuando entré a esta habitación y luego no recuerdo nada más… ¿Y Ernesto?

—El de la cama era Juan Diego Alcalá —respondió Anselmo—. Está fuera, con Ernesto; los dos están perfectamente.

A Claudia se le escapó un suspiro de alivio y sin hacer movimientos bruscos para no empeorar el dolor de cabeza, se levantó del suelo.

—Parece que fue Piñero quien te atacó por detrás —dedujo

Anselmo—. Tú llevabas la pistola en la mano y con el forcejeo debiste dispararle en la cara; tiene la mandíbula inferior y la mitad de la cara destrozada —terminó con una mueca de repugnancia y luego señaló un agujero en el techo—. El segundo disparo debió dar ahí.

Claudia miró a Piñero. Inconsciente, tendido en el suelo y con un aparatoso vendaje que le cubría casi por completo la cabeza; el chándal negro, salpicado de sangre que empezaba a coagularse, le recordaba al aspecto de la piel de un toro abatido en el ruedo.

Uno de los guardias llamó su atención desde la habitación que quedaba al entrar, a la derecha de la puerta principal.

—Deberían ver esto —dijo.

Los tres se acercaron hasta allí: una habitación pequeña con dos monitores de ordenador con la pantalla dividida en cuatro partes que debían estar conectados a un complejo sistema de vigilancia exterior.

—Hay cámaras y sensores que cubren toda la parte exterior de la casa —dijo Matías tras echar un vistazo—. Probablemente sabía que estabas aquí mucho antes de que decidieras entrar —añadió mirando a Claudia.

—Me esperó escondido tras la puerta del dormitorio —dijo ella, pero luego pareció rebobinar y les explicó lo sucedido desde que había visto salir a Piñero a recoger las bolsas. Al concluir el relato se volvió a presionar las sienes—. Voy a salir un momento.

—Tranquila —respondió Matías—. Nos encargamos nosotros. Al verla aparecer, Ernesto se acercó a ella y le dio un abrazo.

—¡Dios!—exclamó como si de esa forma dejase ir los restos de miedo contenido—. ¿Estás bien?

Ella esbozó una sonrisa para calmarlo.

—Me duele la cabeza como si tuviese el cerebro suelto —dijo.

La furgoneta de criminalística llegó en ese momento para hacerse cargo de la escena del crimen.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó Ernesto—. Escuché dos disparos poco después de que entraras… ¡Dios!

—Parece que Piñero me atacó con un trapo empapado en cloroformo y antes de perder el conocimiento debí dispararle —explicó ella—. Al entrar, vi a un hombre esposado a la cama y no me percaté de que él estaba escondido tras la puerta.

—¿Está… muerto? —acertó a preguntar Ernesto.

Ella negó con un gesto lento.

—Dicen que solo le he volado media cara —respondió con un toque de amargo sarcasmo.

—Él te atacó primero —Ernesto se negaba a que ella se culpase—. Te sedó. Ni siquiera eres consciente de haber disparado.

La sirena de una ambulancia ganaba intensidad y Claudia se tapó los oídos para mitigar la sensación de vibración dentro de la cabeza

hasta que el estridente sonido cesó. El equipo del 061 se acercó a ellos y Claudia les explicó la situación.

—Es la escena de un crimen —concluyó—, mis compañeros les indicarán por dónde pasar.

Los sanitarios siguieron a Matías hacia el interior y en un instante volvían a aparecer con Piñero sobre la camilla, sujeto con las correas. Anselmo explicaba a la médico el tipo de herida y la cura que habían improvisado.

—Parece estable —comentó el enfermero tras tomarle la tensión y colocarle un pulsioxímetro en el dedo—. Voy a cogerle una vía y estamos listos.

—Lo haremos en la furgoneta —decidió la doctora—. Ni siquiera sabemos si la bala ha llegado al cerebro y en cualquier momento se nos puede complicar.

—La patrulla les escoltará —dijo Anselmo—. ¿Van al PTS?

—Al traumatológico —respondió ella—. Necesita un maxilofacial y quizás un neurocirujano.

Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 18:15 h

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Claudia a Juan Diego, que seguía sentado bajo el nogal con una manta sobre los hombros, lo que le confería en cierto modo el aspecto de un refugiado.

—Extraño —dijo tras alzar la vista hacia ella; un escalofrío pareció recorrerle la espalda y se arropó bajo la manta.

—¿Es capaz de contarme lo que ha pasado desde la última vez que hablamos?

Él asintió. Le hizo un relato conciso de las últimas semanas: Fernando y él habían decidido esconderse en la casa hasta que se aclarase todo. Fernando se iba a encargar de comprar comida para varios días, y él de conseguir leña para las estufas y la chimenea. Llevaban más de una semana escondidos y una mañana Fernando salió para hacer una compra, pero nunca regresó. En su lugar se presentó Piñero, lo pilló desprevenido mientras cortaba leña en el cobertizo y lo durmió con algún anestésico. Al volver en sí estaba amordazado y esposado a la cama.

—Pero usted me llamó hace dos o tres semanas para decirme que no localizaba a Fernando —preguntó Claudia.

—En ese momento era mentira —reconoció—. Pensamos que así nadie sospecharía que estábamos juntos. Al día siguiente, el doce, salió a comprar comida y ya no volvió…—Se interrumpió un momento, desconcertado—. ¿Qué día es hoy?

—Treinta.

Juan Diego alzó las cejas y luego su cara compuso una expresión de perplejidad.

—¿Treinta? —repitió con la vista perdida.

—Según lo que me acaba de contar, lleva dieciocho días secuestrado —dijo ella—, es normal que se sienta aturdido.

Juan Diego se quedó un rato callado con semblante inexpresivo.

—¿Y Fernando? —preguntó de pronto con un hilo de esperanza en la voz.

Claudia meneó la cabeza.

—Encontramos su cuerpo el día diecinueve. Lo siento.

Juan Diego tragó saliva un par de veces y bajó la mirada al suelo.

—Hijos de puta —murmuró entre dientes.

Claudia le dio unos momentos para que asimilara la noticia y luego continuó con las preguntas:

—Su esposa denunció su desaparición el dieciocho de diciembre —dijo ella—. Para entonces usted llevaba seis días secuestrado.

—Yo la llamaba cada dos o tres días, y todos los lunes. Aunque he usado un teléfono de prepago de hace más de veinte años,

desconocíamos si me podrían localizar a través de las llamadas —respondió mientras se pasaba la mano por la frente y el pelo—. No tengo ni idea de cuándo puso la denuncia.

—Fue un miércoles —comentó Claudia—. Tiene lógica.

—¿Puedo llamarla?

—Cómo no. —Le tendió el móvil y se apartó unos metros.

Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 21:00 h

A las nueve de la noche, Alberto Piñero llevaba casi dos horas en quirófano. Juan Diego Alcalá acababa de llegar a su casa tras un breve paso por el servicio de urgencias de Quéntar. Los de criminalística seguían con la investigación en «La casa del inglés» y Claudia se encontraba junto a sus compañeros en comandancia, ocupados en terminar el papeleo.

Se habían reunido con la comandante y el capitán, y por insistencia de Claudia, se decidió poner protección a Juan Diego en su domicilio hasta que todos los cabos estuviesen bien atados. En algún momento de la noche tomaron declaración a Ernesto por ser el testigo más próximo en los instantes previos a los disparos; el hecho de que Claudia hubiese utilizado su arma complicaba las cosas y debían ser muy exhaustivos con los informes y las declaraciones.

—Cuando entré en la casa todo estaba en penumbra, excepto la habitación del fondo —explicó ella—. Llevaba el arma en la mano y avancé por el pasillo hasta llegar a la puerta de doble hoja, que estaba abierta hacia dentro; la luz era escasa, pero en la cama distinguí a alguien tumbado, con la cabeza cubierta con una capucha negra y las manos esposadas al cabecero. Mientras me acercaba hacia la cama giré un momento la cabeza hacia la derecha, para confirmar que no hubiese nadie escondido tras esa hoja de la puerta, y justo antes de hacer lo mismo hacia la izquierda, alguien saltó sobre mi espalda, me sujetó la cabeza con el brazo y me aplicó un trapo con fuerza contra la nariz y la boca.

—¿Y los disparos? —se interesó el capitán.

—Nada más —negó ella, confusa—. Debió de ser algo reflejo. Ni siquiera recuerdo el sonido de las detonaciones.

El capitán asintió; parecía satisfecho.

—Se abrirá una investigación interna —les informó la comandante —, pero el único objetivo es que no quede ninguna duda de su impecable actuación. —Se dirigió a Claudia—. Nadie dentro de la Guardia Civil cuestiona su profesionalidad; lo que pretendemos es evitar que alguien lo haga fuera de aquí —aclaró—. Lo único que importa es que usted localizó el lugar del secuestro, neutralizó la amenaza de Piñero y salvó la vida del doctor Alcalá. Eso es lo que tiene que trascender y nada más.

—Es la verdad —dijo Matías tras salir de la reunión, pero Claudia lo miraba con aire inseguro.

—En realidad ni siquiera sé cómo le disparé —dijo pensativa—. No debería haberlo hecho, él no iba armado.

—Fue tu instinto —intervino Matías comprensivo—. No te puedes

culpar por eso.

—No solo eso. —Anselmo lo secundó—. Si no hubieses neutralizado a Piñero, al saberse descubierto es muy probable que hubiese terminado con la vida de Juan Diego y quizás también con la tuya. No fue un reflejo —afirmó muy serio—, hiciste lo que tenías que hacer, ¿oíste?

Los tres sargentos y Ernesto se invitaron a algo rápido en un bar cercano a la comandancia. Era un final algo inesperado, pero un final para la pesadilla al fin y al cabo, y la mezcla de alegría y cansancio acumulado empezó a notarse. Algunos compañeros acudieron también a tomar algo y las rondas empezaron a sucederse de un modo peligroso.

El capitán y la comandante entraron al rato y aceptaron una invitación.

—Ya ha terminado la primera operación de Piñero —dijo el capitán —. Ha perdido casi la mitad de la cara, un ojo, y la bala ha quedado en la parte anterior del cerebro. Le queda un calvario de intervenciones para reconstruirle lo que se pueda. Quedará desfigurado, tuerto y nadie sabe cómo le puede afectar esa bala ahí dentro, pero dicen que si no hay complicaciones su vida no tiene por qué estar en riesgo.

—¿Podremos interrogarlo? —preguntó Claudia.

—Tendrán que pasar semanas hasta que pueda hablar, y cuando lo consiga es posible que tampoco sea de gran ayuda. —Ante la expresión extrañada de Claudia, se explicó—. Dicen los médicos que las lesiones en esa parte del cerebro afectan a la personalidad; que muchas veces se vuelven como niños malcriados, bobalicones, desaliñados.

Claudia recordaba al seductor Piñero y le costaba imaginarlo en esa tesitura.

—Aún quedan algunos cabos sueltos —dijo al fin—. Él no pudo cometer todos los asesinatos y el móvil tampoco está del todo claro.

—Relájate —insistió Anselmo—. De momento han puesto protección a Juan Diego y nosotros seguiremos con esto después de Año Nuevo. Ahora toca disfrutar un poco.

Claudia mostró una sonrisa de compromiso, no del todo convencida.

—Me planto —dijo. Su cerveza estaba casi intacta sobre la barra—, nosotros nos vamos. Un sorbo más y me reventará la cabeza.

Ernesto le pasó una mano por la cintura. Salieron. Se agradecía el frío de la noche en la calle casi desierta.

—Voy a recoger unos papeles —dijo ella señalando a la comandancia—. ¿Traes el coche?

Cuando volvió a salir con un par de paquetes bajo el brazo, Ernesto

ya la esperaba con el motor en marcha. Claudia subió al coche y Ernesto condujo camino del pantano, mientras ella reclinaba unos grados el respaldo y dejaba descansar la cabeza entre el asiento y el marco de la ventanilla.

—¿No se ha terminado? —preguntó Ernesto mientras le echaba un breve vistazo de reojo.

Ella giró la cabeza hacia él.

—No lo sé —respondió—. A lo mejor sí, pero hay demasiados detalles que no comprendo.

—Quizás no sea el mejor momento —insinuó él—; en sentido estricto, acabas de despertar de una anestesia. ¿Cómo va tu cabeza?

—Parece una olla de palomitas.

Ernesto asintió y se mantuvo un rato en silencio. De cuando en cuando le echaba una ojeada girando toda la cara hacia ella hasta que Claudia, sin terminar de comprenderlo, no pudo vencer la curiosidad.

—¿Qué? —inclinó la cabeza un poco hacia él, como para apremiarlo a explicarse.

—Nada —respondió—. Solo quiero comprobar que no sea una excusa.

A ella se le escapó una carcajada ronca.

—¡Pervertido! —exclamó con gesto escandalizado—. ¿Piensas aprovecharte de una enferma?

Ernesto la miró con la inocencia pintada en su cara mientras negaba ostensiblemente.

—Espero que haya analgésicos en casa o tendrás que buscar una farmacia de guardia —comentó ella mientras se giraba otra vez hacia la ventanilla.

Martes, 31 de diciembre de 2019 • 5:00 h

Nadie. Un inmenso páramo de tierra gris y yerma que se extiende en todas direcciones hasta donde alcanza la vista. Más que el silencio, es la quietud de ese mundo lo que transmite la angustiosa sensación de soledad, como si en ese universo no hubiese existido jamás el pulso de la vida; como si el mismo correr del tiempo, detenido siglos atrás, hubiese transformado esa llanura en el centro inmóvil del cosmos. Solo un cielo y un suelo de idéntico gris neutro, carentes de detalles, fundidos en una planicie desprovista de horizonte por la que vagar sin destino, sin saber siquiera si lo hace en círculos para regresar una y otra vez al mismo sitio.

Aunque, ¿qué podía importar? En un espacio congelado en el tiempo cualquier lugar es el mismo lugar. Todo se reduce a dar un paso tras otro, aunque sus piernas agotadas parezcan deslizarse siempre sobre el mismo punto, porque sabe que la única alternativa a caminar sin fin es no existir.

Una brisa casi imperceptible lleva hasta su nariz jirones de ese inconfundible olor a humedad y ropa podrida. Se detiene, tratando de determinar su procedencia, pero la corriente cesa. Entonces comprende que la sensación es solo el roce de su cuerpo al avanzar por aquel aire yermo y que ese olor le pertenece, que no está en la ropa ni en el viento, sino que brota de cada uno de sus poros. Un escalofrío de asco le sacude el cuerpo y sus piernas retoman la insensata marcha, incapaces de huir de algo que emerge de su piel, mientras su voluntad flaquea frente a una avalancha de recuerdos que, como púas afiladas, surgen de su interior. Recuerdos de un pasado que imaginaba muerto, que con el empeño de una hormiga obrera ha mantenido enterrados durante demasiado tiempo y cuyo único objetivo parece ser la autodestrucción.

La pesadilla se prolongó durante horas y, sin embargo, esa noche tardó en despertar. No hizo ningún esfuerzo por gritar, porque ya no quedaba nada por lo que gritar, nada por lo que luchar, y quizás el propio sueño se hubiese convertido en algo más aceptable que la realidad.

Martes, 31 de diciembre de 2019 • 11:00 h

Los analgésicos funcionaron bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias, y la noche tuvo su dosis de juegos, jadeos, éxtasis y relax, en dos sesiones separadas por un par de cócteles de ron, melón y coco mezclados con bastantes risas en proporciones imposibles de repetir.

Ernesto despertó a eso de las nueve, se enjuagó la cara y salió a correr por la urbanización. A la vuelta fue directo a la ducha y cuando cerró el grifo escuchó a Claudia que se desperezaba en la cama. Quizás por efecto del cloroformo, había tenido pesadillas durante toda la noche y Ernesto recordaba haberla escuchado murmurar en alguna ocasión. A las once compartían un sustancioso desayuno sentados a la mesa de la cocina, mientras la conversación, como si la arrastrase una corriente submarina, derivaba con lentitud hacia los asesinatos.

—Es obvio que Piñero tuvo que encargar el trabajo a alguien, quizás a Penélope, pero eso no está tan claro —dijo Claudia—. Mientras no lo encontremos puede ser que la vida de Juan Diego Alcalá corra peligro.

—Le han puesto protección, ¿no?

Ella asintió; Ernesto apartó los platos y volvió a sentarse con un papel y un bolígrafo.

—A ver —dijo—, dime los detalles que no encajan.

Ella lo miró un instante y sonrió antes de empezar a enumerar.

—No me cuadra que a estas alturas el móvil de Piñero sea la venganza; no encuentro un motivo razonable para desenterrar a Fernando Vergel; no entiendo por qué Piñero en lugar de matar a Juan Diego, lo retuvo durante más de dos semanas. —Mantuvo tres dedos extendidos frente a Ernesto mientras él anotaba los tres puntos. Él los releyó varias veces con gesto concentrado.

—Veamos —dijo—. La venganza puede ser un móvil razonable por mucho tiempo que haya pasado. ¿Habéis valorado otras posibilidades?

—En algún momento pensamos que, si la desaparición de Piñero significaba que era otra víctima, podía tratarse de la venganza de algún familiar de un paciente fallecido en Guadix —dijo ella—, pero esa opción está descartada. La otra posibilidad es que no se trate de una venganza, sino de una defensa ante la posibilidad de que Óscar Ripoll y los traumatólogos pudiesen destapar algo peligroso para Piñero, o para él, el gerente y la preventivista.

—Suena interesante —comentó Ernesto— y a la vez un poco cogido de los pelos.

—Tuvimos la sospecha de que Ripoll chantajeaba a alguien con iniciales «P» y PG»; Piñero podría ser cualquiera de los dos —explicó

ella—, aunque no lo hemos podido confirmar.

—Ya…

Claudia se encogió de hombros y atrajo hacia ella el folio con las anotaciones de Ernesto. Lo miró pensativa durante unos segundos y de nuevo lo empujó hacia él.

—¿Por qué desenterraron a Fernando? —preguntó casi más para sí misma—. Eso sí que no tiene sentido.

—Si desentierras algo escondido, la única intención que se me ocurre es facilitar que alguien pueda encontrarlo.

—¿Para qué?

—No lo sé —respondió él.

—Pues estamos como antes —concluyó ella—. ¿Por qué querían que encontrásemos el cadáver?

Ernesto la miró sin saber qué decir.

—¿Sabes? —dijo al fin—. Se me ocurre que voy a invitar a Marcelo a tomar café; quizás entre los tres se nos ocurra una explicación.

Ella inclinó la cabeza.

—Es fin de año —repuso—. Tendrá planes.

—Más fácil es que los tenga para la noche —contestó él—. Si no le viene bien, ya lo dirá. Volvamos al tercer punto: ¿por qué Piñero no mató a Juan Diego?

Ella le hizo un gesto con la cabeza para animarlo a dar una respuesta.

—Supongo que Piñero no es un asesino —dijo—. Antes has dicho que está claro que debió encargar el trabajo a alguien, un sicario.

Claudia asintió.

—Se me ocurre que, por algún motivo que tendremos que averiguar, el sicario no estuvo disponible durante esos días para terminar el trabajo —se aventuró Ernesto—. Si damos por buena la hipótesis de que Juan Diego podía saber algo peligroso para Piñero, puede ser que lo retuviera en espera de su regreso.

Ella lo miraba meneando la cabeza de lado a lado, hasta que se le escapó un resoplido.

—Así que el sicario estaba de baja —dijo irónica.

—O volvió a casa por Navidad —Ernesto terminó la frase y se le escapó una carcajada—. Perdona —dijo después—. La verdad es que suena absurdo.

Claudia se enderezó en su silla.

—Penélope —murmuró.

Ernesto la contempló con los ojos entornados.

—Hay una relación entre Penélope y Piñero a través de uno de sus hijos —siguió ella—. Supongamos que Piñero en algún momento se entera de la «profesión» de Penélope. Ripoll lleva tiempo haciéndole chantaje, él se harta y decide poner fin a eso, y tiene la oportunidad

de contratar a alguien que le haga el trabajo.

Ernesto la animó a continuar.

—Mata a Ripoll, luego a Alejandro Sierra —siguió—. A Benito Montoya lo tiene bastante fácil: lo conoce, están juntos en un grupo de terapia, van a coincidir en el taller… Ella pudo poner el veneno en las botellas del minibar.

—Algunos pacientes dijeron que estuvo tonteando con Benito —recordó Ernesto—, que parecía que se lo quería ligar.

—Pudo ser la manera de atraerlo hasta su habitación —confirmó ella— y cuando la otra paciente le pidió el cambio se lo puso en bandeja.

Ernesto meditó un instante y encontró una pega:

—¿Crees que se envenenó a propósito para parecer una víctima?

—Es posible —respondió ella—. Arriesgado, pero posible. Es un detalle que cuadra bien con el comportamiento del asesino hasta ese momento: ningún asesinato parecía lo que en realidad era.

—Vale —dijo Ernesto—, sigue.

—Ya tenemos los tres primeros asesinatos. —Se levantó y empezó a caminar alrededor de la mesa con el pulgar bajo la barbilla mientras Ernesto la seguía con la mirada—. Después de lo del arsénico estuvo un tiempo fastidiada, pero eso sigue sin explicar lo de desenterrar el cadáver de Fernando Vergel. Puede ser que tras intoxicarse con el arsénico ella decidiera subir el precio de su trabajo y no llegara a un acuerdo con Piñero. Quizás eso le obligó a buscar otro asesino a sueldo y por eso tuvo que retener a Juan Diego.

Ernesto pareció darle un par de vueltas a la teoría y balanceó la cabeza de lado a lado.

—No sé, no me convence. A no ser que por desavenencias con Piñero ella decidiera desenterrar el cadáver y dejar una pista para involucrarlo.

—Explicaría algunos detalles, pero yo tampoco termino de verlo —dijo menos animada, y volvió a sentarse.

—Un momento —dijo él—. Voy a telefonear a Marcelo antes de que sea más tarde.

Martes, 31 de diciembre de 2019 • 14:30 h

A mediodía lucía un sol muy agradable y decidieron tomar un almuerzo ligero en el porche, con vistas al pantano. Durante la comida regresaron en varias ocasiones al asunto principal de las últimas semanas, pero sin que ninguna de las hipótesis terminara de solucionar más problemas de los que abría.

Marcelo no contestó al teléfono, pero devolvió la llamada a los pocos minutos y se mostró dispuesto a compartir ese café; no tenía ningún plan hasta la hora de la cena y quedó en pasar a las cuatro. Ernesto le comentó de pasada lo que se les acababa de ocurrir en relación a Penélope y él le dijo que no lo veía tan descabellado.

—Os llevaré la información que hemos recopilado de ella —dijo antes de colgar—; a mí ya no me sirve para nada.

Mientras recogían la mesa se escuchó el zumbido del portero automático. Ernesto miró a Claudia con expresión interrogante y descolgó el auricular junto a la puerta de la cocina.

—Ni te imaginas —dijo mientras apretaba el botón con el dibujo de la llave—. Juan Diego Alcalá pregunta por ti.

Claudia salió a la carrera hacia la planta de arriba y Ernesto fue a abrir la puerta principal; Juan Diego se acercaba desde el portón por el camino de grava con una caja adornada con un lazo entre sus brazos.

—Buenas tardes —dijo al detenerse ante Ernesto—. Espero no llegar en mal momento.

—No se preocupe. —Le hizo un gesto con la mano hacia el interior de la casa—. Claudia bajará enseguida.

Ernesto condujo al recién llegado hasta el salón y lo invitó a elegir entre el sofá o los sillones; prefirió un sillón.

—¿Café, té?

—Lo que tomen ustedes —respondió—. O un vaso de agua.

Se escucharon los pasos apresurados de Claudia en la escalera y Ernesto la vio acercarse.

—Voy a preparar un pakistaní con leche.

Juan Diego se levantó al ver a Claudia y le estrechó la mano; ambos se sentaron mientras Ernesto iba a la cocina.

—Cuénteme —dijo Claudia al visitante—. ¿A qué se debe esta sorpresa?

—Quería darle las gracias —dijo algo turbado mientras cogía en sus manos el paquete envuelto con el lazo—. Es para usted.

—Es muy amable —dijo ella con semblante grave—, pero de verdad que no era necesario.

Él se pasó una mano por la frente y elevó las cejas.

—Ha sido idea de mi mujer —explicó con timidez—. Yo aún estoy un poco…

—¿Descolocado? —sugirió ella.

Juan Diego asintió con energía.

—Creo que es una definición acertada.

Guardó silencio mientras Claudia retiraba el envoltorio. En su interior, una caja con tapa transparente encerraba una botella de vino, una rosa blanca liofilizada y una novela, todo ello colocado con muy buen gusto.

—¿Le gusta leer?

—Me encanta, solo me falta tiempo —dijo—. Siete inviernos después —leyó el título en voz alta—. ¿La ha leído?

—Es la primera novela de un antiguo compañero que, además, es el dueño de la casa en la que me encontró —contestó con un asentimiento—. Es entretenida; no parece que el autor sea traumatólogo. Y el vino es del viñedo de la familia de mi mujer —añadió—. Todo muy casero.

Claudia levantó las cejas mientras esbozaba una sonrisa.

—Volverá a la normalidad —dijo ella—. No se deje arrastrar por el miedo; lo que le ha ocurrido no es como si te atracan en un cajero automático. Estas cosas no se repiten.

Él amagó un encogimiento de hombros.

—Hay un coche de la Guardia Civil frente a la puerta de mi casa —comentó como si ella no lo supiera—. En realidad, en este momento debe estar aparcado aquí delante porque me siguen a donde vaya.

Claudia se inclinó hacia delante en el sillón.

—Debemos ser precavidos —dijo con tacto.

—Piñero está en el hospital —afirmó él—. ¿Por qué la precaución?

Ella dejó escapar un carraspeo.

—Aún no estamos seguros de que Piñero actuara solo —dijo—. Ni siquiera tenemos claro el móvil.

Juan Diego asintió despacio y tardó en responder.

—¿No ha sido por venganza?

—¿Le importaría echar un vistazo a unos documentos? —preguntó ella en lugar de responderle. Sin esperar, se levantó, regresó con los papeles de Óscar Ripoll y se los puso en las manos.

Ernesto llegó desde la cocina con una bandeja y tres tazas humeantes.

—El desconocido que se puso en contacto con Benito Montoya murió asesinado un rato después de enviarle esto por correo —dijo mientras señalaba la carpeta—. Se llamaba Óscar Ripoll. Hay una nota, pero no sabemos a qué se refiere.

Juan Diego tomó el papel como si fuese algo muy delicado y lo leyó en voz baja. Luego negó con la cabeza mientras levantaba la vista.

—No tengo ni idea —dijo.

Ernesto echó un vistazo por encima del hombro del traumatólogo.

—¿Beecher? —murmuró. Claudia y Juan Diego fijaron la vista en él —. Perdón. Me ha resultado familiar. —Hizo un gesto con la mano hacia abajo para restarle importancia y señaló las tazas—. No dejen que se enfríe.

Ernesto acercó la bandeja a Claudia y luego hizo lo propio con Juan Diego. Él levantó la taza con la mano derecha, puso dos terrones y removió el contenido con la cucharilla en la mano izquierda. Claudia observó absorta toda la operación.

—¿Es fácil ser zurdo en su profesión? —preguntó de repente como si saliera de un trance.

Juan Diego levantó la mirada sin dejar de dar vueltas al té.

—Todo el instrumental quirúrgico está diseñado para diestros, pero a la fuerza se acostumbra uno —respondió con resignación.

El visitante dio un par de sorbos rápidos tras soplar con la taza muy cerca de su boca y luego la depositó sobre la mesa. Se centró en los documentos que Claudia le había entregado y según pasaba cada hoja la iba depositando boca abajo junto a la taza. Durante unos minutos el silencio se instaló en el salón, roto tan solo por el rítmico tic tac del reloj de la cocina y el susurro de los folios.

—¿Dice que estos documentos los envió un desconocido? —dijo tras depositar sobre la mesa la última hoja—. ¿Cómo es que los tenía en su poder?

—No lo sabemos.

Juan Diego se acomodó en el sillón.

—Estos documentos eran confidenciales —dijo—. Se entregaron en el colegio de médicos y en la fiscalía. No se me ocurre cómo pudieron llegar a sus manos, ni por qué se los envió a Benito Montoya.

—Ese hombre era investigador —explicó Claudia—. Trabajó para una farmacéutica, la misma con la que colaboró Piñero para desarrollar el anestésico que lo hizo famoso.

—¿Piñero colaboró con él?

—Por lo que sabemos no coincidieron en la empresa; a él lo despidieron por falsear datos de una investigación —dijo Claudia—, y quizás por algún motivo más, pero esto último es solo una sospecha mía. Se conocieron años antes de que Piñero empezara a colaborar con la farmacéutica.

—De todas maneras nosotros teníamos historiales de muchos más pacientes; cuatro o cinco veces más, diría yo.

—Lo sé —afirmó ella—. Cuando estuvimos comparando estos historiales con los que ustedes nos habían entregado solo nos llamó la atención que en prácticamente todos los de Óscar Ripoll el anestesista de la intervención había sido Piñero.

—Quizás se los había entregado él —sugirió Juan Diego sin mucha convicción—. Tampoco me extraña tanta infección en sus intervenciones —continuó—, Piñero era bastante poco respetuoso con la asepsia en los quirófanos; a veces entraba con ropa de calle en mitad de una intervención.

Claudia abrió mucho los ojos.

—Por cierto —dijo de repente—, ¿puedo pedirle un favor?

—Usted puede pedirme lo que quiera —respondió Juan Diego tajante—. Si está en mi mano, no dude que lo haré.

—Pensaba acercarme a la casa a echar un vistazo y tomar algunas fotos —dijo ella con naturalidad—. No quiero llegar de noche, pero aún tengo algunas preguntas que hacerle sobre estos documentos. Me gustaría que me acompañara, podríamos revisarlos por el camino.

—¿A la casa?—Juan Diego tragó saliva y pareció dudar.

Ernesto, que acababa de escuchar la propuesta, comentó: «Marcelo está a punto de llegar». Sin embargo la mirada que le lanzó Claudia le hizo regresar en silencio a la cocina.

—¿No piensa volver por allí? —preguntó ella.

El traumatólogo se rascó la cabeza con incomodidad.

—Supongo que sí —dijo—. Más adelante quizás, pero tan pronto…

—Si me permite un consejo —comentó con aire de experta—, cuanto antes regrese, antes podrá superar lo ocurrido.

No parecía tenerlas todas consigo.

—¿Usted cómo lo ve? —Alzó la voz para que Ernesto lo escuchara y él respondió en el mismo sentido que Claudia:

—Lleva razón —comentó en tono despreocupado, como si fuese algo obvio—. Si no lo supera pronto, el fantasma de su secuestro empezará a crecer y es bastante probable que dentro de algunas semanas sea incapaz de volver por allí.

Claudia sonrió para sus adentros al escucharlo.

—Está bien —cedió al fin.

—Le aseguro que estaremos de vuelta en un par de horas, con tiempo de sobra para la cena en familia.

—Avisaré a mi mujer —dijo mientras sacaba su teléfono.

Martes, 31 de diciembre de 2019 • 15:50 h

Al salir en el coche con Juan Diego a su lado, Claudia frenó junto a los dos guardias para avisarles de que iba a estar con el traumatólogo un par de horas y que regresarían allí mismo sobre las siete de la tarde. «Pueden descansar un rato», dijo al despedirse y luego aceleró hacia la salida.

—¿A quién se le ocurrió el nombre? —preguntó a Juan Diego—. «Paradero Desconocido», ya es curioso.

—Es el nombre de la casa —aseguró él—. Hace años había un cartel de metal envejecido con las letras labradas en una de las columnas de la cancela; alguien debió robarlo y nunca lo repusieron.

—Hay otro detalle más. —Claudia retomó la conversación anterior —. ¿Sabe qué significa ETH-1?

El traumatólogo hizo un gesto negativo.

—Es una anotación que aparece en las historias clínicas —Claudia especificó un poco más—. La cuestión es que solo aparece en las que Óscar Ripoll tenía en su poder, no en el resto. Quizás signifique algo.

—Pues no lo he escuchado en mi vida —aseguró él.

—Se lo mostraré cuando regresemos.

Poco antes de incorporarse a la autovía, Claudia creyó distinguir el coche de Marcelo que se cruzaba con ellos en dirección al pantano. Lo imaginó concentrado en la carretera, con su bigote gris que casi le cubría la boca y su traje sobrio y elegante, y no pudo evitar una familiar sensación de ternura.

Marcelo, al llegar, se sorprendió de que Claudia hubiera tenido que salir.

—Ha sido un tanto repentino —la excusó Ernesto—. Se ha presentado el traumatólogo al que rescató ayer con unos regalos para ella y, no me preguntes por qué, a mitad de conversación le ha dado un pronto y le ha pedido que la acompañara a la casa donde estuvo secuestrado. Se han marchado a toda prisa.

—Bueno. —Marcelo no le dio más importancia—. Empezamos nosotros y ya llegará; supongo que algo me podrás contar.

Ernesto hizo un gesto de no estar muy seguro, pero con algo de esfuerzo, en la siguiente media hora logró poner a Marcelo al día de la investigación y de los puntos conflictivos.

—Estos son los documentos que le conseguiste a Claudia. —Señaló la pila de expedientes sobre la mesa.

—¿Os pudisteis aclarar con la nota?

—No —respondió Ernesto, que volvió a revivir la sensación de haber escuchado aquel nombre en algún sitio. Se levantó y la cogió entre sus manos—. Beecher —murmuró pensativo.

—¿Te suena?

Ernesto se encogió de hombros y levantó la tapa del portátil. Tecleó el nombre y encontró varias entradas sobre un predicador americano. Cuando estaba por cerrarlo, su mirada cayó sobre un grupo de fotografías a la derecha de la pantalla; en concreto, sobre la foto de un hombre de rostro agradable con gafas redondas y traje blanco, apoyado de medio lado en el borde de una mesa.

—Un momento. —Se sentó frente al ordenador y pulsó sobre la foto. En la pantalla se abrió la imagen con el nombre del personaje al pie—. Henry K. Beecher, claro —repitió Ernesto como si lo paladeara —. Este hombre era un anestesista estadounidense. En los sesenta escribió un artículo en el que denunciaba la publicación de un buen número de experimentos médicos realizados sin ningún respeto por los derechos de los pacientes.

—¿Lo conoces del máster de bioética?

Ernesto asintió mientras seguía hurgando en el buscador.

—De los temas de ética de la investigación —explicó—. Lo pusieron como ejemplo de cómo, a pesar de los juicios de Núremberg, los propios occidentales seguíamos haciendo investigaciones de muy dudosa moralidad… Aquí está —dijo mientras giraba el ordenador para que Marcelo pudiese verlo—, este es el artículo.

Marcelo leyó la introducción y tomó la nota. «Todo sigue igual», leyó en voz baja.

—¿Se referirá a alguna investigación?

—No lo sé —respondió Ernesto—. Desde luego él era investigador de una farmacéutica y se supone que lo expulsaron por falsear resultados, aunque Claudia está convencida de que ese motivo es una cortina de humo para ocultar algo más serio.

—¿Anestesista has dicho? Igual que Piñero, ¿no?

—Sí, pero no creo que eso signifique nada —lo contradijo Ernesto —. Me da que la historia va más bien por la ética de la investigación.

—Vamos a ver. —Marcelo parecía tratar de ordenar sus ideas—. Se supone que Óscar envió esos documentos a los traumatólogos para persuadirlos de que fueran contra Piñero, pero en realidad en estos papeles no hay más que datos médicos de un puñado de pacientes que fallecieron tras ser intervenidos. ¿Es así?

Ernesto asintió.

—Si Piñero estaba involucrado en alguna investigación turbia, el tal Óscar debía tener en su poder documentos bastante más potentes que estos —señaló la pila de informes.

—Es de suponer —convino Ernesto—. Pero si lo que dices es correcto, ¿por qué no se los envió también?

—Quizás el primer paquete de documentos era para tantearlos. No me parece descabellado que el hombre fuese precavido hasta

conocerlos un poco mejor.

Ernesto se mostró de acuerdo con su argumento.

—Deberíamos buscar en su casa… —sugirió Marcelo con los ojos entrecerrados y una mueca extraña bajo el bigote.

Ernesto lo contempló durante unos segundos y luego meneó la cabeza con una sonrisa resignada.

—No vas a cambiar nunca —dijo—. Espera, que llamo a Claudia.

La conversación fue rápida a través del manos libre del coche: sería buena idea avisar a Anselmo o a Matías y preguntar si podían acompañarlos. En cualquier caso, el piso de Ripoll ya no estaba precintado. Marcelo, al escuchar eso, susurró al oído de Ernesto: «Mejor pedir perdón que pedir permiso. Nos vamos», mientras él terminaba de explicarle a Claudia la sospecha del expolicía y el motivo de ir hasta la casa de Ripoll.

Martes, 31 de diciembre de 2019 • 16:20

—¿Es posible que Piñero estuviese metido en alguna investigación o algún experimento con un fármaco nuevo? —preguntó Claudia a Juan Diego, que había escuchado toda la conversación.

—Ufff —resopló él—. Hubo una época en la que utilizaba un ordenador conectado por cables a la cabeza de los pacientes, parecido a un encefalograma —explicó—. Puede que aquello se prolongara por algunos meses, pero no sabría decirle las fechas. Recuerdo haber mantenido alguna conversación con él en la que me explicó que ese aparato servía para medir la profundidad de la anestesia en el cerebro, para que el paciente no tuviese conciencia de lo que estaba sucediendo. En fin, a lo que voy es a que eso tuvo que ser meses antes de que empezara el conflicto, porque a partir de ese momento ya no volvimos a dirigirnos la palabra.

—Cada vez tengo más claro que el móvil de Piñero contra ustedes era para neutralizar una amenaza, no para vengarse —dijo Claudia—. Es posible que Óscar Ripoll llevara años haciéndole chantaje y que, o bien Piñero se cansó de pagar, o bien Ripoll decidió tirar de la manta. Sea como sea, una vez que dio el paso de hablar con Benito Montoya firmó su sentencia de muerte.

—Y la de mis compañeros.

—Por eso lo mantenemos a usted vigilado —comentó ella—. Puede que Piñero sea el inductor, pero quizás no sea el único, y desde luego no es el autor material de los crímenes. Un asesino anda suelto y mientras no logremos neutralizarlo nuestra obligación es ponernos en el peor escenario.

—¿Cómo que Piñero no es el autor material? —preguntó extrañado —. Me tuvo secuestrado más de dos semanas; mató a Fernando Vergel.

Claudia giró la cabeza hacia él con una mirada indefinida y luego volvió a centrarse en la estrecha carretera.

—Ya —dijo—. En realidad aún tenemos que revisar algunos detalles de ese asunto.

Llegaron delante del portón de Paradero Desconocido y Juan Diego se bajó del coche para abrir la puerta y desconectar la alarma. En lugar de subirse, caminó junto al coche de Claudia para recorrer el sendero de grava que llevaba hasta la explanada; la puerta estaba precintada.

Claudia cortó las cintas y le cedió el paso a su acompañante, que entró con paso vacilante y se detuvo en el pasillo, hasta que Claudia lo animó a continuar hasta el dormitorio.

—Malos recuerdos, ¿eh? Para superarlos le propongo un juego —dijo ella con una amplia sonrisa— y recuerde que estoy de su parte.

Juan Diego la miró sin dar muestras de entender la propuesta.

—El juego se llama «Piñero no me secuestró» —enunció—. Consiste en que yo intento desmontar la hipótesis de que Piñero lo retuvo durante dos semanas, como si fuese su abogado defensor, y usted hará el papel de fiscal.

El traumatólogo la miró durante unos instantes en silencio y luego su cara se distendió en una sonrisa enigmática. Claudia lo tomó como un sí.

—Daremos por sentado que Piñero tiene algo contra ustedes y que ha sido el inductor de las muertes de dos traumatólogos —comenzó—. Pero el tercer y el cuarto traumatólogo no tienen intención de compartir el destino de sus compañeros y optan por desaparecer del mapa, así que se esconden en Paradero Desconocido.

—Estamos de acuerdo —convino él.

—Un día el tercer traumatólogo desaparece también y el que queda se plantea coger el toro por los cuernos. Llega incluso a rechazar la ayuda de la Guardia Civil porque no quiere vivir escondido, quiere ser el dueño de su vida, creo que cito casi textualmente.

—¡Qué valiente! —dijo él con sarcasmo; Claudia ignoró el comentario.

—El gerente me contó que esos traumatólogos no se comportaban como corderos —continuó—, que si recibían un golpe respondían con otro más fuerte. Eso es lo que el cuarto traumatólogo decide hacer, pero él no es un asesino, así que no le queda más opción que secuestrar a Piñero.

La cara de Juan Diego compuso una expresión sorprendida.

—Imagino que el secuestro tuvo lugar poco después de la desaparición de Vergel —Claudia prosiguió su exposición—. Nadie esperaría algo así y no debió ser muy difícil. Además, disponía de un escondite perfecto para mantenerlo retenido.

Juan Diego levantó la mano izquierda con la palma hacia Claudia.

—Como fiscal del caso, ahora tendría que protestar —dijo—. No son más que especulaciones, no tiene ninguna prueba de todo eso.

—Bueno, aún quedan más indicios —repuso ella—. Por ejemplo, la reacción de la esposa: en mi vida he tenido ocasión de tratar a muchos familiares de desaparecidos. La incertidumbre es muy dañina, todos sin excepción se muestran desesperados, pero la mujer de este traumatólogo no parece estar nerviosa ni desesperada. Preocupada, asustada quizás, pero sin el desconcierto de lo desconocido. Hay una gran diferencia entre ser un trapo agitado por el viento y ser el viento.

—¿Y usted supone?

—Que ella conocía en todo momento el paradero de su marido, que estaba en contacto con él y que sabía que se encontraba bien, a pesar de todo —afirmó con rapidez—. Pero volvamos a la parte principal. El

traumatólogo logra que Piñero confiese el destino sufrido por Vergel, así descubre dónde está el cadáver, lo desentierra y deposita en el lugar del crimen una prueba que implica a Piñero.

—Es interesante —dijo él—. Veamos la parte emocionante de la historia.

Claudia caminó por el dormitorio y pasó por encima de la mancha seca de la sangre de Piñero.

—Una vez que el cuarto traumatólogo lo tuvo todo bien planeado —dijo mientras miraba al suelo y se pellizcaba la barbilla—, llegó el momento de que su esposa nos diese un empujón para encontrar el escondite. Era arriesgado, pero merecía la pena. Lo primero era que Piñero se dejase ver: chándal negro con capucha, una peluca negra, un bigote postizo, y cualquiera que supiese que Piñero estaba en busca y captura daría la voz de alarma. Supongo que se dejó ver en más de una ocasión y que tras esas apariciones vigilaba el lugar, hasta que en una de ellas vio llegar a los guardias civiles. Poco más tarde, su esposa se pone en contacto con la sargento y de un modo casual le deja caer que Paradero Desconocido no es una frase hecha, sino un lugar concreto, y para asegurarse de que irá ella sola a investigar, entre los dos inundan la sala del 112 de llamadas con pistas falsas sobre los desaparecidos. —Se interrumpió y lo miró con los ojos chispeantes—. No me diga que no es una jugada magistral.

Juan Diego meneó la cabeza no muy convencido.

—Después de eso solo queda regresar aquí y esperar acontecimientos. Con el equipo de vigilancia por cámaras puede saber en qué momento y cuántas personas se acercan, pero la sargento resulta ser precavida, así que el traumatólogo, disfrazado de Piñero, decide salir de casa para dejarse ver y atraer su atención. A pesar de eso, la sargento sigue sin intención de entrar. La única explicación que se le ocurre es que haya pedido refuerzos, pero el éxito de su plan requiere que entre ella sola, y es posible que solo disponga de unos minutos antes de que lleguen sus compañeros. Tiene que hacer algo, y su única opción para obligarla a actuar es hacerle creer que alguien corre peligro, así que se le ocurre improvisar un golpe y un grito.

—Muy inteligente todo —la interrumpió él—, y demasiado descabellado. Debería escribir un guion.

—No lo descarto —ella le siguió la ironía—, pero antes debo encontrar un buen final. Veamos, la sargento entra en la casa con el arma desenfundada, avanza por el pasillo y llega al dormitorio. Su atención se centra en un hombre encapuchado y atado a la cama, de modo que se lo pone muy fácil al emboscado que, nada más poner los pies en la habitación, la sorprende por la espalda y la narcotiza.

—El traumatólogo, cómo no.

—Como en un buen truco de magia todos están convencidos de que

el traumatólogo está atado a la cama y Piñero se esconde tras la puerta —afirmó ella mientras asentía—, pero es pura ilusión. En realidad nadie los ha visto, porque uno está encapuchado y el otro ataca por detrás.

—¿Cómo dicen en las películas? —comentó Juan Diego divertido —. Todo es circunstancial, no tiene pruebas.

—Puede ser —respondió ella—. Sin embargo hay un detalle que puede ayudar: el traumatólogo es zurdo; Piñero es diestro. Y yo me pregunto, ¿por qué un hombre diestro que puede elegir esconderse a ambos lados de la puerta elige el lado izquierdo? Resulta un gesto antinatural sujetar la cabeza de alguien con la mano izquierda y aplicar el trapo con el cloroformo con la derecha desde este lado si eres diestro.

Juan Diego la observaba sin pestañear, pero en esta ocasión guardó silencio. Ella continuó.

—¿Entonces el atacante era zurdo y el que estaba en la cama era diestro? —se preguntó ella—. Una vez que la sargento está tendida en el suelo, el hombre zurdo tenía que actuar con rapidez: quitarse el chándal negro, quemar la peluca y el bigote en la estufa de leña; colocarse las esposas y dejarlas listas para engancharlas al cabecero; amordazarse con trapos y un par de vueltas de cinta americana, preparar la capucha; sacar a Piñero de la cama, por supuesto anestesiado y vestido con un chándal idéntico, tumbarlo junto a la sargento, dispararle en la cara y atarse a la cama antes de que nadie entre en la casa.

Juan Diego empezó a reír, aunque la risa sonó forzada.

—Lleva razón, es gracioso —dijo ella—, sobre todo porque yo utilizo el arma con la mano derecha y el hombre zurdo, después de dispararle a Piñero y con las prisas por colocarse en la cama simulando su propio secuestro, cometió el pequeño error de colocar la pistola junto a mi mano izquierda. Obviamente la mano que él habría utilizado para disparar.

Juan Diego simuló un pequeño aplauso.

—Maravilloso —dijo y ella le correspondió con una inclinación de cabeza.

—¿Le parece descabellado? —preguntó—. Puede ser, pero lo cierto es que no hay otra manera lógica de explicar los acontecimientos y las reacciones de los participantes.

—La verdad es una forma más simple de explicar lo sucedido — repuso él.

—La verdad —dijo ella alzando la mirada—. Quizás si Piñero sobrevive cuente algo parecido a lo que le acabo de explicar, pero quién va a creer al instigador de tantas muertes. —Negó con la cabeza mientras cerraba los ojos un instante—. No importa, si le soy sincera,

creo que yo hubiera actuado como usted. En cierto modo, lo hizo en defensa propia.

Claudia guardó silencio, pero Juan Diego no cogió el guante.

—Si quiere que le diga la verdad, no creo que mi teoría se pueda demostrar nunca —reconoció Claudia—. Es solo un interés personal por no dejar cabos sueltos y la hipótesis del fiscal tiene demasiados, así que si no le importa, continuemos un poco más. Es su turno, señor fiscal.

Juan Diego la miraba sin dejar de sonreír.

—Está bien —dijo—. Yo llamaré a declarar al único testigo del secuestro, que declarará que todo eso es una fantasía de la abogada defensora y asunto resuelto; su señoría me dará la razón.

—Su señoría no lo tiene muy claro —afirmó una voz tensa a su espalda, procedente del baño. Al girarse, Claudia quedó cara a cara frente a Penélope, que los encañonaba con una pistola. Con un movimiento rápido de esta señaló hacia la cama—. Será mejor que se sienten los dos para las deliberaciones. Y usted —se dirigió a Claudia —, saque su arma muy despacio con dos dedos y déjela en el suelo.

Claudia hizo el movimiento con mucha lentitud y al agacharse pudo percibir la vibración del teléfono en su bolsillo.

Martes, 31 de diciembre de 2019 • 17:00 h

Ernesto dejó el teléfono sobre la mesa, junto a su mochila.

—No contesta —dijo.

—Llamará cuando vea tu número —respondió Marcelo sin darle mayor importancia.

El piso de Óscar Ripoll olía a cerrado, a húmedo. Tras la retirada de los precintos, alguien, probablemente del vecindario, había dado un repaso en el interior, de ahí que el aspecto fuese aún más desastrado.

—Bueno —murmuró Marcelo, y la letra «e» se prolongó mientras paseaba la vista por la habitación—. Manos a la obra.

Ofreció un par de guantes a Ernesto, más por evitar la suciedad que por las posibles huellas.

—¿Qué se supone que buscamos?

—Documentos, carpetas —dijo Marcelo—; quizá una tarjeta de memoria o un disco duro.

—Suponiendo que no se los hayan llevado los vecinos…

Marcelo se encogió de hombros.

—O la Guardia Civil —comentó.

—Claudia lo sabría —repuso Ernesto.

—Eso es cierto. Si ha quedado algo debe estar muy bien escondido.

La siguiente media hora se les fue abriendo estanterías y armarios, y después de una primera inspección, Marcelo comenzó a sacar cajones, a pasar la mano por el fondo, ponerlos boca abajo y revisar las estructuras de madera de los armarios. Nada. Con la ayuda de Ernesto levantó el somier y revisó cada una de las lamas de madera, y luego repitió la maniobra con el sofá y los dos sillones. Nada.

Ernesto lo siguió a la cocina. Marcelo se encaramó a una silla y empezó a revisar el interior de las alacenas mientras Ernesto descolgaba pequeños cuadros baratos y revisaba la parte posterior, hasta que reparó en un estante en el que se acumulaban tazas para el té junto a unos libros de cocina, y entre ellos, una edición de los Fundamentos de bioética, de Diego Gracia.

—Está fuera de lugar —dijo entre dientes.

Cogió el pesado volumen con ambas manos y empezó a pasar las hojas de lado a lado hasta que al llegar más o menos a la mitad del grosor, el libro se abrió de par en par gracias a un pequeño marcapáginas que no era visible desde fuera. Y oculto bajo el marcapáginas, muy cerca del cosido de los cuadernillos, un nicho labrado en las hojas contenía la tarjeta de memoria de una cámara fotográfica. A una voz de Ernesto, Marcelo saltó de la silla y se acercó.

—Tiene toda la pinta —afirmó tras comprobar el título del libro y el elaborado escondite.

Regresaron al salón. Ernesto sacó el ordenador de la mochila e introdujo la tarjeta en la ranura del lateral. Ambos hombres estaban en pie, apoyados sobre la mesa mientras la carpeta se abría en la pantalla.

—No son fotos —dijo Ernesto—. Archivos de texto.

Los archivos estaban organizados en tres carpetas, con los nombres de ETH-1, dimetileltanolona y delta-etodehidrolona. Marcelo echó una mirada interrogadora a Ernesto, pero este negó con la cabeza.

—Ni idea —dijo por toda respuesta.

—Vamos a mi oficina —propuso Marcelo—. Creo que será más rápido y más cómodo imprimir y leer.

Ernesto cerró el ordenador y lo devolvió a la mochila. Mientras bajaban hacia la calle hizo un nuevo intento por contactar con Claudia, pero la señal de llamada se repitió hasta que saltó la locución que lo invitaba a dejar un mensaje.

—Si no te importa, vamos primero a buscar a Claudia —pidió a Marcelo—. No es normal que no responda después de tanto rato y su repentino interés por subir con el traumatólogo hasta la casa me ha dejado un tanto intranquilo.

Volvió a marcar el número de Claudia y esta vez el contestador saltó al primer tono.

Martes, 31 de diciembre de 2019 • 17:30 h

A punta de pistola, Penélope condujo a Claudia y a Juan Diego hasta la cama, y aprovechando las esposas que aún colgaban de los varales del cabecero, apresó a cada uno de ellos por una mano. Después cogió del suelo el arma de Claudia, la dejó junto con la suya sobre la cómoda, y se sentó en una silla frente a ellos.

—Ha sido una explicación de los hechos muy interesante —dijo—. Uno de ustedes es el autor del disparo contra Piñero; lo único que necesito saber es cuál de los dos apretó el gatillo.

—Fui yo, está claro —afirmó Claudia con voz serena, pero Penélope exhibió una mueca que pretendía ser una sonrisa y negó con la cabeza.

—Antes le he escuchado decir que no recordaba haber disparado.

—Él estaba atado a la cama. —Señaló con un gesto de la cabeza hacia Juan Diego—. Todo lo demás ha sido un estúpido juego.

—No lo tengo tan claro —repuso Penélope.

—¿Acaso importa? —preguntó Claudia.

—Me importa a mí —contestó tajante—. Uno de ustedes ha destrozado a Piñero: quiero que me digan quién y quiero saberlo ahora.

Juan Diego tomó aire para hablar, pero Claudia no le permitió comenzar:

—Cállese —no lo dijo con más volumen, pero sonó como una orden.

Por algún motivo que se le escapaba, Penélope necesitaba saber quién había herido a Piñero, y la única manera que tenía de prolongar la situación era mantenerla en esa duda.

—¿Qué hará cuando lo sepa? —preguntó a la joven—. No pensará hacerme creer que va a dejar que el inocente se marche de aquí dando un paseo.

—Eso ya se verá —respondió ella y luego insistió con enojo—. ¿Quién de ustedes lo hizo?

—¿Usted qué cree? —Claudia le devolvió la pregunta—. Cree que fui yo, mientras me desmayaba, o piensa que este hombre se levantó de la cama para dispararle.

—Quiero que me lo digan —el tono resultó un poco más agudo.

—Hay algo que no termino de comprender. —La voz pausada de Claudia contrastaba con la creciente tensión de Penélope—. ¿Qué pinta usted en toda esta historia? Piñero va a pasar unos cuantos años en la cárcel con la cara desfigurada; lo que no haya recibido ya por su trabajo, va a ser difícil que pueda cobrarlo, dadas las circunstancias. ¿Qué más le da?

—Es probable que una perra policía sea incapaz de entender el significado de la lealtad y el agradecimiento —dijo Penélope—. Piñero conocía a mi madre desde que eran niños y es la única persona que me ha tratado como a un ser humano; yo no olvido. No es un asunto de dinero.

Para Claudia fue una sorpresa escuchar esas palabras en boca de Penélope. Hasta ahora habían dado por sentado que la relación de Piñero con Penélope arrancaba de cuando su hijo se enamoró de ella, pero era obvio que estaban equivocados. Claudia decidió seguir ese hilo.

—Usted quedó huérfana y Piñero se hizo cargo.

—Me sacó del correccional —dijo ella alzando la barbilla, con un gesto que parecía retarla—. Me trató como a una persona sin intentar cambiarme y merece que yo le devuelva todo eso.

—¿La trató como a una persona? —repitió Claudia inclinando la cabeza como si lo pusiera en duda—. Si usted lo dice… Aunque tengo entendido que para su hijo no era lo bastante buena.

Penélope se removió en la silla y el tono de sus mejillas se enrojeció ligeramente.

—Yo tenía… Había… ciertos problemas —protestó ella.

—Un pasado en un correccional tras un atraco a mano armada y su profesión de encargada de palizas a morosos —atacó Claudia—. Yo no llamaría a eso «ciertos problemas».

El rostro de Penélope enrojeció aún más y en sus ojos apareció una expresión que asustaba.

—Piñero era un hombre culto y refinado —terminó Claudia—, quizás la toleraba como protegida, pero nada más. Usted debió de representar su obra de caridad, pero una delincuente jamás hubiese entrado en su círculo y menos en el de…

El sonido de un disparó retumbó en la habitación y una nube de polvo y trozos de yeso del cielorraso cayó sobre la cama. Juan Diego agachó la cabeza de golpe tras la detonación, pero Claudia consiguió limitar su reacción a un parpadeo, aunque el ritmo acelerado del corazón le palpitaba en la cabeza. Sin dejar de mirar a Penélope, hizo un movimiento lateral con la mandíbula para despejarse los oídos.

—Imagino que esa verdad no le gusta —dijo con voz comprensiva —. Lo único que pretendo es que entienda que no le debe nada a Piñero: él cumplió la voluntad de su madre y se hizo cargo de mantenerla, pero nunca le permitió entrar en su círculo ni en el de su familia.

—No entiende nada —afirmó la joven con hartazgo—, pero ya es suficiente. Les daré diez minutos para que se pongan de acuerdo y decidan si me cuentan quién de ustedes disparó contra Piñero. Si no lo hacen, los mataré a los dos.

—¿Pretende que creamos que si uno confiesa va a dejar al otro libre? —dijo Claudia—. Venga, no nos tome por idiotas.

—Me da igual lo que crean —dijo mientras ataba con cinta americana las manos libres y los pies de Juan Diego y Claudia—. Les dejaré solos para que lo discutan—añadió—. No lo olviden: diez minutos, ni un segundo más.

Martes, 31 de diciembre de 2019 • 18:20

Marcelo avanzaba a duras penas en el intenso tráfico del centro y Ernesto leía los archivos de la tarjeta de Óscar en el portátil abierto sobre sus piernas. Su móvil comenzó a sonar y él lo sacó del bolsillo esperando ver en la pantalla la foto de Claudia, pero era un número desconocido.

—¿Sí?

—Soy Anselmo —dijo la voz con su familiar acento gallego—. Tengo una llamada perdida.

Ernesto le explicó el motivo de su llamada y le contó lo ocurrido durante las primeras horas de la tarde.

—Voy con Marcelo hacia Paradero Desconocido —dijo para terminar y poco después volvió a guardar el móvil.

—¿Qué ha dicho?

—Que va para allá con una comandante y un sargento de la UCO.

Ernesto retomó la revisión de archivos; había empezado por la carpeta de nombre ETH-1 por ser las siglas que se repetían en los historiales que había enviado a Benito Montoya.

—¡Es increíble! —dijo a Marcelo mientras deslizaba uno de los documentos. Este giró la cabeza para mirarlo, pero Ernesto le hizo un gesto con la mano para que esperase un momento y siguió leyendo en voz baja, saltando de archivo en archivo, con alguna expresión de sorpresa de cuando en cuando.

—ETH-1 es un fármaco experimental —dijo después de hacerse con una idea general—. Ripoll estaba convencido de que iba a ser la bomba como anestésico y contactó con Piñero para hacer un ensayo clínico en pacientes —explicó—. El problema es que lo hizo sin autorización de la farmacéutica, sin autorización de ningún comité de investigación y sin conocimiento ni permiso de los pacientes.

—¡La Virgen! —exclamó Marcelo—. No me extraña que lo expulsaran.

—El ensayo lo llevaron a cabo en Guadix, desde el año 1998 hasta el 2001 —Ernesto iba leyendo a la vez que comentaba con Marcelo—. Resultó que el fármaco era un muy buen inductor anestésico y conseguía un nivel óptimo de desconexión durante las intervenciones, pero en más del ochenta por ciento de los pacientes provocó una bajada de defensas muy severa, y casi un tercio de estos fallecieron por ese motivo.

—Piñero estaba metido en eso —dijo Marcelo.

—Buen motivo para hacerle chantaje —respondió Ernesto.

El expolicía le dio la razón.

—De lo que se deduce un buen móvil para que Piñero quisiera

quitar de en medio a Ripoll —continuó Ernesto—, y si Ripoll se había puesto en contacto con los traumatólogos para sacar todo esto a la luz, también es un buen móvil para que Piñero encargara el asesinato de los traumatólogos. Como sospechaba Claudia, el móvil no era la venganza.

—Un ataque preventivo —concluyó Marcelo.

Ernesto seguía con su tarea de abrir archivos y Marcelo con la tediosa conducción por los tres carriles atascados de la circunvalación.

—Hasta que no salgamos de la zona del centro comercial, esto va a ser imposible —comentó Marcelo con el pedal del freno otra vez pisado.

Ernesto localizó otro informe y comenzó a leerlo. Parecía un resumen de toda la investigación, dirigido a alguien que no se nombraba, pero por la fecha dedujo que se trataba de una recopilación de los hechos más sobresalientes destinado a servir de explicación para los traumatólogos.

—Escucha. Si lo que dice aquí es cierto —dijo Ernesto—, cuando estos documentos vean la luz, no va a quedar títere con cabeza. —Luego comenzó a leer—. «A principios del año 2000, los traumatólogos de Guadix dieron la voz de alarma por el aumento de infecciones sin poder imaginar que la causa no estaba solo en las deficiencias del hospital, sino que detrás estaba el ensayo de un fármaco que resultó ser una bomba de relojería. Por ese motivo y ante el miedo de ser descubiertos, el doctor Piñero y yo decidimos dar por terminado el experimento. Sin embargo, las conclusiones de esa investigación no cayeron en saco roto. Con el asesoramiento de Piñero, y con la experiencia obtenida en ese ensayo fraudulento, la empresa farmacéutica logró mejorar la molécula hasta conseguir un anestésico aún más potente y sin el peligroso efecto secundario que afectaba al sistema inmune. Por otro lado, a partir de la misma investigación, consiguieron desarrollar un segundo fármaco capaz de bloquear las células defensivas del organismo que mostró ser muy efectivo para prevenir el rechazo en los transplantes de órganos.

—Así que a partir de los datos obtenidos en una investigación delictiva consiguieron desarrollar dos buenos fármacos —comentó Marcelo mientras meneaba el bigote de lado a lado.

—Muy buenos, diría yo —asintió Ernesto.

—Menuda situación —dijo Marcelo mientras el tráfico parecía empezar a aclararse—. Siempre he defendido que el fin no justifica los medios, pero ahora no lo veo tan claro.

—Murieron muchos pacientes en un experimento no autorizado, sin saber siquiera que los usaban como cobayas humanos —afirmó Ernesto.

—Es cierto. La madre de Penélope fue una de ellas.

—Imagina lo que hubiese sido la vida de Penélope de no ser por ese experimento —sugirió Ernesto—. Imagina lo distinta que podría haber sido ella.

Marcelo apartó la vista de la carretera un segundo para mirar a Ernesto y le hizo un gesto de entendimiento.

—Por lo que dijo Claudia, es posible que Piñero fuera el que anestesió a su madre.

—Muy probable —Ernesto sacó los historiales de la mochila y empezó a buscar entre ellos.

—Piñero mata a su madre y a la vuelta de los años su hijo se enamora de ella —dijo Marcelo—. Es curioso. No creo que ni ella ni el hijo lo sepan.

Al final localizó el historial de la madre de Penélope.

—Sí —confirmó—. Aquí está. Efectivamente, Piñero fue el anestesista que le administró el ETH-1. Tiene una firma que parece un asterisco despeinado.

Marcelo echó un vistazo de soslayo al papel, donde el dedo de Ernesto señalaba el nombre y la firma del anestesista. Tardó un segundo más de la cuenta en volver la vista a la carretera, con el consiguiente volantazo que hizo a Ernesto levantar la mirada.

—Cuidado —comentó, y luego, al ver la expresión de Marcelo, le preguntó—. ¿Qué te ocurre?

Marcelo seguía con la frente arrugada y los labios apretados bajo el bigote, hasta que respondió a Ernesto.

—Yo he visto esa firma antes —dijo—. A mí también me pareció un asterisco; jamás pensé que fuese una firma.

Martes, 31 de diciembre de 2019 • 18:30 h

—Esa mujer no está bien de la cabeza —dijo Claudia—, pero es una asesina. Por algún motivo tiene la necesidad de saber quién de nosotros fue el que disparó contra Piñero y tengo la impresión de que la única posibilidad que tenemos de salir de aquí con vida es darle largas, pero sin que pierda la ilusión de que se lo vamos a decir.

Juan Diego trataba de mantener el tipo, pero por el sudor que brillaba en su frente y el tono de su voz, era evidente que estaba al borde del pánico. «Como yo», se dijo Claudia.

—¿Cree que nos va a servir de algo entretenerla? —nadie sabe que estamos aquí.

Claudia bajó la voz y trató de tranquilizarlo.

—Ernesto lo sabe, y la pareja de guardias que lo vigilan a usted, también. —Trató de aparentar más confianza de la que en realidad sentía—. Mi teléfono está en modo vibración, pero no ha parado de sonar en la última hora. Imagino que debe ser Ernesto y cuando vea que no devuelvo las llamadas no tardará en sospechar que ocurre algo raro.

Por la expresión de Juan Diego, comprendió que le había dado un hilo de esperanza al que agarrarse.

—Cuando vuelva Penélope —dijo Claudia—, tenemos que intentar convencerla de que en realidad ni usted ni yo tenemos claro lo que ocurrió.

—¿Pero cómo? —preguntó el traumatólogo con los ojos desorbitados.

—¡No lo sé! —exclamó ella en un susurro—. Tiene que ayudarme. Improvise.

Juan Diego iba a decir algo, pero la puerta se abrió en ese momento y Penélope regresó; parecía haber recobrado su gesto tranquilo y su mirada cubierta por un velo que ahora Claudia identificó con el odio; un odio vacío, dirigido contra una vida llena de injusticias, acumulado durante demasiado tiempo. Sorprendida por su propia reacción, sintió un ramalazo de lástima por ella.

La joven retiró las vueltas de cinta americana que aprisionaban manos y pies, pero los mantuvo esposados.

—¿El jurado tiene ya un veredicto? —preguntó con sarcasmo mientras retomaba su posición en la silla frente a los pies de la cama.

—Tendrá que ayudarnos —dijo Claudia; la respuesta pareció coger por sorpresa a la recién llegada—. Yo estaba inconsciente y no recuerdo ni siquiera haber escuchado el disparo.

—Y yo estaba atado a la cama con la cabeza cubierta —añadió él con rapidez—. La única explicación a la que hemos podido llegar en

estos diez minutos es que debía haber alguien más en la casa.

Penélope los miró con un gesto endurecido y luego dejó escapar un carcajada que sonó como un engranaje falto de aceite.

—Menuda estupidez.

Claudia negó con la cabeza con gesto muy serio, y al momento Juan Diego la imitó.

—Si quiere usted matarnos, hágalo. —Claudia se la jugó con esa apuesta—. Pero si de verdad quiere descubrir quién disparó contra Piñero, tendrá que ayudarnos. Piénselo —añadió—, hasta ahora lo único que ha hecho es retener a una sargento y a un civil, pero un asesinato es algo más serio. Si un correccional es malo, no quiera saber lo que es la cárcel.

—¿Ayudarles yo? —dijo con sorna, aunque Claudia creyó entrever una duda en su tono—. Ya les he regalado diez minutos.

—Puede pensar lo que quiera —continuó Claudia, decidida a bombardearla con ideas contradictorias para no dejarla reposar—. Lo cierto es que yo soy diestra, solo sé disparar con la mano derecha, pero cuando me encontraron tumbada en el suelo, la pistola estaba en mi mano izquierda. —Hizo una pausa teatral—. ¿Se le ocurre una explicación para eso?

—Usted ha dicho hace un rato que fue él quien disparó. —Señaló a Juan Diego con un movimiento rápido del cañón de la pistola.

—Si hubiese escuchado nuestra conversación desde el principio, lo entendería —explicó Claudia—: yo tengo serias dudas de haber disparado y él afirma que no lo hizo. Lo que intentábamos era revisar todas las opciones y si llegábamos a la conclusión de que era materialmente imposible, la única posibilidad real sería que hubiese otra persona en la escena del crimen.

Penélope los miró con los ojos entornados durante unos segundos que se les hicieron eternos; luego negó con la cabeza un par de veces, se levantó y comenzó a dar vueltas por el dormitorio como un animal en una jaula. Cuando parecía que iba a decir algo, Claudia se volvió a adelantar.

—Una de las hipótesis que barajamos durante la investigación —dijo con rapidez—, es que el asesino o asesinos sea alguien relacionado con un paciente que los traumatólogos y Piñero hubiesen tratado en el hospital de Guadix.

La expresión de Penélope fue de genuina sorpresa al escuchar las palabras de Claudia, pero el efecto no fue el deseado.

—¡Ya basta! —gritó dando un golpe con la mano libre sobre la cómoda—. No me tome por tonta.

—Por favor —exclamó Claudia—, no se me ocurriría…

—¡He dicho que basta! —repitió—. Lo lamento, pero ustedes se lo han buscado.

Del bolsillo de su cazadora sacó una tijera de podar de tamaño pequeño.

—Usted es policía —dijo mientras se acercaba a Juan Diego, que la contemplaba inmóvil con los ojos desorbitados—. No debería permitir que por su culpa alguien lesione a un ciudadano inocente.

—¡Un momento! —exclamó Claudia.

—Creo que empezaré por el meñique de la mano izquierda —dijo con la misma entonación que si hablara de pintarse las uñas—; a ver cuántos dedos hay que podar para que a alguien aquí se le suelte la lengua.

Martes, 31 de diciembre de 2019 • 18:40 h

La cancela entre las dos columnas de la entrada estaba cerrada, por lo que aparcaron frente a la puerta y Ernesto le indicó a Marcelo el lugar de la cerca por el que habían accedido Claudia y él la tarde anterior. Ahora, sin embargo, el entorno parecía muy diferente a la escasa luz de la luna creciente. Estaban a punto de entrar cuando Marcelo advirtió el resplandor de unas luces por la carretera.

—¿Esperamos a la caballería?

Ernesto sentía una sutil urgencia por entrar, pero al no tener ningún argumento racional para esa prisa, desanduvo parte del camino mientras hacía intermitencias con su linterna en dirección al coche recién llegado. Los faros se apagaron a la vez que el sonido del motor, y los sonidos del monte al anochecer se entremezclaron con el eco de las portezuelas al cerrarse y las amortiguadas voces de los que se aproximaban.

Un breve «buenas noches», y los cinco se acercaron al agujero en la tela metálica, lo atravesaron y continuaron su camino hacia la casa. Pero unos pasos antes de pisar la grava de la explanada, un pavoroso alarido los dejó plantados en el sitio.

—¡Qué coño! —murmuró Matías al tiempo que se acuclillaba y sacaba su pistola.

—¡Vamos! —ordenó la comandante con un susurro, echando a correr hacia la casa.

«¡Espere un momento!», «¡no lo haga!». Las voces desesperadas de Claudia y el traumatólogo les llegaban desde el interior. El gallego fue el primero en llegar hasta la desvencijada puerta, que no opuso resistencia alguna a su avance, y con el impulso que llevaba entró casi rodando por el pasillo con Matías y la comandante Peña pisándole los talones.

Penélope mantenía en ese momento la mano izquierda de Juan Diego extendida hacia ella y trataba de sujetar el dedo meñique, mientras el traumatólogo se esforzaba por mantener el puño cerrado y le suplicaba a gritos junto al oído que no lo hiciera. Gracias a eso, la entrada de los tres guardias civiles la tomó por sorpresa, con la pistola encima de la cómoda a más de dos metros de distancia y armada solo con la tijera de podar, de modo que su reacción fue la única posible: saltar al otro lado de la cama, agazaparse tras Juan Diego y sujetar con firmeza la punta de la tijera contra el cuello del traumatólogo.

Un pandemonio de voces llenó la habitación: los guardias ordenándole a gritos que apartara las tijeras mientras la mantenían encañonada con sus pistolas; Penélope aullando que si se acercaban un paso más lo mataría. Claudia, atada con una mano a la cama,

trataba de poner algo de cordura en la situación y se dirigía alternativamente a sus compañeros y a Penélope.

—¡Bajad las armas! —tras unos interminables segundos, fue la voz de Claudia la que se impuso—. Bajad las armas —repitió con más calma y la petición fue secundada por la comandante Peña, que fue la primera en volver a enfundarla—. Tranquila —añadió con la mano abierta en alto y la palma en dirección a Penélope—, nadie va a resultar herido. Nadie va a resultar herido.

Penélope pasaba la vista con evidente nerviosismo entre los tres recién aparecidos y seguía presionando la punta de la tijera en un lateral del cuello de Juan Diego.

—Penélope —dijo Claudia con suavidad—, Penélope, mírame.

—¡Diles que se vayan! —chilló con voz aguda.

—Ya han bajado las armas —respondió Claudia—, y ahora hablaremos de que se vayan.

—Buenas noches —se escuchó la voz de Marcelo desde la entrada, con el tono despreocupado de un vecino que ve la puerta abierta y pasa a saludar—. ¿Podemos pasar?

Ernesto y Marcelo se pararon bajo el dintel de la puerta, junto a la comandante y a menos de un metro de la espalda de los dos sargentos que seguían acuclillados con sus pistolas apuntando al suelo.

—¿Cómo te va, Penélope? —preguntó Marcelo.

La joven lo miró y luego fijó la vista en Ernesto con la perplejidad pintada en la cara; los conocía a los dos, pero jamás hubiera esperado encontrarlos en ese lugar. Marcelo supuso que la situación se debía haber vuelto desconcertante para la joven y aprovechó ese instante para dirigirse a ella como si fuesen dos viejos conocidos.

—Voy a pedir a estas personas que guarden sus armas y esperen fuera —dijo con voz pausada—, pero a cambio de eso tendrás que apartar esas tijeras del cuello de nuestro amigo.

Ella dejó escapar una risa nerviosa.

—Me dispararán en cuanto me aleje de él.

—No lo harán —intervino Claudia—. Lo soltarás a él y me cogerás a mí.

Penélope parecía sopesar sus opciones, que en realidad eran escasas. Sin que nadie lo esperase, de un ágil salto pasó su cuerpo por encima del de Juan Diego y se abalanzó sobre Claudia. Fue tan brusco el movimiento, que al apretar la tijera contra su cuello atravesó la piel y una gota de sangre se deslizó hasta desaparecer tras el borde del anorak.

—¡Que se vayan! —afirmó con voz decidida.

—Deja que el rehén pueda irse —dijo con voz calmada la comandante Peña—. Yo ocuparé su lugar.

—Ni lo sueñe —fue la seca respuesta—. ¡Todos fuera!

—Dejadnos —dijo Claudia con serenidad, mientras su cabeza hacía un imperceptible gesto de asentimiento.

A regañadientes, caminaron hacia atrás hasta traspasar el umbral de la puerta del dormitorio y se detuvieron fuera de la línea de visión de la joven.

—Quiero un coche listo en la puerta —dijo Penélope, envalentonada por el desarrollo de los acontecimientos—. Me llevaré a la sargento y el psiquiatra será nuestro conductor.

—No hay problema —respondió Marcelo—, pero antes te vamos a contar algo que puede ser de interés para ti y luego te marcharás. —Sin esperar su reacción, hizo un gesto hacia Ernesto.

—Tu madre falleció en el hospital de Guadix cuando tenías cinco años. —Ernesto tomó el relevo con rapidez—. La causa de su muerte fue una infección que contrajo durante una operación.

—Tú no eres nadie para hablar de ella —lo interrumpió Penélope irritada—. Ya sé de qué murió mi madre.

—Lo que no sabes es que la causa de la infección fue un fármaco que estaban experimentando —añadió Ernesto—. Sin permiso, sin haberlo probado antes, y sin conocimiento de los pacientes. Hubo muchas muertes, la de tu madre fue una de ellas.

Penélope abrió la boca pero solo balbuceó un par de sílabas.

—El médico responsable de ese estudio era un anestesista.

—¡No! —Penélope miraba a Ernesto con los ojos de una fiera acorralada.

—Puedes creerme o puedes leerlo tú misma —añadió mientras alargaba el brazo hacia ella con el expediente del ingreso—. ETH-1, etahidrolona. Anotado por el propio Piñero en la hoja de quirófano de tu madre.

Penélope pareció olvidarse de Claudia y se incorporó sobre la cama, fuera de sí.

—¡Mientes! —gritó.

—Ojalá fuese como dices —contestó Ernesto—. Murieron decenas de pacientes por culpa de ese fármaco experimental, pero a Piñero le sirvió para continuar sus investigaciones y hacerse rico y famoso.

Penélope seguía en pie sobre la cama, mirando a Ernesto como si todo el universo se redujese a ella, a él y a los escasos tres metros que los separaban; su mano se abría y cerraba sobre el mango de las tijeras de podar como un corazón que bombeara odio y dolor a partes iguales.

—Hay algo más —dijo Ernesto con la expresión de un forense antes de destapar un cadáver—. Esta es la copia del historial de tu nacimiento. —Arrojó el folio sobre la cama—. Alguien firmó la autorización para la cesárea en representación de tu madre; no hay nombres, pero la firma que aparece es idéntica a la de las hojas de

quirófano de los pacientes muertos. Creemos que Piñero es tu padre.

La joven se abalanzó sobre la hoja que había sobre la cama mientras un destello de algo salvaje cruzaba por sus ojos y el velo de odio que los cubría parecía hacerse más tupido. Hundió la mirada en ese papel y muy lentamente sus rodillas empezaron a doblarse hasta que quedó arrodillada en la cama, cerca de las piernas de Claudia, al tiempo que las tijeras de podar caían olvidadas junto a su cadera.

Marcelo saltó sobre ella al verla desarmada, y la comandante, Matías y Anselmo, que habían permanecido apostados en el pasillo, lo siguieron. Los cuatro cayeron sobre la cama y rodaron con Penélope lejos de las tijeras y de sus rehenes, aunque la joven se dejó arrastrar sin forcejeo, como una muñeca de trapo sorprendida por una ola solitaria. Sin resistencia, la esposaron y la alzaron hasta dejarla sentada en una silla, con el cuerpo flojo y la vista perdida en algún punto que parecía encontrarse a mucha más profundidad que el suelo que pisaba.

Matías, una vez más, fue el encargado de liberar a Claudia y Juan Diego de las esposas, y Ernesto se abrazó a Claudia y le dio un par de besos en la frente. Ella alcanzó la autorización de la cesárea y posó la mirada en la curiosa firma.

—Por eso no podía permitir que su hijo se enamorase de ella —murmuró la comandante por encima de su hombro—. Es su hermanastra.

—Supongo que mientras ella estuvo afectada por el arsénico Piñero tuvo que ayudarle a cometer el asesinato de Vergel —sugirió Marcelo, que la recordaba temblorosa y acalambrada a la puerta del supermercado.

—¿Lo hizo? —preguntó Anselmo a la joven que permanecía con la vista baja y un suave balanceo del torso de atrás adelante. El movimiento se interrumpió tras escuchar a Anselmo.

—¿No lo notan? —preguntó a su vez Penélope con una voz que sonó infantil, mientras su nariz se arrugaba con gesto de desagrado—. Ese olor… —Repitió el ademán de husmear—. Huele a ropa podrida.

Martes, 31 de diciembre de 2019 • 19:50 h

Matías y Anselmo se llevaron a Penélope a los calabozos de la comandancia. Comentaron su intención de interrogarla, aunque tal como observó Matías, la joven se encontraba en un estado de desconexión tan lamentable, ajena a todo lo que sucedía a su alrededor, que dudaban poder sacarle una palabra.

—Déjenla tranquila hasta mañana —les indicó Ernesto—. Aún siendo un personaje tóxico, Piñero es lo único bueno que ha tenido en su vida y acabamos de destrozarle eso también. La lealtad hacia él era su única defensa frente a un mundo interior lleno de miedo y soledad; ahora está desprotegida y es probable que su único refugio sea el colapso.

—Su padre —murmuró la comandante—. Es increíble…. ¿Cómo se encuentra? —preguntó al traumatólogo que asistía a la conversación con expresión ausente.

—Casi me lo hago encima —respondió—. Si no le importa —se dirigió a Claudia—, me gustaría volver a casa y no verla a usted nunca más.

Claudia lo miró comprensiva y se alejó con él unos pasos cogida a su brazo.

—Claro —dijo—. Si le sirve de consuelo, yo también he estado a punto.

—Supongo que debería darle las gracias otra vez —dijo él con una sonrisa torcida.

—Yo lo arrastré hasta aquí —respondió Claudia—. Me siento responsable, y todo por intentar comprobar mi teoría. Pero no se preocupe, si a Piñero se le ocurre decir que fue usted quien lo secuestró a él, seré la primera en negarlo.

Juan Diego la miró con una expresión a medio camino entre el respeto y el agradecimiento.

—Todo está bien —dijo ella para zanjar la cuestión—. Hay muchas maneras de actuar en defensa propia y a veces un buen ataque es la mejor defensa.

—Como en el noventa y nueve, la historia se repite —afirmó Juan Diego—: ellos nos atacan y nosotros nos defendemos. En aquella ocasión solo tuvimos una baja; ahora hay un único superviviente. —Desvió la mirada hacia el resplandor de las lejanas luces de la ciudad.

Claudia lo contempló unos segundos como si fuera el único soldado encontrado con vida en una trinchera tras muchas semanas de asedio, superviviente de dos guerras. Sintió admiración por él.

Lo vio sacar el teléfono y encenderlo.

—Si va a llamar a su mujer, piense bien cómo contarle todo esto.

Él la miró unos segundos. Luego lo volvió a apagar y lo guardó en el bolsillo.

—Si no le importa —insistió—, me gustaría que me llevase a mi casa.

—Deme un par de minutos —le dijo—, nos iremos enseguida.

Aspiró una bocanada del aire frío de la montaña con la misma sensación de apremio que alguien que ha estado a punto de ahogarse y se acercó a Ernesto, que acababa de hacer las presentaciones entre Marcelo y la comandante.

—Menuda condena le ha caído —comentaba en ese momento el expolicía—, el día que Penélope salga de la cárcel, o del manicomio, se puede dar por muerto.

—¿Piñero? —preguntó ella mientras se apoyaba en el hombro de Ernesto.

—Ya me dirá —contestó Marcelo.

Claudia interrumpió la conversación.

—La comandante Peña y yo vamos a acercar a este hombre a su casa y mañana le devolveremos su coche —dijo y luego añadió mirando a Ernesto—, ¿nos vemos en el pantano?

—Creo que os seguiremos en el coche de Marcelo y después tú y yo nos volvemos juntos al pantano —comentó Ernesto—. Has tomado la fea costumbre de meterte en líos con mucha facilidad, así que no pienso perderte de vista en lo que queda de año.

La comandante esbozó una sonrisa.

—Bueno —Marcelo se frotó las manos con una expresión satisfecha en su cara—, caso resuelto. Bien está lo que bien termina —añadió apoyando una mano en el hombro de Ernesto y la otra en el de Claudia, aunque la expresión de ella no parecía muy convencida.

—¿Qué? —preguntó Ernesto con incredulidad—. ¿Todavía no?

—Tengo una conversación pendiente —dijo enigmática—, pero sí, el caso está cerrado.

EPÍLOGO

«El pasado no está en el pasado. Siempre nos acompaña. En nuestra historia, nuestros cerebros, nuestra sangre».

Don Winslow, escritor americano de novela negra

Domingo, 19 de enero de 2020

Unos días después de Año Nuevo, la comandante Peña anunció el regreso de su unidad a Madrid y, para no faltar a su compromiso, Claudia y Anselmo dedicaron el día antes de su partida a hacer el papel de guías turísticos para Matías y su jefa. Fue una memorable despedida que se inició con un paseo por el Carmen de los Mártires, una deliciosa visita a la casa de Manuel de Falla y continuó con un recorrido de vinos y tapas por el Albaicín. Cuando lograron recuperarse de los estragos del tapeo en los cómodos sillones de los salones de té de la Calderería, volvieron a la carga con una cena en el Parador y unas copas en el Verdi, donde Claudia no pudo evitar revivir la imagen del engreído y seductor Piñero que ahora se debatía, desfigurado, entre la vida y algo quizá peor que la muerte. Se despidieron por fin, a las tantas de la mañana, entre churros, chocolate y las promesas de volver a verse en Madrid, en Soria o en Tombuctú, avivadas por la exaltación del alcohol y la alegría por haber puesto fin a un caso retorcido.

Poco a poco, el ritmo de trabajo en la comandancia volvió a la normalidad y después de cinco días de lluvia suave e ininterrumpida, la mañana del domingo amaneció con un sol esplendoroso que acompañó el trayecto de Claudia y Ernesto hasta Motril. Desde la noche en que abandonaron Paradero Desconocido por última vez, el desenlace de la investigación había continuado a buen ritmo gracias a la declaración de una desmadejada Penélope que, para desesperación de su abogado, había confesado con lujo de detalles ser la única autora material de los asesinatos de Óscar Ripoll y de dos de los tres traumatólogos por encargo de Piñero, y haber colaborado con él en el asesinato del tercero. Según reconoció, el anestesista llevaba años cediendo al chantaje de Ripoll y, cansado de sus exigencias, había pedido a Penélope que lo amenazara para poner fin a esa nociva relación. Sin embargo, el tiempo pasado por el chantajista en el hospital tras la fractura del antebrazo parecía haberle servido de revulsivo moral, de modo que al salir tomó la decisión de destapar el asunto de la investigación fraudulenta en la que ambos habían participado.

Asustado porque algo así pudiese terminar con su carrera, Piñero encargó a Penélope que lo vigilara para conseguir los documentos que pudieran comprometerlo, y así fue como se enteró de que Ripoll se había puesto en contacto con sus antiguos adversarios. A partir de ahí decidió que tanto le daba responder por un asesinato como por cinco y Penélope fue la encargada de las ejecuciones.

La versión de Piñero, si es que alguna vez llegaba a producirse, se

iba a demorar muchos meses. No se estaba recuperando bien del daño cerebral y aún seguía en coma inducido. Nadie sabía cuánto tiempo persistiría esa situación y mucho menos predecir cómo iba a ser el Piñero que resultaría de todo aquello, si es que algún día llegaba a despertar.

Era la tercera vez que Claudia veía abrirse el majestuoso portón de la finca de Pilar García-Modrego.

—Esto en primavera debe ser impresionante —comentó Ernesto, que miraba embelesado los majestuosos árboles.

El almidonado mayordomo los esperaba al pie de la escalinata y los condujo hasta la amplia terraza. En esta ocasión, la anfitriona los esperaba sentada en un cómodo sillón de estructura de bambú colocado junto a un enorme caldero en el que unos troncos ardían con pereza.

—No se levante —dijo Claudia al verla arropada en una manta de aspecto suave.

Pilar se limitó a sacar una mano para estrechársela y les señaló los dos sillones que cerraban el triángulo alrededor del fuego.

—Si no le importa —dijo Ernesto—, daré una vuelta por el jardín.

—Como quiera —respondió ella con sonrisa orgullosa—, puedo decirle a Alberto que se lo muestre.

—Oh, no —replicó él negando con un gesto de las manos—, me arriesgaré a perderme.

Claudia sacó una carpeta de su mochila y la colocó en el brazo del sillón de Pilar.

—Ahórreme el trabajo de leerlo —pidió ella.

—Es para usted —dijo Claudia—. Podrá leerlo con calma más adelante. En resumen, se trata de la memoria de una investigación no autorizada llevada a cabo por uno de sus empleados en colaboración con un anestesista; como resultado murieron más de sesenta personas y más de cien sufrieron complicaciones infecciosas graves. Pero supongo que usted ya sabía todo eso.

La señora se limitó a mantenerle la mirada, aunque su sonrisa ahora se había congelado en una máscara tan fría como la mañana.

—Además de un delito —continuó—, aquel experimento fue un absoluto fracaso. Sin embargo, los resultados y las conclusiones sirvieron a su equipo para acelerar el desarrollo de dos sustancias con resultados espectaculares: la dimetileltanolona, un magnífico inductor de la anestesia general, y la delta-etoehidrolona, el inmunosupresor más utilizado en la actualidad para combatir el rechazo de órganos. Los dos fármacos que han pagado la lujosa vida de Piñero y su generosa y anticipada jubilación.

—Desconocía la existencia de ese ensayo ilegal —respondió ella con voz cortante.

—Puede ser —convino Claudia—, aunque también es posible que tenga alguna relación con las causas del despido de Óscar Ripoll, y que en venganza por eso, él les hiciera chantaje tanto a Piñero como a usted. Y cuando se convirtió en un peligro decidieron terminar con él.

—No se me ocurre cómo podría demostrar semejante afirmación, en caso de que fuese cierta.

—Lo del chantaje puede ser más complicado —aceptó—, pero hemos encontrado varios pagos de combustible de Piñero en una gasolinera cerca de aquí que coinciden con los dos meses previos a la muerte de Óscar.

—Eso solo demuestra que estuvo por Motril.

—Es posible que cuando recobre la capacidad de comunicarse se decida a confesar y confirme nuestras sospechas.

A Pilar se le escapó una risa seca.

—¿Cree que Piñero haría algo así?

—Estoy segura —respondió Claudia—. Verá, no va a ser tan fácil endosar a Piñero los asesinatos de los traumatólogos. Salvo que aparezcan pruebas nuevas, cosa que no esperamos, se va a tratar de su palabra contra la de Penélope.

Pilar le sonrió y se encogió de hombros.

—Pero el asunto del experimento en Guadix es otro cantar —continuó—: ninguno de esos delitos está prescrito y ahí sí que le pueden caer muchos años, y no hay nada que suelte más rápido la lengua de un acusado que la perspectiva de disminuir su condena colaborando con la justicia.

—¿Para acusarme a mí? —comentó con desdén—. Supongo que si tuviese alguna prueba de lo que sugiere, esta conversación tendría lugar en una sala de interrogatorios con un abogado sentado a mi derecha —afirmó con seguridad—. Otro caso de su palabra contra la mía, con la diferencia de que en este caso se trata de la palabra de un convicto que pretende reducir su pena contra la de una investigadora respetable y reputada.

Claudia se echó a reír y eso pareció descolocar por un momento a su interlocutora.

—Acusarla a usted sería caza menor —repuso Claudia—. No, nuestro objetivo es la compañía farmacéutica. No importa qué persona concreta haya aprovechado en secreto los resultados de un experimento ilegal, lo importante es que, sea quien sea, era un trabajador de DKL; lo grave es que los controles éticos de una compañía farmacéutica de primer nivel resultaron ser tan insuficientes como para que algo así sucediera. ¿Se imagina esa noticia en la primera página de los diarios?

Pilar dejó de sonreír y se enderezó en su sillón.

—¿Quién se va a comer ese marrón cuando la poderosa

farmacéutica DKL vea peligrar su prestigio? —terminó con las dos manos abiertas ante ella y la mirada puesta en Pilar.

—Nada de eso va a suceder —respondió Pilar con expresión dura —. Ni Piñero va a despertar, ni queda nadie vivo que pueda probar su descabellada teoría.

—Cierto —asumió Claudia—. Nadie sabe si Piñero despertará algún día ni lo que será capaz de decir si sale del coma. Pero dudo que eso le importe a la farmacéutica.

Pilar mantuvo la mirada, expectante, y Claudia creyó ver una grieta de duda en su apariencia confiada.

—En realidad —añadió—, nada de eso importa. Cuando la noticia trascienda, algunos damnificados, o sus familiares, empezarán a atar cabos. Los despachos de abogados se pondrán en marcha; llegarán las primeras demandas y luego seguirán otras. A partir de ese momento, usted se convertirá en moneda de cambio para la compañía: alguien a quien sacrificar. ¿Quién era la responsable del equipo que desarrolló los fármacos? —Claudia lanzó la pregunta al aire con la cabeza un poco inclinada hacia atrás—. ¿Quién era la que debía supervisar al responsable de aquel ensayo no autorizado? ¿Quién aprovechó en su propio beneficio los errores detectados en la primera investigación para desarrollar dos nuevos fármacos en tiempo récord?

La boca de Pilar se abrió como una rendija, pero no llegó a pronunciar palabra.

—Correrá la voz en ciertos ámbitos y sus poderosos amigos empezarán a excusarse por no poder asistir a sus elegantes cenas. Su hipócrita seguridad está a punto de terminar, y cada vez que escuche sonar el teléfono se preguntará si es la sargento Tatsis que viene a detenerla.

Al levantarse de golpe, la manta se deslizó hacia el suelo y los pasos apresurados del mayordomo se escucharon procedentes del otro extremo de la terraza.

—Váyase —Pilar la señalaba con un dedo huesudo que temblaba levemente—. Salga de mi casa y no vuelva nunca más.

—Le aseguro que volveré con una orden para llevarla delante de un juez —respondió Claudia con un tono igual de afilado, y luego, cuando el mayordomo se había acercado tanto como para escucharlas, añadió con simpatía—. Disfrute de la casa, mientras le dejen. Por cierto, ya tengo la respuesta a la pregunta que discutimos en mi última visita: a los que se aprovechan de las investigaciones fraudulentas los metería en la cárcel y tiraría la llave.

Ernesto la esperaba junto al coche con la vista perdida en el Mediterráneo, atento a una noticia que daban en la radio. Subieron en silencio y no pronunciaron palabra hasta dejar atrás el portón de la finca.

—Parece que ese virus nuevo se ha desbocado en China —comentó ella antes de cambiar a una cadena de música.

—Eso parece —dijo Ernesto—. Las autoridades están preocupadas, aunque luego nunca pasa nada —afirmó; ella se encogió de hombros —. Entonces qué, ¿caso cerrado?

Claudia lo miró con esos ojos marrones que siempre parecían esconder una promesa y asintió solo una vez.

F I N

Balanegra, 30 de abril de 2021

AGRADECIMIENTOS

A Montse y a María, por facilitarme la tarea y permitirme escribir cada vez que llegaban las ideas.

A Julia, por haberme empujado a la aventura de escribir, por sus sugerencias y consejos en el desarrollo de la trama, y por el interés de leer y comentar varias versiones del manuscrito.

A Fran, por las tardes robadas a su familia para corregir y matizar todos los detalles técnicos del transcurso de una investigación de la Guardia Civil. Esos ratos de comentarios en el jardín no tienen precio.

A Ana, por su labor de correctora profesional y por ser capaz de encontrar y mejorar los matices de las tramas y los personajes.

A Manu, por leer y corregir, por encontrar detalles, incoherencias y erratas.

A mis hijos, Paco, Miguel y Alejandro, por su apoyo, por ser fuente continua de inspiración y por sus sugerencias.

A Tere, por hacerme sentir que el manuscrito merece la pena y ayudarme a mejorarlo.

A Mari Lola, por el placer de comentar con ella lo bueno y por su colaboración para mejorar lo malo del manuscrito.

A Margarita y toda la Gran Familia de las Bolas, por su cariño, su empuje y su compañía durante toda la gestación de esta novela.

A Pablo Simón, Paco Alarcos y todos los que me abrieron los ojos al universo de la bioética. Sin su contribución, la humanidad de este libro sería infinitamente más pobre.

A Miguel Beas y Manuel García, dos figuras referentes cuya presencia y comentarios, aunque ellos no sean conscientes, han impulsado de un modo extraordinario las ganas de seguir y mejorar.

A todos los que me ayudaron con mi primera novela porque lo que entonces aprendí aún sigue muy presente.

Al equipo de Ediciones Miguel Sánchez, por su fabulosa acogida, por el esmero exquisito con el que tratan cada publicación y porque consiguen que me sienta uno más de la familia.

A Pepe Villena, por su esmero en el diseño de la portada y por su paciencia.

Para terminar, a todos los que en persona o a través de mensajes habéis contribuido a que merezca la pena el trabajo de la primera novela y me habéis animado a emprender el fabuloso viaje de la segunda. Solo espero que el resultado esté a la altura de lo que os merecéis.

1. Parque Tecnológico de la Salud. Nueva ubicación del antiguo Hospital Clínico San Cecilio de Granada [Volver]

2. Sistema integrado de gestión operativa, análisis y seguridad ciudadana (S.I.G.O.) [Volver]

Índice de contenido

PARTE 1 Andante
- Martes, 29 de octubre de 2019 • 14:00 h
- Miércoles, 30 de octubre de 2019 • 07:00 h
- Jueves, 31 de octubre de 2019 • 7:10 h
- Jueves, 31 de octubre de 2019 • 7:30 h
- Jueves, 31 de octubre de 2019 • 10:00 h
- Jueves, 31 de octubre de 2019 • 13:00 h
- Jueves, 31 de octubre de 2019 • 14:00 h
- Jueves, 31 de octubre de 2019 • 15:20
- Viernes, 1 de noviembre de 2019 • 10:00 h
- Viernes, 1 de noviembre de 2019 • 14:00 h
- Viernes, 1 de noviembre de 2019 • 17:00 h
- Viernes, 1 de noviembre de 2019 • 20:00 h
- Sábado, 2 de noviembre de 2019 • 9:00 h
- Sábado, 2 de noviembre de 2019 • 10:30 h
- Sábado, 2 de noviembre de 2019 • 21:00 h
- Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 9:00 h
- Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 09:30 h
- Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 9:40 h
- Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 12:00 h
- Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 21:00 h
- Domingo, 3 de noviembre de 2019 • 23:00 h
- Lunes, 4 de noviembre de 2019 • 9:00 h
- Lunes, 4 de noviembre de 2019 • 11:00 h
- Lunes, 4 de noviembre de 2019 • 11:30 h
- Martes, 5 de noviembre de 2019 • 10:00 h
- Martes, 5 de noviembre de 2019 • 12:00 h
- Miércoles, 6 de noviembre de 2019 • 14:00 h
- Jueves, 7 de noviembre de 2019 • 10:00 h
- Domingo, 10 de noviembre de 2019 • 11:00 h
- Domingo, 10 de noviembre de 2019 • 13:00 h
- Lunes, 11 de noviembre de 2019 • 10:00 h
- Lunes, 11 de noviembre de 2019 • 18:30 h

PARTE 2 Adagio
- Jueves, 14 de noviembre de 2019 • 13:00 h
- Viernes, 15 de noviembre de 2019 • 11:30 h
- Viernes, 15 de noviembre de 2019 • 13:30 h
- Viernes, 15 de noviembre de 2019 • 18:00 h
- Domingo, 17 de noviembre de 2019 • 14:00 h
- Lunes, 18 de noviembre de 2019 • 10:00 h
- Miércoles, 20 de noviembre de 2019 • 9:00 h

Miércoles, 20 de noviembre de 2019 • 11:00 h
Jueves, 21 de noviembre de 2019 • 9:30 h
Jueves, 21 de noviembre de 2019 • 10:00 h
Jueves, 21 de noviembre de 2019 • 19:00 h
Viernes, 22 de noviembre de 2019 • 06:00 h
Viernes, 22 de noviembre de 2019 • 12:00 h
Lunes, 25 de noviembre de 2019 • 9:00 h
Martes, 26 de noviembre de 2019 • 10:00 h
Martes, 26 de noviembre de 2019 • 14:00 h
Miércoles, 27 de noviembre de 2019 • 12:00 h
Miércoles, 27 de noviembre de 2019 • 20:00 h
Viernes, 29 de noviembre de 2019 • 16:00 h
Guadix 1996-2009
Viernes, 29 de noviembre de 2019 • 18:20
Viernes, 29 de noviembre de 2019 • 19:00 h
Sábado, 30 de noviembre de 2019 • 11:00 h
Sábado, 30 de noviembre de 2019 • 14:00 h
Lunes, 2 de diciembre de 2019 • 10:00 h
Lunes, 2 de diciembre de 2019 • 14:00 h
Miércoles, 4 de diciembre de 2019 • 9:00 h
Jueves, 5 de diciembre de 2019 • 19:30 h
Viernes, 6 de diciembre de 2019 • 10:00 h
Viernes, 6 de diciembre de 2019 • 13:00 h
Lunes, 9 de diciembre de 2019 • 17:00 h
Miércoles, 11 de diciembre de 2019 • 10:00 h
Jueves, 12 de diciembre de 2019 • 17:00 h
Jueves, 12 de diciembre de 2019 • 21:00 h
Viernes, 13 de diciembre de 2019 • 9:00 h
Sábado, 14 de diciembre de 2019 • 20:30 h
Lunes, 16 de diciembre de 2019 • 9:00 h
Martes, 17 de diciembre de 2019 • 11:00 h
Miércoles, 18 de diciembre de 2019 • 9:00 h
Jueves, 19 de diciembre de 2019 • 12:30 h
Viernes, 20 de diciembre de 2019 • 5:30 h
Viernes, 20 de diciembre de 2019 • 9:00 h
Sábado, 21 de diciembre de 2019 • 12:00 h
Sábado, 21 de diciembre de 2019 • 13:30 h
Sábado, 21 de diciembre de 2019 • 16:00 h
Lunes, 23 de diciembre de 2019 • 10:00 h
Jueves, 26 de diciembre de 2019 • 17:30 h
Jueves, 26 de diciembre de 2019 • 19:00 h
Viernes, 27 de diciembre de 2019 • 21:00 h
PARTE 3 Allegro
Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 13:00 h

Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 15:00 h
Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 17:00 h
Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 17:30 h
Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 18:15 h
Lunes, 30 de diciembre de 2019 • 21:00 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 5:00 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 11:00 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 14:30 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 15:50 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 16:20
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 17:00 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 17:30 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 18:20
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 18:30 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 18:40 h
Martes, 31 de diciembre de 2019 • 19:50 h
EPÍLOGO
«El pasado no está en el pasado. Siempre nos acompaña. En nuestra historia, nuestros cerebros, nuestra sangre».
Domingo, 19 de enero de 2020
AGRADECIMIENTOS